ARMADA
ESPAÑOLA

DESDE LA UNIÓN DE LOS

REINOS DE CASTILLA Y DE ARAGÓN

POR

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

DE LAS REALES ACADEMIAS
DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

TOMO II.

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1896

Por error inexplicable, ahora corregido, reza la portada del tomo primero «desde la unión de los reinos de Castilla y de León».

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN
R.104640

I.

PRINCIPIOS DEL REINADO DE FELIPE II [1].

1556-1559.

Guerras en Italia y en Flandes.—D. Luis de Carvajal en la batalla de Gravelinga. —Sitio de Orán.—Venida de armada turca.—Estragos que hizo en el golfo de Nápoles.—Toma y destrucción de Ciudadela.—Jornada del Conde de Alcaudete en Berbería.—Su muerte.—Hazaña de un corsario.

IENDO acto natural del que sucede hacerse cargo de la herencia á beneficio de inventario, el rey Don Felipe, segundo del nombre en España, al ocurrir la muerte del Emperador su padre, miró de nuevo el estado de la monarquía, con anticipación puesta en sus manos; y al decir del cronista Cabrera de Córdoba, «hallóla, no antigua en partes, no benévola, no unida, si bien amplísima y desproporcionada.....; halló que su mayor obligación y dificultad era, sentándose en la silla de don Carlos, máximo, germánico, túrcico, africano, llenar vacío tan grande».

Por manda que coincidía con los íntimos sentimientos propios y con los de la gran masa de la nacion, vió también que debía ser, como fué desde el principio, campeón de la Fe, mantenedor del Catolicismo, columna de la Iglesia romana. Acaso preparó con su política la ruina de España, lo que no

[1] Fuentes, Luis Cabrera de Córdoba, Herrera, Vanderhammen, Illescas, Prescott, San Miguel, Weis, Forneron.

quita que llegara á ser uno de los soberanos más populares, más respetados y queridos de sus súbditos, por responder tal política al pensamiento como á la aspiración general [1].

Respondía lo mismo, indudablemente, á lo que pudiera desear, como Pontífice, Paulo IV, á la sazón ocupante de la Sede de San Pedro; no así á las inclinaciones de italiano, influyentes en la intención del Papa, de arrojar de Italia á los españoles, ni á las ambiciones del octogenario, codicioso del reino de Nápoles para medro de sus nepotes.

Empezó por estas causas el gobierno de D. Felipe, viviendo todavía su padre en el retiro de Yuste, con guerra á que provocó la confederación contra España del Papa dicho, Paulo, del rey de Francia Enrique II y del duque de Ferrara Hércules de Este (1556), guerra continental, por ser las fuerzas navales de que disponía nuestro Monarca incomparablemente superiores á las de los aliados. Las galeras, aparte la expugnación de las fortalezas marítimas de Córcega, en que se emplearon las de Juan Andrea y de Antonio Doria, en interés de Génova, no tuvieron otra cosa que hacer que el transporte de compañías ó banderas, de costa á costa, y el bloqueo de Ostia, cuando el Duque de Alba, lugarteniente de D. Felipe, llevó el ejército á los Estados pontificios; y como al mismo tiempo que llegaba con él á las puertas de Roma amagaba á las de París Manuel Filiberto de Saboya, general del de los Países Bajos, ganada la batalla de San Quintín [2], tuvieron que salir de Italia apresuradamente las tropas francesas, y se vió constreñido á pedir paz el causante de que en aquellas regiones no se disfrutara.

Se trasladó el teatro de las hostilidades entonces á la frontera de Flandes, con alguna ventaja de los enemigos, que recuperaron de los ingleses las plazas importantes de Calés, Guines y Ham; se apoderaron igualmente de las de Thionville y Dunkerque, guarnecidas por valones y españoles, y avanzaron por la costa hacia Gravelina ó Gravelinga (*Gra-*

[1] Gebhard, *Historia general de España.*

[2] El día de San Lorenzo, 10 de Agosto de 1557.

venlinghe), ciudad y puerto comercial situado en la embocadura del río Aa.

Don Luis de Carvajal, que allí se encontraba con su escuadra [1], guarneció al pronto con la gente de desembarco esta plaza y la de Saint Omer, inmediata, conteniendo el progreso de los invasores envalentonados, mientras el gobernador de Flandes, Conde de Egmont, juntaba hueste con que resistirles, servicio que vino á ser de gran utilidad, con prestigio de la armada, pues ante el obstáculo retrocedió el mariscal de Thermes, cabeza del ejército de Francia, y cortándole Egmont la retirada, le obligó á combatir á orillas del mar, en situación en que las naves le cañoneaban de flanco [2], y en que el mismo Carvajal, con mil infantes arcabuceros de ellas, reforzó el centro de los españoles contribuyendo eficazmente á ganar victoria, si menos importante que la de San Quintín por el número de los soldados que tomaron parte en la acción, tan completa como aquella del día de San Lorenzo, por quedar anulado el plan del enemigo, deshecha su tropa, ganada la artillería, estandartes, banderas, bagaje y cuanto habían garbeado en la marcha, prisionero el caudillo, Thermes, con no pocos señores y capitanes, y 3.000 soldados; muertos 2.000, sin hacer cuenta de los que se ahogaron en el río, mientras que de nuestra parte no excedió la baja de 400 hombres [3].

En la marcha de la política influyó la batalla de Gravelinga más que la de San Quintín, toda vez que, paralizando los planes de los beligerantes, produjo suspensión de armas,

[1] D. Luis de Carvajal, hijo del señor de Jodar, D. Diego, mandaba la escuadra de Cantabria, encargada de la protección del comercio de Flandes y seguridad del paso de Calés. Constan sus servicios en el tomo anterior.

[2] Vanderhammen, *Don Felipe el Prudente.*

[3] Dióse la batalla el 13 de Julio de 1558.—En la *Colección de Documentos históricos del Archivo municipal de la ciudad de San Sebastián* (San Sebastián, 1895, pág. 23), hay testimonio en que se lee: «La ventaja que el francés tenía era tan conocida, que la esperanza que había tenido le sáliera cierta si D. Luis de Carvajal no le hubiera socorrido con 500 guipuzcoanos marineros, á quienes sacó de las naos; de suerte, que habiendo rompido un escuadrón y muerto más de 600 franceses, se lo ganó, de manera que fué preso Mr. de Fermes, quedando los guipuzcoanos por tan hazañoso hecho en estima de valientes y pláticos soldados. Año 1558.»

preliminar del tratado que había de restituir la tranquilidad á Europa; mas antes de firmarlo en Cateau-Cambresis [1] ocurrieron en el Mediterráneo sucesos de los que llenan cumplidamente el objeto de este libro.

No dejaría de notar D. Felipe, repasando la hijuela monárquica indicada al principio [2], que de las posesiones africanas incluídas en la testamentaría de D. Fernando el Católico, de las conquistas de Pedro Navarro, jalones plantados á lo largo del litoral entre Iberia y Sicilia, no quedaban más de dos: Melilla, de los moros desestimada, y Orán, espina que les dolía y que procuraban sacarse sin cesar, teniendo al presidio de españoles en perpetua alarma; estrechado muchas veces, en aprieto algunas.

Selah, virrey de Argel, vecino emprendedor, muy engreído con la rendición de Bujía, más que ninguno de sus antecesores tenía puestos los ojos en el estorbo, deseando allanarlo con la ayuda pedida al Gran Señor, mediante agasajo capaz de mover la voluntad del visir y bajá Rustán, como la suya, y no en balde, que salieron de Constantinopla en su servicio 40 galeras encomendadas á Portuc y á Mamí, capitanes de crédito. Llegado el momento de utilizarlo, sorprendió la muerte á Selah, frustrando afanes que había de aprovechar otro, como suele ocurrir en los pueblos de jefatura electiva. Hascén ó Hassán Corzo, impuesto por los genízaros del ejército como sucesor, se encontró con 30.000 peones y 10.000 caballos alárabes, 30 piezas de artillería, municiones, herramientas, las 40 galeras turcas y 30 vasos más de corsarios (galeotas ó fustas) en disposición.

Moviendo al poco tiempo nube tan preñada, se presentó á vista de Orán, donde la esperaba el Conde de Alcaudete no

[1] El 2 de Abril de 1559.

[2] Falleció el emperador Carlos V en Yuste el 21 de Septiembre de 1557: en Bruselas se le hicieron honras fúnebres suntuosas, y entre otras cosas del cortejo iba un navío con inscripciones de todos los viajes y victorias que hubo en la mar y muchas banderas de turcos y moros. En el palo mayor arbolaba estandarte con un crucifijo. *Calendar of state papers of the reing of Elizabeth.* Edited by Robert Lemon, t. 1. London, 1863.

bien apercibido; escaso de todo recurso material por no haber atendido en España los oportunos avisos que dió, ni menos enviádole socorros; sobrado únicamente de resolución y ánimo para presidir á lo que ocurriera [1]. Dichosamente, al vigor con que rechazaba los ataques, y á las disposiciones por las que costaba á los turcos «cada gota de agua un azumbre de sangre», se unió la discordia entre los asaltantes, no todos conformes con la elevación de Hassán Corzo, que el Gran Señor no aprobó tampoco, significando el disgusto con la retirada de sus galeras. Siguió necesariamente la de los argelinos, ordenada, dicho sea en verdad, con inteligencia, llevándose artillería y máquinas sin recibir daño [2].

Inconscientemente influyó en el suceso el Rey de Francia, mermando el mal su deseo de mayores daños, al pedir de nuevo alianza y cooperación á Solimán, rogándole enviara su armada grande contra Nápoles, visto el sesgo torcido para él de la campaña en Italia y en Flandes. Para esto llamó el Sultán á las 40 galeras distraídas en Argel, formada la intención de subir el número á 100 y de ponerlo á cargo del general Piali.

En la primavera de 1558 pasaron el Archipiélago griego, dejando huellas de su tránsito por la costa de Calabria, á fuer de rápidas no tan sensibles como las que habían de señalar en el golfo de Nápoles por oposición al apacible estar con que le favoreció naturaleza. Sorrento, Castellamare y Masa, que no quisieron guarnición española por no soportar las molestias consiguientes, y desatendieron las indicaciones del Virrey al aconsejarles internar las familias, confiados en la serenidad de sus pasados anales, sufrieron horrores que no hay necesidad de apuntar, conocidos los de las gentes de

[1] En la última de las cartas enviadas al Gobierno expresaba «que si le socorrían, serían Dios y el Rey servidos, y si no, que allí moriría Sansón y cuantos con él son». La carta se comentó mucho con aplauso, pero socorro no fué. Galindo y de Vera, *Historia de las vicisitudes y política tradicional de España respecto de sus posesiones en las costas de África.*

[2] En este sitio de Orán dispararon los moros pelotas ó balas, que, reconocidas en la plaza, pesaron ochenta y cinco libras.

Barbarroja, Dragut, Cachidiablo y otros tales formados en la misma escuela de odio y exterminio á la grey veneradora de la Cruz. Túvolos en respeto la caballería española al arribar á la isla Procida ó Prochyta, con objeto de procurar por dinero el rescate de cautivos que habían hecho, y también la prevención que hallaron en la isla de Elba y en Piombino. Por lo contrario, fueron á vista de Génova informados de no haber parecido las fuerzas francesas de tierra y mar que con ellos habían de ir sobre Niza, Villafranca y Saona, con arreglo al plan de campaña, é hicieron rumbo de mala gana á las Baleares, á fin de no perder el tiempo.

Funesta desviación para los vecinos de Ciudadela, lindo puerto y hospitalaria población de Menorca. Acababa el mes de Junio al avistarse las velas turcas, cuyo número varía en las relaciones del suceso [1], por las cuales pusieron en armas á cuantos eran capaces de esgrimirlas; 400 de la misma Ciudadela, comprendidos los soldados de la compañía de mosén Miguel Negrete, constituyentes de la guarnición real de la isla; 110 de Alayor, 100 de Mercadal y 10 de Mahón, en todo 620 hombres, capitaneados por mosén Bartolomé Arquimbau, lugarteniente de gobernador.

Más debiera de haber, pues que, al saberse la venida de los turcos, corrieron órdenes para aumentar 300 hombres á los 250 que contaba Negrete, y enviar á Menorca 10 piezas de artillería, municiones y víveres; pero la nave que conducía

[1] El general Gómez de Arteche, autor de las *Nieblas de la historia patria*, en la titulada *Mahón*, da á la armada turca, que dice mandaba el almirante Mustafá-Bajá, un total de 140 velas conductoras de 15.000 hombres. D. Víctor Balaguer, sirviéndose de una relación testimoniada, escrita en Constantinopla, y conservada en el libro rojo de la Villa, al escribir la Memoria que con título de *El Degolladero* leyó ante la Academia de la Historia, y está inserta en el tomo VII de sus obras (Madrid, 1885), apunta 134 galeras y 6 galeotas, sin otro dato. Cabrera de Córdoba declara en la *Vida de Felipe II* vinieron 55 galeras de Solimán y 75 fustas de corsarios regidas por Piali. Una noticia de interés no consignada en otra parte, á saber: que de la armada turca formaban parte cuatro galeras francesas, llevando á bordo al Embajador de esta nación en Constantinopla, que dirigía los movimientos y autorizaba con su presencia los actos de barbarie musulmana, se lee en los *Apuntes para la historia de Cataluña*, Cronicón manuscrito en catalán, anónimo del siglo XVII, extractado por Sans de Barutell en su colección de la Academia de la Historia, tomo XXIII, núm. 19.

el material se perdió en Ibiza, y la gente no llegó á tiempo por otras atenciones de las seis galeras de la orden de Santiago que mandaba D. Iñigo de Mendoza [1].

Los turcos desembarcaron el viernes 1.° de Julio con 20 piezas de artillería gruesa; abrieron trincheras batiendo los baluartes durante ocho días, en cada uno de los cuales ofrecieron respetar las vidas si la plaza se les rendía. Abierta suficiente brecha se lanzaron al asalto cuatro veces, siendo en todas rechazados con pérdida considerable; mas como esta lucha no pudiera proseguir, quisieron abandonar la villa los vecinos durante la noche, llevándose á Mahón mujeres y niños, visto no quedar apenas 200 hombres en estado de combatir, haberse volado el depósito de municiones, muerto los artilleros y herido de un trozo de cañón, que reventó, el capitán Negrete. No era misterio que no podrían resistir el quinto asalto el día siguiente al evacuar con silencio la plaza, previo reconocimiento del camino por exploradores, que lo hallaron franco. Marchaban en escuadrón á vanguardia los de Alayor y Mercadal; en el centro las mujeres, heridos é inhábiles; el Gobernador y el Capitán con el resto, cubriendo la retaguardia.

Partida la avanzada, al salir por la puerta el grupo más débil, se oyeron disparos de arcabuz, multiplicándose por instantes: habíase descubierto la fuga. Volvieron, pues, á encerrarse entre los muros derrocados, disponiéndose á cubrir con los pechos la brecha, y aun rechazaron la última intimación del enemigo, preparados á la muerte heroica. Al alba pasaron los turcos por encima como alud tremendo, y el martes 12 de Julio, saqueada é incendiada la ciudad, se hicieron á la vela las galeras abandonando un montón humeante de escombros y cadáveres. Sólo se llevaron á las mujeres jóvenes y á los prisioneros de rescate [2].

[1] *Dirección de Hidrografía. Colec. Sans de Barutell. Simancas*, art. 6, núm. 41.

[2] La misma vaguedad que en lo relativo á la composición de la armada turca, hay en los daños que causó y en las pérdidas que tuvo. El general Arteche ha visto informes por donde se entiende que dejaron la isla hecha un matorral, sin forma

Desde las Baleares volvió Piali á la costa de Provenza, pensando hallar dispuesto al ejército francés que debía iniciar la campaña en el genovesado; supo que con la rota de Gravelinga pasaba á la categoría de proyecto sin realización lo ideado contra aquellas plazas, y sin más esperar dió vuelta á Constantinopla, desplacido con la falta de concurso y de formalidad de los aliados. Es de creer que los cautivos de Sorrento y Castellamare y el saco de Ciudadela darían escasa compensación á los gastos de apresto y expedición de su armada, sobre todo si en ella se cebó alguna de las epidemias frecuentes en la época, como da á entender la noticia de Cabrera de Córdoba de haber navegado hacia Levante llevando quince vasos á remolque por no tener chusma con que moverlos.

Don Juan de Mendoza y Juan Andrea Doria, reunidas veinticuatro galeras de las escuadras de España y Génova, la fueron siguiendo á prudente distancia, sin apartarse mucho de nuestras costas, que tenían orden de celar, sobre todo la de Valencia, donde los moriscos daban cuidado [1].

En Berbería habían surgido en tanto desavenencias entre turcos y moros, y entre estos últimos más hondas, al disputarse las jerarquías y la dominación del territorio, habiendo

de población ni hombre que se atreviese á salir de sus escondrijos ó cuevas subterráneas, excepción hecha de puerto Mahón, que no pudieron tomar, y costóles la ruina de Ciudadela 400 hombres. El Cronicón, extractado por Sans y Barutell, eleva á 1.000 los muertos que tuvieron en los asaltos, cifra que no parece exagerada. Cabrera de Córdoba se limita á expresar que muchos turcos sucumbieron. Como epílogo cuenta el Sr. Balaguer que todos los años, el 9 de Julio, se celebra en Ciudadela un solemne aniversario por los que perecieron el año 1558 Al salir de la función de la iglesia se traslada el Ayuntamiento á las Casas Consistoriales, y allí en pública sesión, invitadas á concurrir las personas notables, se lee la relación del suceso que se conmemora, tal como fué redactada y escrita en las mazmorras de Constantinopla por el Notario público Pedro Quintana, bajo el dictado de mosèn Bartolomé Arquimbau y mosén Miguel Negrete, hallándose presentes y firmando el acta como testigos sus compañeros de cautiverio Juan Martorell, Rafael Brú, Trevere, Martín Traver, Juan Alcoy Ferrer y Gabriel Mercadal. Recuerda además el suceso un monumento que ocupa el centro del paseo de la ciudad, ideado y dirigido por D. Rafael Oler y Quadrado. Bien hayan los que contribuyen á la conservación de semejantes memorias.

[1] La misma colección citada, art. 6, núms. 41 y 42.

muerto Hassán Corso. Otro Hassán, el hijo de Barbarroja, se entronizó en Argel, protegido del Sultán y hostilizado del Jerife de Marruecos por codicia de la ciudad de Tlemecén. Vigilante siempre el Conde de Alcaudete, con la idea de mantener la división, debilitar á los vecinos y castigar al mismo tiempo la intentona pasada de Orán, propuso á la corte una diversión que podría dar á España la plaza de Mazagán, ayudando al Jerife en la conquista que deseaba. El plan se discutió en los Consejos de Estado y Guerra, pareciendo aventurado; se concedió, sin embargo, al Conde autorización para entrar en campaña con 6.000 hombres enviados á sus órdenes desde Málaga y Cartagena.

A 26 de Agosto de 1558 rompió la marcha con 6.500 infantes y 200 jinetes, sin contar los aventureros nobles; le acompañaba el hijo menor, D. Martín de Córdoba, mancebo de grandes esperanzas, quedando á cargo del mayor, D. Alonso, el presidio de Orán. Por la costa navegaban de flanco nueve bergantines cargados de vitualla y munición, aunque había ofrecido el Jerife atender á todas las necesidades, y fuera prevención prudentísima contra la necesidad y mala fe de los moros, si contrariedad impensada no la hiciera inútil. Una armadilla argelina de cuatro galeras y cinco fustas que había ido á saquear en el condado de Niebla, tropezó al volver con los bergantines y los apresó. Estuvo, pues, el ejército acongojado, hambriento, sin los recursos con que contaba de una ú otra parte, dividiéndose la opinión entre los que creían de necesidad volver á Orán, los que opinaban por el ataque de Mostagán, donde hallarían abundancia de bastimento, y los que por término medio proponían dirigirse á Mazagán, ciudad pequeña, situada unas trece leguas á levante de Orán. Arrimado el Conde á los de la indicación segunda, avanzó á Mostagán, rompiendo á los alárabes que cerraban el paso con tan brava acometida, que algunos infantes treparon al muro, y hubo alférez que llegó á plantar en lo alto la bandera. Un instante estuvo pendiente el éxito de la expedición y la suerte de la plaza, que había de inclinarse en contra. El Conde contuvo el ímpetu de los asaltantes, que acaso

espontáneamente señorearan la fuerza, y cuando quiso dirigirlos frente á las filas de Hassán, llegadas apresuradamente al socorro para reñir batalla abierta, no encontró en los soldados nuevos ni en sus capitanes el aliento de aquellos á quienes había guíado en tantas acciones, representantes de otros tantos triunfos [1]. Amedrentó á la gente la vista de la morisma; pronunciaron la retirada sin escuchar la voz del experimentado caudillo, corriendo en atropellado desorden hasta Mazagán, donde el Conde murió, prefiriendo el trance á la deshonra con que se manchaba la hueste, acobardada en términos de acuchillar á los que disparaban el arcabuz oponiéndose á la rendición vergonzosa.

Habían dado sepultura al Conde de Alcaudete sus criados; Hassán hizo desenterrarlo para gozar con la vista de tan gran capitán, terror de Berbería, y aun para comerciar con él, vendiendo restos tan queridos, por dos mil ducados, á don Martín, que herido y cautivo fué llevado á Argel mientras hacía efectiva aquella suma y la de su rescate.

Quizá el desastre se evitara protegiendo el flanco del ejército una escuadra de galeras de suficiente fuerza para imponer á las de Argel, en vez de los bergantines. La suposición acredita el hecho posterior de dos solas con que acudió desde Cartagena D. Francisco de Córdoba para confortar á los vecinos de Orán, sabida la catástrofe; pues llegando en pos una nao con 200 hombres de refuerzo á la guarnición, por si era sitiada, como quedara en calma cerca de la costa, la acometieron las fustas argelinas, maltratándola con la artillería, hasta que dichas galeras tomaron parte en la refriega saliendo del puerto, y la remolcaron al fondeadero.

Es de consignar el arrojado intento de un adalid y corsario mallorquín, Juan Cañete, que osó por entonces empresa á que nadie más que él se hubiera arrojado. Conocedor práctico de cada piedra de la costa, venturoso en muchas acometidas que habían granjeado á su nombre en Berbería la notoriedad terrorífica que en España tenían los más crueles arge-

[1] Baltasar de Morales, *Diálogos de las guerras de Orán.*

linos, concibió el plan de incendiar la armada que tenían en el arsenal. Para ello espió con paciencia ocasión en que no hubiera en el puerto ninguna galeota ó fusta disponible, manteniendo oculto entre unas piedras cercanas de la costa el bergantín velocísimo de que se servía en las algaradas, bien provisto de combustible. El plan no era de los que quepa considerar descabellados; si salía á medida del deseo, ¡qué gloria!; si se malograba, la había en el empeño. A todo correr, no arriesgaba más de lo que cada día en inminente peligro estaba por escasa presa, la vida.

Arrancó, pues, en una noche obscura y en mal hora por ocurrir lo que en el cálculo de probabilidades menos pudiera pensarse. Al tiempo que embocaba el puerto lo hacían dos galeotas, que le descubrieron y atacaron con fuerza superior irresistible. Al día siguiente, sabiéndose en Argel la captura del temido Cañete, hubo fiesta; paseáronle por las calles mostrándolo á los chicos como fiera encadenada; hiciéronle sufrir todo género de tortura mientras conservó aliento vital, acabando por despedazarlo. Con la brutalidad proclamaban el valor de la víctima [1].

[1] De la hazaña del corsario mallorquín hace mención D. Martín Fernández de Navarrete en la *Vida de Miguel de Cervantes*, pág. 590, Apéndices. La consignan los escritores contemporáneos, y modernamente Galindo de Vera. Ocurrió el año 1559.

BIBLIOTECA DE LEON

II.

LOS GELVES.

1559-1560.

Opinión autorizada acerca del estudio de los descalabros.—Proyecto de recuperar á Tripoli.—Lo dirige el Duque de Medinaceli.—Preparativos en Sicilia.—Composición del ejército y la armada.—Desórdenes.—Desembarco en los Gelves.—Construcción de un fuerte.—Llega la armada turca.—Rendición de la nuestra.—Juan Andrea Doria.—Sitio del fuerte.—Defiéndelo D. Alvaro de Sande.—Sucumbe.—Lo que costó la jornada.—Suerte de los cautivos.

Un historiador de gran autoridad tiene sentada, relativamente á los descalabros en la guerra, opinión que me complazco en trascribir, tanto me parece oportuna al principio del capítulo, y á la consideración de los que seguirán en este libro [1]; tanto conforma con las que en otro había anticipado [2].

«Rara vez dejan de inquirir con esmero los historiadores las circunstancias de los hechos, y las calidades de los hombres que dan gloria á las naciones, esperando, sin duda, que esta conmemoración de la virtud pasada aproveche á las gentes que viven y á las venideras. No es, con todo, el estudio de los hechos y de los hombres afortunados el que mayor

[1] Don Antonio Cánovas del Castillo, *Estudios del reinado de Felipe IV*, t. II. Madrid, 1889.

[2] *La armada invencible*. Madrid, 1884.

utilidad trae á las naciones, ni el más digno del cuidado de la historia. Mucho más que la prosperidad enseña la desgracia, lo mismo á una nación que á un individuo.....

»Por mi parte, he dicho ya y repito, que si la memoria de las pasadas grandezas vale para confortar los ánimos desalentados y levantar los pensamientos á esferas más encumbradas que nuestro patriotismo divisa actualmente, los reveses y los infortunios históricos pueden servir para más, que es para enseñar á evitarlos.»

De la jornada de los Gelves que voy á narrar, tengo hecho estudio separado con vista de noticias recogidas por los contemporáneos, de documentos de cargo y descargo, de manuscritos inéditos raros, ocultos hasta nuestros días, de piezas curiosas que dan idea de personas y cosas. No haré, pues, aquí más que sintetizar el escrito anterior, bastante fresco, si la curiosidad del lector desea registrarlo [1].

Ansiando el gran Maestre de la Orden de San Juan en Malta recuperar la plaza de Trípoli, perdida en tiempos de su antecesor, envió á la corte de D. Felipe al comendador Guimarán [2] en embajada, pareciéndole la coyuntura de la paz europea de Cateau-Cambresis excelente, pues que consentía utilizar las fuerzas de mar y tierra del Rey católico antes de deshacerlas. Aseguraba al Monarca que era la empresa cierta, ejecutándola con celeridad y secreto, porque entretenido Dragut en cabalgadas y presas hacia el interior de Berbería, no contando Trípoli con más de 500 turcos de guarnición, sin repuesto de mantenimientos; asegurado el concurso del Rey de Caruan ó Caravan, y el de la mayoría

[1] *Estudios históricos del reinado de Felipe II, El desastre de los Gelves, Colección de escritores castellanos*, t. LXXXVIII, Madrid, 1890. Este trabajo ha sido objeto de un juicio notable, como lo son todos los del profesor Camilo Manfroni, historiador marino eruditísimo, publicado en la *Revista Marítima* de Roma, en Noviembre de 1895, cuando el presente capítulo estaba en la imprenta. El ilustrado crítico echa de menos la consulta de algunas fuentes italianas que no conocía yo en efecto; los escritos de Roseo y Campana, entre los contemporáneos; el especial de Pietro Machiavelli, titulado *La fuga delle Gerve*, y entre los modernos, la celebrada obra del P. Guglielmotti.

[2] Guimarán y Guimaraens le nombran las relaciones.

de los alárabes descontentos, vejados, oprimidos de los turcos, por naturaleza soberbios, injustos y avaros; y siendo difícil que á tiempo recibiera socorro de Solimán, concurrían las circunstancias contra el astuto corsario y debían aprovecharse antes que su creciente poderío llegara á amagar á otros puntos.

Entonces era virrey de Sicilia D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, gran señor en España por linaje, y secundó los propósitos del Maestre con informes favorables, deseando ocasión de honra personal en la jornada, tal como la alcanzó el Virrey anterior con la conquista de la ciudad de Africa ó Mehedia.

El Rey acogió con favor un pensamiento que más que á su reino interesaba á la cristiandad, ordenando sin dilaciones, así al príncipe Andrea Doria, general de la mar, como á los virreyes y gobernadores de Italia, facilitaran al Duque de Medinaceli, nombrado capitán general de la empresa, los elementos que reclamara, sin esperar otro mandato. Sin embargo, como la armada turca se dejara ver en el Adriático, amenazando con ataques como los pasados, ninguna de las autoridades principales quiso desprenderse de fuerzas que pudiera necesitar; lo que hicieron sin réplica fué activar la reunión en Mesina de las escuadras de galeras, formando armada respetable, á que concurrió D. Juan de Mendoza, general de las de España, determinación bastante para que Piali regresara á Constantinopla sin intentar nada.

Con las demoras pasó la oportunidad de la empresa que, según el dictamen del príncipe Doria, era en los meses de Septiembre y Octubre, por haber de ir la armada á costa peligrosa tan escasa de puertos como abundante en bajíos. El Duque de Medinaceli no dejaba de la mano los alistamientos de gente, junta de navíos, acopios de lo necesario, luchando con las dificultades naturales, entre las que ofrecía cierta gravedad en la armada la ausencia de Andrea Doria, agobiado por los años, por la designación que hizo, como lugarteniente suyo, para arbolar el estandarte real, de su sobrino Juan Andrea, «mozo brioso y mañoso, inclinado á las cosas

de mar, en cuyo manejo se había criado» [1]; pero muy distante, por sus circunstancias, de la autoridad del Príncipe, tanto que D. Juan de Mendoza, general de las galeras de España, alegando las órdenes que tenía de regresar á sus costas, rehusó la subordinación á Juan Andrea, y los otros generales se la dieron descontentos á más no poder.

A principios de Octubre se pasó muestra en Mesina á 12.000 hombres, puestos bajo el guión del Duque. Por lugarteniente iba D. Alvaro de Sande; maestre de campo general, D. Luis Osorio; general de la artillería, Bernardo de Aldana; administrador del hospital, el Obispo de Mallorca.

Se había desatendido por una ú otra causa la primera de las condiciones que requería el éxito de la empresa: la celeridad. La segunda, la reserva, se perdió por la tardanza misma y por haber caído en poder de los corsarios una de las fragatas despachadas por el Maestre de Malta á espiar la costa berberisca. Dragut, harto embarazado con la hostilidad insistente de los moros montaraces, tan luego traslució el peligro que de la otra parte le amagaba, despachó persona de su confianza con cartas y regalos suficientes á insinuar la urgencia del socorro si había de guardarse Trípoli, y tan bien las explicó el emisario, que mientras con parsimonia seguían en Sicilia los embarcos, llegaba desde Constantinopla un refuerzo de 2.000 turcos á la guarnición de la ciudad amenazada, cuyas fortificaciones se aumentaron lo mismo que la provisión de boca y guerra.

El Duque de Medinaceli trasladó las fuerzas expedicionarias desde Mesina á Siracusa, como puerto más adecuado á las últimas diligencias. Empleó, no obstante, en ellas otros dos meses, teniendo las tropas embarcadas en prevención de las deserciones, riñas y motines con que se iba significando la mala disposición de aquel ejército, pero con el consiguiente consumo de raciones de campaña, cuya mala calidad afectó á la salud del soldado, enfermando y muriendo por centenares.

[1] Cabrera de Córdoba, t. I, pág. 282.

En todo tiempo ha sido el logro norte de los contratistas; en ningún caso se echa de ver tanto como en la época de continuas guerras marítimas de que se va tratando, en que sin previsión, sin fiscalización, antes con la premura que no admite examen ni advertencia, se demandaban los artículos en enormes proporciones. Bien puede decirse que más vidas ha perdido España por asentistas que por enemigos.

Hábiles y entendidos como nadie en estos negocios los genoveses, habían tomado á cargo el suministro de raciones de la expedición, calculadas en 3.600.000, ó sean las suficientes para 30.000 hombres en cuatro meses, y antes de salir del puerto se advirtió que estaban en putrefacción, siendo indispensable reemplazar una parte siquiera que familiarizara á los estómagos soldadescos con la menos mala.

Pasada nueva revista resultó, por enfermedades y deserciones, baja de más de 3.000 hombres, componiendo el ejército 37 banderas ó compañías de infantes españoles, 4 de alemanes, 35 de italianos, 2 de franceses y 100 jinetes griegos y sicilianos. La armada, entre bajeles de combate y transportes, excedía la cifra de 100 velas, descomponiéndose de esta suerte:

Capitán general, Juan Andrea Doria, en la Real; 16 galeras más de su escuadra.

General de la de Nápoles, D. Sancho de Leyva; 7 galeras, 2 de ellas de Stefano de Mari.

General de la escuadra de Sicilia, D. Berenguer de Requesens; 10 galeras, 2 de ellas del Marqués de Terranova, 2 del señor de Monago, 2 de Visconte Cicala [1].

General de la escuadra pontificia, Flaminio de Languillara [2]; 4 galeras.

General de la escuadra del Duque de Florencia, Nicolo Gentile; 4 galeras.

General de la escuadra de Malta, el Comendador Carlos de Tixeres; 4 galeras, una galeota, un galeón.

[1] Deudo de Andrea Doria.
[2] Flaminio Orsini, conde de l'Anguillara.

Galeras sueltas de particulares; 5 de Antonio Doria, mandadas por su hijo Scipión; 2 de Bendinello Sauli; 2 galeotas de D. Luis Osorio; una de Federico Stait.

General de las naos, Andrea Gonzaga; un galeón de Fernando Cicala, 28 naos gruesas, 12 escorchapines; 7 bergantines, 16 fragatas.

Salieron las naves del puerto de Siracusa en los días 17 al 20 de Noviembre de 1559 con desdichado sino; un cambio brusco del tiempo les obligó á arribar desde cabo Passaro, con dolencia de las tropas y graves síntomas de indisciplina. La compañía de D. Lope de Figueroa, formada con bandidos de Sicilia [1], que iba en el galeón de Cicala, se amotinó; dió muerte al sargento, saqueó la carga, y poniendo fuego á lo que no podía llevar, escapó á tierra, sin que se lograra aprender á más de 25 á 30 individuos. Otro tanto quiso hacer la compañía de Vicente Castañola, asimismo de sicilianos; y aunque el General, por justicia y escarmiento, mandó ahorcar á tres de los culpables, cortáronse á otros las orejas y fueron sentenciados á galeras los demás, la impresión pesimista, á que contribuía el naufragio de una de las galeras de Juan Andrea Doria, se dejó sentir en los ánimos desconfiados del caudillo que los regía.

Los menos asustadizos, aquellos capitanes y soldados viejos que servían de núcleo á la hueste, pensaban que la empresa no era ya de provecho habiendo pasado tanto tiempo y entrado el invierno, y dábales razón la mortandad de la gente que continuaba adoleciendo, y echándola en tierra los maestres, perecía en las playas sin que se hallase fácilmente quien la diese sepultura. Apenas quedaban ya en la armada 8.000 hombres, y no sanos; mas no por ello pensó el Duque apartarse de su propósito ni suspender la marcha.

Parcial ó totalmente se repitió en los días de Diciembre la salida, sin que las naves pudieran montar el cabo Passaro por la constancia y fuerza de los vientos contrarios, ni aun á remolque de las galeras. Todo el mes fué preciso para que en

[1] Foragidos, dice Alonso de Ulloa.

dispersión llegaran á Marza Muscietto, en Malta, punto de reunión que se les había señalado, y que las últimas alcanzaron el 10 de Enero de 1560.

Desembarcó la gente á refrescarse, y se organizó el hospital por pasar de 3.000 los enfermos; así, mientras el Gran Maestre y caballeros de San Juan celebraban con salvas de artillería y arcos triunfales la llegada de los expedicionarios, todo menos alegría se dibujaba en el semblante de éstos.

Mandó el Duque reclutar 2.000 hombres más en Sicilia; 1.000 pidió al Virrey de Nápoles; de Cerdeña y otros puntos se procuró raciones; en una palabra, iba desde Malta rehaciendo aquel armamento tan castigado antes de ser de provecho, y en ello se entretuvo hasta el 10 de Febrero. Por fin dió la vela con viento próspero hacia Seco del Palo, fondeadero situado entre Trípoli y la isla de los Gelves, que había de servir de segundo punto de reunión. En este momento empezaba realmente la jornada.

Las galeras hicieron su derrota con escala en las islas Gozzo, Lampadosa y Querquenes, bajando de ésta á tomar el canal de Alcántara y costear la isla de los Gelves, entre ella y la tierra firme, hacia Oriente, con objeto de entrar en la Roqueta, donde se hace aguada.

Acercándose las escuadras hacia la torre que construyeron los catalanes en 1284, donde suele residir el Jeque, descubrieron dos naos ancladas en el canal, y más adentro, cerca de la puente que comunica á la isla con la tierra firme, dos galeotas. Á las primeras fueron las galeras de D. Sancho de Leyva, en tropel, á boga arrancada, por codicia del saco; de las galeotas nadie se ocupó; descuido que tuvo graves consecuencias. Dragut no poseía por entonces allí más de aquellas dos embarcaciones, con las que pudo enviar aviso á Constantinopla, como más adelante se supo: y por mayor mortificación de negligentes vino también á tenerse noticia de estar guardado á bordo el tesoro del corsario, por desconfianza de los moros de tierra.

Surgieron las galeras en la Roqueta con prevención de Juan Andrea Doria de prepararse al aguada al amanecer el

día siguiente, 15 de Febrero, desembarcando la tropa que había de proteger la operación. D. Alvaro de Sande la dirigió en persona, formando cuatro escuadrones de picas con mangas de arcabuceros; y aunque trataron de defender el desembarco unos 400 turcos escopeteros á caballo, apoyados por 300 moros á pie, y de cargar á los que llevaban los barriles, no lo consiguieron. Tampoco á los nuestros fué posible tomar hombre vivo á los enemigos, por la ventaja de la caballería con que se reparaban. De haber sabido que Dragut se hallaba en aquel momento en la isla con poca gente, en hostilidad con los naturales, y lo de las dos galeotas dichas, tomara otro sesgo la jornada.

Duraron las escaramuzas hasta el obscurecer, concluída la operación del agua, que costó algunos heridos, entre ellos don Alvaro de Sande de arcabuzazo en la ijada. Aquella misma noche, después del reembarco de los españoles, marchó Uluch-Alí con las galeotas en demanda de socorro al Gran Señor, y Dragut pasó por el puente á tierra firme, temeroso de que se lo cortaran.

No parece que ocurriera á nadie la conveniencia de hacerlo: las galeras zarparon en la amanecida del 16 pasando á Seco del Palo en espera de las naves y aun de otras galeras rezagadas, en número de ocho; las cuatro de Malta, las dos de Monago y las patronas de Doria y de Sicilia. Cuando llegaron estas ocho á la Roqueta, echando gente en tierra para proveerse á su vez de agua, haciéndolo sin el orden debido, por competencia sobre quién había de ser cabeza, los turcos cargaron con furia, matando 150 españoles, de ellos cinco capitanes.

Bien dejaba vaticinar la mala dirección de los principios que no había de ser bueno el fin.

Próximas al Seco del Palo estaban acampadas las tribus Mahamidas, enemigas de los turcos, y al llegar las galeras se pusieron en comunicación, informando al Duque de cuanto va aquí indicado; del paso de Dragut hacia Trípoli con 800 caballos y de la partida de Uluch-Alí con las galeotas. Ofrecían su cooperación y la del rey de Carauan, que por enton-

ces andaba en el interior, pretendiendo fuera la armada cristiana á los Gelves y pusiera en posesión de la isla á Mazaud, Jeque elegido, expeliendo á los turcos, y que hecho esto podía pasarse á Trípoli, á cuya conquista todos ayudarían.

En parlamentos, consejos y discusiones pasaron todavía quince días sin llegar á un acuerdo. Quién opinaba por la vuelta á Sicilia, visto que Trípoli se hallaba en defensa; quién proponía la ocupación de los Gelves como empleo de la expedición y base para continuar lo de Trípoli en el otoño venidero, y quién sostenía se cumpliera el objeto del armamento, que había sido el ataque de aquella plaza.

Durante las conferencias, á los efectos de la mala calidad de los víveres, se unían los del agua salobre de aquellos lugares y las emanaciones de los pantanos de Zuara, creciendo el número de los enfermos. Lo estaban Juan Andrea Doria y el Comisario de Florencia, Pedro Machiavelli; habían fallecido Quirco Spínola, cuatro caballeros de San Juan y más de 2.000 hombres de guerra y mar; escaseaban las raciones por haberse perdido sobre los Querquenes en aquellos mismos días dos naves de la provisión, y en la propia costa de Trípoli la nao capitana, nombrada *Imperial*, por andar con malos tiempos en sitios de tantos bajíos.

El Duque recomendó separadamente á los jefes discurriesen lo que más convenía, citándolos á consejo definitivo, que había de celebrarse en la galera Real. Al reunirse, reconocieron unánimes la necesidad de la empresa de Trípoli, pues que á ella los había enviado S. M. Católica juntando la armada; pero juzgáronla por el momento irrealizable, conviniendo al fin en ir á los Gelves en espera de la gente y naves con que se había de reforzar la expedición. Quedaron por amigos los Mahamidas, recibiendo regalos, con oferta de guardar el paso de la puente á los turcos, y aun de formar un cuerpo auxiliar de 400 caballos, pagado por los cristianos.

El 2 de Marzo se trasladó la armada á las cercanías del cabo Valguarnera con temporal que estorbó el desembarco. Había de hacerse al Oeste de la torre ó castillo unas seis millas, por ser el terreno á propósito y cercano á once pozos

de agua potable, aunque no muy buena, según noticia de los confidentes, confirmada por el reconocimiento que hicieron el Cómitre real y el maese de campo Miguel de Barahona.

Se puso toda la gente en tierra el 7 de Marzo sin oposición alguna; antes vinieron dos moros á hablar al Duque de parte del jeque Mazaud, haciendo saber que había sido recibido de toda la gente de la isla por señor, y en este concepto se reconocía vasallo del Rey de España; por tanto, podía volver á embarcar la hueste, y si quería comprar algún refresco, que se mudara á la Roqueta, adonde el Jeque iría á verse con él para tratar del ataque de Trípoli.

Conocida la malicia de semejante embajada, contestó blandamente y con razones dilatorias requeridas para ir alojando la gente con precaución, sabiendo por un cautivo cristiano escapado cómo la población de la isla estaba unida con pensamiento de pelear juntamente con los turcos que presidiaban el castillo.

A 8 de Marzo, formado el ejército en tres cuerpos, llevando la vanguardia el Comendador de Malta con sus caballeros y las compañías alemanas y francesas; el centro, Andrea Gonzaga con las italianas, y la retaguardia D. Luis Osorio con las españolas, emprendió la marcha hacia los pozos, distantes ocho ó nueve millas de camino llano y espacioso. El Duque desplegó por primera vez su guión de Capitán general, donde había hecho pintar la torre de Babel en ruinas, con esta letra profética: NISI DOMINUS AEDIFICAVERIT DOMUM IN VANUM LABORAVERUNT QUI AEDIFICANT EAM.

Los berberiscos se prometían repetir la acción que tuvieron con D. García de Toledo, dejando que la tropa marchara sin otra molestia que la sed para atacarla en los pozos, que habían cegado con piedras y arena, á excepción de uno. Confiaban en la dolencia que traía postrados á los más de los expedicionarios, y más les animó el accidente de haberse atascado la artillería en un pantano.

Cuando los escuadrones se aproximaron al bosque, mientras lo flanqueaban las mangas de arcabuceros, avanzó á limpiar los pozos una sección de gastadores, y los berberiscos

emboscados tuvieron que salir antes de lo que querían, cargando la caballería tres veces, con salvajes alaridos, á pesar del destrozo que hicieron en ella los arcabuces. La escaramuza se prolongó hasta declinar el sol, sin que hubiera de nuestra parte más de 30 muertos y 50 heridos, mientras que de la suya cayeron 300 para no levantarse más, subiendo á 500 los estropeados.

Advirtieron con el desengaño convenirles el sistema de contemporización, por el cual se sometió de seguida el jeque Mazaud, obligándose á pagar el tributo mismo que la isla satisfacía al sultán Solimán y á Dragut. Entregó en consecuencia el castillo, y el Rey de Carauan, el Jeque de Túnez y los de las tribus Mahamidas visitaron al Duque ofreciendo servicios.

El ejército se alojó en campo atrincherado, al que acudían los moros con provisiones, mientras se adoptaba en consejo de generales el plan sucesivo, que no dejó de tener contradicciones antes de resolver la fortificación del castillo antiguo para dejar en él guarnición.

Consistía el trazado que se hizo de las obras, en cuatro grandes caballeros ó baluartes que, con bastiones y cortinas, encerraran la fábrica vieja, y se distribuyó el trabajo encargando á los alemanes la excavación del foso; uno de los baluartes á los caballeros de Malta; otro á los italianos; otro á los españoles; el cuarto á la gente de mar, independientemente de los grupos que acopiaban el material de palmas, olivos, greda y fajina, transportándola con camellos de la isla.

La emulación de las naciones fué muy provechosa á la rapidez de la construcción, aunque muchos trabajadores adolecían de fiebres malignas. Para el 23 de Abril estaba el fuerte en estado de defensa, faltando obras ligeras que podían hacer los de la guarnición.

Constaba la designada de 2.000 infantes, españoles, italianos y alemanes, y la compañía de caballos, teniendo por gobernador al maese de campo Barahona. Bendecido por el Obispo de Mallorca, se arboló el estandarte real, saludado

por la artillería y arcabucería, y se trató ya de embarcar la gente que no hacía falta.

En todo este tiempo habían ido llevando las naves desde Sicilia y Cerdeña mantenimientos, dinero y reemplazo de soldados; y corriendo nuevas de armamentos en Constantinopla, reclamó el Maestre de Malta el regreso de las galeras y gente que necesitaba para la defensa de la isla: marcharon el 8 de Abril. El Virrey de Nápoles pedía también la infantería con urgencia, influyendo su empeño en la terminación de las obras.

Dióse pregón y orden de embarco general el 6 de Mayo, haciéndolo la infantería italiana y parte de la española con mucha calma. Durante la operación, dos horas antes de anochecer el día 10, llegó una fragata despachada de Malta con noticia de haber tocado en Gozzo la armada turca cuatro ó cinco días antes, en número de 80 velas; que había hecho aguada y continuaba la derrota hacia Trípoli, al parecer, sabiendo el número de naves que estaban en los Gelves por una embarcación apresada.

En efecto: ocho días habían bastado á Piali-Bajá para armar 64 galeras reforzadas, embarcar en cada una 100 genízaros y hacerse á la vela.

Esparcida la nueva por el campamento, empaquetaron por encanto los soldados sus efectos, corriendo á la playa en tropel y metiéndose en el agua por asaltar los esquifes. El desorden, la gritería, la obscuridad que comenzaba, daban á la escena un aspecto que no es fácil describir; nadie pensaba más que en su interés, en tanto llegaba el momento de pensar sólo en la persona. Don Alvaro de Sande dió acicate á los de la guarnición del fuerte para acabar de entrar municiones y vitualla, por un lado; para embarcar enfermos, por el otro; en medio de la confusión parecida á la de la ruina pintada en la insignia del Capitán general.

No estaban más serenos los ánimos en la escuadra. Reunido el Consejo á bordo de la Real, manifestó Juan Andrea Doria que iba á tratarse tan sólo de la manera de salir cuanto antes de los bajos, y de dar la vela aprovechando el buen

viento del Sur, que felizmente estaba entablado. Las opiniones, como de ordinario sucede, no se concertaban; había, sin embargo, mayoría en la estimación de contar con unas doce horas antes de amanecer, en cuyo espacio se podía embarcar la tropa y salir con buen orden. Don Sancho de Leyva insistió en que enviados esquifes y lanchas á tierra, y trayendo una barcada de gente, salieran á la mar las galeras; si amaneciendo no se descubría la armada turca, volverían por el resto de los soldados; en caso de avistarla, procederían á lo que se decidiera. Debían de quedar en el puerto dos galeras destinadas al General, Duque de Medinaceli y su casa. En punto á combatir, el mismo Leyva, sostenido por Scipión Doria y pocos más votos, juzgaba que, bien combinadas las galeras con las naves, formaban fuerza no inferior á la del enemigo, ya fondearan en línea, interpoladas, ya navegaran en grupos, pues sólo las naos, que eran 30, y los tres galeones, habían de hacer mucho daño con la artillería.

No prevaleció esta opinión, sosteniendo el jefe, Juan Andrea Doria, la suya, fundada en que, no teniendo el Rey Católico otra escuadra, era necesario ante todo preservarla, para que, reforzadas con la galeras de España, tuviera en respeto al Gran Turco. Contra todos los otros pareceres halló objeciones; ya en la poca agua que tenían á bordo las galeras, ya en el peligro de los bajos para las naos, ya en la imposibilidad de que unas y otras navegasen ó combatiesen juntas y de concierto. Decía que los turcos llegaban descansados y fuertes, mientras en la armada cristiana estaban fatigados y enfermos de los trabajos. Tenía por seguro que ningún hombre prudente se obstinaría en poner en aventura las fuerzas navales del Rey, y, por consiguiente, protestando de cualquiera otra opinión, decidía, valer más *una buena escapada, que un combate en que evidentemente se perderían* [1]. Determinó, en consecuencia, que las naves se pusiesen en franquía desde luego y se preparasen para hacerlo las galeras.

[1] «*Un bel fuggire che un bravo combattere e perdersi a fatto.*» Anton Francesco Cirni Corso, *Succesi dell'Armata della Maestà Catholica destinata all'impresa di Tripoli.....* Turino, 1560.

Llegó en esto el Duque á bordo de *La Real*, con lo que se prolongó el consejo. Juan Andrea se felicitaba de la circunstancia que consentía practicar su plan, pues nada impedía ya que las galeras partieran al momento; el Duque observó que lo impedían los soldados, pues no los quería abandonar, y contra la insistencia de Doria y de las protestas de inseguridad de la armada que hacía, se volvió á la playa, dejando acordado un viaje de los esquifes, y la permanencia en el puerto de dos galeras sutiles en que el Capitán general se embarcara al amanecer, con los últimos.

Arrepentido de la condescendencia, Doria, hizo en *La Real* señales de levar, pasada la media noche: había ocurrido una mudanza en el viento que trastornaba todos los supuestos. De S, que empujaba el viaje hacia Malta, había saltado al NE., justamente por la proa.

En tierra habló el Duque con D. Alvaro de Sande, imponiéndole de lo ocurrido y de su propósito de embarcar en la madrugada. Al Gobernador del fuerte dejó instrucción de cómo se había de manejar con el Jeque; á los oficiales alentó diciendo que si pensara que los turcos venían contra el castillo se quedaría en él; pero siendo la armada la que estaba en peligro, se iba á correrlo embarcado. Con esto se entró con D. Alvaro en una fragata que les llevara á la galera.

Empezaba á clarear el día, y ya entonces, á fuerza de remos, contra viento y mar se había desatracado de la costa Juan Andrea Doria cosa de siete millas. Unas tres á sotavento mostró la luz primera á las galeras turcas muy unidas. Piali, desde la isla de Gozzo á la Lampadosa, y de ésta hacia la costa, había sufrido vientos contrarios que le obligaron á tomar el fondeadero de Seco del Palo. Tuvo allí pormenores de las fuerzas de mar y tierra con que contaba el Duque, acaso un tanto exageradas, y receloso del encuentro quería esquivarlo, limitándose á poner en tierra el socorro de soldados para Trípoli; pero tantó le instó Uluch-Alí á verificar un reconocimiento, al que personalmente se ofrecía como práctico consumado de los Gelves, que consintió en que se hiciera con una galeota, en que embarcó también Cara-Mustafá,

virrey de Mitilene. La suerte les deparó la presa de una embarcación pequeña, por cuya gente supieron cuanto podían desear, siendo ya fácil á Uluch-Alí decidir á su jefe al ataque de un enemigo descuidado y en desorden. En la tarde anterior había surgido por fuera de los bancos, á 17 millas de distancia, pensando emprender el ataque, como lo hizo, al despuntar el alba.

En la vanguardia cristiana iba Scipión Doria con tres galeras; y como descubrió al enemigo, no teniendo instrucciones, arribó hacia *La Real*, dando aviso con un cañonazo. Ninguna disposición ordenó Doria en aquel trance; arribó también con *La Real* en dirección del fondeadero de que había salido, con precipitación y aturdimiento, que aumentaba la escasa claridad. Calaba mucho la galera, que era hermoso buque; tomaron mal sus pilotos las enfilaciones del canal, y quedó varada en un cantil. Entonces, plegando el estandarte, se fué á tierra Doria con el esquife, abandonando el bajel á los forzados, que no tardaron en ponerlo á flote y unirse á las fuerzas de Piali.

Fácil es calcular la influencia que el ejemplo del General tendría en las escuadras. Indecisos los jefes un momento, no existiendo cabeza, ni acuerdo, ni prevención para caso tan inesperado, tiró cada cual por su rumbo, en dispersión y desorden tan grande, que ni aun á huir acertaban. Cinco de las galeras de Juan Andrea arribaron como él hacia tierra y lograron ponerse bajo la artillería del fuerte; otras encallaron en los bajíos, en número de ocho ó diez. De las que tomaron la mar, cargadas de vela algunas, sin medir la gran fuerza del viento, partieron los palos ó las entenas después de separarse de las que formaban grupo.

Los turcos dividieron su armada en dos secciones, dirigidas respectivamente, hacia las que escapaban por mar ó tierra. En éstas, que habían varado en los bajos, hubo escenas vergonzosas: la gente se tiraba al agua sin pensar en resistencia, habiéndose dado caso de alguna que se dejase tomar por un bergantín ó esquife con ocho ó diez turcos. De las que salieron á la mar, las de Scipión Doria, de Antonio Maldonado y

tres de Florencia, escaparon por pies, defendiéndose. Flaminio Orsini, general de las del Papa, resistió peleando bizarramente con tres enemigas; D. Sancho de Leyva reunió cuatro de su escuadra, con las que hizo inútil pero honrosa resistencia. Cuatro veces rechazó el abordaje de las contrarias, y hubo al fin de sucumbir al número.

Aparte esta defensa, y el voto marinero de combatir á la armada turca, bien al ancla, bien á la vela, combinadas las galeras con las naves, decisión que hubiera producido muy distinto resultado, las más de las relaciones del tiempo atribuyen á D. Sancho de Leyva mucha parte del fracaso. Píntanle de carácter díscolo, opuesto por sistema á lo que otros, principalmente superiores, proponían. Por él escaparon las dos galeotas de Uluch-Alí al llegar la expedición á la Alcántara; por él se retardaron los trabajos del fuerte, en que no quiso tomar parte, ya que lo hiciera para entorpecerlos; por él se retrasó el embarco de soldados, teniendo entretenidos los esquifes en llenar sus galeras de aceite, lana, frutas, ganados, con que se prometía comerciar, y con lo que las abarrotó y embarazó, dificultando, si no imposibilitando, la defensa en el combate, con mengua de su reputación, de su nombre y de lo que debía á su autoridad de general de la escuadra de Nápoles.

A las naves artilladas no osaron los turcos, contentándose con las que en aquel desorden les eran abandonadas, acreditando esta experiencia la razón con que algunos jefes habían opinado que en la unión de las fuerzas cristianas consistía su salvamento. Si al menos hubieran hecho todos lo que Orsini; si las galeras se mantuvieran juntas, no tuviera la derrota tan grandes proporciones. Hacía falta para ello que el General conservara su puesto, y que antes de la acción dictara las disposiciones convenientes, lejos de lo cual apareció que las galeras de particulares, lo mismo que las de Leyva, por no desperdiciar la ocasión, estaban cargadas hasta no poder más de los objetos ó frutos cogidos en los Gelves.

Fueron apresadas, de Juan Andrea Doria: *La Real*, *Signora*, *Condesa*, *Pellegrina*, *Presa*, *Divitia;* total, 6.

Del Papa: *Capitana, San Pedro, Toscana;* 3.

Del Duque de Florencia: *Elbigiana;* 1.

De Nápoles: *Capitana, Patrona, San Jacobo, Leyva, Mendoza;* 5.

De Sicilia [1]: *Capitana, Patrona, Galifa, Águila;* del Marqués de Terranova, *Capitana Patrona;* de Monago, *Capitana, Patrona;* 8.

De Antonio Doria, 1; de Bendinelo Sauli, 1; de Starti, 1; de Mari, 1; 4.

De modo que, sin sangre, se hicieron dueños por entonces los turcos de 27 galeras y 14 naves, salvándose 17 de las primeras, que llegaron á Trajana, y 16 de las otras en varios puertos [2].

Don Alvaro de Sande acudió con arcabuceros á la playa con el fin de proteger á los muchos que, desnudos, llegaban nadando, mientras el Duque, Juan Andrea y el comendador Guimarán conferenciaban acerca de lo que se hubiera de hacer, sin ocurrir á los dos últimos otra cosa que salir, como se pudiera, de la isla.

La iniciativa era de Doria, razonando que para lo pasado

[1] La escuadra de Sicilia siguió el ejemplo del Capitán general, embarrancando en los bajos y rindiéndose sin resistencia.

[2] No todos los historiadores, ni las relaciones particulares, conforman: Antonio de Herrera, *Historia general del mundo*, lib. II, cap. II, sube á 25 las naves apresadas; otros anotan 28 galeras, una galeota y 27 naves. «Perdiéronse nuestras galeras tan ruinmente (dice una relación), que entre todas sólo dos ó tres pelearon.» La *Mendoza* de Nápoles quedó sin gente: toda murió combatiendo. Sucumbieron en ellas el alférez Gil de Oli y el alférez Sebastián Hurtado, y otro alférez que se decía Iñigo de Soto, peleando como muy buenos soldados. Aunque en las demás no se peleó, no por eso dejaron de matar los turcos mucha gente en ellas, pareciéndoles que no era victoria si no la ensangrentaban. Á Flaminio Orsino, general del Papa, mató una bala de artillería. Prendieron á D. Sancho de Leyva, general de las galeras de Nápoles, con dos hijos suyos, D. Juan y D. Diego. El D. Juan venía en la *Leyva* con gente de su compañía, y sólo él tomó armas para los enemigos, y se fué á la proa de la galera con espada y rodela para defender que no entrasen los turcos. Prendieron á D. Berenguer, general de las galeras de Sicilia, con D. Juan de Cardona, su yerno. Éstos se perdieron por hacer lo que debían en seguir al General. Prendieron á D. Gastón de la Cerda, hijo del Visorrey de Sicilia, y al Obispo de Mallorca, y á D. Fadrique de Cardona, y al maestre de campo Aldana, y á otros muchos caballeros y capitanes. El autor disculpa á Juan Andrea Doria por estar enfermo, muy flaco, de una recaída que le tuvo dos veces á punto de morir.

no había remedio; que los sucesos de la guerra penden de la fortuna, y que, habiendo de acudir á la prevención de mayores males, era bueno que el Duque marchara inmediatamente á Sicilia para asegurar las plazas, juntando dineros y gente. En cuanto á su persona, decidido estaba á marchar de noche en una fragata, reunir las galeras que hubieran escapado y dar orden en el armamento de tres que en Sicilia y Malta se hallaban.

El Duque, remiso anteriormente en embarcar sin los soldados, bien que entendiera que al presente nada tenía que hacer en los Gelves, no quiso tampoco determinar por sí ni seguir el consejo del General de mar, sin que los de tierra deliberaran sobre lo que interesaba á la honra; y como todos juzgaran que debía acudir á su obligación en Sicilia, venció la repugnancia. Quiso llevar consigo á D. Alvaro de Sande, que tampoco tenía deberes que llenar en aquel sitio; con todo, díjole éste que, consultando con el fuero interno si le era mejor hacer compañía á su Excelencia ó quedar donde se hallaba, entendía convenir lo último al servicio y á su propio respeto; porque habiéndose salvado mucha gente de las galeras, y siendo de diferentes naciones y calidades la acogida en el fuerte, era menester persona de mayor cargo que el maestre de campo Barahona para tenerla á raya y cuidar de la economía del agua y bastimentos. Ofrecía, pues, la suya con la certeza de sucumbir, porque no podía hacerse ilusiones en cuanto al socorro que hubiera de darle la armada, deshecha y desmoralizada; pero contaba entretener á la del turco en el asedio todo el verano, y librar, por consiguiente, á Sicilia y Nápoles del gravísimo peligro de tener sobre sus costas á los mahometanos victoriosos.

Oídas estas razones, autorizó el Duque la noble y generosa resolución de optar por las miserias que amagaban á los infelices de los Gelves. Leyéndolo se ensancha un tanto el corazón, oprimido de la vergüenza ajena.

Aprovechó la precisa necesidad y ocupación natural de los turcos en asegurar las presas y los cautivos: llegada la obscuridad de la noche, partieron los generales de tierra y mar

en fragatas ligeras, acompañados de algunos íntimos. Llegaron en salvo á Malta en *bel fuggire*, pero el autor de la frase se dejó la honra en lenguas de marineros y soldados.

Para el Duque fué más benévolo el juicio de los contemporáneos: las condiciones de caballerosidad de su persona y la deferencia y agrado con que trató á los capitanes extranjeros, suavizaron la consideración de las condiciones de caudillo que le hacían falta. Dijeron, sí, que era más apto para lucir en los salones de la corte el fausto de su arrogancia que para dirigir en campaña una hueste. Más severos los que se encontraban fuera del peligro, los que para nada tenían en cuenta la situación del General derrotado, ni del padre que sacrificaba á su propio hijo [1], dieron fácil sentencia, si hemos de admitir la que condensó en estas frases el palatino cronista Cabrera de Córdoba [2]:

«Increíble parece que una armada poderosa de gente y vasos en un instante se arruinase de su temor más que de la fuerza vencida, con pérdida de tanta gente, municiones, máquinas, bajeles, aumentando á los enemigos el triunfo y la victoria tan sin sangre alcanzada, con infamia de los cristianos; porque si las naves y galeras esperaran en batalla, ó detuvieran el furor del enemigo, ó les costara la victoria tanto que no se atrevieran á sitiar el fuerte y se salvara la guarnición. Pero ¿qué no envilece el miedo? ¿Y qué no pone en confusión? ¿Y qué no mete en peligro la ambición, la satisfacción, la poca práctica, como la del Duque, de lamentable memoria para España?»

La posteridad desapasionada debe, en justicia, reformar el concepto. La ambición, la satisfacción, la ineptitud militar del Duque de Medinaceli, si se quiere, fueron poderosas causas del desastre; pero si el temor, como parece cierto, lo produjo, multiplicando las proporciones, no influyó en el ánimo del General del ejército; turbó la mente y empequeñeció el

[1] Don Gastón de la Cerda, hijo segundo del Duque, niño que iba en la Capitana de Sicilia al cuidado de una dueña, fué cautivado. Murió en Constantinopla.

[2] *Felipe II*, t. I, pág. 296.

corazón del General de mar, en cuyas manos puso el destino aquel aciago día la suerte de la jornada.

Piali, vencedor, desembarcó su gente; ordenó á Dragut le acudiera con la de Trípoli y con artillería de batir, y antes de abrir trinchera ofreció por el fuerte buenos partidos á Don Alvaro de Sande, que contestó no pensara haberlo á tan poca costa como la armada [1]. Entonces comenzaron las operaciones de uno de los sitios más dignos de memoria por las circunstancias que, más que los enemigos, afligían á tanta gente inútil acogida en el fuerte, por falta de agua que darles y por el plan certero de Piali de cerrar todo acceso y dejar al tiempo el resultado [2].

Es de repetir la observación hecha en otros capítulos, de cómo en las expediciones y armadas del siglo XVI, lo mismo en Africa que en América ú Oceanía, cualquiera que fueran el objeto, el término y las dificultades, iban mujeres decididas á compartir los trabajos del soldado. Don Alvaro de Sande se encontró en el fuerte con muchas de éstas, que hacían subir el número de bocas á más de 5.000, cuando las raciones estaban calculadas para 2.500 en mes y medio. Tocante á la provisión de agua, discurrió uno de los soldados evaporar la del mar; y recogiendo vasijas de cobre construyeron 18 alambiques, que al principio daban 30 barriles diarios, disminuyendo luego por escasez de leña [3]. Mezclándola con la salobre de los pozos y distribuyéndola en cortísimas proporciones, se fué prolongando la defensa del fuerte con malestar indecible. Mucho tenía que ser el del hambre cuando hubo en la guarnición quien la mitigara con cadáveres de turcos; mas de todo punto se hacía irresistible el tormento de la sed en aquella abrasada tierra bajo el rigor de la canícula, trabajando durante la noche con picos y azadones,

[1] Herrera, ob. cit., lib. II, cap. II.

[2] Constan pormenores en el libro citado *El desastre de los Gelves*.

[3] Dirigió la operación un capitán siciliano, llamado Sebastián Poller, al que ofreció buena recompensa D. Alvaro de Sande; mas no se inventó entonces el procedimiento, como algunos piensan; sentado queda en el tomo anterior que Blasco de Garay lo presentó al Emperador como de su discurso.

peleando durante el día sin reposo de un momento. Muchos perecieron en tales suplicios; muchos, no resistiéndolos, se arrojaban de la cortina, buscando en el campo enemigo la esclavitud á trueque de un sorbo de agua; sólo al fin, D. Alvaro de Sande pretendía que la humanidad no fuera flaca, presenciando horrores con tal de ver por un sol más flotando al aire en el fuerte el estandarte de Castilla.

Llevada la resistencia hasta fines de Junio, ó sea á los ochenta y un días de la llegada de los turcos; cuando quedaba, según se creyó, para dos la insuficiente ración de agua; no teniendo los baluartes ningún cañón en uso; después de caer sobre ellos 12.000 balas y 40.000 flechas; reducida la gente á 800 hombres de armas tomar, les animó el General á una salida desesperada, con que todo acabó.

Rendido el fuerte; rendidas las galeras que se habían conservado á su sombra, los enfermos y heridos pasaron por la espada turca, ó fueron vendidos en almoneda á las gentes de Trípoli; los baluartes que abrigaron á los defensores, arrasados con la tierra que les sirvió de material; quedó con ello pujante en la mar la armada mahometana; las costas de Nápoles y Sicilia sufrieron las consecuencias, tanto en la retirada de Piali, como después por acometidas de Dragut, que había reunido escuadra de 40 velas, sin que Juan Andrea Doria con 17 galeras y siete galeotas, á que fueron á juntarse las de la escuadra de España, mandadas por D. Juan de Mendoza, se atreviera á hacerle cara; antes cayeron en manos del corsario ocho de las de Sicilia, tres de ellas del Rey y cinco de particulares, en sorpresas y combates parciales.

Subió la pérdida del personal en la empresa de Trípoli, uno de los mayores y más tristes descalabros de la armada española, á 18.000 hombres [1].

Piali celebró el triunfo entrando en Constantinopla el 27 de Septiembre de 1560 en cabeza de su armada. Seguían á la Capitana las galeras de fanal en fila; iban en pos las presas con las banderas y estandartes por el agua, lo de abajo á

[1] Cirni Corso, libro citado.

arriba, cerrando la marcha las galeras sencillas turcas, empavesadas y embanderadas, haciendo disparos de artillería.

El día 1.° de Octubre llevaron en procesión á los cautivos al palacio del sultán; D. Alvaro de Sande, D. Berenguer de Requesens y D. Sancho de Leyva iban á caballo; detrás marchaban los capitanes de tres en tres, y seguían los soldados, mirando tristes cómo les precedían, arrastrando por el suelo, sus banderas, cuyas santas imágenes servían de escarnio á los mahometanos. Acabada la fiesta, separaron á los cautivos por categorías, poniendo á los generales en prisión y destinando á los demás al remo en las galeras. Muchos murieron en el cautiverio ó lo soportaron largos años; algunos de los significados debieron la libertad á la favorable ocasión de las treguas convenidas por el emperador Fernando con Solimán el año 1562, pues gracias á la gestión del rey Felipe II se asentó entre las cláusulas del tratado el canje ó entrega de los principales, sin que alcanzara el beneficio á Sande por haber jurado el Gran Señor, según se dijo, no rescatarlo por ningún dinero [1].

[1] Y cumplió su promesa; pero, muerto Solimán, instó D. Felipe á Carlos IX de Francia para que empleara su influencia en favor de la soltura. Hízolo, comisionando especialmente á Francisco Salviati, caballero de Malta, por embajador; y aunque en un principio se negó Selim á tratar del asunto, por ser la primera cosa que pedía su aliado al ascender al trono la otorgó, y D. Alvaro fué á Francia en compañía de Salviati, y se restituyó á su casa. A Brantôme, escritor contemporáneo, aunque extranjero, mereció elogio entusiasta, que también hizo el P. Haedo en la *Historia de Argel*, reseñando las campañas de Italia, Francia, Grecia y Africa en que tomó parte. Don Luis Zapata le dedicó un capítulo de la *Miscelánea* (*Memorial Histórico Español*, t. XI), observando que, aun con tres cosas á la vista, la muerte cierta, hambre, sed y enfermedad, consideró que rendir la plaza era vileza; y como defenderla era imposible, tomó un valentísimo medio, que fué salir y morir peleando, como un caballero tan señalado. De todos modos no se perdió reputación alguna; otra cosa no se perdió sino la hechura, como parece del soneto compuesto por un soldado, cuyos primeros versos transmite:

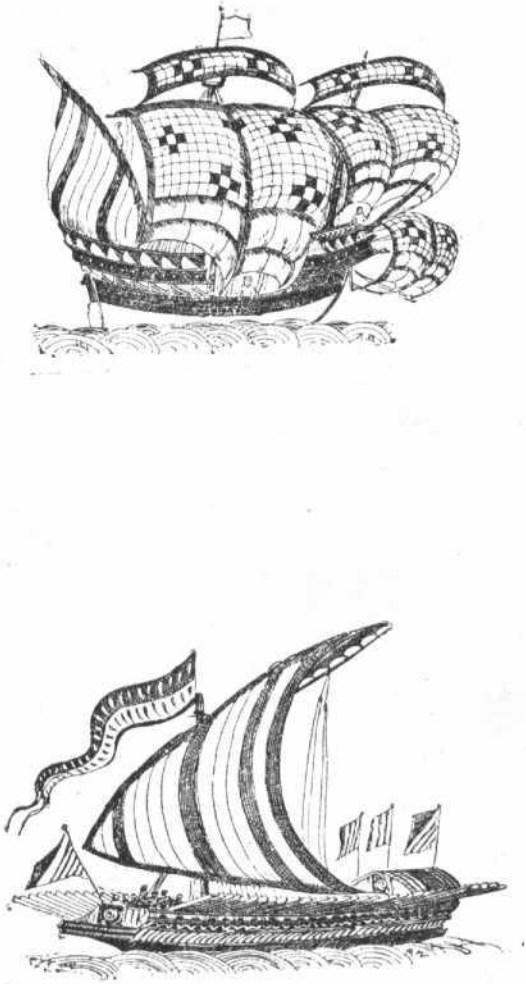
«¿Quién eres tú que espantas sólo en verte?
Soy muchedumbre de árboles cortados,
Que sobre flaca arena fabricados
Contra toda razón me llaman fuerte.»

Otros refieren que teniendo en la prisión buen ánimo y semblante risueño, como le preguntaran, respondió: «Llore quien se ha perdido mal; que yo, si he perdido

Cosa es oportuna de referir cómo unos pocos consiguieron librarse por sí mismos. El año 1564 andaba en Constantinopla una galera conduciendo materiales para la fábrica del harén; movían los remos 200 esclavos cristianos, entre ellos 16 capitanes del Rey Católico prisioneros de los Gelves; ocho españoles, cinco italianos y tres alemanes; y hallando oportunidad, armados de piedras mataron á los turcos de guardia y se alzaron con el bajel, llegando con felicidad á Sicilia. Hicieron cabeza Juan Bautista Doria, genovés, y Antonio de Olivera, castellano, gobernador que fué del castillo de la isla después de la muerte del maestre de campo Barahona.

la libertad, he conservado la honra, habiendo hecho en esta jornada lo que era obligado á Dios y á mi Rey, y como hombre he de pasar las adversidades y trances de fortuna.» No faltó, sin embargo, quien le mordiera, estimando que en los Gelves pudo hacer más de lo que hizo, por aquello de no parecerse los hombres á las onzas de oro.

Un hijo de Cicala, joven de diez y ocho años, pariente de Andrea Doria, renegando de la fe, llegó á las más altas dignidades de Turquía.



Nao y galera pintadas en un arcón que perteneció á **Miguel de Oquendo.**

III.

NAUFRAGIO EN LA HERRADURA.

1560-1563.

Muerte de Andrea Doria.—Desquiciamiento de la armada real en el Mediterráneo.—Perece D. Juan de Mendoza con su escuadra.—Sitio de Mazalquivir.—Valentía de los defensores.—Llega el socorro.—Turcos y argelinos huyen.

Profunda impresión debió hacer en el ánimo del anciano Capitán general de la mar, Andrea Doria, la nueva de los sucesos de los Gelves, llegada á Génova de un modo vago que proyectaba sobre la derrota de los cristianos sombras aun más negras de las que en realidad tuvo. Temió por la vida del ahijado y favorito en cuyas manos había puesto las galeras, la insignia de su dignidad, y en cierto modo su reputación, pues que en nombre suyo regía la armada del Rey Católico joven y sin las probanzas que podían alegar los generales puestos á sus órdenes [1].

[1] Andrea Doria no tuvo hijos. Adoptó al mayor de su primo Tomás, á Juanetín Doria, que se mostró digno del afecto y distinciones dispensadas; adoptó también á Marco Antonio del Carreto, hijo habido por su mujer en anterior matrimonio, y le dió autorización para usar su apellido. De este Marco Antonio nació Zenobia, y de Juanetín, asesinado en las calles de Génova la noche de la conjuración de los Fiesschi (2 de Febrero de 1547), fué hijo Juan Andrea. Lo tuvo por suyo desde aquel momento, en que contaba ocho años de edad, el Almirante; le inclinó al matrimonio con Zenobia, y fueron los dos objeto de predilección y herederos de sus bienes. Juan Andrea, nada semejante en carácter á su tío, contó en Italia escasa simpatía. «G. Andrea non è figura simpatica neppure a noi Italiani», dice

Es de presumir que no llegaran á oídos del casi centenario Almirante los comentarios ni los epigramas que quizá en la misma ciudad de Génova se hicieron [1]; sabría por encima, y por carta del mismo Juan Andrea, la destrucción de la escuadra; que con *La Real*, tan primorosamente labrada, se habían perdido las galeras de su propiedad, los esclavos, lo que afectaba á los bienes de fortuna; mas que la persona querida estaba en salvo, y por ello dió muchas gracias á Dios, haciéndose conducir inmediatamente á la iglesia en actitud ejemplar humilde. El golpe resintió, sin embargo, á la materia, debilitada por tantos años de vida en la estrechez é incomodidad de los bajeles de su tiempo.

Juzgándole un escritor marino imparcial, siempre juicioso y benévolo [2], pensaba que le han enaltecido acaso demasiado sus compatriotas genoveses y deprimido injustamente en otras regiones italianas, pues que supo mantenerse fiel á los intereses de España, sin ir en modo alguno contra los de la patria. Hállale en las batallas de difícil apreciación, no sabiendo decir si fué á veces táctico que vacila, propietario de galeras y de esclavos que cuida de la conservación, ó general que se estima inferior al cargo.

el Sr. Manfroni en la crítica antes citada; sin embargo, procediendo en justicia, consigna que en relaciones del tiempo se le atribuye esta frase, á raíz del suceso de los Gelves: «Che era contento d'aver perduto la battaglia, ma d'aver salvato l'onore».

[1] Uno italiano se contiene en el libro referido, *El desastre de los Gelves;* y porque apareció con graves errores de ortografía me complazco en reproducirlo corregido por el mismo Sr. Manfroni:

PASQUINO. Marfodio tuto vegno spaventato
E non so si en le spalle sto ferito.
MARFORIO. Del traditor Paschin forse ay fugito?
PASQUINO. Non, ma di buona voglia ritirato.
MARFORIO. Quanti nemici nostri ay ammazzato?
PASQUINO. Niun con mano armata, ben col dito
Perchè quel Mondo (?) va tuto smarito
Per le prodese che con lui e ho fato.
MARFORIO. Non dico questo, ferma per Dio il passo
Che anchora par che di paura fugi
E dimmi perchè mai voltasti il fianco.
PASQUINO. Dirò il vero; fugir mi fe yl fracazo
Li tiri, le bombarde li archibugi
Ma sopra tute cose un moro bianco

[2] El almirante Jurien de la Gravière.

Esta opinión, singularmente explanada al considerar la batalla de Previsa [1], tuvo partícipes entre los coetáneos de Carlos V, influídos de la sagaz política veneciana, existiendo relaciones españolas en que se supone que, poco satisfecho el César del empleo de su armada ante el golfo de Arta, dijo públicamente: «Donde no está su dueño, ahí está su duelo.»

Sin mucha exigencia debía esperar algo más de lo que consiguió la Liga con fuerzas de tanta consideración y costo; que le doliera la ineficacia parece natural, mas nada acredita que de ella culpara á Andrea Doria, ni que por la campaña de Grecia ó por otros motivos perdiera nunca el alto aprecio en que le tuvo el Emperador, patente, mucho más que por la concesión del Toisón de Oro, de los títulos con renta de Príncipe de Melfi y de Canciller del reino de Nápoles, por la instrucción reservada que envió desde Bruselas en 24 de Junio de 1554 á D. García de Toledo, tratando de la guerra de Siena y de Córcega, en que se leen estas frases, relativas al Capitán general de la mar [2]: «Que os tenga siempre á la mano para poderos emplear en lo que más holgare y os ordenare de nuestro servicio y de su descanso, como no dudamos que lo haréis, según la afección y amor que habéis siempre mostrado y tenéis á ambas cosas [3]».

[1] Véase lo expuesto en el t. I, cap. XVII.

[2] *Dirección de Hidrografía. Colección Navarrete*, t. XXXIII.

[3] En los momentos de su muerte, escribió su historiador Capelloni, iba á cumplir el príncipe Doria noventa y cuatro años. Su único deseo consistía en despedirse de Juan Andrea, al que esperaba de hora en hora. Guardó cama el viernes 22 de Noviembre de 1560; conoció el domingo 24 que se acercaba su fin, y confesó y comulgó, pidiendo seguidamente la Extremaunción con las ceremonias de la Iglesia. Hacia la media noche llamó al ayuda de cámara, Antonio Piscina, volviendo á decir que hubiera querido abrazar á Juan Andrea antes de dejar el mundo para hacerle varias recomendaciones; visto que Dios no le acordaba esta satisfacción, sometiéndose á su voluntad divina, pedía que le supliera, diciéndole de su parte, tan luego como llegara á Génova, que ante todo había de vivir en el temor de Dios, y que no dejara en tiempo alguno el servicio del Rey. Que lo hiciera con vigilancia, honradez y fidelidad, imitándole; que amara y honrara á su patria, teniendo en el corazón la libertad de Génova, sin omitir nada en su pro. Relativamente á su persona, quería que, al amortajarle, se le pusiera al cuello la insignia pequeña del Toisón de Oro, con que deseaba ser enterrado. El collar había de conducirlo á España Piscina y entregarlo al Rey, manifestando en su nombre, que

Alguien pensaría que con el cuerpo del veterano se había sepultado la marina real en el Mediterráneo; tal andaban azorados los capitanes y medrosa la gente de las playas, oyendo cada día nuevas de Dragut, que campeaba impunemente hacia Levante, ó de Hassán el argelino, que lo hacía por el lado opuesto, promoviendo nueva rebelión entre los moriscos de Valencia, perdido desde el día de los Gelves el prestigio del nombre que se procuraba mantener [1].

recibida aquella condecoración del Emperador, de santa y gloriosa memoria, creía deber ponerlo en sus manos. Rogaba en su última hora que, en consideración á los servicios prestados á su padre y á él, acordara su real protección á Juan Andrea y á Pagano Doria, asegurando que ambos habían de serle fieles como él mismo. Dicho esto, recomendando devotamente el alma á Dios, expiró con los ojos fijos en un crucifijo. Anteriormente tenía mandado expresamente que se verificara el entierro de noche, sin pompa ninguna, y así se hizo, depositando el cuerpo en el sepulcro que tiempo atrás había encargado á Giovanni Angelo Montorsoli, en la capilla subterránea de la iglesia de San Mateo. Escrito su elogio por D. Luis Zapata, lo acabó diciendo: «Aquí dió fondo perpetuo y murió después en servicio del poderoso Felipe, Rey de España, y así vi en Génova un claro é ilustre epitafio alrededor de sus casas; de modo que sirvió fielmente á una República y á tres Príncipes de voluntad y condiciones diversas, cortando su servicio y fidelidad á la medida de sus talles. Pues otra lealtad usó mayor con su patria; que queriendo el Emperador hacerle señor perpetuo de Génova, él tanta merced no la aceptó, queriendo más ser un fiel y gran ciudadano de ella, que un desleal príncipe, tirano y señor de su patria.» (*Miscelánea. Memorial Histórico Español*, t. XI, pág. 81.) Bueno es, conocida esta opinión, hacerse cargo de lo que, en carta fecha en Roma á 29 de Septiembre de 1531, escribía al Emperador el Cardenal de Osma: «Díjome su Beatitud, entre hablas, que Andrea Doria no era bien querido en Génova, y que era la causa porque los Adornos eran sus contrarios, y los Fragosos, de cuya parcialidad ha sido siempre él capitán, viendo que él gobierna la ciudad y que el gobierno hecho es cerimonia, pues no se hace sino lo que él ordena, súfrenlo de mala gana, paresciéndoles que es duque en la obra, el cual nombre han poseído ellos y los Adornos doscientos años ha.» (*Colec. de doc. inéd. para la Hist. de España*, t. XIV, página 220.)

Un compatriota le ha juzgado «sperimentatissimo, quatunque avesse abbracciato la carriera del mare in età avanzata; non punto rischioso, comunque all'evento incombe sapesse riparare con maravigliosa risolutezza; capitano di *testa* più che di *cuore*; giammai dimentico dell'interesse del suo signore e del propio, savio cittadino, squisito cortigiano, amoroso congiunto, politico avveduto, Andrea D'Oria non trova posto nella schiera dei marinari poetici cui appartengono Ruggero di Lauria, Dragut, Marcantonio Colonna, Francesco Morosini, Lazzaro Mocenigo, Suffren, Nelson e David Porter. Sta fra gli abilissimi amiragli d'ogni nazione. E dello stampo degli Agrippa e dei Farragut.» Augusto Vittorio Vecchi, *Storia generale della marina militare*, segunda edizione. Livorno, 1895, t. I, pág. 317.

[1] En 8 de Junio de 1560 se expidió título de lugarteniente del príncipe Andrea

En las Cortes de Toledo sonaba la voz del reino:

«Otro si decimos que aunque V. M. ha tenido siempre relacion de los daños que los turcos y moros han hecho y hacen andando en corso con tantas bandas de galeras y galeotas por el mar Mediterraneo; pero no ha sido V. M. informado tan particularmente de lo que en esto pasa, porque segun es grande y lastimero el negocio, no es de creer sino que si V. M. lo supiese lo habría mandado remediar; porque siendo como era la mayor contratacion del mundo la del mar Mediterráneo, que por él se contrataba lo de Flandes y Francia con Italia y venecianos, sicilianos, napolitanos, y con toda la Grecia y aun Constantinopla, y la Morea y toda Turquía, y todos ellos con España y España con todos; todo esto ha cesado, porque andan tan señores de la mar los dichos turcos y moros cosarios, que no pasa navío de Levante á Poniente, ni de Poniente á Levante, que no caiga en sus manos; y son tan grandes las presas que han hecho, así de cristianos cautivos como de haciendas y mercancías, que es sin comparacion y número la riqueza que los dichos turcos y moros han habido, y la gran destruccion y asolacion que han hecho en la costa de España; porque dende Perpiñan hasta la costa de Portugal, las tierras marítimas se están incultas, bravas, y por labrar y cultivar; porque á cuatro ó cinco leguas del agua no osan las gentes estar; y así se han perdido y pierden las heredades que solían labrarse en las dichas tierras marítimas, y las rentas reales de V. M. por esto tambien se desminuyen, y es grandísima inominia para estos reinos que una frontera sola como Argel pueda hacer y haga tan

Doria *al ilustre* Marco Antonio Doria y del Carreto. *Dirección de Hidrografía. Colección Sans de Barutell. Simancas*, art. 2.°, núm. 20.

Un romance escrito por Alonso Gómez de Figueroa da cuenta de un siniestro terrible ocurrido entonces. *Obra nuevamente compuesta del suceso y desastre que aconteció en Málaga el primer dia de Pascua de Espíritu Santo. En un galeón que estaba con quinientos soldados de infanteria. Y en el mesmo puerto, á media legua de la ciudad, se abrió y se fueron á fondo con toda la gente que llevaba, que no escaparon sesenta personas. Acaesció á 25 de Mayo de 1561 años.* Impreso en Sevilla, 2 hojas en folio.

gran daño y ofensa á toda España; y pues V. M. paga en cada un año tanta suma de dineros de sueldo de galeras, y tiene tan principales armadas en estos reinos, podríase esto remediar mucho, mandando que las dichas galeras anduviesen siempre guardando y defendiendo las costas de España sin ocuparse en otra cosa alguna. Suplicamos á V. M. mande ver y considerar todo lo susodicho; y pues tanto va en ello, mande establecer y ordenar de manera que, á lo menos el armada de galeras de España no salga de la demarcacion della, y guarde y defienda las costas de dicho mar Mediterraneo desde Perpiñan hasta el estrecho de Gibraltar, é hasta el río de Sevilla, y V. M. mande señalarles tiempo preciso, que sean obligados á andar en corso y en la dicha guardia sin que dello osen exceder; porque en esto hará V. M. servicio muy señalado á Nuestro Señor y gran bien y merced á estos reinos.»

El emperador Carlos V mandó construir 50 galeras de una vez por decoro de la majestad al ir á Italia; D. Felipe dió órdenes apretadas para poner en astillero las quillas de otras tantas que reemplazaran las perdidas, convocando en Barcelona maestranza de todos los puertos de España y haciendo traer árboles de Flandes, remos de Nápoles, arcabuces y picas de Vizcaya; y mientras la fábrica avanzaba por sus pasos, agregó á la escuadra de galeras de España, de D. Juan de Mendoza, algunas genovesas, juntando 28, reforzadas con 3.500 infantes para atender preferentemente á la costa de Valencia y á la plaza de Orán, amenazadas.

A la última había de acudir primero con municiones, y ya que las había embarcado en Málaga, dió pasaje á mujeres y familias enteras de soldados, admitiendo en la Capitana á dos niños pequeños, hijos de D. Alonso de Córdoba, conde de Alcaudete, nietos de D. Martín.

El 18 de Octubre de 1562, concluída la faena, empezó á soplar mansamente de Levante, viento para el que la playa de Málaga era desabrigada y peligrosa. Sabíalo muy bien D. Juan de Mendoza, criado en las galeras al lado de su padre D. Bernardino; y conociendo las condiciones de la costa,

determinó salir de allí sin dilación y fondear en la Herradura, que es un ancón situado 40 millas más á Oriente, con excelente resguardo de tal rumbo, experimentado por don Juan en dos ocasiones en que salvó á la escuadra refugiándola en aquel abrigo.

Aunque contra el viento fuerte bogaron desde las dos de la noche hasta las diez de la mañana siguiente, lunes 19, en que surgieron y se aseguraron con dobles amarras en precaución del temporal que amagaba; mas no descargó la mayor furia de Levante, como se temía; á la media hora de ventar por este lado rondó hacia el Sur con tal violencia que no dió tiempo á levar otra vez, encontrándose las galeras sin el reparo que buscaban, batidas abiertamente.

Empezaron á garrar las unas y á dar en tierra las más próximas, haciéndose pedazos; visto lo cual, en algunas, por salvar las vidas, cortaron los cables, dejándose ir á la playa donde fueron sorbidas de la mar con la gente despedazada por la resaca ó por los remos y objetos mil flotantes que en su furia movía á un cabo y á otro.

La Capitana de D. Juan de Mendoza, hermoso bajel de 28 bancos, construído en Nápoles, nuevo, de cinco meses, aguantaba bien sobre los ferros; sin embargo, no creyendo los prácticos que pudieran resistir mucho tiempo las amarras, trataron de varar, dando un calabrote por el través de estribor, y halando por él al mismo tiempo que largaban el cable de la otra banda. En esta disposición se atravesó á las olas la galera y tumbó, anegándose.

Don Juan estaba en la popa con una marlota roja, ceñida una tohalla y un zaragüell largo de raso pardo. Animaba á la gente, y más que nada se ocupaba de la vida de los dos niños que le estaban confiados. Al caer al agua quiso nadar; pero el golpe de un madero en la cabeza le aturdió y echó al fondo, suerte que cupo también á los niños, á D. Francisco de Mendoza, hijo del Marqués de Mondéjar, al veedor Morillo, con otros caballeros, no escapando de su compañía más que el piloto, nueve marineros y trece forzados.

De las 28 galeras, que eran [1]: 12 de la escuadra de España; 6 de Nápoles y de particulares á sueldo de la Corona; 6 del marqués Antonio Doria; 2 de Bendineli Sauli, y 2 de Estéfano de Mari, dieron al través, ó se anegaron, 25, salvándose únicamente tres de la escuadra primera: *Mendoza*, *Soberana* y *San Juan*.

La pérdida de gente es difícil de estimar en las relaciones [2], que fluctúan en las cifras de 2.500 á 5.000 personas, ya porque en unas no se cuentan las mujeres, ya porque otras hacen caso omiso de los infelices remeros forzados. En lo que andan conformes es en lamentar la muerte del General, porque fué de los valerosos que las galeras de España tuvieron, no habiéndose quedado atrás en la reputación heredada de su padre.

Desde 1545 había mandado escuadra, haciendo continuas campañas en los mares de Italia y de España con vigilancia y fortuna de muchas presas de berberiscos y turcos. Sólo el año 1556 tomó en aguas de Sicilia 11 galeotas.

> Mas Dios, que la tierra y mar
> Manda y rige en toda parte,
> Por bien tuvo que este Marte
> Feneciese [3].

Tal suerte infeliz cupo á otro hermano, D. Íñigo, general de las galeras de la Orden de Santiago, navegando por la ribera de Génova en una con poco lastre y mucha vela, que trastornó el viento [4].

La nueva calamidad de la Herradura, siguiendo tan de cerca á la de los Gelves, contristó profundamente á la gente

[1] La orden de reunión de estas galeras se halla en la *Colección Sans de Barutell. Simancas*, art. 3.°, núm. 170.

[2] Las he condensado en el libro de *Viajes regios*, incluyendo el sentido romance que escribió el soldado Fernando Moyano, testigo de vista, con pormenores y nombres de los capitanes y de los bajeles.

[3] Fernando Moyano, *Romance* citado.

[4] Así (escribió Zapata) fué del honrado caballero la patria el mar, la galera casa y un pece sepoltura. Del ahogarse se hizo gran sentimiento dél por todo el mundo. (*Memorial Histórico Español*, t. XI, pág. 38.)

marinera nuestra, al paso que en la costa frontera argelina se celebraba pensando que, perdidas aquellas galeras, no quedaban al Rey de España otras con que proteger á la plaza de Orán, y volvería, por tanto, esta vez al poder mahometano. Creyó lo mismo el Gran Señor, y mandó al virrey Hassan que hiciera la conquista luego, para lo que le enviaba á Piali con 10 galeras de las apresadas, refuerzo de las suyas oportuno. En breve puso en campaña más de 50.000 hombres provistos de artillería gruesa, y en la mar 45 bajeles de remo y 5 navíos franceses de alto bordo [1], dirigiéndolos simultáneamente sobre Mazalquivir como escala.

Antes de conocer esta resolución llamó el rey D. Felipe á Cortes en Madrid, con objeto de pedirlas subsidio extraordinario, declarando en la convocatoria [2] ser preciso remediar la pérdida de galeras, armar otras, meter en orden las fronteras, puertos y costas de Africa, teniéndose por cierto que la armada del Turco y los bajeles de Argel y el Peñón de Vélez se juntaban. La proposición (que hoy diríamos discurso de la Corona), leída el 25 de Febrero de 1563, expresaba [3] que, habiendo sucedido la pérdida de los Gelves, que fué tan grande, y quedando las fuerzas de mar enflaquecidas y los infieles con soberbia é insolencia, se habían hecho grandes costas y había que continuarlas por la pérdida que sobrevino de las galeras que Argute Arráez (Dragut) tomó, de las que se perdieron en Sicilia, y mucho más necesario y forzoso después del caso sucedido en el puerto de la Herradura. Que asimismo habían armado cosarios franceses y de otras naciones, herejes y luteranos, que infestaban los mares y puertos, por lo que tenía ordenado formar una muy poderosa armada de galeras que no sólo fuera suficiente á la resistencia de los dichos turcos é infieles, mas pudiera con ella ofenderlos en sus propias tierras y provincias.

[1] Cabrera de Córdoba. Salazar.
[2] A 12 de Diciembre de 1562.
[3] *Actas de las Cortes de Castilla*, publicadas por el Congreso de los Diputados, tomo I.

En tanto se deliberaba la proposición urgentemente, por haber de partir S. M. á las Cortes de Monzón entrado el mes de Abril de 1563, los hijos del valeroso Conde de Alcaudete muerto en Mazagán, D. Alonso y D. Martín de Córdoba, guardaban las dos plazas de Orán y de Mazalquivir, preparados, en cuanto de su voluntad dependía, á la lucha, á que les estimulaba la llegada de embarcaciones menores en que se les envió desde Málaga dos mil fanegas de trigo, herramientas de zapadores, pólvora, un ingeniero y algunos soldados de experiencia. Como eslabón entre los presidios, y á fin de darse la mano, construyeron en loma intermedia un fuerte llamado *San Miguel*, y otro avanzado de Mazalquivir, que denominaron *Los Santos*.

A éste atacó primeramente el argelino por mar y tierra, cuidando las galeras de interrumpir las comunicaciones con Orán; y aunque doscientos soldados defensores hicieron destrozo, derribados los muros, que eran de tapial, hubieron de ceder. Hassán cercó entonces el otro fuerte de San Miguel, considerándolo llave de Mazalquivir, como éste lo era de Orán. Ante la plaza dejó 24.000 infantes y 400 caballos; á la otra bloqueó poniendo sus soldados á cubierto de la artillería en Cerro Gordo, como lo estaba la escuadra tras del cabo Falcón, y lanzó á los genízaros al foso del fortín, que gente le sobraba para todo; pero rechazados en seis asaltos consecutivos los turcos de elección, se persuadieron de no ser llana la empresa. Detúvoles el obstáculo hasta el 8 de Mayo, en cuya noche abandonaron las ruinas los españoles replegándose á Mazalquivir, después de sostenerse veintidós días, muchos más de lo que se esperaba por moros y cristianos.

Llegó la vez á la ciudad, débilmente fortificada, en que se pasó muestra á 470 hombres; pocos defensores, con la remota esperanza de socorro que tenían. Abierta trinchera y situadas baterías á cuarenta y cinco pasos de la muralla, batiendo sin cesar, al mismo tiempo que desde un cerro dominante tiraban con culebrinas á las casas, el 20 de Mayo envió Hassán por delante 12.000 alárabes para que quebrase en ellos la furia de los arcabuceros, y á la espalda dos colum-

nas compactas que dieran el asalto. La mortandad fué espantosa; pero sin vacilar los turcos corrieron animosos, llegando á plantar su bandera en una almena y á lidiar cuerpo á cuerpo en lo alto, lo mismo que en las brechas, hasta ser arrojados al foso.

El 1.° de Junio se repitió la acometida por tierra y mar con igual bizarría de parte y parte. De la plaza, á más de las piedras, dardos y alcancías, rodaron esta vez barriles de pólvora, que, reventando entre la apretada masa de los argelinos, sembraron el espanto, haciéndola retroceder velozmente. Los días 6 y 7 volvieron á estrellarse contra las defensas los bríos de los asaltantes. A la suprema necesidad acudían el ingenio y la vigilancia de D. Martín con reparos y recursos inesperados. El suelo estaba cubierto de cadáveres.

Para el 16 de Junio [1] preparaba Hassán el golpe decisivo, habiendo arengado á la hueste y avergonzádola por su indecisión frente á tan pocos y despreciables enemigos cristianos. Estábanse formando las columnas cuando asomó el alba, y súpito oyeron el estruendo de artillería de la plaza acompañado de vocería, clamor de campanas, sonido de trompetas y atambores. ¿Qué ocurría? Digámoslo.

Tenía el rey D. Felipe avisado á los gobernadores en Italia el apuro de las plazas de Berbería, ordenándoles despacharan urgentemente las naves de que pudieran disponer, procurando en el ínterin que recibieran algún auxilio. A propósito fué comisionado D. Alvaro de Bazán con las cuatro galeras en que de ordinario andaba en protección de la recalada de flotas de Indias, y se acercó con precaución á la ciudad sitiada, tratando por dos veces de burlar la vigilancia de los bloqueadores, sin lograrlo.

Algo parecido ocurrió al Abad de Lupián, armador tonsurado que poseía una galera; de forma que transcurrieron dos meses sin que los avisos y ruegos del Conde de Alcaudete obtuvieran respuesta. Al fin el último día de Mayo, aprovechando un violento temporal que había forzado á la escuadra

[1] Cabrera de Córdoba.

de Argel á refugiarse en el puerto de Arceo, entraron en Orán dos fragatas: una de Málaga, de Cartagena la otra, llevando seguridad de seguirles muy pronto el socorro que se estaba preparando.

Recibió encargo al efecto, con título de Capitán general, D. Francisco de Mendoza, que armó y dispuso á toda priesa las galeras nuevas construídas en Barcelona, y fueron juntándosele las de Malta, las del Duque de Saboya, las del Cardenal Borromeo, enviadas á la necesidad. Juan Andrea Doria trajo 12 de Génova, de buena aplicación á no suscitar con ellas enojosa cuestión de precedencia. Vista la insignia de Mendoza, pasó á la corte á representar al Rey que, habiendo sido jefe supremo en Italia, no podía servir subordinado ahora, y porque no era ocasión de descontentarle contemporizó D. Felipe, ofreciendo que en Italia volvería á tener la jefatura; mas como no había razón para quitarla al que la tenía, fueran las galeras genovesas á la jornada regidas por su hermano Pagano Doria, y él como consejero sin cargo, que de este modo en su experiencia y valor fiaba el buen suceso. Se aquietó con la benignidad del Rey la susceptibilidad del de los Gelves, y volvióse á Cartagena á tiempo en que llegaba aviso último de Mazalquivir diciendo haberse comido los caballos, estar todo consumido y ellos amparados tras de barricas y traveses de madera y de tierra, sustentándose con trabajo en pie, en el aprieto del hambre y trance de la vida.

Partió D. Francisco de Mendoza con 34 galeras, unidas las de Nápoles, de Bazán, de Antonio Pascual Lomelín y del Abad de Lupián, conduciendo 4.000 soldados y muchos caballeros voluntarios. Navegaban con precaución, deseando sorprender á los enemigos, llegando sobre ellos de amanecida, y dicho está que lo hicieron en el instante en que formaban las columnas para lanzarlas al asalto definitivo. Veinte bajeles suyos sobre la playa (los demás habían ido á Argel por municiones y bastimentos) descubrieron los primeros á la armada cristiana, y diéronse á huir hacia Poniente á toda vela. Los turcos de las trincheras las abandonaron; y como

nuestras galeras hicieran muestra de atracar al cabo Falcón, temiendo Hassán le cortaran el paso, determinó la retirada con bastante orden, salvando las tiendas y cubriendo la retaguardia con escopeteros.

Dejaron en el campo 16 piezas de artillería, muchas municiones, ropa y mantenimientos, una bandera, herramientas, madera, cureñas y ruedas. Se tomaron cinco galeotas sin gente, y las cuatro naves grandes francesas con alguna parte de la suya, que fué puesta en galeras al remo, después de haberla interrogado por qué siendo cristianos habían venido en ayuda de los infieles trayéndoles municiones [1].

Contando lástimas, describiendo lo que los del socorro vieron en Mazalquivir, y haciendo elenco de personas de calidad muertas en el sitio, ocupan los historiadores del tiempo páginas largas, que pueden resumirse en estas pocas líneas de D. Luis Zapata [2]:

«Estaba el animoso marqués D. Martín de Córdoba herido, y hecha pedazos su gente..... de hambre, como espíritus consumidos y flacos, *nulli sua forma manebant*, y de los soles de la ardientísima Africa negros como alarves, y del nunca dormir vencidos, no del fuego ni del hierro, sino del sueño y del hambre; botas y rotas sus armas, ya sin mechas los arcabuces, sin pelotas sus bolsas y sin pólvora sus frascos; la muralla despedazada y abierta cuarenta pasos; sólo sirviendo de muros las valerosas manos del animoso Marqués y de los pocos que con él habían quedado, y juntos á la ya no fuerza, sino flaca, montón de turcos muertos y hechos dellos jiras.»

Tiempo era de levantar el espíritu mareante, abatido con la consideración dolorosa de infortunios fatídicos en principio de reinado: aquí el heroico Conde viejo de Alcaudete, general abandonado de su hueste; allá, cabe Trípoli, la hueste

[1] «Por lo cual (escribió Salazar) D. Francisco los mandó echar al remo, aunque con muy justa causa los pudiera mandar ahorcar, y en ellos fuera muy bien empleado, porque otros tomaran ejemplo, aunque la principal culpa estaba en los que los enviaron de Francia.»

[2] *Memorial Histórico Español*, t. XI, pág. 42.

abandonada de su General; enfrente General y hueste abismándose juntos, menos mal el último, dada por lenitivo al sentimiento la convicción de que llenaron todos su deber. Registrar las espaldas á los turcos era suceso de los que se iban borrando en la imaginación de los navegantes, y en buen hora volvía para hacerles olvidar el estribillo de los cautivos asidos al remo:

«¡Ay Dios; felices los que plantan coles!»

IV.

EL PEÑÓN DE VÉLEZ DE LA GOMERA.

1563-1564.

Expedición de D. Sancho de Leyva.—Desembarque.—Fracaso.—Presa de naves inglesas en Gibraltar.—D. García de Toledo, general de la mar.—Propósito de reorganizar la armada.—Ordenanzas.—Gran armamento.—Concurso de las naciones cristianas.—Escuadras en Málaga.—Vuelta al Peñón.—Inteligencia en el ataque.—Sucumbe la plaza.—Su importancia.

A que estaba junto tan buen armamento y, de vuelta en Málaga, reforzado con galeras venidas de Italia con retraso, saliendo el Rey de inquietudes, remuneró á los vivos y no dejó sin premio á los muertos haciendo mercedes á las viudas, con que todos fueron contentos y gratificados. La ocasión era excelente para emplearlos; y como el alcaide de Melilla, Pedro Venegas, porfiara que podía cobrarse fácilmente el Peñón de Vélez, según noticias seguras que tenía de dos renegados, siempre que de noche se escalara por sorpresa, ordenó á D. Francisco de Mendoza lo intentara.

Al llegar la carta del Rey padecía el General de las galeras de un ataque de fiebre aguda que le imposibilitaba; así que hubo de resignar el mando, y por acuerdo con los capitanes lo tomó D. Sancho de Leyva, Capitán general de las galeras

de Nápoles otra vez desde que volvió del cautiverio de Constantinopla [1].

Hízose á la mar D. Sancho á 23 de Julio con 50 galeras; abrió sobre la isla de Alborán los pliegos reservados; comunicó á los generales el plan del alcaide de Melilla; y aunque á todos pareció quimera, navegaron de concierto para recalar sobre el Peñón de noche, disponiendo fragatas y bergantines, escalas y gente ágil y determinada, para que el mismo Venegas, que en la escuadra iba, dirigiese la empresa.

Sucedió lo que era de esperar; sintiendo los vigilantes el ruido de los remos, dispararon una pieza que puso en pie á toda la guarnición; y no pareciendo á D. Sancho que era cosa de volverse con aquella burla, así que fué de día atracó á la costa fuera de tiro de cañón, y á seis millas de Vélez desembarcó con unos 4.400 hombres, españoles é italianos, y avanzó por terreno escabroso, llevando la vanguardia los caballeros de San Juan. Diez y ocho ó veinte criados suyos (detalle curioso), con forzados de sus galeras y escolta de 200 arcabuceros y 100 piqueros, le llevaban á retaguardia manjares aderezados y vajilla de plata en que habían de servírsele. Habiendo pasado sin ocurrencia toda la infantería, aparecieron unos 60 moros que, rodando piedras, con los alaridos que ellos dan asustaron á los reposteros haciéndoles correr hasta la playa, con lo que D. Sancho se quedó sin comida y sin plata, á beneficio de los alárabes, no acostumbrados á parecido regalo. Cuando acudió fuerza á reforzar la retaguardia, los moros habían desaparecido con la presa.

Lo mismo habían hecho los vecinos de Vélez; la ciudad estaba abandonada con alojamiento para toda la tropa; mas así que cerró la noche acometieron con más ruido que bulto, si bien como podían desear. Dieron á huir los soldados cuesta abajo, despeñándose como si detrás les siguiera la morería entera, ó tirándose al agua para ganar los bajeles, y esto mucho tiempo después de haber huído á su vez los berberiscos, así que D. Sancho les hizo frente con su escuadrón.

[1] Era sobrino del Sr. Antonio de Leyva, príncipe de Áscoli, defensor de Pavía.

Al siguiente día llegaba de la mar el Alcaide turco, gran corsario, con dos galeras, á que dieron caza las nuestras más de 20 millas sin poderlas alcanzar: el viento de la buena dicha no soplaba por lo visto á los de la jornada. Tuvo D. Sancho consejo de generales, manifestando ante ellos que no hallaba medio de batir y tomar el Peñón, que era á lo que iban, porque sería preciso desembarcar artillería de las galeras y subirla al monte, donde no podrían sostenerla con tan poca gente, siendo atacados de los moros, y la perderían si, como era de presumir, se veían en la precisión de embarcarse. A este parecer se arrimaron los más. Siempre en casos análogos pesa la iniciativa del jefe si con tanta claridad y resolución se insinúa; hubo, no obstante, algunos que opusieran razones de fuerza suficiente con que escudar el disentimiento, y fué uno D. Alvaro de Bazán, hijo de aquel del mismo nombre, venerado por todo marinero, de D. Alvaro de Bazán *el Viejo*, vencedor en Muros.

El Mozo, ya ventajosamente conocido, había dado en la noche anterior prueba de sangre fría haciendo cesar el cañoneo de las galeras en la obscuridad, cuando se inició el pánico en la tropa, gritando que más iban á matar cristianos que moros [1]. A la consulta del General respondió respetuosamente [2]: «Que aquel negocio era de mucha calidad, y que importaba no se dejase de batir el Peñón y procurar de ganarle, porque los turcos que estaban en él de presente, como vivían descuidados de enemigos, no estaban avituallados, y la guarnición que había dentro era muy poca, y viendo cualquier batería que se les daba bastaría para que se le rindiesen de grado ó por fuerza, lo que por aventura no se podría hacer, aunque otra vez, con otra mayor armada de la que allí tenían, volviesen sobre él, porque se habrían avituallado y proveído de buena guarnición y presidio. Cuanto más que hacer lo contrario era ir contra la orden que traían del Rey, y en menosprecio de las naciones española é italiana, y dar ánimo á aquellos turcos y moros, que, ensoberbecidos de

[1] En efecto, murieron 20 fugitivos italianos.
[2] Salazar, *Hispania victrix*.

esto, de allí en adelante los tuviesen en poco y menospreciasen; y que así era de voto que no se retirasen, sino que en la playa de Vélez, al canto de ella hacia el Poniente, se plantasen tres ó cuatro cañones de batir, con que batiesen; y que pues tenían 50 galeras, las partiesen en dos bandas de á 25, y la una batiese por la parte de Alcalá y la otra á la banda de España; porque, aunque aquello no bastase para hacer batería, bastaría para matar la gente que se escondiese por aquella parte, y que, hecha la batería, no sería menos sino que fuese de mucho efecto por ser las murallas del Peñón muy flacas y débiles, lo que él había reconocido ser así, yendo en una pequeña barquilla, desde muy cerca; y que hecha la batería, para dar el asalto había muchas fragatas y bergantines en que podría acometer la gente, y que para esto él tomaría la batería más peligrosa, que era (como se vía) la de la banda de Alcalá, de hacerla con sus galeras; y que para el dar del asalto también se encargaría de hacer escalas de las entenas de sus galeras, poniéndolas en ellas como baupreses de naos, para poder echar la gente en el Peñón bien alta de la mar, y que de la retirada protestaba que no era en ello por las causas y razones que tenía dicho, y que para que esto viniese á noticia de Su Majestad lo daría firmado de su nombre, y que así pedía y requería á cada uno de los que allí estaban en aquel Consejo hiciese lo mismo que dijese.»

Otros generales se adhirieron y firmaron este voto; sin embargo, D. Sancho de Leyva ordenó se empezase el reembarco una hora antes de anochecer, como se hizo, protegiéndolo las galeras y señalándose de nuevo D. Alvaro de Bazán por la gallardía con que tomó el puesto de más peligro, recibiendo su galera dos balazos, que afortunadamente no mataron gente.

Pedro Venegas deseaba que, una vez salidas del Peñón, reconocieran las galeras la Laguna de Puerto Nuevo, contigua á Melilla; mas D. Sancho alegó la contrariedad del viento, y se entró en Málaga el 2 de Agosto [1], enviando cuenta al

[1] Por los datos de Salazar; el 6 de Agosto por los de Cabrera de Córdoba.

Rey de lo ocurrido, con inclusión de votos escritos de los generales que aconsejaron la expugnación.

Salta á la vista la presión ó influencia desmoralizadora de los desastres anteriores sobre la armada, compuesta de residuos de las deshechas, y por azar gobernada en el intento del Peñón por General fugitivo y preso en los Gelves sin justificación, ahora tan apocado como presuntuoso. Por suerte vino á descubrir su proceder la savia nueva regeneradora del tronco al caer las ramas heladas. El Rey, con exactos informes de los sucesos, no se dió por entendido, ni menos por descontento; lo que hizo sencillamente fué contestar á los despachos de D. Sancho de Leyva ordenándole marchase con su escuadra á invernar en Nápoles, al mismo tiempo que lo hacían los demás en sus destinos respectivos, proponiéndose, en el tiempo de asistencia en las Cortes de Monzón, pensar seriamente en la medicación del cuerpo enfermo: en el reemplazo de D. Francisco de Mendoza, General de las galeras de España, que de las calenturas falleció [1], y en la elección de jefe supremo de la marina en el Mediterráneo, previniendo pretensiones anteriormente insinuadas por Juan Andrea Doria, príncipe de Melfi.

Se habían cumplido las predicciones de D. Alvaro de Bazán *el Mozo;* con la retirada del Peñón se borró en nuestra gente la impresión favorable del triunfo de Mazalquivir, y en los argelinos la de la quiebra que sufrieron, volviendo á las correrías por las costas de España, como solían, y extendiéndolas á las islas Canarias, adonde nunca se habían alargado. Los turcos reforzaron las fortificaciones del Peñón é hicieron un castillo nuevo en la playa de Vélez para defender el desembarco.

Prueba más clara del desconcepto seguido á los sucesos dieron ocho naves inglesas, atreviéndose á combatir y abordar

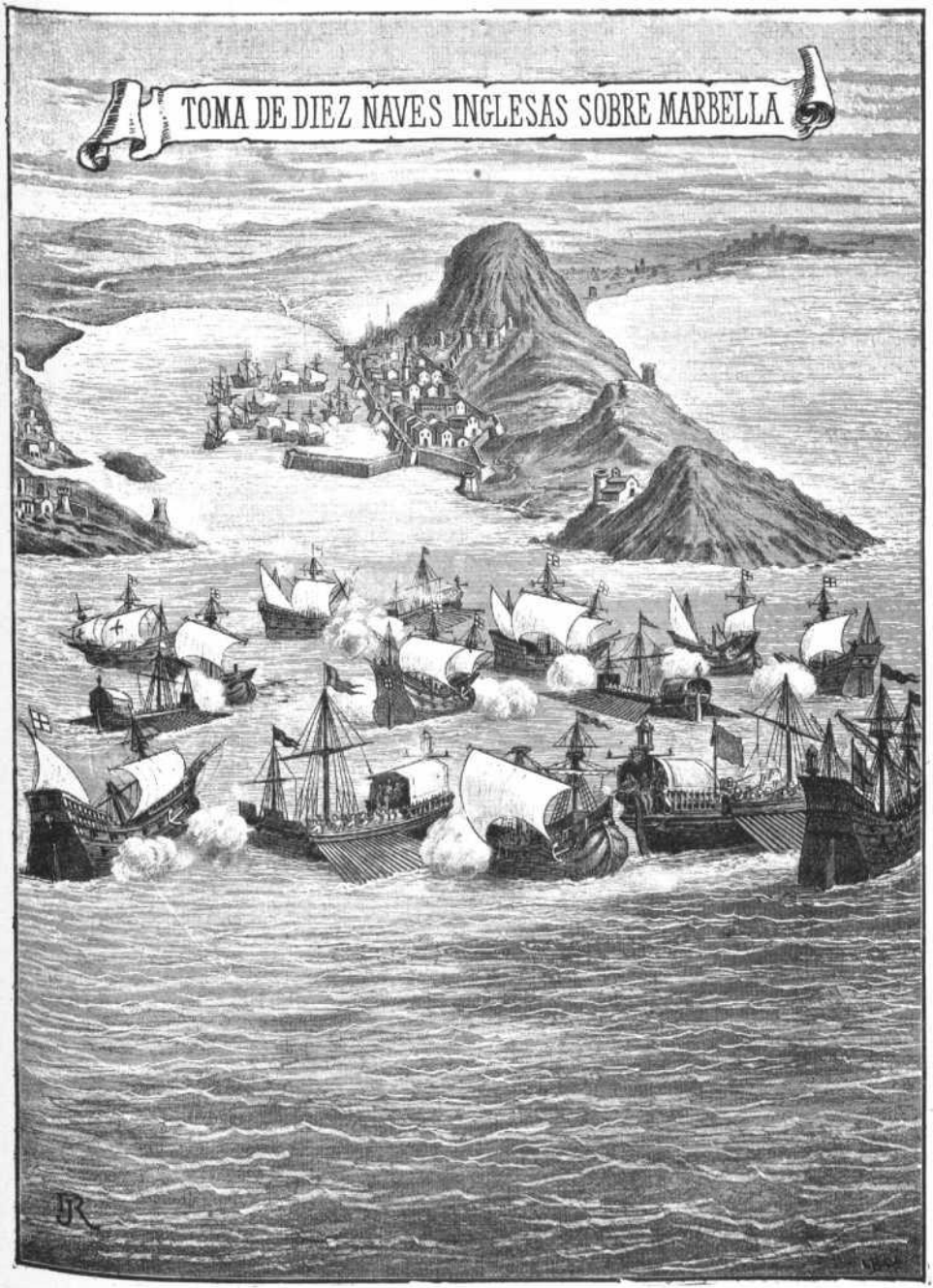
[1] Don Francisco de Mendoza, comendador de Socuéllamos en la Orden de Santiago, señor de las villas de Estremera y Valdaracete, hijo de D. Antonio, virrey que fué de Nueva España y del Perú, había servido con él en Indias. Era primo hermano y cuñado de D. Juan y D. Iñigo de Mendoza, casado con D.ª Catalina.

á una de Francia dentro del puerto de Gibraltar, y lleváransela si no rompiera el fuego el castillo, obligándolas á tomar el largo. El desacato no quedó impune por haber dado aviso el Corregidor á las galeras que invernaban en el puerto de Santa María y salir rápidamente con cinco el mencionado Bazán, que las alcanzó é hizo su presa, hallando á bordo pan de cazabe, azúcar, con otros artículos de Indias que daban sospecha de ser de corsarios [1].

A todo esto se juntaron avisos de estar disponiendo Solimán su grande armada para la primavera, puesta la mira en la Goleta y en las Baleares, y preciso fué acudir á extremados recursos, solicitando D. Felipe auxilios del Rey de Portugal, de los Duques de Saboya, Florencia y Señorío de Génova, al paso que en los virreinatos de Italia y en los puertos de España se activaba la construcción de galeras nuevas. Distando todavía la suma de los contingentes en la comparación de la que harían las galeras del Sultán, acrecentadas con las flotas de Dragut y de Hassán de Argel, ocurrió embargar cien chalupas y zabras de los pescadores de Cantabria y Galicia, embarcaciones de 60 á 70 toneladas, que, bien artilladas y con remeros voluntarios, darían al cuerpo de galeras un re-

[1] Carta de D. Álvaro de Bazán al Rey, fecha en Gibraltar á 24 de Noviembre de 1563. *Dirección de Hidrografía. Colec. Navarrete*, t. XL. En el *Calendar of State papers*, colección inglesa de documentos oficiales, se contiene un despacho del embajador Challoner, fecha 20 de Febrero de 1564, reiterando otro de 20 de Enero é intercediendo á favor de los ocho navíos detenidos y de los 240 tripulantes que habían sido echados á galeras, y morían de hambre y de frío. Aseguraba el Embajador al rey D. Felipe que no eran piratas, sino mercaderes; que fué el navío francés el que empezó las hostilidades, y ellos no hicieron resistencia á las galeras del Rey; pero en carta dirigida á los prisioneros el 3 de Marzo avisándoles haberse interesado por ellos, les reprendía, expresando que habían hecho muy mal en acometer la empresa en las costas de España y tenían que sufrir las consecuencias.

Á la reina Isabel escribió en 18 de Junio que, si bien el tratamiento de los prisioneros era cruel, en mucha parte lo motivaban los aventureros, ó más bien piratas ingleses. Los que cayeron en manos de D. Álvaro de Bazán no hubieran estado tanto tiempo con grillos si otros capitanes ingleses no menospreciaran la jurisdicción de España haciendo presas á franceses dentro de ella. En Galicia, requerido un navío inglés por esta causa, hizo fuego sobre la ciudad y mató cuatro hombres. Sin embargo, volvía á escribir en 28 de Junio, el Rey había dado órdenes para poner en libertad á los navíos con su gente, y en 15 de Agosto lo hizo con las naves detenidas en San Sebastián.



Pintura en el palacio del Viso.

fuerzo homogéneo apreciable, teniendo además aplicación al embarco de caballos, artillería de sitio, balas y municiones. D. Alvaro de Bazán, llamado por el Rey á Aragón, donde estaba, recibió instrucciones con el fin de marchar á Vizcaya y entender en el armamento de la armadilla auxiliar, secundado por los Corregidores.

En tanto se trasladó D. Felipe á Barcelona, queriendo ver por sí mismo el progreso de la obra en las Atarazanas, y gozar la satisfacción de recibir á sus sobrinos Rodolfo y Ernesto de Austria, que, por la vía de Génova, llegaron en la escuadra de Marco Centurión, marqués de Estepa, escoltada por la de Juan Andrea Doria [1].

Una de las determinaciones tomadas desde el momento de su entrada en la ciudad de los Condes, la más trascendental, sin duda, á la armada, fué la designación y nombramiento del Virrey de Cataluña, y de los Condados de Rosellón y Cerdaña para regirla, sustituyendo á Andrea Doria en el título de Capitán general del mar Mediterráneo, con iguales poderes y atribuciones, y, lo que tanto vale, con la seguridad de sostener cuantas providencias encaminara á corregir abusos y restaurar la disciplina [2]. Porque se abarque desde el principio la significación de la patente es útil recordar antecedentes de la persona [3].

D. García de Toledo, marqués de Villafranca por muerte de su hermano mayor D. Fadrique, empezó á servir en la mar con dos galeras suyas, en 1539, á las órdenes de Andrea Doria. A los veintiún años de edad fué distinguido con el mando de la escuadra de Nápoles, más por méritos de su pa-

[1] Llegaron á Barcelona con 18 galeras el jueves 22 de Marzo de 1564. *Cronicón de Sans de Barutell. (Academia de la Historia,* t. XXIII, núm. 19.)

[2] Firmó el Rey el título y las instrucciones en Barcelona el 10 de Febrero de 1564. En las segundas encargaba especialmente «cuidara lo que en lo pasado había ocurrido en el desorden de llevar las galeras, de unas partes á otras, mercancías». El sueldo era de 12 oco ducados. Hay copias de los documentos en la *Colección* mencionada *de Navarrete,* t. III, núms. 7 y 8.

[3] Constan con amplitud en la obra de Sosa, *Noticia de las grandezas de los Marqueses de Villafranca,* Nápoles, 1676, compendiados por mí en el Almanaque de *La Ilustración Española y Americana* para 1881.

dre, el virrey D. Pedro, que por los que se le reconocieran; pero los tuvo pronto en evidencia asistiendo á las jornadas de Túnez, Argel, Sicilia; á las de Sfax, Calibia y Mehedia, donde discurrió el empleo de la batería flotante formada sobre dos galeras, de tanta eficacia para la rendición de la plaza; á las campañas de Grecia, con la fortuna de recobrar los cautivos y botín de Barbarroja en Niza; á las guerras de Siena y de Córcega; á constantes cruceros, en que hizo presas á turcos y moros. Disgustado de la vida de mar, no por la mar, sino por el sistema vigente en las galeras, hizo dejación del mando con sentimiento del Emperador, manifestado en carta á don Pedro de Toledo en estos términos: «Por otra se os responde á los negocios, y así ésta no servirá más que para avisaros cómo deseando D. García de Toledo, vuestro hijo, dejar el cargo de las galeras de ese reino, como quiera que nos hallábamos bien servidos de él y holgáramos que no lo dejara, nos hemos contentado de ello por el daño que se le recrecía á su salud; pero siendo la persona que es, y lo mucho y bien que nos ha servido, porque no quede sin cargo le hemos hecho merced de Coronel general de la infantería española de ese reino, confiando que en el gobierno de ella hará lo que de su valor y cordura se debe esperar.»

Aquí no importa lo que hizo en las campañas de Italia á las órdenes de su primo el gran Duque de Alba; es suficiente apuntar que dispensándole el rey Felipe II aprecio mayor, si cabe, que el Emperador, le nombró Virrey y Capitán general de Cataluña [1].

Al salir de las galeras escribió un discurso semiserio, poniendo en relieve las dificultades que se ofrecían al jefe para sostener el orden respetando los usos y las corruptelas introducidas, y sobre todo habiendo de atemperarse á la falta de pagas y á las libertades que por ello se tomaban los capitanes, lo mismo que los marineros y soldados [2].

[1] En 25 de Abril de 1558. *Colección Navarrete*, t. XXXIII.

[2] Véase en el Apéndice núm. 1. No se ha publicado hasta ahora que yo sepa. Hay copias en la Academia de la Historia, Biblioteca Nacional y Dirección de Hidrografía.

Recibiendo nueva de la rota de los Gelves, escribió á Andrea Doria con ofrecimiento de toda su hacienda para remediar la desdicha y socorrer prestamente á los que habían quedado defendiendo el castillo [1]. A esta empresa destinaba el Rey á su persona, ordenándole pasar sin dilación á Sicilia [2], si bien dispuso luego otra cosa informado de los acontecimientos [3].

Durante la estancia en Barcelona atendió al corte y acopio de maderas, faenas de las Atarazanas y armamento de galeras nuevas, mostrando no haber perdido las aficiones ni los hábitos adquiridos en sus veinticuatro años de navegación. Dudó, sin embargo, en ejercitarlos al indicarle el Rey deseos de que tomara el cargo de General de la mar, persuadido de la pesadumbre y responsabilidad que consigo llevaba. Lo aceptó significando lealmente al Soberano que la armada «estaba derribada» y eran menester para levantarla medidas contrarias á la contemplación y á la economía oficinesca mal entendida. Creía conveniente, por principio, que al mando de la mar se uniera el virreynato de Sicilia, no por hacer mayor la autoridad ni por pretender para su persona atribuciones ó comodidades (y en tal declaración insistía), sino por ser la situación de la isla estratégica, irreemplazable como punto de reparo y almacén contra la fuerza pujante de los enemigos mahometanos, y la unidad del mando de importancia para la rapidez de movimientos, teniendo en cuenta la que conseguían con tal sistema, Piali en Constantinopla, Dragut en Trípoli y Hassán en Argel. En Sicilia debía crearse Atarazana amplia con aposentos de maestranza, talleres, telares de cotonía, casas de munición, hornos de bizcocho..... En lo relativo al personal, ya que se arrojara á aceptar el mando y á levantar aquel cuerpo finado, resucitándolo, había de contar con el sostén necesario, «y habiéndose criado en la mar, en la cual nunca le sucedió desgracia, dada su inclinación, trataría del reme-

[1] Carta, fecha en Barcelona á 29 de Mayo de 1560, *Colección Navarrete*, t. XXXIII.
[2] Carta de Toledo á 3 de Junio, *id.*, *id.*
[3] Parecer de D. García acerca del socorro, *idem*, t. XXXV.

dio, sin temor de hacer en la vejez lo que hizo en la mocedad [1]».

En todo ello, así como en parecer examinado en el Consejo de Guerra, que dió acerca de prevenciones contra la armada del turco, recomendando estuviera apercibida la isla de Malta por el manifiesto daño que de su pérdida se seguiría á la cristiandad; la Goleta por la dificultad de socorrerla con oportunidad; Menorca, por su situación; Orán y Mazalquivir, siempre amagadas [2], en todo se le atendió [3]; de forma que pudo dedicarse con desembarazo á lo más difícil, empezando por dictar preventivamente ordenanzas severas é instrucciones para el servicio y policía de los bajeles [4].

No le engañó el presupuesto de dificultades con que había de tropezar, por lo que enseñan las cartas enviadas al secrecretario Francisco de Eraso.

«No se puede decir ni pensar—escribía en una [5]—el estado en que he hallado lo de la mar, y si fueren cosas que sufriesen andar al amor del agua, bien lo sabría hacer; pero no se puede en la mar disimular nada, porque luego da el pago del mal gobierno, y de no disimulallo bien sé yo los amigos que ganaré, y aun también sé cuántos habrá que publiquen que soy mal quisto; y si quisiese hacer mis cosas y no las de S. M., bien sabría hacer que me quisiesen bien y con mucha facilidad, y estas cosas se me representaron antes que entrase en el cargo; pero no puedo negar á vuestra merced que no me da pena verme en ellas, ni se pueden reme-

[1] *Discurso representando á S. M. las ventajas que resultarian de juntarse el cargo del reino de Sicilia con el de la mar.* En Barcelona, 1564. *Colección Navarrete*, t. XII, número 78.

[2] La misma colección, t. XII, núm. 79.

[3] Se le expidió Real título de Virrey de Sicilia en 7 de Octubre del mismo año de 1564.

[4] Empiezan penando duramente la blasfemia y la desobediencia á las órdenes ó señales de la mar. Es de notar la conminación á los cómitres de pagar las averías que causara su descuido abordándose una galera con otra en la navegación. La misma colección, t. XII, núms. 80 y 81.

[5] De Málaga, á 17 de Agosto de 1564. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XXVII, pág. 452.

diar con otra cosa sino con que S. M. tenga siempre la mano alzada para defenderme, pues peleo por su servicio.»

«Es necesario que sepa S. M.—apuntaba en otra [1]—que es indispensable dejar de ser riguroso en su armada, estando las cosas en el término que están, si tengo de gobernar bien este cargo y defendelle su hacienda; que aunque sé que poco gano en que me quieran mal, confieso que no puedo consentir robeira ni mal gobierno en lo que traigo entre manos.»

Avanzando los aprestos por todas partes, llegó á saberse con certeza, entrado el mes de Abril, que el turco desistía por aquel año del armamento con que amenazaba á la Goleta, Malta ú Orán, visto lo cual decidió D. Felipe disminuir el suyo, despidiendo las chalupas embargadas en Cantabria y Galicia, sin conservar más de quince al mando de don Alonso de Bazán, hermano de D. Alvaro; congregar las galeras y soldados dispuestos en Italia y en España para volver sobre el Peñón de Vélez y procurar tomarlo, «teniendo en consideración que las grandes necesidades no consentían gastos extraordinarios, pero también de cuánta importancia era para los reinos el trato, comercio y seguridad de ellos, y para que Su Santidad viera y entendiera el empleo del subsidio concedido» [2]. Ordenaba, por tanto, á D. García de Toledo marchar con diligencia á Italia, recoger las galeras de Saboya, Florencia y Génova, embarcar soldados alemanes en la Spezzia, tomar los de Lombardía, Nápoles y Sicilia, la artillería, picos y palas, provisiones y dinero, y enderezar las cosas de manera que se pudiera emprender con tiempo [3].

En las idas y venidas de las galeras juntando las escuadras se cruzaron con fustas y galeotas de moros ó turcos sobre nuestra misma costa, como testimonio de lo envalentonados

[1] De Cádiz, á 22 de Agosto. La misma colección, t. XXVII, pág. 456.

[2] Antonio Tiépolo, embajador de Venecia en Madrid, escribía á la Señoría: «Su Majestad hace correr la voz de que va á ir á la guerra contra infieles. Envía á su armada contra Berbería, haciendo tanto ruido por demostrar que para algo recibe el subsidio del clero.»

[3] Carta del Rey á D. García. *Documentos relativos á la conquista del Peñón en* 1564. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XXVII.

que andaban los corsarios. La de D. Alvaro de Bazán apresó una; la de D. García otra; la de Malta una galera que ellos habían tomado á los cristianos y un galeón armado con veintidós piezas; seis más alcanzadas y casi rendidas se les fueron de entre las manos, acreditando su marinería, y otro tanto ocurrió á la armada portuguesa con dos galeras de Argel, descubiertas sobre el cabo de San Vicente después que habían apresado una urca flamenca á vista de Cádiz. Andaban todas estas embarcaciones al presente tan ansiosas del botín ordinario como de noticias seguras respecto al destino de la armada que se hacía, por obligarles la incertidumbre á prevenciones costosas en Argel, Bona, Bugía, Trípoli, á cualquiera de las cuales presumían se encaminara la expedición. Vélez era el punto que menos pensaban amenazado, así por la reunión de tanta fuerza de mar y tierra como por la creencia en que estaban de no ser posición que se pudiera tomar por armas, y tranquilo sobre el particular su alcaide Cará-Mustafá, habiendo metido 100 hombres más de guarnición y víveres para seis meses, se andaba por la mar corseando.

Don García de Toledo salió de Málaga el 29 de Agosto sin que los mismos de su Capitana supieran á ciencia cierta la dirección que tomarían. Iba la armada en muy buen orden: cualquiera de los actos exteriores indicaba que una sola voluntad, guiada por la inteligencia, movía la máquina. Las escuadras de nacionalidad ó procedencia distinta que la formaban, eran [1]:

[1] Hay de la jornada copiosos documentos y relaciones conformes en lo esencial, mas no en los números, como de ordinario. Entre las narraciones especiales escritas por testigos de vista y autorizadas oficialmente para darse á la estampa como verídicas, son de citar la de Baltasar de Collazos, *Comentarios de la fundación y conquistas y toma del Peñón, y de lo acaecido á los capitanes de Su Majestad desde el año de* 1562 *hasta el de* 64. Valencia, 1566.—Francisco de Escobar, *Discurso de la jornada que se ha hecho con las galeras en este año de* 1564 *por mandato de la Majestad del Rey de Spaña D. Felipe II, nuestro señor, siendo Capitán General de la mar el excelente señor D. García de Toledo.*—Obtenidas las licencias necesarias para la impresión, quedó inédito, y copiado del original por Navarrete en el Archivo de los Marqueses de Santa Cruz, se publicó en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XIV.—Merece igual crédito la obra de Pedro de Salazar, *His-*

De D. García de Toledo, 14 galeras.

De España, general D. Alvaro de Bazán, 12.

De la Religión de San Juan, general F. Juan Exio [1], 5.

Del Duque de Savoya, general Andreu Provana, conde de Sofrasco, señor de Leny [2], 10.

Del Duque de Florencia, general Jacome D'Apiano, señor de Piombino, 7.

De Rey de Portugal, general Francisco Barreto, 8.

De Nápoles, general D. Sancho de Leyva, 11.

De Sicilia, general D. Fadrique de Carvajal [3], 10.

De Génova, general Juan Andrea Doria, 12.

De Génova, general Marco Centurión, marqués de Estepa, 4.

La confusión consiste en que habiendo no pocas galeras de particulares ó de divisiones locales, como las de D. Juan de Cardona, Marco Antonio Colonna, Bendineli, Lomelin, Jorge de Grimaldi, Estéfano de Mari, D. Guillén de Rocafull, el Abad de Lupián, D. Luis Osorio, se agregaron á las escuadras ó grupos principales.

Iban además las 15 chalupas del mando de D. Alonso de Bazán, una urca grande con municiones, 35 bergantines ó embarcaciones equivalentes, y de Portugal un galeón grande

pania victrix. Historia en la cual se cuentan muchas guerras sucedidas entre christianos y infieles asi en la mar como en tierra desde el año 1546 *hasta el de sesenta y cinco.* Medina del Campo, 1570.—En estas narraciones, comparadas con las de Cabrera de Córdoba y otros historiadores, varía la cifra de las galeras de 92 á 102, y así de las naves y gente. La colección manuscrita de Navarrete (tomo IV, números 14 y 17) contiene un *Discurso de la jornada que el Armada de S. M. hizo desde el dia de la Magdalena, 22 de Julio de* 1563, *con las galeras y Generales de ellas*, y es notable el esbozo de la costa, bahía y Peñón, con señalamiento del lugar de desembarco, situación de las baterías, firmado Joan George Septala, Mediolanensis. Otra relación distinta de la jornada hay en la colección Sans de Barutell (art. 4.°), y en ambas, cartas reales, prevenciones, armamentos, etc. También son de interés las cartas del Duque de Saboya á D. Garcia de Toledo ofreciendo su armada al servicio de S. M. C.; anunciando la salida de tres galeras al mando del Conde de *Truzasco* para operaciones posteriores á la toma del Peñón, por las que envió enhorabuena, etc. Hállanse inéditas en la Academia de la Historia, colección Salazar, A. 50.

[1] El Comendador de Giou, francés.

[2] De Ligny.

[3] Hijo del señor de Jodar, hermano de D. Luis, General de la armada de naos de Cantabria.

y cuatro carabelas; total general, 150 velas, sin contar muchas pequeñas de vivanderos que seguían olfateando negocio. El ejército embarcado ascendía á 16.000 infantes españoles, italianos, portugueses y alemanes; 200 jinetes de la costa de Granada y gran número de caballeros voluntarios á su costa.

Avanzaron dos galeras de Bendineli Sauli á reconocer el Peñón y el fondeadero, situándose en la forma convenida para dar á conocer al General si el antiguo castillo de Alcalá estaba ó no guarnecido, con lo que la armada junta hizo rumbo al surgidero, mojando las anclas el 31 de Agosto. Los moros, asombrados con la vista de tantas velas, desalojaron, como la vez anterior, la ciudad, llevándose á los montes la hacienda; los turcos del castillo incendiaron tres naves catalanas que tenían apresadas á buen recaudo, y se encerraron en las murallas. Por la confianza en que vivían no estaba artillado y guarnecido el fuerte de Alcalá, que en otro caso impidiera el desembarco en el lugar mejor, obligando á la expedición á expugnarlo con pérdida de tiempo y de gente. La primera diligencia de D. García fué posesionarse de él, hacerlo depósito de municiones y de víveres y rodearlo de campo atrincherado, poniendo á su tropa á cubierto de cualquier accidente de mar, como los ocurridos al Emperador en Argel. Contuvo el ímpetu de los impacientes, deseosos de escaramuzas con los jinetes alárabes que se llegaban disparando las escopetas y volviendo riendas, con bando en que imponía pena de muerte al que se separara de su puesto, y con ejecución del primero que lo infringió. Dispuso, con su larga experiencia, amarrar bien la flota y asegurarla de sorpresas á favor de escuadra de guardia presta día y noche, quedando el Marqués de Estepa encargado de esta garantía en la Capitana. Hizo reconocer prolijamente los pasos, y sólo cuando estuvo seguro de lo que iba á hacer rompió la marcha con tres escuadrones, llevando en medio la artillería y carruaje (impedimenta que ahora se dice), y gruesos flanqueos por las cumbres, de modo que los moros que ocupaban las alturas se veían obligados á abandonarlas. Atacaron

la retaguardia con la caballería pareciéndoles el lado flaco; pero fueron también rechazados, posesionándose nuestras fuerzas de la ciudad de Vélez con muy pocas bajas á pesar de los disparos del Peñón.

El General gobernaba más con el freno que con la espuela á aquellos soldados que á cada paso querían cargar á cualquier grupo de moros, y más que de éstos se ocupaba de la manera de cumplir su objeto. Ante todo hizo en la ciudad trinchera con piezas de campaña, defendiendo el alojamiento; en la playa levantó un bastión, con seis piezas gruesas, á 250 pasos del fuerte; y como desecharan con arrogancia los turcos la oferta de honrosas condiciones rindiendo la plaza, rompió el fuego la batería, haciéndolo simultáneamente por varios sitios las galeras y el galeón de Portugal, y el primer día quedaron destruídas dos torres y desmontadas varias piezas, sin perjuicio de escarmentar por la parte de tierra á los berberiscos que atacaron por la espalda.

Durante la noche, á fuerza de aparejos, se subieron otras dos piezas á una peña dominante que distaba un tiro de ballesta del castillo, siendo menester picar la piedra para formar asiento; pero quedaron en disposición de hacer fuego al amanecer, sin que fuera necesario. Los turcos notaron la novedad á la luz de la luna, é hicieron disparos de escopetería hasta adquirir evidencia de que no impedirían la obra. Desoyeron entonces las exhortaciones de su jefe, y á la callada huyeron en esquifes ó á nado, abandonando á algunos compañeros que no sabían seguirles. Al amanecer notó la novedad Juan Andrea Doria estando en la playa, y embarcó en un batel con algunos criados, atracando al Peñón á tiempo que lo hacía D. Guillén de Rocafull con un bergantín.

Tomó D. García posesión del fuerte el 6 de Septiembre; mandó reparar lo derruído; puso de guarnición 500 hombres y dejando atrás á D. Alvaro de Bazán para artillarlo mejor de lo que estaba, reembarcadas las tropas con el mismo orden, aunque bajo el fuego de la morisma y carga de su caballería, temible en las retiradas, dió la vuelta á Málaga con sorprendente celeridad. Al Rey había escrito: «Dios ha ser-

vido de dar á V. M. la victoria de la plaza del mundo más fuerte de sitio [1].» «Milagrosamente ha dado á V. M. el buen subceso, repetía, porque dende el estrecho de Constantinopla hasta el de Gibraltar no hay fuerza tan fuerte.»

Esta opinión merecía, generalmente, el risco pelado que se alza del agua. Los escritores del tiempo lo calificaban de insigne y de inexpugnable, estimando no se podría tomar por armas si no se ganaba por hambre.

Decía uno [2]: «Si fueran hombres los que estaban dentro, aunque les batieran todo lo que estaba edificado, que es de tierra y muy ruin edificio, quedaban tan fuertes que hubiera para haberlo de ganar, porque tiene la subida tan áspera por todas partes que aun en paz hay que hacer para subir á él, cuanto y más en guerra....., y haciendo S. M. lo que se espera en repararle como conviene, tiene en él una puerta segura de la Berbería, y ha quitado una cueva de ladrones de allí, desde donde hacían tantos males y robos como es notorio.»

Vélez había vuelto á ser realmente el astillero en que se construían las mejores galeotas berberiscas, y el alcaide turco, Cará-Mustafá, habíalas tenido en ejercicio, cebado en el comercio de Indias [3].

De la importancia que por entonces tenía el Peñón ofrecen testimonio el hecho de señorearlo los turcos guardándolo de los moros tanto como de los cristianos, y el de hacer necesario armamento de tal consideración y costo, así como las alegrías con que en Italia, España y Portugal se celebró la conquista en contraposición del efecto producido en Argel y en Constantinopla [4].

Si la jornada no fué de esas en que, por la complicación- adquiere un general renombre, por el método justificó la idea de experimentado que gozaba D. García, no habiendo

[1] Carta fecha á 6 de Septiembre. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XXVII, págs. 466 y 467.

[2] Francisco de Escobar, *Discurso* citado.

[3] Representación del Prior y Cónsules de la Universidad de Sevilla. *Dirección de Hidrografía. Colección Sans de Barutell. Simancas*, art. 6.°, núm. 44.

[4] Luis Vélez de Guevara escribió una comedia titulada *El Cerco del Peñón.*

perdido arriba de 30 hombres en el rápido y certero golpe con que levantaba el espíritu del soldado.

Elogió mucho al Rey el comportamiento de D. Sancho de Leyva, que caminó en la vanguardia al llegar, y estuvo en la rezaga á la vuelta, embarcándose de los últimos, y de Juan Andrea Doria, encargado de la artillería que subió á la montaña.

Don García de Toledo.

V.

SITIO DE MALTA.

1565.

Guerra de Córcega.—Obstrucción de la ría de Tetuán.—Castigo á los corsarios.—Gran armamento en Turquía.—Va sobre Malta.—Ataca al fuerte de San Telmo.—Propone D. García de Toledo el socorro.—Pro y contra.—Vacilación del Rey.—Burladores del bloqueo.

Al deshacer la armada del Peñón ordenó D. García de Toledo que una parte corriera las costas de Valencia y Cataluña, limpiándolas de corsarios; y mientras él iba á Sicilia á tomar posesión del virreinato y organizarlo á su gusto, dió comisión á Juan Andrea Doria para ir á Córcega con sus galeras y las otras genovesas, conduciendo 14 banderas de españoles con que atender á la guerra renovada en la isla contra la dominación de la Señoría por un San Pietro, soldado y hombre de inteligencia, partidario de Francia [1].

El General de la mar propuso al Rey la obstrucción de la ría de Tetuán, que privaría á los corsarios de otra de sus principales madrigueras, asegurando el paso del estrecho de Gibraltar, y pareció la idea muy bien. De ella se encargó á D. Alvaro de Bazán, general de empuje, al que ya se confiaban las comisiones difíciles por lo que se advierte en las operaciones anteriores, é hizo los preparativos en consecuencia, poniéndose de acuerdo con el Gobernador portugués de

[1] Nuestras historias le nombran San Pedro Corzo.

Ceuta, á fin de que la guarnición de esta plaza simulara un ataque con que distraer á los moros, llevándolos á su defensa por el interior.

No resultó la ejecución tan sencilla como en el plan se había concebido por los vientos atemporalados del estrecho, propios del mes de Marzo (1565), que retrasaron el paso de las embarcaciones. Cuando éstas llegaron á la boca del río [1], remolcando D. Alvaro de Bazán con seis galeras otras tantas barcazas grandes, acudió gente desde la ciudad á estorbar las operaciones de reconocimiento y sondeo, disparando sobre los bergantines y esquifes que las verificaban, y fué menester desembarcar mangas de arcabuceros que la contuvieran escaramuzando.

Aquellas barcazas estaban macizadas con piedras grandes y mortero hidráulico, y costó trabajo hacerlas vencer la corriente é irlas llevando al sitio en que se afondaron en línea. Sobre ellas descargaron las galeras y bergantines la piedra suelta que con este objeto llevaban, y quedó formado un malecón sobre el que se podía pasar de una banda á otra del río sin mojarse las rodillas. Durante la faena llegaron á pie y á caballo más moros, juntándose unos 1.000, que dieron bastante que hacer á los marineros de los esquifes y á los soldados puestos en tierra antes que pudieran reembarcarse con cuatro muertos y 50 heridos, mas no sin causar al enemigo bastantes más y concluir satisfactoriamente la empresa, dejando encerradas é inútiles, por tanto, 12 fustas [2].

Muy pronto se hizo sentir el efecto de los golpes, repetidos en Melilla al rechazar ataque de los berberiscos, en que quedaron muertos ó en cautividad más de 600; los corsarios

[1] Nómbranlo las relaciones Martil, modernamente Martín, y los moros Guad-el-Jelú, ó Cuz.

[2] *Relación del suceso de la jornada del rio de Tetuán que D. Álvaro de Bazán hizo.....* año 1565. Ms. Bibliot. Nacional, G. 52.—Cartas de D. Álvaro, *Colección Navarrete*, tomos XXXIX y XL, y *Colección Sans de Barutell. Simancas*, art. 4.°, núm. 291. Preparó las barcazas y las situó en el río el ingeniero Esteban de Guillisástegui, maestro mayor del puente de Suazo en la isla gaditana. Asistió D. Alonso de Bazán, desembarcando en los esquifes con 400 tiradores, sostenido por la artillería de las galeras.

perdieron sus bríos y recobró la navegación costera el ordinario movimiento; mas no tardó tampoco en cohibirlo el rumor divulgado por el mundo de proyectar Solimán *el Grande* desquite que ahogara en Europa el eco de la conquista del Peñón. Habiendo iniciado su soberanía larga y próspera arrojando á los caballeros sanjuanistas de la isla de Rodas, pensaba que no acabara sin echarlos de Malta, y, quitado el estorbo, de isla en isla apoderarse de Sicilia, adelantando su bandera en el camino de absoluto dominio del Mediterráneo.

Á este fin dispuso el apresto de la armada en Constantinopla en proporciones capaces de atemorizar á la cristiandad, á medida que oficiosos agentes las comunicaban con hipérbole. En realidad preparó 200 velas, de ellas 130 galeras, 30 galeotas, ocho mahonas ó buques transportes, 11 de almacén y tres más, especiales caballerizas. Las naves llevaban tren de sitio descomunal formado con 64 piezas, cuatro basiliscos de á 170 libras de bala, un pedrero cuyos proyectiles medían siete pies de circunferencia, 80.000 de todas suertes, 15.000 quintales de pólvora de cañón, 25.000 de la de arcabuz, sacos, pieles y efectos de parque. Las tropas de desembarco ascendían á 30.000 hombres [1], que habían de aumentarse con los contingentes de Dragut, de Trípoli y de Hassán, de Argel, como en efecto se reunieron luego, llevando el primero 13 galeotas, dos fustas y 3.000 hombres, y el otro 28 galeras y galeotas y 3.000 combatientes turcos y renegados, pues á los alárabes ni aun para carne de cañón querían.

En lo que Solimán se separó por esta vez de su costumbre fué en dividir el mando de tales fuerzas, reservando á Piali las de mar, y confiriendo las de tierra á Mustafá, general veterano de las guerras de Hungría. No podía ignorar, como de antiguo adquirieron griegos y romanos á su costa la experiencia, de lo que importa á un cuerpo tener una sola cabeza.

De las prevenciones se recibían á cada paso nuevas, así por los confidentes, como por las galeras destacadas en el archipiélago griego por D. García de Toledo á las órdenes de don

[1] Los historiadores italianos los crecen á 38.000.

Juan de Cardona, muerto el general D. Fadrique de Carvajal [1], y al compás se atendía á lo que la inquietud consideraba en riesgo más próximo: á las plazas de Africa, á las islas Baleares, á las fortalezas de Sicilia y de Nápoles, como á los pueblos de moriscos, ocasionando movimiento de soldados y de naves con que poner á prueba los recursos de la monarquía española.

Sobre las autoridades descollaba la actividad y previsión de D. García de Toledo, como Capitán general de la mar, acudiendo en persona á inspeccionar castillos y astilleros; á la Goleta, que con razón se suponía objetivo de los turcos; á Génova, lugar de suministro de galeras, de vitualla, y, sobre todo, de dinero; á Malta, punto avanzado, por la saña de los turcos en evidencia.

Juan de la Valette-Parisot, maestre de la Orden de San Juan, ante la inminencia del peligro, acudió á los príncipes cristianos en demanda de auxilio, exponiendo lo crítico de la situación y lo que á todos importaba aquel baluarte que tenía á cargo, de patrimonio común, de utilidad reconocida, cuartel internacional de la nobleza. No obstante, los soberanos hicieron oídos sordos, sin más excepción que la del Santo Padre, dispuesto á dar ayuda pecuniaria, y la del Rey Católico, que ofreció la más eficaz, de cualquier modo.

Al visitar la isla D. García de Toledo y conferenciar con el Maestre acerca de la mejora de las fortificaciones y medios de guardarlas, en prenda de interés dejó allí á su hijo D. Fadrique, joven de sobresalientes condiciones, con 400 soldados españoles y otros tantos italianos. Convinieron en la manera de comunicarse para el caso de ataque y bloqueo de la isla y en los medios prácticos de prolongar la defensa en cualquier evento.

Pero el Maestre, y acaso el mismo D. García, calculaban, por lo conocido de otras veces, que los turcos aparecieran en aquellos mares á mediados de Junio, y, por rareza, ocurrió presentarse un mes antes, tomando á los caballeros, si no des-

[1] En Enero de 1565.

apercibidos por entero, con menos prevención de la que les conviniera; lo uno por la prontitud, lo otro por la incertidumbre que en Juan de la Valette influía, haciéndole dejar para la última hora ciertos gastos que resultaran superfluos á dirigirse la armada enemiga á otro punto. No se pudo llevar á Sicilia la gente que en los sitios embaraza consumiendo raciones y agua sin utilidad; no se almacenaron los víveres que estaban presupuestos; no se recogió de los campos el ganado, ni se destruyeron alquerías, casas ó arrabales de que se pudiera aprovechar el enemigo; por último, no marcharon á tiempo cinco buenas galeras que los caballeros poseían armadas, y que hubieran sido de gran utilidad á D. García.

Lo mismo Piali que Mustafá creían, aunque no pasaran muchos días sin advertir que en cualquiera otra cosa difícilmente acordaban, que para el armamento puesto en sus manos era Malta poca cosa y que la estación había de consentirles apoderarse después de la Goleta y acaso de algún puerto de Sicilia en que poder invernar. Por ello habían anticipado la partida, halagados de la perspectiva; por ello sorprendía á los caballeros la vista de las 200 velas el 18 de Mayo de 1565, y habían de ver á poco las de Dragut, Uluch Alí, Hassán, juntas con las de Piali, Cortuculí, Alí Portuc; con las de los corsarios que por oficio llenaban los baños de cautivos y las arcas de escudos.

Conviene recordar que la isla de Malta, situada entre Sicilia y Africa, mide unas 60 millas italianas de bojeo. En el medio radicaba la llamada ciudad; en la costa, mirando á Sicilia, dos puertos, separados por una lengua estrecha de tierra, el de la izquierda llamado Marza Muscietto, y el otro la Marza ó Puerto Grande. El Burgo, fortaleza principal, se hallaba al otro lado, sostenida por las del Santo Angel y San Miguel. En la lengua de tierra dicha se alzaba el fuerte de San Telmo, guardando las dos bocas.

Cuatro días después del desembarco (al que el Maestre no hizo oposición) inicióse la disidencia entre los jefes turcos por querer el uno empezar el ataque por el Burgo, rendido el cual los otros fuertes harían poca resistencia, y empeñarse

Piali en dar principio por el de San Telmo, en razón á que, sometido éste (cuestión de cinco ó seis días), podían contar con el puerto de Marza Muscietto para abrigo de las galeras, que de otro modo tenían que estar constantemente expuestas en la mar.

Esta determinación (la peor para ellos por las resultas) prevaleció: el 24 de Mayo abrieron trinchera á 600 pasos del fuerte de San Telmo; plantaron á seguida dos baterías de cuatro y de 17 piezas gruesas, y en tanto que las galeras, distribuídas por el perímetro de la isla y con grandes grupos de guardia, impedían la comunicación, tronaban los cañones contra el fuerte, poco digno de este nombre por la amplitud ni por la solidez de los muros, capaces de la corta guarnición de 60 soldados. Reemplazados éstos á medida que sucumbían, como lo hicieron los lacedemonios, detuvieron, no obstante, á los turcos por tiempo cuatro veces mayor del que presumieron: los ocuparon hasta el 23 de Junio, obligándoles á emplear todos los recursos del arte de la guerra: minas, plataformas, puentes deshechos por los defensores con tanta habilidad como paciencia en aplicarlos los enemigos. Cerca de 6.000 murieron en los asaltos: Dragut, el piloto incomparable, el corsario audaz é inteligente, en no pocos conceptos superior á Barbarroja, su protector y maestro, cayó con aquéllos, destrozada la cabeza: Piali salió herido; los enfermos llenaron las tiendas..... ¿Qué decir de los caballeros y de los soldados de la Cruz, que, ciertos de su fin, por ganar horas hacían el sacrificio de la vida? La heroica acción, escrita para siempre en los fastos de la milicia con sus nombres, tiene que limitarse en estas páginas, á otro objeto encaminadas [1].

[1] Cuenta el sitio de Malta con muchas historias especiales como hecho famoso. En España lo enaltecieron Francisco de Balbi Correggio, soldado que estuvo presente (*La verdadera relación de todo lo que ha sucedido en la isla de Malta*, dos ediciones. Alcalá, 1567, y Barcelona, 1568); Pedro de Salazar (*Hispania victrix*, Medina del Campo, 1570); Hipólito Sans (*La Maltea*, Valencia, 1582); Diego de Santisteban Osorio (*Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas*..... Madrid); Agustín de Andrés y Soviñas (*Malta invadida*, Madrid, 1761); José Calderón de la Barca (*Gloriosa defensa de Malta*, Madrid, 1796).—En Italia, Jacobo Bosio, hermano

Cumple más bien á ellas apuntar que durante las operaciones del sitio, á pesar de la vigilancia de los turcos y de la ligereza de las galeotas y fustas corsarias encargadas del bloqueo, ya en la obscuridad de la noche, ya valiéndose de lugares sólo de los prácticos conocidos, entraban ó salían embarcaciones menores informando á D. García de Toledo, día por día, de las ocurrencias. Conviene á la historia consignar estos hechos, con que se prueba que no hay dificultad tan grande que no sepan vencer la inteligencia y el arrojo, para que los ejemplos se aprovechen en ocasiones semejantes. El comendador de la Orden, Salvago, y el capitán español Miranda entraron en medio del día en el puerto, con una barquilla de cuatro remos, bajo el fuego de las galeras turcas. Una bala de cañón acertó al esquife, partiéndolo; pero consiguieron desembarcar los dos valientes. En otra ocasión llegó una galera de Sicilia á la boca de Porto Grande, con desembarazo que hizo á los turcos tener por loco al capitán. A él salieron seis ó siete galeras, y se les fué lindamente de entre las manos, hecho el reconocimiento á que iba.

Pero ¿qué hacía entonces D. García? ¿Cómo no determinaba el Rey el socorro ofrecido? El maestre la Valette no cesaba de pedirlo, repitiendo cartas á los potentados que era perder el tiempo; el Rey de Francia, si bien no dió á los turcos la licencia que solicitaban para invernar en sus puertos,

de la Orden (*Istoria della sacra religione di San Giovani Gierosolimitano*, Roma, 1594); con otras de Castellani Forosemproni, Viperani, Grangei, de los años 1566 á 1582; en Francia, Pierre Gentil de Vendôme (París, 1567), etc. Prescott siguió, en su *Historia del reinado de Felipe II*, á Balbi; los escritores franceses han preferido á Bosio; mas por excepción, el almirante Jurien de La Gravière ha vestido á la moderna con elegancia y atractivo la difusa narración de Pedro de Salazar con título de *Les chevaliers de Malte et la Marine de Philippe II*, París, 1887, dos tomos. En Flandes se acuñaron seis medallas pequeñas con simbolismos varios, teniendo las principales un caballero armado en el anverso, con lema TVRCA FUGATO, 1565, y en el lado opuesto galera con la victoria en la popa, y alrededor MELITA LIBERATA. No será completa la enseñanza del lector por estas obras no procurándola con la *Correspondencia de Felipe II con D. García de Toledo y otros, de los años 1565 y 1566, sobre los preparativos para defender la Goleta, Malta y otros puntos contra la armada del Turco*, publicada en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos XXIX y XXX, Madrid, 1856. Bien se advierte que no la conoció D. Evaristo San Miguel al escribir su *Historia de Felipe II*.

por aparecer neutral en aquella contienda negó á los caballeros franceses de San Juan medios para acudir al lado de sus hermanos, y fué D. Felipe el que hubo de darles dos galeras á fin de que lo hicieran. D. Felipe; de él sólo pendía la esperanza de los hospitalarios. Los juicios que por entonces se formaron; los comentarios hechos posteriormente por los críticos con censura del Monarca y de su Virrey de Sicilia, Capitán general de la mar, tienen que sufrir corrección una vez conocida la correspondencia oficial cambiada entonces.

Ante todo es menester apartar la imaginación de los medios rapidísimos que hoy se conocen: en el año de gracia de 1565 tardaba cerca de un mes en llegar á Mesina una carta expedida de Madrid, y no menos de mes y medio, corriendo la posta, la respuesta de cualquier consulta urgente. D. García de Toledo, que no era hombre que desperdiciara minuto, teniendo dispuesto lo que de su autoridad pendía, y juzgando con claridad de los sucesos desde el primer momento, escribió al Rey en 31 de Mayo, el día mismo en que los turcos abrían las trincheras, presentando la cuestión en términos explícitos [1].

La isla de Malta era la llave de Sicilia; si llegara á perderse sería necesario volverla á tomar para seguridad de los Estados españoles; y como de cierto se perdería no socorriéndola, se imponía el socorro como necesidad. Dos medios le ocurrían para hacerlo: uno, dar la batalla en la mar aventurando la armada, que era mucho menor, casi una mitad que la del turco, pero cuya inferioridad cabría disminuir eligiendo el personal y adoptando en el material precauciones que el jefe supiera aprovechar; otro, tentando el desembarco del ejército en la isla y dando la batalla en tierra con resguardo de la armada. El proponente estaba dispuesto á cualquiera de los dos, al que S. M., como juez de lo que más importaba, eligiera, siempre que para cualquiera de ellos pusiera á su disposición los soldados viejos españoles de Sicilia, Nápoles, Córcega, Milán y otros, en número suficiente. La materia no

[1] La carta íntegra en el apéndice núm. 2.

admitía término medio. Si se objetara que perdiendo la batalla de mar, y aventurando en ella la infantería y la armada, quedarían los reinos sin soldados y sin galeras, desnudos de defensa, respondía que á este peligro se tenía que llegar algún día, porque, pretendiendo S. M. el señorío de la mar y pretendiéndolo el turco, no era posible excusar la resolución del problema en las aguas; y habiendo de llegar á él, más valía arrostrarlo antes de haber perdido á Malta que después de perderse. Por último, indicando procedimientos con que buscar el éxito por uno ú otro camino, parecíale deber acudirse á los inconvenientes mayores, y no por lo que estaba por venir dejar de remediar lo presente.

En la propuesta insistió D. García una y otra vez al correr el tiempo, escribiendo ahincadamente al secretario del despacho de Marina, Francisco de Eraso, á su pariente el Duque de Alba, á muchas personas de influencia, á fin de que inclinaran el ánimo del Rey á una resolución pronta; mas D. Felipe pensaba sesudamente que no era la suerte de Malta, sino la de Italia, y acaso la de Europa, la que se iba á jugar, y sentía vacilación y angustia en el ánimo. Consideraba el peligro inmediato de desguarnecer á los reinos de las mejores tropas, y la resistencia de los virreyes y gobernadores á desprenderse de la principal garantía de seguridad en aquella crisis; el riesgo de la armada con tantos afanes empezada á levantar de la postración; mil pensamientos acudían á su mente, de los que se ofrecen al que sobre los hombros resiste el peso enorme de la responsabilidad. Engañándose á sí mismo, queriendo tal vez dar tiempo al tiempo, recurso favorito de la indecisión, contestaba otorgando á D. García facultades amplísimas, extraordinarias. «Habiendo visto y entendido particularmente lo que nos habeis escripto cerca de los fines que pensais tener en todos casos, que nos han parecido y parecen muy bien tocados y apuntados, os lo tornamos de nuevo a remitir para que, pues os hallais presente y sabeis el armada que es, y el número de gente y otras provisiones que traen, y lo que piensan hacer, y con el recaudo que dejaran lo de la mar y el que ternán en tierra, así elijais

lo que se debe tentar y hacer para socorrer y procurar de divertir los enemigos ofendiéndolos por la parte que os mostrará el tiempo y las ocasiones que se suelen ofrecer, de manera que se conserven nuestros Estados y esa armada, de donde depende el bien y utilidad de todo» [1].

Tal ambigüedad, sin concesión de los soldados españoles que detenía á cambio de la autorización para levantar en Italia cuantos al General de la mar pareciera, inspiraban á éste la contestación de que «los italianos reclutados en dos días serían mejores para detrás de un foso ó de una buena pared que para hacer murallas de sus cuerpos en las crujías de las galeras».

En 18 de Junio firmaba D. Felipe nueva carta, diciendo: «Aunque os tenemos remitido diversas veces lo que toca á lo que debíais hacer con nuestra armada en ofension de los enemigos y socorro de las plazas sobre que se pusieren, y en divertirlos y entretenerlos, por no poderseos ordenar de acá precisamente otra cosa, dependiendo como depende de las ocasiones y casos que cada hora se ofrescen y acaescen en la guerra en mar y en tierra, os lo tornamos á remitir de nuevo» [2].

Con todo, ordenó al Virrey de Nápoles y al Gobernador de Milán la entrega á D. García de la infantería española de aquellos Estados, primer paso vencido á la vacilación; y estrechado con la nueva de haberse perdido el castillo de San Telmo, acabó de decidirle un párrafo del General así redactado [3]:

«Es forzoso que V. M. me mande lo que más fuere su servicio, y se resuelva sin remitirse á determinacion mía, pues he dicho en esto lo que sé y puedo decir. Quédame sólo añadir que lo que se me mandare procuraré que se haga con toda la ventaja que como marinero ó soldado yo supiere ó pudiere; y así espero en Dios, en cuya mano está todo, que

[1] Carta del Rey, fecha 10 de Junio. *Documentos inéditos*, t. XXIX, pág. 184.
[2] El mismo tomo, pág. 222.
[3] Idem, pág. 250.

por mí no quedará nada que hacer para servir la merced de la confianza que V. M. ha hecho de mí. Y torno a suplicar humildemente a V. M. me mande lo que es servido que haga, porque de no hacello podría suceder gran inconveniente.»

Suscribió, esto visto, la orden deseada así [1]: «Cuanto a los dos remedios que escribís os parece que puede haber para socorrer a Malta, el uno de combatir en la mar con la armada del turco, y el otro procurar de echar y poner en tierra hasta doce mil soldados de los mejores y más útiles de los que pudiéredes juntar, he visto y particularmente entendido las dificultades e inconvenientes que os ocurren y proponeis que hay en ambas cosas y cada una dellas, que son como de quien tanta experiencia y prevencion tiene y muy dignas de consideracion, y por esto, en lo que toca a pelear con la dicha armada, en ninguna manera se puede ni debe hacer, y así os lo mandamos expresamente, porque la desigualdad es tan grande, y lo del ayuda de las cincuenta naos tan incierto por las causas que apuntais, que no solo sería aventurar y poner en notorio riesgo lo de la cristiandad, pero nuestros Estados; y subcediendo como podría ser en razon desbarataros, quedar sin posibilidad de tornar a armar en mucho tiempo, segun las dificultades que ha mostrado la experiencia que hay, y reforzar y acrecentar los enemigos, que si tuviesen a Malta e invernasen por acá, como lo harían, ya veis en el extremo que pornía nuestras cosas, y cuantos de los que agora están suspensos se declararían y alterarían.»

Ordenaba á seguida que hiciera el socorro tentando lo de la tierra, «pudiéndolo hacer sin evidente peligro de perder las galeras», con prevenciones secundarias relativas á designación de jefes. La cédula tiene data del Bosque de Segovia, á 27 de Julio; y habiendo llegado á Mesina á mediados de Agosto, antes de tratar de la ejecución precisa referir ocurrencias durante el cambio de comunicaciones, ó más bien desde que el fuerte de San Telmo se rindió, la víspera de San Juan Bautista.

[1] *Documentos inéditos*, t. XXIX, pág. 311.

Pocos días antes de esta fecha memorable se había procurado introducir en la isla un refuerzo preparado en Sicilia con 400 soldados y 20 artilleros. Embarcaron en dos galeras sutiles conducidas por Enrique de la Valette Cornusson, sobrino del Maestre: en nadie podía suponerse interés mayor. No hizo, sin embargo, la recalada con las precauciones requeridas por el servicio, ejercitando la astucia del corsario ó del contrabandista, que era lo que por entonces era menester: quizá por impaciencia se presentó al descubierto, y saliendo al encuentro los bloqueadores le dieron caza por largo espacio, haciéndole bogar desesperadamente para volver á Sicilia.

Dispuso entonces el Virrey encomendar la empresa al general D. Juan de Cardona con cuatro galeras y fuerza de mayor consideración: llevaría al maestre de campo Melchor de Robles con su compañía de españoles; otra de italianos escogidos; los artilleros; 140 caballeros de San Juan italianos, franceses y españoles, sus criados, voluntarios de nombre ilustre, D. Diego Hurtado de Mendoza, hermano del Duque del Infantado, D. Marco de Mendoza, que lo era del Conde de Monteagudo, con otros tales; en suma, 600 hombres de gran utilidad.

Cardona atracó de noche la isla por la parte del Sur en lugar solitario y áspero, llamado Piedra Negra: echó en tierra un soldado despierto, llamado Juan Martínez de Luvenia, para reconocer si el campo estaba libre, y se desatracó por ser gruesa la mar y peligrosa la costa. Al volver la barca, no pudo encontrar á las galeras en la obscuridad; D. Juan la estimó perdida, por lo que antes de amanecer arribó al Pozal en Sicilia, de donde había salido. Allá llegó tras las galeras un caballero con instancias que movieron al General á repetir el intento, como lo hizo, aguantándose de día en la mar, desarboladas las galeras; aproximándose de noche con cuidado. Una hoguera que encendieron en la playa como señal de hallarse franca, alarmó á D. Juan pensando fuera lazo que le tendían los turcos; segunda vez volvió al Pozal, «y fué yerro grandísimo (escribía D. García de Toledo al Rey) no

reconocer el fuego; pero tampoco es posible dejar de errar los hombres». Póngase cualquiera en el lugar de Cardona tratando de juzgarle con severidad.

A la tercera vez, sirviéndose de contraseñas que le llevó el soldado Martínez, desembarcó con facilidad á toda la gente. Se había perdido tiempo precioso; el alijo se verificó en la noche del 28 de Junio; San Telmo había sido tomado ya [1]. Llegaban los soldados, con todo, en momento oportuno; así los recibieron con lágrimas de gozo el Maestre y caballeros. Algo después, asegurada la comunicación por medio de señales de luces, volvieron las galeras regidas por D. Juan Sanoguera, que lo hizo muy bien, acercándose á la boca del puerto; mas vió la indicación de retirarse, y lo efectuó; estaba la plaza circunvalada.

[1] Es de interés al conocimiento de ocurrencias sucesivas anotar que, tan pronto como llegó á Venecia la noticia, envió la Señoría embajada congratulatoria á Solimán, expresándole que, si acabada la conquista de la isla de Malta, quería cambiarla por otra cosa de su agrado, se negociaría. (*Papiers d'état du Cardinal de Granvelle*, t. IX.)

VI.

SOCORRO Á MALTA.

1565.

Rendición del fuerte de San Telmo.—Asalto al Burgo.—Situación apurada.—Concéntrase la armada de España.—La conduce á Mesina D. Álvaro de Bazán.—Consejo de guerra.—Opinión contra el socorro.—Determínalo el Rey.—Lo prepara D. García de Toledo con suma habilidad.—Contrariedades del tiempo.—Desembarco en Malta —Derrota de los turcos.—Evacuan la isla.—Síguelos D. García hasta Grecia.

Había empezado la segunda parte del sitio de Malta. Rendido el fuerte de San Telmo, trasladó Mustafá las tropas á las inmediaciones del Burgo; abrió nuevas trincheras; situó el campo, emplazó las baterías con las operaciones oportunas. El Gran Maestre, por su parte, no había desperdiciado el respiro que le daban los ataques hacia el puerto para mejorar las fortificaciones del interior; de modo que los turcos hallaron bien en que emplear sus conocimientos, teniendo que llevarles las galeras desde veinte leguas de distancia tierra y fagina para las trincheras por no darles material el suelo de la isla. El sol canicular y el relente de la noche les fueron asimismo contrarios, desarrollando en las filas las enfermedades epidémicas, compañeras, por lo general, de la aglomeración de gente; y aun cuando la reemplazaban con refuerzos de Constantinopla y de Trípoli, mucho trabajo, muchas bajas les costaba aproximarse á los fuertes del Burgo, de San Miguel y del Angel, á la vez combatidos.

Don García de Toledo, que seguía con impaciencia la marcha de las operaciones, escribía al Secretario de Marina [1]: «Tengo grandísimo descontentamiento de ver que bastan los enemigos hacer de nuevo una armada tan grande y venir en la cristiandad dos mil y seiscientas millas lejos de su casa, y que teniendo nosotros armadas las nuestras, no se haya bastado á hacellas venir á tiempo en este reino con las provisiones que de allá han de venir.» Examinemos las causas de la tardanza.

Don Alvaro de Bazán, general de las galeras de Sevilla y guarda del Estrecho, recibió á principios de Mayo orden de embarcar en Málaga artillería y municiones para Orán y Mazalquivir, adonde había de llevar además 1.000 soldados y 20.000 barriles de agua. En Cartagena se le incorporaron hasta 19 galeras y dos naves, con las que condujo á Barcelona tropa y material. Tocó en Palamós con objeto de recoger más gente y galeras nuevas; y agregándosele las escuadras de Nápoles, de D. Sancho de Leyva y Gil de Andrada, se halló á la cabeza de 35 de aquéllas. El 6 de Julio entraba con todas en Génova: no se le tachará de moroso. Recibió á bordo al tercio de Lombardía, y en la escuadra dos galeras de la República y una rezagada de Juan Andrea Doria. Llegado á Civita Vecchia se le unieron dos de Su Santidad, completando la cifra considerable de 40. Hacía rumbo con ellas hacia Napoles cuando aviso inesperado le alcanzó, noticiando hallarse cruzando á la embocadura del Tíber 60 de las turcas destacadas de Malta, á fin de impedir la concentración de las cristianas. La situación era grave. De la celeridad dependía la formación de la armada con que había de oponerse D. García de Toledo á la preponderancia otomana. El Gobernador de Civita Vecchia, avisándole de paso la caída del fuerte de San Telmo, le invitaba á surgir bajo la artillería del castillo, donde nada tendría que temer.

Instó la responsabilidad á D. Alvaro de Bazán á convocar á los otros generales á Consejo de guerra, en el que expuso

[1] *Documentos inèditos*, t. XXIX, pág. 155.

la cuestión en términos breves: «Rendida la fortaleza de San Telmo, venía á ser el estado de Malta tan crítico que importaba socorrer á tiempo, sin preocuparse de cosa que lo embarazara. Decíase cubrían el paso 60 galeras turcas; la armada cristiana no pasaba de 40; mas como estaban en manos de buenos capitanes y excelentes soldados, así hubiera en el aviso la certeza que no podía precisarse, pensaba convenir la continuación del viaje y, de topar con los enemigos, darles la batalla, esperando en Dios les concedería victoria» [1].

Los generales aludidos no eran precisamente de la opinión de su jefe: la diferencia de 60 á 40, supuestas de igual fuerza, una á una, les parecía bastante expresiva para evitar el encuentro, considerando que si las españolas se perdían quedaba Malta sin esperanza de socorro. La expresión del voto del Consejo fué, en consecuencia, dilatar la salida; la resolución de D. Alvaro seguir, como siguió en el acto, hechas las prevenciones de combate, echándose á la espalda mayor carga por ir contra la opinión general.

Navegaba su Capitana en el centro de la línea; á la derecha la del Papa, la de Génova á la izquierda. Don Sancho de Leyva mandaba el ala de aquel lado; el Marqués de Estepa la de éste. No habrían andado 12 millas cuando se vieron en el horizonte las velas anunciadas; no por ello hubo mudanza en el rumbo que las aproximaba; se estrecharon sí los espacios, se apercibieron las armas, ondearon las insignias en los árboles y..... los blasones de España aparecieron por respuesta en las galeras que se estimaban turcas. Eran las de la escuadra de Juan Andrea Doria, despachadas en busca de la infantería de Florencia, no tantas, por cierto, como el recelo de los torreros de la costa había contado.

El día 21 de Julio llegaba D. Alvaro á Nápoles; en el acto embarcó los españoles de D. Alvaro de Sande, tomó á remolque 30 barcazas que había hecho construir D. García de Toledo y emprendió la última travesía. Vió, pues, el Capitán

[1] Fernández Duro, *Centenario tercero de D. Álvaro de Bazán. Boletín de la Academia de la Historia*, t. XII, pág. 188.

general de la mar, en Mesina, la agrupación casi completa de soldados y naves que tanto deseaba. Lo que aun le detenía era la instrucción y orden del Rey determinando la forma del socorro; el Virrey la esperaba por momentos, decidido á dar la vela así que Juan Andrea regresara con los 4.000 hombres que fué á llevar de Liorna. En el ínterin despachó á Malta al capitán Andrés de Salazar á fin de reconocer con exactitud las posiciones de los turcos; y queriendo explorar opiniones, reunió á su vez el Consejo de guerra, asamblea de notables, cuya lista despierta respetuosa emoción. Los jefes que asistieron á la toma del Peñón de Vélez, el señor de Ligny, el Marqués de Estepa, D. Guillén de Rocafull, D. Sancho de Leyva, D. Juan de Cardona, allí estaban con muchos más agregados; D. Sancho de Londoño, maestre de campo de la infantería de Lombardía; Pompeo Colonna, general del Papa; Ascanio de la Cornia, marqués de Castellón, el Conde de Altamira, Brocardo de Cremona, D. Diego de Guzmán..... ¡Cuántas entidades para un acuerdo!

Las actas de tales consejos, en que consta el voto individual, son de gran provecho para el conocimiento de las personas históricas, y de todas las nombradas hay parecer. Así lo tuviéramos de Juan Andrea Doria, ausente.

El Virrey no les disimuló la situación de los sitiados. Por la exposición precisa que hizo, ceñían la ribera de Malta galeras y galeotas guardando estrechamente el acceso. La plaza se hallaba tan al cabo, que si en el movimiento había dilación podía llegar tarde el remedio. Era la voluntad del Rey ponerlo urgentemente, y de su parte estaba codicioso de acometer la empresa, teniendo disponibles, malas y buenas, 90 galeras, 45 naves embargadas al comercio, 6.000 soldados españoles, nuevos y viejos, y 1.500 italianos. De estas últimas tropas deberían llegar aún 4.000, y había facilidad para aumentarlas; no así de obtener las embarcaciones que su traslación exigiera. Con estos datos, pedía á los jefes de sutil ingenio allí reunidos discurrieran el modo de llenar los deseos de Su Majestad.

Ascanio de la Corgna ó Cornia, maestre de campo general

del ejército expedicionario, designado para iniciar los votos, excusó el juicio en cosas de mar, á que se reconocía ajeno. Sin embargo, manifestó que en manera alguna se pensara en aventurar batalla naval, más que por la enorme superioridad numérica de las 200 y más galeras de los turcos, en razón á la que moralmente poseían, efecto de continuados triunfos. Pero si hubiera medio de poner en tierra 9 ó 10.000 hombres sin la contingencia del combate, serían bastantes para afrontar á los 14 ó 15.000 que quedarían en el mermado ejército enemigo, por las ventajas que en disciplina y armas les llevaban los soldados españoles é italianos.

El dictamen de Ascanio concretaba fielmente la opinión de aquellos tiempos. Cervantes nos lo ha dicho. La infantería española se juzgaba incomparable en tierra; invencible en la mar la armada turca. No embargante, D. Alvaro de Bazán, á quien tocó hablar el segundo, dió muestra de criterio libre de prejuicios, proponiendo al Consejo un plan original.

Barcos de comercio sin artillería suficiente, como los que estaban embargados, no podían servir más que de estorbo: prescindiendo de ellos, y también de las galeras de malas condiciones, debía, á su entender, hacerse elección de 60 buenas; armarlas y guarnecerlas con lo mejor de todas, y embarcando 150 soldados en cada una, que harían 9.000, atravesar rápidamente el canal desde la isla de Gozzo. Por razonable hipótesis, una parte de la armada turca había de estar en el puerto batiendo los fuertes y descansando durante la noche de la fatiga diaria, mientras otra parte, por divisiones ó grupos, andaría en custodia de los puntos más accesibles de la costa; y podrían ocurrir dos casos: uno, que la escuadra del socorro pasara sin encontrar las enemigas, y entonces pondría en tierra los 9.000 soldados, dándoles munición y vitualla á hombro antes que pudieran impedírselo; otro, que topara con una de las divisiones de la guarda; y como en toda probabilidad ninguna excedería de 50 ó 60 galeras, escasas de brazos por el contingente prestado á las trincheras, las españolas, reforzadas como iban, darían cuenta de ellas.

A pesar de la influencia que suele ejercer una opinión an-

ticipada, los otros generales, más autorizados por edad y grado, encontraron un mundo de razones contrarias al atrevido proyecto de D. Alvaro. La operación de desembarco es lenta de necesidad; de día no era fácil verificarla sin ser descubierta y sin que acudieran á impedirla todas las naves contrarias en razón al corto perímetro de Malta; la noche, madre de confusiones, es arriesgada al pánico. No era cosa tampoco de dejar en la playa á los soldados con alguna galleta en el morral; habría que proveerles de acémilas y de artillería, sin lo cual desde el momento irían cansados y con poca defensa; de modo que la batalla naval se presentaba inevitable, sin que pudiera ponerse en duda el resultado adverso.

Bazán respondió á las objeciones con lección que tendría aprendida de Horacio, si la experiencia propia no se la dictaba. «En las empresas, dijo, después que se han pesado bien las circunstancias, hay siempre que dejar algo á la fortuna.» Sentencia parecida solía repetir Pero Niño en sus navegaciones.

Empero Alvaro de Sande, Sancho de Leyva, Pompeo Colonna, los demás capitanes, no abogaban por la audacia. Quién aconsejó llevar las fuerzas disponibles á cualquier ataque en Africa que sirviera de distracción á los sitiadores; quién que se esperara en Siracusa alguna oportunidad imprevista; el socorro de Malta ninguno. ¡Así el Consejo aliviaba la responsabilidad del Capitán general y satisfacía á la ansiedad de Europa!

Don García acudió aún á otro expediente: tras los consejeros de guerra escuchó á los pilotos y prácticos de costa, que confirmaron la sentencia de abandono de los caballeros de San Juan. El dictamen pericial declaraba imposible el propósito de echar la gente del socorro en tierra.

Por fortuna el caudillo no era hombre irresoluto ni encogido. Las opiniones del Consejo le servían de alimento al espionaje, guardando mejor el secreto de su decisión: el secreto, factor de incalculable efecto en las operaciones de la guerra.

Pasaron diez días con movimiento de naves y de tropas que nadie se explicaba; las plazas estaban bien guarnecidas y provistas; Antonio Doria, instruído de lo que había de hacer, con 30 galeras puestas á sus órdenes para cubrir la espalda. Llegó en este tiempo Juan Andrea Doria con los florentinos; el correo de la corte llegó. ¡Al fin!

Movieron á seguida los remos 60 galeras escogidas; tomaron á bordo en Siracusa 150 soldados cada una. El plan de D. Alvaro de Bazán, coincidiendo con el que de tiempo atrás tenía concebido el Capitán general de la mar, iba á ponerse en práctica. Los pormenores estaban de antemano calculados y dispuestos con una precisión admirable. De las galeras se había sacado el fogón, el esquife, los repuestos, las pavesadas, aligerándolas cuanto era posible y rodeándolas de jareta; á los soldados no se consentía llevar más que las armas y una camisa con que mudar la puesta. Son detalles, al parecer, insignificantes, pero que revelan la previsión del jefe; la meditación de las instrucciones en que se ordenaba aforrar los remos por el luchadero y las cadenas de los forzados; matar los gallos, que podrían denunciar con el canto la presencia de los bajeles; en una palabra, navegar precabidos, sin luces y en absoluto silencio.

El 26 de Agosto dejaron el puerto con salva de artillería, dividida la armada en tres escuadras, como de ordinario: Don García de Toledo, con la de vanguardia; la del centro, al mando de D. Juan de Cardona; al de D. Sancho de Leyva, la retaguardia. El señor de Ligny iba de descubierta con cuatro galeras á bastante distancia. Llevaban á remolque 40 barcones y 20 fragatas, con los sacos de bizcocho y municiones: de llegar á la playa, no había otra cosa que hacer que embarcar los hombres.

Juan Andrea Doria, que se había brindado á las comisiones de mayor empeño, marchó por delante con su galera sola, con objeto de reconocer el canal de Gozzo y desembarcar un hombre inteligente que desde la isla hiciera señales concertadas. Le ocurrió un incidente desagradable: dió caza á un bergantín, que se metió en paraje donde no pudiera acercarse

la galera; y como ésta no llevaba esquife, en una barquilla capaz de cinco hombres desembarcó 20, que fueron muertos ó cautivados, con lo que, en lugar de conseguir noticias de la armada bloqueadora, daba á los turcos ocasión de que la tuvieran de la cristiana si ponían á cuestión de tormento á los prisioneros.

Mayor contrariedad sufrió Don García, sorprendido sobre cabo Passaro por un temporal extraordinario en la estación. Imposible resistir la gruesa mar con las barcazas por la popa; varias se perdieron, partidos los remolques, y las galeras mismas, tan aligeradas de carga, aguantaban mal el peso alto de los soldados; hubo forzosamente que correr hacia la isla Faviñana, de allí á Trapani, y desembarcar á la gente mareada, proporcionándola descanso. Segunda vez dispersó á la flota el temporal. Cualquiera dijera que lo soplaban los turcos, causando las averías y, lo que era peor, la deserción de no pocos soldados. Hasta el 5 de Septiembre no volvieron á reunirse todas las galeras en el Pozal, punto al que llegó también Juan Andrea con aviso de sostenerse los caballeros de Malta en el Burgo y en San Miguel. El 6 nuevamente se pusieron en movimiento, entrando á media noche en el canal de Gozzo: una luz que brillaba en cierto lugar de la isla dió á entender á D. García lo que deseaba. Sin vacilar puso las proas hacia el puertecillo de Malacca, aguantando sobre los remos el resto de la noche, con serenidad imponderable, por reinar viento fresco con mar gruesa. A la primera claridad, cargadas las barcazas, se arrimaban á la playa; sea el Capitán general quien lo refiera [1].

«S. C. R. M. Hoy, que son los 7 del presente, al amanecer ha sido Dios servido que sin pérdida de un remo, aunque á peligro de perderse hartos, se hayan puesto en tierra nueve mil y seiscientos soldados para el socorro de Malta, que teniendo, como espero que ternán, el ayuda de Nuestro Señor, pues Él no hace merced que no sea cumplida, me paresce, segun la bondad dellos, que bastan para mayor cosa; y aun-

[1] *Documentos inéditos*, t. XXIX, pág 484.

que pudiera ponerlos la noche en tierra, habiendo tenido la mayor parte della en la isla, y pasádola con el remo en la mano, temiendo no me sucediese, con la confusion della, alguna desgracia, esperé hasta el hacer del día, lo cual se hizo con tanta orden como si fueran cuatro ó cinco galeras. Sirvieron muy bien los capitanes de mar, y particularmente D. Álvaro de Bazán y la gente principal. Y certifico á V. M. que se ha salido con cosa harto más peligrosa y dificultosa de lo que se puede pensar, especialmente que el día antes habían estado más de cincuenta galeras en el propio lugar adonde yo desembarqué.....; me quedé con mi sola Capitana, y en ella á Juan Andrea, que sirvió muy bien esta noche y ha pasado en la navegación, que hizo con su galera solo, harto trabajo..... No me partí hasta que se retiró bien dentro en tierra toda la vitualla y municiones de pólvora, plomo y mecha, y alguna cantidad de capas, palas y picos. Púseles en tierra bizcocho para mes y medio.....»

No dijo que el 8 de Septiembre era el día en que los turcos habían de dar el asalto general, y al efecto se habían apartado las galeras de guardia, debiendo desembarcar su gente al amanecer; calló muchas cosas; pero iba dentro de la carta un papel suelto escrito á última hora que harto explicaba.

«En el Gozzo me dijeron que Melchor de Robles, maestre de campo de la infantería española de este reino, había muerto en la batería de San Miguel, habiendo hecho lo que debía al cargo que tenía y al lugar en que se hallaba, con harto sentimiento del Maestre, porque había ayudado muy bien á defender aquello. Suplico á V. M. mande tener memoria de sus hermanos para hacelles merced en lo que hubiere lugar. Y también á mí me ha tocado mi parte, porque en el mismo lugar dicen que murió un hijo que allí tenía.»

Cuando se hubo despedido el Virrey de las tropas, ofreciéndoles volver prontamente con 4.000 hombres más, víveres y pertrechos, se unió á la escuadra, que le esperaba mar á fuera, y teniendo el viento favorable dió la vela para Sicilia, pero no como quien escapa; al contrario, tomando la costa de Malta á mano derecha, la contorneó hasta pasar á

la vista de la flota turca, fondeada en el puerto de Marza Muscietto, y al llegar al través del Burgo, arbolados los estandartes y flámulas, hizo salva general á la bandera de los caballeros de Jerusalén. Sitiados y sitiadores comprendieron por el acto que el socorro era llegado á salvo.

El primer impulso de Piali fué castigar la osadía de las naves cristianas, para lo que mandó levar las anclas; mas no tardó en volver al puerto, temeroso de un ataque por la espalda en las trincheras. Delante de ellas no había ya otra cosa que un montón de escombros con que se cubrían unos pocos héroes; obra de 60.000 cañonazos ayudados de los hornillos de las minas; pero desde aquel montón, cantando *Te Deum laudamus*, presenciaron los hospitalarios soldados la indecible confusión y apresuramiento con que las gentes feroces de Mustafá arrastraban los cañones, levantaban las tiendas, evacuaban el castillo de San Telmo, conduciendo los efectos á la flota.

A los expedicionarios de Sicilia favoreció grandemente la precipitación que el temor impuso á los enemigos, habiendo de hacer una jornada á campo traviesa, cargados con los víveres y municiones bajo un sol abrasador; en llevarlas á la ciudad, en el centro de la isla, emplearon dos días.

Descansaban en el caserío bien ajenos de que un traidor salido de sus filas, un soldado de la compañía de D. Juan de Aragón, morisco, natural de Alcañiz, se había pasado á los de su fe, informando inexactamente, por fortuna, á Mustafá que, por deserción en las arribadas de los cristianos y enfermedades causadas por la fatiga del viaje hecho con temporal, no pasaba la tropa del socorro de 5.000 hombres. La declaración avergonzó á los jefes, que al punto determinaron volver á tierra, y he aquí á los que descansaban obligados á tomar las armas.

Don Alvaro de Sande, el primero, tuvo aviso del movimiento, é irreflexivamente, sin contar con los otros jefes, sin coraza, montó á caballo, gritando al capitán Diego de Salinas que le siguiera con su compañía de arcabuceros, á fin de impedir que los turcos se apoderaran de una colina próxima,

hacia la que se dirigían. Cortóle el paso Ascanio de la Cornia, observando que los turcos habían de subir cansados, y esperándolos detrás de las tapias de la ciudad tendrían sobre ellos gran ventaja. Don Alvaro nada oía; corrió á la colina, comprometiendo la acción por haber avanzado con tan corta fuerza y tener que resistir solo el empuje de todo el ejército contrario; pero ¡cuán distinta era la actitud de éste á la que alardeaba cuando vino! Bastó un amago de carga de los arcabuceros de D. Alvaro para que la vanguardia se desbandara, y cuando salieron de la ciudad los escuadrones, corrieron á la playa los turcos, dejándose acuchillar por la espalda hasta dentro del agua, donde hallaron reparo de la artillería de sus galeras.

El 12 de Septiembre desaparecieron en el horizonte las velas conductoras de los mahometanos. Hassán enderezó las proas de sus naves á Occidente en regreso á Argel; los corsarios partieron cada cual por su lado, mientras Piali y Mustafá, más temorosos de la vista de su señor que de las armas de los cristianos, tristemente navegaban hacia donde nace el sol en apariencia.

Viólos D. García al llevar la segunda expedición de soldados con muchos caballeros, y, retrocediendo, desembarcó esta gente, ya innecesaria, en Siracusa. Volvió inmediatamente á Malta para librar á la isla de consumidores de raciones y al Maestre de huéspedes embarazosos; tomó á bordo las compañías de españoles de Nápoles y de Sicilia, haciendo derrota á Levante sin descansar un solo día. Acariciaba la probabilidad de que se dividiera la armada turca despachando á Constantinopla las galeras averiadas, con heridos ó enfermos, mientras las otras quedaran á la mira en Grecia, en cuyo caso, ganando á todas en velocidad, podría batir alguna de las divisiones ó acometer á las rezagadas. Con este plan se adelantó hasta Cérigo, esperando tras una punta la señal de los vigías que situó en tierra; pero la suerte no le favoreció con ocasión que coronara su grande obra. Avisado Piali de la aparición de la flota cristiana, se entró en Modon con la suya, dando tiempo al consumo de raciones que tenía

que obligar á D. García al retorno, como lo hizo á Messina el 7 de Octubre, dando fin á la campaña.

Duró el sitio famosísimo de Malta cuatro meses, y costó á la cristiandad la vida de 260 caballeros y de cerca de 8.000 soldados. La pérdida de los turcos, incierta, no bajó de 30.000 hombres por el promedio de datos recogidos por los historiadores del tiempo.

Con extraordinaria solemnidad, proporcionada á las aprehensiones de un año, se celebraron en Roma y en la corte de España las nuevas satisfactorias; júzguese del efecto por esta letra [1]:

«El Rey.—Ilustre D. García de Toledo, capitan general de la mar y virrey de Sicilia. Todas vuestras cartas he recibido y entendido por ellas, y otras del Gran Maestre, y primera que invió Antonio de Oria, el subceso y socorro que, con ayuda y favor de nuestro Señor, se ha tenido en lo de Malta, lo cual os agradezco mucho, que no pudiera venir cosa que más satisfaccion y contentamiento me diera. Y todo lo que ordenastes y proveistes fué como de vuestra prudencia y experiencia siempre esperamos. Este servicio ha sido tan principal y señalado, y de tal calidad é importancia para el bien de la cristiandad y de nuestros señoríos y estados, que me habeis puesto en nueva obligacion, y así podeis estar cierto que para honraros y favoreceros y haceros merced, hay en mi la voluntad ques razon, y mereceis.»

Merecido realmente. No fué sólo D. García liberador de Malta; desde aquella roca empujó al poderío de Solimán *el Grande* desde el punto de la culminación hacia el plano inclinado de la decadencia; quebrantó su superioridad moral; enseñó á los pueblos cristianos, empezando por los que gobernaba, que los turcos no eran invencibles en la mar, como

[1] *Documentos inéditos*, t. XXIX, pág. 567, fecha en Madrid á 5 de Noviembre. Para perpetuar el recuerdo de la salvación de Malta, mandó el Gran Maestre que fuese celebrado todos los años en las iglesias de la isla el día del nacimiento de la Virgen María, y que después del oficio divino se leyese á los concurrentes la historia del cerco. La fiesta religiosa subsiste.

se había creído. Bien hizo Pedro de Salazar en poner por título á la obra en que narraba prolijamente las ocurrencias del sitio, HISPANIA VICTRIX.

«Faltará el mar, y cuanto en sí produce
La tierra, y altos montes que sustenta,
El alto firmamento que reluce
Y de sus signos la importante cuenta,
Antes que el nombre del valor que induce
Á toda lengua á le pagar tal renta;
Que sea acabado el mundo y sus colores,
Y no se acabe el son de sus loores» [1].

[1] Del mismo Pedro de Salazar.

VII.

GUERRA DE LOS MORISCOS DE GRANADA.

1566-1570.

Construcción de galeras.—Venida de la armada turca á Italia.—Se retira.—Rebelión en los Países Bajos.—Tratos de Argel.—Viaje del Duque de Alba á Génova.—Naufragio en Málaga.—Nombramiento de D. Juan de Austria general de la mar.—Organización de las escuadras.—Crucero.—Alzamiento de los moriscos.—Guarda de la costa.—Otro naufragio.—Los marineros asaltando las plazas.—D. Juan de Austria concluye la guerra.

¿Qué no habría de temerse del resentimiento de Solimán al saber la derrota de su ejército en Malta? Pronto corrió el rumor de los preparativos con que se prometía vengarla: 90.000 hombres, 300 cañones, 500 naves iba reuniendo para la campaña de 1566, en la que por mar y tierra quería mostrar la fuerza de su brazo.

Siendo prudente oponerle escudo, ordenó el rey D. Felipe la rápida construcción de 80 galeras: 40 en Barcelona, 20 en Nápoles, 15 en Sicilia, seis en Génova, refuerzo considerable á la armada; mandó afianzar las plazas de África é Italia, la Goleta principalmente; ¿y Malta? La isla de los caballeros ocupaba seriamente la atención del Monarca, pues derribada la fortificación, indefensa como había quedado, mal podría resistir expugnación repetida. Don García de Toledo tenía encargo de celar con preferencia que antes de la primavera estuvieran los muros de nuevo erigidos y la isla á

cubierto. Ingenieros, gastadores, materiales, dinero, se ofrecieron sin tasa al Gran Maestre, estimulándole á trabajar activamente en la obra en que, al parecer, era el primer interesado, no siendo así. Porque la heroica defensa hubiera postrado su energía, ó por ideas de género distinto, se aferró á la de abandono de Malta, pidiendo al Rey católico otro lugar donde albergar á la Orden de San Juan, la plaza de Siracusa, por ejemplo, entorpeciendo y demorando las operaciones de reedificación con la esperanza de ganar la demanda, y más trabajo costó á D. García de Toledo disuadirle que proporcionarle los elementos costosos de ejecución [1]. La actividad prodigiosa del Virrey de Sicilia no fué al cabo estéril; con los viajes y conferencias en Malta, como en la Goleta y en Génova, contribuyó grandemente á poner en apercibimiento las plazas y en disposición las galeras nuevas.

Descargó la ira del Sultán sobre Hungría, dirigiendo personalmente el ejército: á Piali dió menor fuerza que el año anterior. Don Juan Sanoguera, encargado de vigilar con sus dos galeras, y Juan Andrea Doria, que cruzaba también en Levante á la mira, sólo acusaron la presencia de 80 enemigas, escuadra con que seguramente no había de osar Piali volver á Malta ni atacar á la Goleta, sabiendo que tantas ó más le saldrían al encuentro. No hizo, pues, otra cosa que arrimarse á la costa de Pulla con daño de Ripa de Cheti, volviendo á Morea en cuanto tuvo noticia de aproximarse la armada de D. García.

Don Felipe, el Rey, pensó utilizar el espacio que los turcos le daban, y tantas fuerzas de mar y tierra como tenía reunidas, para dar golpe decisivo á la plaza de Argel, pagando la deuda en que la dejó el Emperador [2]; hiciéralo si las razones mesuradas de D. García de Toledo no le convencieran de que mejor le estaba diferirla, preparado á cualquier evento [3].

Era la resolución prudente, porque en este tiempo traían

[1] *Colección de documentos inéditos* citada, t. XXX.

[2] Carta del Rey á D. García de Toledo, fechada á 26 de Marzo de 1566.

[3] Carta del Rey á D. García de Toledo, de 4 de Junio. Ambas en la *Dirección de Hidrografía. Colección Navarrete*, t. XXXIII.

revuelta á Europa cuestiones de religión, de las que no pocas veces han servido de cobertera á la conveniencia de los ambiciosos. Francia ardía en guerra intestina, atizada por los calvinistas ó *hugonotes*, favorecidos con la flojedad del Gobierno en la minoría de Carlos IX. Isabel Tudor, decidida á ser cabeza de los protestantes, perseguía encarnizadamente en Inglaterra á los de la comunión católica. Los luteranos de Alemania apoyaban contra éstos á los disidentes de todas partes, y prendiendo las chispas el incendio en los Países Bajos, al color religioso de las otras contiendas civiles se trataba de juntar el nacional, opuesto á la dominación de príncipe extranjero.

Disturbios ocurrieron asimismo en Turquía por muerte de Solimán *el Magnífico* en el campo de la guerra de Hungría, agitándose en contrarias tendencias los genízaros, el pueblo y los altos dignatarios de la Puerta. Un genovés, Juan María Renzi, conocedor de las intrigas del Serrallo, fraguó conjura en que entraban muchos renegados, ofreciendo al Rey católico, á cambio de su auxilio pecuniario, entregar ó destruir la flota é incendiar el arsenal. El trato se extendía á la escuadra corsaria de Argel, y aun á la de Trípoli; mas no pasó adelante por fallecimiento de Renzi [1].

[1] De un modo confuso trata Cabrera de Córdoba de la conspiración (t. I, página 526) á que hacen referencia dos cartas del Rey á D. García de Toledo, suscriptas á 20 de Agosto de 1566 y á 11 de Enero de 1567, sin dar gran importancia á las ofertas de Renzi, pero sin despreciarlas tampoco. Al Virrey encargaba diera buena acogida al genovés, y algún auxilio, procediendo con secreto y tacto; no era ésta la vez primera en que se trataba del asunto: otra carta dirigida al mismo don García, en 14 de Noviembre de 1565, recomendaba diera oidos á Pedro Quintana, síndico que fué de Menorca, esclavo de Piali en la toma de Ciudadela, posteriormente casado en Turquía, por lo que es de presumir que renegó. Contando con los parientes y paisanos que estaban aún en cautiverio, algunos empleados en el arsenal, proponía incendiar los almacenes y las galeras que en la invernada estaban desarmadas, valiéndose de fuegos artificiales que había aprendido á preparar. No solicitaba recompensa hasta que su plan surtiera efecto. Las dos primeras cartas del Rey están incluídas en la mencionada *Colección de Navarrete*, t. XXXIII, y esta última en la de *Sans de Barutell, Simancas*, art, 3, núm. 191. En Argel habían intentado el incendio de la flota, por encomienda del Virrey de Mallorca, corsarios de la isla que quisieron imitar al famoso Cañete, é hicieron dos presas dentro del puerto. Consta el hecho en el mismo tomo de Navarrete, con fecha 27 de Abril de 1561, sin mentar los nombres de los ejecutores.

Entre las alteraciones indicadas iba adquiriendo la de los Países Bajos carácter de gravedad suma desde que el bando de los luteranos, reforzado con la masa de los descontentos que se hacían llamar *gueux*, esto es, mendigos, declaró sin disimulo su inclinación á segregarse de la dependencia de España, eligiendo por caudillo á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, nombrado *el Taciturno*. Vista la ineficacia del temperamento contemplativo hubo de acudirse al de la represión, encomendándola el Rey á la dureza de carácter del Duque de Alba, al que dió título de Capitán general de tierra y mar en Flandes, con poderes extraordinarios.

Había de pasar desde España á la cabeza de un ejército de 9.000 infantes y 1.200 jinetes, elegidos unos y otros entre los soldados viejos españoles; de modo que constituían fuerza superior á la de su representación numérica. En reunirlos en el Genovesado, sacándolos de las guarniciones de Italia, Córcega y Cerdeña; en municionarlos y proveerlos, anduvieron ocupadas las galeras, distrayéndolas de la persecución del corso [1], y aun algunas naves de transporte con las que el temporal se extremó, proporcionando mal augurio á la expedición.

Habían cargado en Málaga cantidad de bizcocho, picas, arcabuces y mosquetes, y antes de dar la vela las sorprendió uno de los levantes que suelen descargar en el Estrecho su furia incontrastable. De 29 bajeles anclados en el puerto, solamente una nave vizcaína se sostuvo sobre las amarras; las otras naufragaron en la playa, con pérdida de 80 vidas y las vituallas [2].

Para el viaje del de Alba se congregaron en Cartagena 36 galeras bajo la insignia de Juan Andrea Doria, é hicieron la

[1] De aquí resultaron daños averiguados en la «Información de cómo el 30 de Mayo de 1566, á cuatro leguas de la barra de Sanlúcar, 11 galeras de turcos y moros apresaron 21 navíos de Galicia, y otros vizcaínos y portugueses, que llevaban víveres á Cádiz». Navarrete, *Biblioteca marítima*, t. III, pág. 37.

[2] Carta del Rey á D. García de Toledo, fechada á 16 de Febrero de 1567. *Colección de Navarrete*, t. XXXIII.

travesía hasta Génova sin accidente [1]. El ejército emprendió la marcha en Julio por la ruta que diez y ocho siglos antes había marcado Aníbal, siendo la demora ocasionada por dolencia que impidió el movimiento al Duque.

Hay en la historia figuras para las que el lector desearía inmunidad ó exención privilegiada en los efectos destructores del curso de los años. Don García de Toledo, el restaurador de la Armada española, es una de ellas. Agobiado por los achaques más que su pariente el de Alba, se vió en la precisión de exponer al Rey la imposibilidad en que estaba de seguir ejerciendo los cargos activos que le estaban confiados [2], haciéndolo con la certeza de que por aquel año no saldría la armada de los turcos de sus aguas. Pero debía presumirse que lo hiciera luego juzgando por las intenciones de Selím II de emular á su padre, al decir de los bien enterados; y habiendo de poner en buenas manos el real estandarte, lo dió D. Felipe á su hermano, el ilustre D. Juan de Austria, significándole en el nombramiento, como en las especiales instrucciones para desempeño del cargo, cuánto esperaba de su gentil mocedad [3].

Comentando los despachos el cronista palaciego, escribía [4]: «No se nace con la experiencia, y á los que dan muestra de valerosos y bien inteligentes (entre los príncipes) conviene ocuparlos poco á poco, para que aprendan á ser magníficos, templados, fuertes, liberales, prudentes, con gravedad en las palabras, fe en las promesas, discurso con advertencia, mostrarse á sus soldados en la vista alegres, serenos, agradables, humanos, guardando el decoro y grado conveniente á su dignidad; de manera que la familiaridad no los haga poco obedientes, y la severidad y dureza enemigos;

[1] Cabrera de Córdoba pone la salida de Cartagena en 10 de Mayo, y la llegada á Génova en 27 del mismo mes; según otros historiadores, salió la escuadra el 27 de Abril y arribó á Saona el 17 de Mayo de 1567.

[2] Carta fecha 1.º de Septiembre de 1567. En la citada *Colección de Navarrete*, tomo XXXV.

[3] Ambos documentos contiene el tomo III de la *Colección de los inéditos para la historia de España*, págs. 304 y 311.

[4] Cabrera de Córdoba, t. I, pág. 567.

y sobre todo, que sean elocuentes para hablarlos juntos, reduciéndolos á concordia, obediencia, ó animándolos para pelear. Porque aunque entienda el capitán, discurra, juzgue bien (que se llama razón), há menester oración, facultad de explicar lo que siente, con policía en varias lenguas, por la diversidad de naciones, con que quita el temor, enciende el ánimo y le acrecienta, descubre los engaños, promete premios, muestra los peligros, el camino de salir dellos, reprehende, ruega, amenaza, loa, vitupera, llena de esperanza. Pareció que el Rey enseñaba á su hermano por lo más difícil, que es el manejo del mar y sus acciones; porque si bien la guerra terrestre tiene más suertes, y los capitanes facilidad por la variedad de sitios y ventajas en asechanzas, sol, viento, polvo, puerto, la de mar há menester más vigor de ánimo, determinación en sí y en los que gobiernan los navíos en guerra más cruel, en que traga, abrasa, consume el hierro con firmeza forzosa para salvarle cada soldado.»

Don Felipe enseñaba algo más que esto al nuevo Capitán general de la mar: unía á la doctrina medios de practicarla, eligiendo con solicitud personas que secundaran su iniciativa, y dábale elementos con que pudiera ser fecunda. Lugarteniente general nombró á D. Luis de Requesens, Comendador mayor de Castilla, del Consejo de Estado, Embajador que era en Roma. Distribuyó el mando inferior de las galeras, trasladando para el de las de España á D. Sancho de Leyva, poniendo por cabeza de las de Nápoles á D. Alvaro de Bazán; de las de Sicilia, á D. Juan de Cardona, con divisiones de á cuatro, cuyos jefes (á quienes dió el vulgo denominación aceptada de *Cuatralvos*) fueron D. Bernardino de Velasco, D. Martín de Padilla y D. Alonso de Bazán. Capitán de la galera Real eligió á D. Juan Sanoguera, poniendo en el estado mayor personas de no menor crédito, y todas recibieron instrucciones precisas [1].

Por otras disposiciones de alta política quedaban obligados

[1] ombramientos é instrucciones se hallan en la *Colección de Sans de Barutell. Simancas*, art. 2.°, núm. 27 y siguientes.

á servir seis meses, cuando menos, en las galeras los caballeros de las Órdenes militares, y se facultaba para admitir en ellas como aventureros á los voluntarios. Familiarizábase de este modo con la mar á la nobleza, aficionándola á la distinción de los mandos, como se advirtió desde luego por el número de los que solicitaron seguir al estandarte á las órdenes de jefe tan calificado.

En punto á material, mandó D. Felipe renovar los asientos de los Dorias y hacer otros nuevos con los Lomelinos, Centuriones, Grimaldi, ó con caballeros españoles, Lupián, Doms, Centellas, atendiendo á que tuviera el Capitán general á su mando cien galeras armadas, cuando menos, aumento justificado con las muchas presas de corsarios [1].

Don Juan de Austria tomó posesión de su alto destino en Cartagena, donde le esperaban juntas las galeras de España, Nápoles y Sicilia, en número de 36, con el lugarteniente don Luis de Requesens. El 2 de Junio celebró el primer Consejo, determinando la distribución de la armada de forma que en Italia quedara una buena banda de galeras á cargo de Juan Andrea Doria, y en otra salieran los jefes presentes á proteger la recalada de las flotas de Indias, por saberse que á interceptarlas habían partido de Argel hasta 30, entre galeras, galeotas y fustas.

Emprendió, pues, el Príncipe la campaña de iniciación al día siguiente, 3 de Junio, sin alargarse hasta el cabo de San Vicente por haber tenido en la mar aviso del arribo feliz de las naves indianas. Fué corriendo los puertos, cruzando de unos á otros en los lugares sospechosos en que solían apostarse los corsarios é imponiéndose de las necesidades, que hubieron de parecerle muchas. En Cartagena, Gibraltar y Cádiz echó de menos muelles y fortificaciones; en el Puerto de Santa María, lugar de invernada de las galeras de España, estimuló la instalación de hospital y capilla para los mareantes; en las posesiones de Berbería notó bien las faltas de que

[1] Hiciéronlas las galeras de Leyva, Cardona, Juan Andrea Doria y el Conde de Altamira. *Colección Navarrete*, t. XXXIV.

adolecían Orán, Mazalquivir, el Peñón de Vélez, sin puertos en que abrigar bajeles, así como las condiciones de aquellos en que se escondían las fustas moriscas [1]. Ocho meses empleó en este examen provechoso, durante el cual se mantuvieron encerradas las galeras argelinas; aunque no del todo, le privaron de las emociones de la caza [2].

Hubo de ocuparse por entonces el Príncipe en las disposiciones para el viaje proyectado por el Rey á Flandes, donde se reclamaba su presencia, si bien no tardó en desistir de la idea instado por otras necesidades [3].

Á principios del año 1568 cumplía el plazo de los edictos que se habían publicado prohibiendo á los moriscos del reino de Granada, en lo sucesivo, el uso de sus trajes, ceremonias, costumbres y lengua. Ellos interpusieron súplicas é interesaron en su favor personas de influencia, esperando nuevas prórrogas en la práctica de la determinación que venía dilatándose desde que en vida del Emperador se dictó; y como se estrellaran las gestiones ante la inflexibilidad del carácter de D. Felipe, llevóles la desesperación á la resistencia que secretamente comenzaron á organizar, de manera que en día señalado fuera general el alzamiento en el territorio, y sorprendiendo á las autoridades desprevenidas y á los presidios escasos de soldados, cayera en sus manos la ciudad de Granada, juntamente con los puntos fuertes ó estratégicos.

Todo á punto en la conspiración, convocada la gente y reconocidos los jefes, incluso el Rey que abriría la serie de los granadinos nuevos, eligieron las fiestas de Natividad del

[1] ¿Sería en esta ocasión cuando se propuso obstruir la entrada de la laguna de Melilla? El Príncipe la reconoció durante su crucero, y en la relación enviada á la Señoría de Venecia por el embajador Leonardo Donato el año 1573, se dice que, por no custodiar la boca, se determinó cerrarla sumergiendo barcazas cargadas de arena. Es noticia que conviene tener en la memoria.

[2] Durante la campaña de D. Juan, apresó su flota un navío y siete galeotas de corsarios, y las de Doria y Cardona siete bergantines de los que andaban en espionaje. *Colección Navarrete*, t. XXXIV.

[3] El príncipe D. Carlos, irreverente con su padre, escribió por burla en papel encontrado entre sus legajos: «GRANDES Y MARAVILLOSOS VIAJES DEL REY FELIPE. *De Madrid al Pardo.—Del Pardo al Escorial.—Del Escorial á Aranjuez.....*»

Señor para el alzamiento, por ser época de regocijo y licencia entre los cristianos y tiempo de invernada de las galeras, no habiendo, por tanto, que temer de ellas estorbo en la comunicación con Berbería, de donde vendrían prontamente (así lo creían) armas, municiones y soldados aguerridos. La petición estaba hecha de antemano á Uluch-Alí, el renegado napolitano, á la sazón Bajá de Argel en recompensa de los servicios marítimos que prestó á Solimán, y en camino de Constantinopla embajada con solicitud al Gran Señor del poderoso auxilio de su armada.

No se urdió la maquinación sin que alguna parte del secreto á tantos extendido trascendiera, alarmando al Marqués de Mondéjar, capitán general del reino; sin embargo, una banda de *monfis*, salteadores ordinarios de caminos, penetró en Granada durante la noche convenida, dando el grito de rebelión que al mismo tiempo sonaba en las poblaciones de la sierra.

El alzamiento era grandemente simpático á los mahometanos encubiertos, ó sea á la masa de la población sometida forzosamente; con todo, tímidos ó desconfiados los moriscos del barrio de Albaicín, no secundaron á la intrusión de los campesinos, dando tiempo á que los vecinos cristianos y la corta guarnición se pusieran en pie, frustrando el golpe de mano en la capital. No así en los pueblos; cundió rápidamente por ellos el movimiento, significándose con demostraciones extremadas. Proclamóse el culto de Mahoma con atropellamientos de inaudita ferocidad. Quedaba declarada la guerra de raza y de religión; guerra de exterminio [1].

Tanto ó mayor empeño que en señorear á la ciudad de la Alhambra, tuvieron los rebeldes por apoderarse de cualquiera

[1] Don Diego Hurtado de Mendoza, en su libro clásico *Guerra de Granada;* Luis del Mármol Carvajal, *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada;* Ginés Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada,* recogieron datos importantes al conocimiento de los sucesos que habían presenciado. Los esclarece la *Correspondencia de Felipe II y otros personajes con D. Juan de Austria sobre la guerra contra los moriscos de Granada,* publicada en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España,* XXVIII, Madrid, 1856.

de las principales de la costa que les proporcionara puerto y lazo, por consiguiente, con los correligionarios de Berbería; así que desde los primeros momentos intentaron la ocupación de Marbella, Adra, Almería y río Almanzora. A la combinación de circunstancias fortuitas, que no á la previsión, se debió que no lo consiguieran. Fuéles también contraria la actitud de Uluch-Alí, preocupado con la conquista de Túnez, y la del gran señor Selím II, decidido á inaugurar la soberanía ganando reputación con golpe más seguro. La perspectiva de invadir á España que ante su vista desarrollaron los emisarios granadinos, asegurándole contaban con sesenta mil hombres armados en la Alpujarra, número que se duplicaría al llegar su armada con el alzamiento simultáneo de los moriscos de Valencia y de Aragón, oprimidos por el temor; la oferta de entregarle el puerto de Cartagena por base de la empresa fácil de apoderarse de toda España, no le sedujeron, ni inclinaron tampoco á Uluch-Alí los ruegos en prosa y verso redactados con gala de elocuencia oriental. Lo mismo en Argel que en Constantinopla se veía con gusto y simpatía que los moriscos dieran en qué entender al Rey católico, obligándole á mirar por su casa con descuido de las de fuera, sin conceder por ello importancia á gente tornadiza, que empezaba por querer gobernarse por sí, eligiendo Rey, en vez de demandarlo al dispensador de los favores de la protección. Dieron, pues, á los emisarios buenas palabras, alargándose sólo Uluch-Alí á consentir el concurso personal de algunos entusiastas y negociantes con restricción que sirviera á sus planes de Túnez. Vinieron por consecuencia á España, en grupos sueltos, turcos con que formaron los alzados cuerpos de escopeteros á pie y á caballo; galeotas que les trajeron artillería y munición; algunos capitanes experimentados á los que confiaron los puestos de importancia; poca cosa, en suma, para lo que esperaban, y lo que pudiera comprometer al Estado.

Cien soldados que en bergantines despachó el corregidor de Málaga bastaron para asegurar la villa de Adra, mientras llegó á guardar la costa Gil de Andrada con nueve galeras de

las del Puerto de Santa María. A favor del refuerzo, desembarcados trescientos arcabuceros con D. Juan Sanoguera, comenzó la represión, uniéndolos á las columnas de D. Francisco de Córdoba y de D. García de Villarroel, capitán en la guerra de Almería. Habían los moriscos fortificado el Peñón de Inox, á la vera de la mar, en sitio áspero y de acceso difícil, sirviéndose del lugar como de atalaya, almacén, refugio y punto de partida de algaradas hacia el interior por los estribos de la sierra. Convenía deshacer lo que á manera de nido de águilas amenazaba de continuo á los ribereños, empresa azarosa y de empeño, pero en favor de la cual, y contra los peligros de la subida, se ofrecía la entidad del botín, sabiéndose que allí guardaban los moriscos la hacienda de los pueblos alzados en toda la comarca. Esta seguridad dió alas á los soldados, ya que no menos necesitaban para trepar de noche por los riscos y asaltar, como lo hicieron, por varios lados, si á costa de siete muertos y trescientos heridos, pasando por encima de los cuerpos del alcaide turco, nombrado Cosali, y de cuatrocientos defensores suyos, para hacer presa de la bandera, y de dos mil setecientos cautivos, mujeres y niños los más, con ropas y prendas por valor de quinientos mil ducados.

Prestó la marina en la expugnación buen servicio, por lo que en los principios de toda guerra importa el éxito á la moral, empleándose seguidamente en la persecución de las galeotas argelinas, para lo que pocas resultaban las nueve galeras. Si es difícil bloquear con eficacia un puerto, ¿cuánto más no lo será poner llave á la costa?

Entrado el año 1569 con malos resultados en la reducción de los rebeldes y desconcepto de los generales del ejército, nombró el Rey á su hermano D. Juan de Austria para la dirección de la guerra, porfiada más de lo que se creía, ordenando le asistiera su lugarteniente D. Luis de Requesens, que había de embarcar en las galeras el tercio de infantería española de Nápoles.

Cumplido con rapidez el mandato, navegó hacia España con dos galeras de esta escuadra, doce de Florencia, dos de

Bendinelli Sauli, dos de Estefano de Mari, dos de Grimaldi y cuatro de Centurión, en total 24, siguiéndole á distancia D. Álvaro de Bazán, con otras tantas de las escuadras de Nápoles y Sicilia. El Comendador llegó á mediados de Marzo al golfo de Narbona, donde le tomó furioso maestral, como suelen serlo en aquella estación y sitio, donde descargan por las bocas del Ródano.

Dispersa en un momento la banda, corrieron algunas galeras hacia las Baleares y otras á Cerdeña con varia fortuna, que algunas sorbió la mar, sin que fuera posible auxiliarlas. Vióse el caso raro de embestir la Capitana de Mari por medio del costado á una compañera, é irse á pique la que hizo de ariete, salvándose la que recibió el choque. Ocho fueron las anegadas y perdidas, con 1.800 hombres, más ó menos, no saliendo del trance las demás sin gruesas averías y padecimiento de la gente, que hubo de arrojar al agua armas, ropas y pertrechos. La Capitana del Comendador tomó puerto en Mahón, descalabrada, pasando á Palamós tan luego como aflojó el viento, con objeto de reunir á las que hubieran escapado, y vióse en grave peligro de otra especie, porque los remeros turcos, viendo á la marinería rendida del trabajo, rompieron las prisiones, queriendo alzarse con el buque, y costó mucho refrenarlos, haciendo justicia en los promovedores [1].

La opinión pública culpó al Comendador mayor como causante del siniestro, por ser más testarudo que marinero. El hecho es que las galeras estaban al ancla en Marsella ocho días hacía, en espera de tiempo favorable, cuando pasó navegando á toda vela hacia Levante la escuadra de Juan Andrea Doria. «Leva», ordenó inmediatamente D. Luis de Reque-

[1] En recuerdo del naufragio se acuñó una medalla de 58 milímetros, que muestra en el anverso el busto de D. Luis de Requesens, modelado grandiosamente, mirando á la derecha; en la circunferencia se lee LUDOVICUS RICASENTIUS MAYOR CASTILLAE COMMENDATARIUS. En el reverso, la mar, levantada por temporal, pone en peligro á una armada de galeras, algunas de las cuales zozobran; á la izquierda hay un puerto, en que otras se refugian; á la derecha, en la parte superior, un ángel con espada en la mano, contemplando las naves. El mote es FORTITUDINE AC CONSILIO. En el exergo, *Anievus* f.

sens al verlas; no se diga que las galeras del Rey pierden el tiempo mientras que otras lo aprovechan. Los capitanes procuraron disuadirle, apoyados en el parecer de los pilotos prácticos acerca del temporal reinante en el golfo. De salir con aquellas circunstancias perderían el tiempo en realidad, pues habrían de arribar necesariamente. «Leva», repitió don Luis, desoyendo las observaciones obstinado, no pudiendo desconocer que de navegar al Oeste, en opuesta dirección que Doria, tendría que luchar con el viento que al otro favorecía. Fuera del puerto, cuando empezó á notarse la violencia de la mar, hubiera podido aún evitar la desgracia volviendo al fondeadero. Cualquiera lo hiciera, dándose por convencido con la experiencia; mas ocurrióle á Alfonso de Aragón, general de las galeras de Florencia, repetir advertencias declinando su responsabilidad, y esto bastó para que el amor propio del Comendador mayor cerrara el recurso de salvación.

Terrible ceguedad la del orgullo de un caudillo.

Don Alvaro de Bazán arribó al puerto de Caller, en Cerdeña, con oportunidad para reparar á cinco de las galeras averiadas de Requesens, socorrer á los soldados, escoltarlos á Palamós, adonde fueron acudiendo los bajeles, y pasar de Barcelona á Adra, destino de la infantería. Al punto acudió por otro lado D. Sancho de Leyva, componiendo con su escuadra y las anteriores fuerza naval de verdadera consideración entonces, no ya sólo suficiente para guardar la costa y escarmentar á las fustas berberiscas, apresando muchas [1], sino para tomar activa parte en la campaña las compañías de desembarco. La que á los marinos cupo cerca de Torrox, es de contar en su loor.

Entre el lugar de Cómpeta y la mar, desprendido de la

[1] Si ha de darse crédito á un memorial impreso que se conserva en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, E. 16, fol. 74, la escuadra de D. Sancho de Leyva tomó más de cien bajeles de Argel, galeras, galeotas ó fustas, con lo que, privados los moriscos del socorro exterior, tuvieron que someterse, acabando la guerra. Es de presumir que las presas se hicieran por todas las galeras de la guardia, y aun parecen muchas, si bien consta por diversas noticias que no cesó un punto el paso de gente ni el comercio de armas facilitado por los corsarios y judíos de Berbería, admitiendo en pago cautivos cristianos.

sierra de Bentomiz, se eleva aislado el cerro ó peñón de Frigiliana [1], lamido por los ríos Chíllar y Lautín á uno y otro lado. Por todas partes es de acceso difícil: por la del Norte está tajado, teniendo al pie barranco profundo. Los moriscos habían fortificado la posición, naturalmente fuerte, de una manera que con pocos hombres en lo alto se pudiera defender de cualquier ataque, y como anteriormente del Peñón de Inox, se servían de éste como puente á Berbería. El corregidor de Málaga, Arévalo de Zuazo, que una vez intentó forzarlo con compañía numerosa, sufrió serio descalabro, teniendo descontento. Este contratiempo trató de enmendar D. Luis de Requesens, uniendo á la tropa de la costa el tercio de Nápoles y 800 marineros de la escuadra, capitaneados por D. Martín de Padilla. Los soldados emprendieron la subida por las veredas bajo una lluvia de proyectiles, teniendo más de una vez que retroceder y repararse; ganaron, no obstante, algunas posiciones, en que pasaron la noche del 10 de Junio, dispuestos al ataque general el día siguiente, como lo hicieron con mucha fatiga y pérdida. En lo más trabado de la refriega viéronse ondear en lo alto banderas castellanas, con no menos sorpresa de los asaltantes que de los defensores; ponían las los marineros, habiendo subido por la peña tajada del Norte, lugar que los moriscos tenían sin defensa, juzgándolo inaccesible. Ganada por este esfuerzo la espalda de los moriscos, fué espantosa la matanza, despeñándose muchos que huían de las espadas. Pasaron de 2.000 los acuchillados, quedando tres millares prisioneros; mas no se consiguió el triunfo sin que de nuestra parte cayeran 400 con duplicado número de heridos; cifras enormes, atendiendo á las de las columnas de ataque, que testifican el ardor de la pelea. La gente de las galeras sufrió más que la de las otras compañías; casi todos los capitanes salieron heridos, entre ellos D. Juan de Cárdenas, D. Alonso de Luzón, D. Luis Gaitán y Carlos de Antiñón.

(1) Según Mármol y Hurtado de Mendoza; Cabrera de Córdoba lo nombra *Fixbiana* y *Fixniana*.

El año 1570 siguiente ganó D. Juan de Austria la fuerza de Galera, en que los moriscos guardaban su soberbia; ganó sucesivamente las de Serón y Tíjola en el río de Almanzora. Órgiva y el Castil de Ferro, á la lengua del agua, con guarnición de escopeteros turcos capitaneados por Hosceyn, sucumbió á lo último, atacada simultáneamente por el ejército del duque de Sesa y las galeras de D. Sancho de Leyva. La guerra concluyó.

Don Evaristo San Miguel, historiador militar de nuestros días, juzgaba que lo fué «de correrías, de ataques y defensas de puntos fuertes, en que las ventajas del valor y la disciplina estaban por nuestra parte, y por la de los moriscos la superioridad del número, el mayor conocimiento del terreno y la popularidad de la contienda». Juzgaba una felicidad que se encomendase el mando de las armas á un príncipe joven, alentado, que deseaba adquirir fama y que caminaba á su objeto por la vía más corta, pues á él se debió la conclusión de lucha tan calamitosa.

VIII.

PRELIMINARES DE LA LIGA.

1570.

Uluch-Alí se apodera de Túnez.—Ataca á la Goleta sin éxito.—La socorre el Virrey de Sicilia.—Combate y apresa tres galeras de la religión de Malta.—Juicio de los vencidos.—Guerra de Chipre.—Pide auxilio la República de Venecia.—Interviene el papa Pío V°en su favor.—Acuerda el Rey de España el envío de cincuenta galeras.—Van al mando de Juan Andrea Doria.—Unense con las de la Santa Sede y Venecia.—Desavenencia entre los generales.—Gastan el tiempo inútilmente.—Se separan dando por acabada la campaña.—Venida de la reina D.ª Ana de Austria.

IENTRAS nuestras galeras cruzaban sobre los cabos y ansas de la costa de Granada, cierto número de las argelinas se corrió á las islas Canarias, cayendo de improviso en la de Lanzarote, donde hicieron mucho daño á la gente por el propósito de proveer con ella de remeros esclavos á su armada. Uluch-Alí, según queda indicado, la venía disponiendo contra Túnez, de acuerdo con los súbditos de Hamida, mudables y sobornados, y no bien desembarcó con unos 6.000 turcos, acudiendo los alárabes con caballería, como en cambio de decoración teatral, se entró en la ciudad tras un simulacro de batalla en que no corrió la sangre.

Desde allí tomó el pulso al fuerte de la Goleta, cercándolo la masa de sus allegadizos, é inició ataque de barcas por la dársena ó *Estaño* que llamaban, con muy distinto re-

sultado. D. Alonso Pimentel, alcaide, le hizo volver apresuradamente á Túnez, quemándole las embarciones.

El Virrey de Sicilia, marqués de Pescara, sucesor de don García de Toledo, por lo que pudiera ocurrir envió al fuerte un convoy de víveres escoltado por las galeras de Malta, con lo que se acabaron de desvanecer en el argelino las esperanzas de hacer más fructuosa su campaña. Se contentó por entonces con asegurar la conquista, dejando en la plaza virrey y guarnición de confianza antes de cumplir la orden de Selím II de acudir con su flota á Levante.

Íbanse reuniendo en tanto las escuadras de galeras de Nápoles, Sicilia y Génova bajo la insignia de Juan Andrea Doria, cumplida la oferta que el Rey le hizo, al salvar á Mazalquivir, de que volvería á mandar en jefe armadas en los mares de Italia. Contando con cincuenta vasos excelentes persiguió á la fortuna; es decir, á las naves de Argel, inferiores en fuerza, buscándolas inútilmente en los Gelves, en Trípoli, en todo el golfo. Dícese que las tuvo por un momento cerca, y que ocultó las suyas tras la isla del Zímbano, dejando en alta mar á las capitanas de D. Alvaro de Bazán y D. Juan de Cardona, una hacia Poniente, la otra á Mediodía para servir de señuelo atrayendo al corsario, que en efecto, se aproximó á reconocerlas, pero sin caer en la celada, antes bien, olfateándola, se alargó á toda vela [1]. Doria hizo entonces rumbo á la Goleta con objeto de reforzar la guarnición del fuerte.

En la mar se buscan las escuadras muchas veces sin que los cálculos de probabilidad conduzcan al encuentro, realizado por el azar cuando menos se piensa. Doria no logró arrimarse á las galeotas de Uluch-Alí, y con ellas tropezaron, por su mal, las galeras de Malta antes mencionadas cuando se volvían á su puerto.

Eran cuatro: mandábalas el general D. Francisco de San Clemente, dignidad de la lengua de Aragón, elegido para

(1) Don Cayetano Rosell, *Historia del combate naval de Lepanto*, obra premiada por la Academia de la Historia, Madrid, 1853.

este cargo. La patrona, nombrada *Santa María de la Victoria*, regía el caballero Próspero Pignone, italiano; la *San Juan*, Pierre de Montauban Voguedemar, de la lengua de Provenza, y la *Santa Ana*, D. Jerónimo de Foces, de la de Aragón. Salieron del puerto de Alicata en Sicilia en la noche del 14 de julio de 1570, costeando el golfo de Terranova hasta cabo Scalambrí, desde el que hicieron rumbo directo al Sur, pensando andar brevemente las 50 millas que por allí separan las dos islas, sin error, pues que al amanecer descubrieron el cabo San Dimitri de Gozzo; pero al mismo tiempo, entre la rumazón del horizonte se destacaron bultos esparcidos en la mar por la dirección de las proas, que con la luz del alba fueron tomando cuerpo y figura de galeotas berberiscas al pairo. Contáronse 20, algunas á distancia de tiro de arcabuz.

Perturbado el general San Clemente por la sorpresa, sin dar orden ni aviso á las otras galeras ciñó el viento con todas las velas, separándose antes que pudieran comprender el movimiento y la causa; precipitación funesta, porque unidas y en orden las cuatro, ya que la reputación de la bandera de Malta no las preservara del ataque de fuerza tan superior, que bien pudiera suceder, hicieran la defensa que á la reputación misma importaba, al paso que, comunicado el pánico del jefe y obedeciendo á las primeras impresiones, siguió á la capitana la *San Juan* en dirección del puerto de Alicata, de donde habían salido, mientras la patrona y la *Santa Ana* amollaron en popa hacia el canal.

Dragut dividió al punto su flota en dos grupos; no menos sorprendido del encuentro que los caballeros de San Juan, comprendió la ventaja de su situación por las indicaciones de la fuga desordenada. El general San Clemente había picado la amarra de una fragata que llevaba á remolque, abandonandola; iba arrojando al agua paveses, gallineros, esquife, cuanto le estorbaba para aligerar el vaso, y lo propio hacían sus compañeros, ofreciendo pruebas del temor de que todos estaban poseídos. Con doce galeotas emprendió el corsario la caza de la capitana, destacando las otras ocho en pos de

la patrona, y todas ellas fuéronse quedando atrás mientras el viento se mantuvo fresco; mas á las diez de la mañana, que empezó á aflojar, ganaron camino, por ser las galeotas embarcaciones mucho más livianas; poco después rodearon á la galera *San Juan*, cuyo capitán, Voguedemar, se rindió sin hacer resistencia. La capitana continuaba marchando delantera: sin el aturdimiento de su gente, hubiera podido refugiarse bajo el castillo de Alicata, que rebasó, y entrar luego de popa en la fiumara de Montechiaro, haciendo uso de los cañones de proa en refuerzo de los de la torre de la entrada. Intentándolo, con la gritería y desmoralización que reinaba, se escurrió el cable, yendo la galera de través á la playa. El general, sin perder minuto saltó en tierra, haciendo llevar á sus criados el dinero y vajilla; no se cuidó de otra cosa, ni del estandarte siquiera, que dejaba arbolado. Cayera en manos de Dragut trofeo de tanta estima á no reparar la vergüenza de San Clemente un joven oficial de mar, Miguel Calli, que arriándolo, y abriéndose paso con la espada entre los galeotes desherrados, lo salvó, tirándose con él al agua.

Llegaron en esto las dos galeotas más avanzadas, á tiempo todavía de matar algunos de los fugitivos ó de cautivarlos, y, por supuesto, de poner á flote y marinar á la galera, buen bajel, en que Dragut puso su insignia de mando.

Pasados los efectos del vértigo, sintió el General los horrores de la situación en que conservaba la libertad, ó acaso la vida, á costa de la honra, llevándole la desesperación á un extremo de que le apartaron los cuidados y consuelos de sus compañeros de infortunio. En Alicata supo lo ocurrido á las otras galeras de esta suerte:

Navegando juntas la *Victoria* y *Santa Ana*, como observaran que iban quedando espaciadas las galeotas que las seguían, acordaron los capitanes arriar súbitamente las velas, y, al modo del combate de los Curacios, agobiar entre las dos, una á una, á las argelinas. Al verificarlo precipitadamente, se enredó la vela bastarda de la *Santa Ana* con la gata, haciendo fallar tan buen pensamiento, pues durante el tiempo perdido en la maniobra de aclarar llegó á embestir por la

popa la primera galeota, y á entorpecer lo suficiente para que las otras la alcanzaran. Lo que con esto se consiguió fué que, entretenidas en grupo, dejaran libre á la patrona, única que se salvó, entrando en el puerto de Malta.

Solitaria la *Santa Ana*, entre siete que la aferraron por todos lados, hizo prodigios durante cuatro horas; no es por tanto aventurada la creencia de que, habiéndola imitado y combatido juntas y en orden las cuatro, quizá no tuviera la Orden que lamentar tamaña desdicha.

Los muertos ó cautivos fueron siete caballeros de la lengua de Aragón, contado el comandante D. Jerónimo de Foces; cinco de la de Castilla, entre ellos D. Diego Brochero, lumbrera de nuestra marina andando el tiempo; 23 franceses, 26 italianos, un polaco, dos alemanes [1]; 62 en total. Murieron 20, saliendo gravemente heridos todos los demás.

Con información del suceso, juzgó el Consejo de la Orden á los combatientes, ordenando desde luego la prisión preventiva del general San Clemente, del piloto de la capitana, Orlando, y del cómitre Scarmuri; los dos últimos fueron en pocos días sentenciados, y sufrieron la pena de horca. San Clemente huyó disfrazado á Roma donde, por honra de la nación, le amparó el Embajador de España, interceciendo con el Santo Padre. Pasado algún tiempo, y obtenida oferta del Consejo de recordar servicios anteriores, salió de Roma con salvoconducto, esperando rehabilitarse: no hacía cuenta de la plebe, que quiso despedazarlo en el momento en que puso el pie en la isla; para sustraerle á su ira fué preciso encerrarlo en el castillo de Sant Angelo y abrir de nuevo el proceso, cuyo resultado bajo aquella presión no podía ser dudoso. El 22 de Septiembre, entregado al brazo secular previa degradación, sufrió cristianamente la sentencia que pareciera justificada sin las debilidades á que obedeció. Algo atenuaron el suplicio los del Consejo librándole de la vergüenza

[1] Bosio, historiador de la Orden de San Juan, consignó los nombres de todos, y los ha honrado, reproduciéndolos, el almirante Jurien de la Gravière.

pública; se le estranguló en la prisión, arrojando el cuerpo á la mar dentro de un saco lastrado.

¡Ay de los vencidos!

Empezaba á descubrirse, porque desde el año 66 no había parecido en los mares de Occidente la armada otomana, desatendiendo el llamamiento incitante de los moriscos granadinos. Selím *el Ebrio*, por camino más derecho que su padre, quería arrancar, una á una, las garras al león de San Marcos; arrojar á los cristianos, por principio, del fondo del Mediterráneo, y avanzar luego paso á paso á la dominación del mundo. Piali se había apoderado sin ruido de las islas de Chío y de Naxos; el golpe inmediato en Chipre tenía forzosamente que producirlo, siquiera le precediera el envío de Embajada á Venecia pidiendo buenamente lo que de cualquier modo pensaba tomar el Turco.

Conmoviéronse los senadores, acostumbrados á contemporizar con el vecino; á su respuesta altiva había seguido inmediata la declaración de guerra, burlando su previsión y su diplomacia. El hecho les desconcertaba estando desprevenidos; la isla descuidada; la flota á son de paz, sin estar todavía reparados los desperfectos que un incendio inexplicable causó en el arsenal, y enfrente armada amenazadora, á punto de hacerse á la mar, más fuerte que nunca. En Rodas una parte, situada á fin de impedir el envío de socorros; secuestradas en el Bósforo las naves de comercio; detenidas dos galeras de la República que, en la paz fiadas, se hallaban al ancla en los Dardanelos.

Ellos, los indiferentes á cuanto pudiera importar á las potencias europeas, aguijoneados del peligro, imploraron ahora de cada una auxilio presuroso, aunque bien supieran el que merecían y podrían esperar del Emperador, de Polonia, de las naciones del Norte, harto satisfechas con haber alejado de Hungría á los genízaros; de Isabel de Inglaterra, más enemiga del catolicismo que los mismos turcos; de la Regente de Francia, Catalina de Médicis, ligada con la anterior por tratado secreto para echar de Flandes á los españoles....., á todos solicitaron, sin embargo, y á Portugal y á Persia, y á

príncipes asiáticos; en el pedir no se quedaron cortos, mas en el dar sólo propicio hallaron al venerable anciano á quien la Iglesia da culto con el nombre de San Pío; al Papa V de esta denominación, fervoroso, entusiasta, generoso de sus recursos, elocuente voz predicadora de la unión contra el azote que amenazaba á la cristiandad, única capaz de llegar al corazón del Rey de España, y de hacerle olvidar enojos y miserias de los necesitados [1].

La Señoría por sí ponía en pie de guerra, al empezar la primavera, 136 galeras, 11 galeazas, 14 naves, gallardo alarde de recursos, confiriendo el mando á Jerónimo Zanne con la cooperación de Antonio de Canale y de Jacobo Celsi, acreditados marineros; mas habían de verse con Piali y Lala Mustafá (otro que el anciano de Hungría y de Malta), que se hallaban en Negroponto con 300 velas bien equipadas y provistas, lo que no acontecía á las de Venecia, diezmadas por el tifus [2].

Pío V contribuyó con 12 galeras armadas á su costa con esplendidez, reservándose el derecho de designar el caudillo de las fuerzas coligadas, cargo delicadísimo que confirió á Marco Antonio Colonna, duque de Palliano y de Tagliacozza, caballero del Toisón de Oro, condestable del reino de Nápoles, entregándole el estandarte el 11 de Junio, fiesta de San

[1] «No se creía que el Rey católico hiciera liga con los venecianos, así porque ellos, como no acostumbrados á los grandes gastos de la guerra, y colgar todo su ser de los tráfagos y mercadurías de Levante, se mostraban muy contrapesados y cautelosos, sino, principalmente, porque temía el Rey que, cuan presto se vieran libres del presente trabajo, volverían, como tenían de costumbre, á la amistad turquesa..... La vana astucia de ellos, que siempre se estuvieron á la mira en los ajenos peligros y trabajos (esperando por ventura que con la amistad turquesca, si el río corriese de tiempos revueltos y turbados, no vendrían á menos sus límites, como de pescadores), era gran parte para que nadie se moviese á socorrerlos á ellos en los suyos.»

Marco Antonio Arroyo, *Relación del progreso de la Santa Liga*, copiado por Rosell.

[2] Contarani, *Historia delle cose successe dal principio de la guerra nossa da Selim ottomano a venetiani*. Venetia, 1572, compone la armada turca de 160 galeras, 60 galeotas, ocho mahonas, seis naves y 120 embarcaciones de toda especie: el ejército de 50.000 infantes, 3.000 gastadores, 2.500 caballos, 30 piezas de sitio, y 50 de campaña.

Bernabé, patrón de Chipre [1]. Había conseguido además el Pontífice que Felipe II aprontara, ya que no las 100 galeras que le había pedido por la necesidad de ocuparlas en su casa, 50 abundantemente provistas, regidas por Juan Andrea Doria con subordinación á Colonna [2].

La comisión á la Goleta anteriormente referida, y la persecución de Uluch-Alí, que produjo únicamente la presa de dos galeotas, ocasionaron tardanza, por la cual no se reunieron con la escuadra pontificia en Otranto hasta el 20 de Agosto.

Recordemos que iba en ésta un soldado voluntario que se firmaba Miguel de Cervantes Saavedra.

Puestos á la vela, verificaron la unión más importante con los venecianos en el puerto de la Suda, de Candía, festejando el suceso con alegres salvas y sonatas, por más que las noticias no contribuyeran á la satisfacción. Los turcos habían desembarcado el ejército en Chipre, sitiado á Nicosia, ciudad del interior, la más importante, y avanzado los trabajos con actividad y acierto, que ponían en grave apuro á la plaza, aunque había rechazado bizarramente quince asaltos.

Celebraron los Generales Consejo de guerra, trasunto del de Mesina cuando se trataba de socorrer á Malta; aparecieron las opiniones divididas, significándose dos tendencias encontradas: la una, sostenida naturalmente por los venecianos, de buscar y acometer al enemigo, pues no para otra cosa estaban juntos; la otra, que consideraba arriesgado el viaje á Chipre, porque necesariamente habría que pelear en la mar, y prefería atacar á alguna de las posesiones del Imperio otomano y distraer de este modo á los sitiadores [3].

[1] Era la insignia de damasco rojo con un crucifijo en medio, á los lados las imágenes de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y arriba la divisa de Constantino: *In hoc signo vinces.*

[2] Cartas del Rey al Marqués de Santa Cruz, fechas 24 de Abril y 15 de Julio de 1570, *Dirección de Hidrografía, Colección Navarrete*, t. XL.

[3] Aun entre los generales españoles hubo diversidad de pareceres. Sir W. Stirling-Maxwell, en su *Don John of Austria* (t. I, pág. 319), expresa: «The Spanish officers were somewhat divided in opinion. Don Juan de Cardona sided with Doria; but Don Álvaro Bazán, marqués of Santa Cruz, espoused the cause of Zanne, and declared for immediately sailing for Cyprus.» Cuadra el parecer con sus antecedentes.

Juan Andrea Doria, tenido por experimentado y cauteloso, aprobaba la determinación de encaminarse á Chipre como más honrada; pero siendo máxima suya que no conviene precipitar inconsideradamente las decisiones, pensaba ante todo que se debía examinar el estado de los bajeles en revista escrupulosa para tener certeza en el ataque.

Los venecianos, comprendiendo la significación de la propuesta, no la contradijeron en absoluto, temiendo se juzgara el armamento de sus galeras peor de lo que en realidad era; solicitaron tan sólo algunos días á fin de llamar á los bajeles que cruzaban fuera, haciendo sus arreglos de aparato. Los demás votantes, sin atender á otra cosa que al término dilatorio, lo aceptaron de buena gana.

En la muestra ó inspección pasada por los tres Generales el 11 de Septiembre, se contaron 187 galeras, 11 galeazas, un galeón y 7 naves, ó sean 206 bajeles con 1.300 cañones y 48.000 hombres: los 16.000, soldados; los 32.000, marineros y bogas [1]. Los buques venecianos estaban, como se sospechó, escasos de gente.

[1] Don C. Rosell publicó, en la obra citada, relación completa con los nombres de los buques y de los comandantes; los correspondientes á la Armada española son:

ESCUADRA DE JUAN ANDREA DORIA.

Capitana.
Patrona.
Templanza.
Doncella.
Marquesa.
Donna.
Perla.
Fortuna.
Águila.
Monarca.
Victoria.
Capitana de Ambrosio Negrón (Cuatralvo).
Patrona.
Bastardilla.
Nueva.
Patrona de Jorge Grimaldi.

ESCUADRA DE D. ÁLVARO DE BAZÁN.

Capitana.
Patrona.

Once días se gastaron en estos pormenores de escenario, aprovechados por los turcos muy de otra manera. Vista la inutilidad de los asaltos, pidió Mustafá á Piali refuerzo, que éste le envió sacando cien hombres de cada galera. Compusieron éstos un cuerpo de 20.000 infantes, que, puesto en camino de Nicosia, llegó el 8 de Septiembre. El día siguiente dieron asalto general, entrando en la plaza con ferocidad turca, el colmo de la barbarie; y antes que volvieran á los barcos estuvieron éstos cinco ó seis días (aquellos en que deliberaban y se entretenían los de la Liga) desarmados y sin defensa.

Cuando los Generales cristianos decidieron el avance hasta Caramania, estaba otra vez á punto la flota turca, y Piali, informado del movimiento, los esperaba á la vela, dis-

Marquesa.
Ventura.
Fortuna.
Bazana.
Leona.
Constancia.
Capitana de D. Alonso de Bazán (Cuatralvo).
San Juan.
San Felipe.
Victoria.
Capitana de D. Bernardino de Velasco (Cuatralvo).
San José.
Santa Catalina.
San Bartolomé.
Capitana de Estefano de Mari.
Patrona.
Capitana de Bendinello Sauli.

ESCUADRA DE D. JUAN DE CARDONA.

Capitana.
Patrona.
Vigilancia.
Cardona.
Sicilia.
San Juan.
Capitana de David Imperial.
Patrona.
Capitana de Nicolás Doria.
Patrona.

puesto á la pelea, mientras se trasladaba Mustafá con tropa y material al asedio en Famagusta.

Fondeados en Castel-Rosso, llegó á los coligados la noticia dolorosa. ¿Qué hacer? Otra vez en Consejo, más que la primera se tocó en el imposible: agobiados los ánimos, hubo reconvenciones y palabras descompuestas, en que se traslucía la ruptura de la Liga por encima de la conclusión de la jornada. Doria desconoció la autoridad del General nombrado por el Papa, y aun la esencia de las instrucciones que había recibido, manifestando decisión de regresar á Sicilia; si accedió á la petición de prolongar siquiera su permanencia hasta fin de mes, hizo capítulo de culpa y agravio de que sin avisarle dieran la vela para la isla de Scarpanto las otras escuadras, proclamando que se hacían autoras de la defección que le achacaban. Partieron, no obstante, con acuerdo de mantener la conserva hasta llegar á la altura de Candía por lo que pudiera ocurrir, no siendo culpa de los Generales que, en vez de conservarla, se dispersaron en la proximidad de Rodas forzados por temporal. Una galera veneciana se abrió durante la tormenta, sumergiéndose con toda la gente; dos pontificias sufrieran graves averías; otras trece de Venecia se perdieron en diferentes puntos de las islas. Cambiadas en el puerto de Candía las visitas de despedida con los generales Colonna y Zanne, hizo Doria rumbo á Sicilia el 5 de Octubre.

Así acabó la campaña de 1570, de la cual, con más razón que la de Prevesa en tiempo del Emperador, dirían las gentes: «¿Para esto se juntaron 200 naves de cristianos?»

Culparon en Italia á Juan Andrea, suponiéndole causante de la ineficacia de tan grande armamento: la opinión pública le condenaba, propalando «que no hizo ni dejó hacer», satisfaciéndose su vanidad con dar lecciones de organización y de marinería á todo el mundo, estimándose maestro. El Papa y el Gobierno veneciano, influídos por los informes de sus Generales, se dejaban llevar de la corriente, haciendo al Almirante de España responsable único de las ocurrencias; y tal llegó á ser la atmósfera, como hoy se dice, que el intere-

sado se creyó en la necesidad de vindicar su proceder ante el Pontífice, ante el Rey y ante el público, con escritos á todas partes enviados [1], dedicando especialmente uno al Capitán general de la Liga, Marco Antonio Colonna [2].

En España fué amparado por los escritores contemporáneos, visto que, si al Rey no mereció aprobación la conducta, no la desaprobó tampoco. Hacíales mucha fuerza el estado en que apareció la escuadra veneciana, armamento engañoso, de parada, que hizo exclamar á Juan Andrea, hablando en confianza con D. Alvaro de Bazán y D. Juan de Cardona, después de la revista de inspección: «¿Qué se promete esta gente de sus galeras, desarmadas la mayor parte, y de sus soldados, con quienes acabaría de un soplo un viento de tramontana?» Recuérdese que estaban atacados de epidemia [3]. Presumían los historiadores dichos que trataban los venecianos, según su tradicional costumbre y frase vulgar, de que pagara el Rey católico los vidrios rotos, esto es, que, llegado el momento de combatir, se hubieran encontrado sus galeras solas entre las turcas.

Modernamente se han discutido estos juicios, aun por los que hubieran deseado que la jornada sirviera de algo más que de comprobación de los inconvenientes en las coaliciones [4].

[1] Dos de estos documentos publicó D. Cayetano Rosell por apéndice de su *Historia del combate naval de Lepanto*, págs. 171 y 175, á saber: *Parere dil Sr. Gio. Andrea Doria intorno al soccorso di Cipro*, firmado en la isla de Candía á 16 de Septiembre de 1570, y *Giustificatione dil Sr. Gio. Andrea Doria di tutte l'attioni sue di quel tempo che si uni con l'armata papale et venetiana per il soccorso di Cipro.*

[2] No lo conoció el Sr. Rosell: hállase en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, N. 3, fol. 29, con título *Giustificatione dil Sr. Giovanni Andrea Doria circa il successo dell armata, la quali narra da chi sia mancato chi no sia andato ad asaltari il Turco a Cipro. Indiritta al Sr. Marcantonio Colonna.*

[3] Casi 40.000 hombres murieron sobre sus bajeles de peste (escribe Cabrera de Córdoba), que si combatieran no muriera la cuarta parte.

[4] Justifica los actos de Juan Andrea, D. Cayetano Rosell, en la obra citada; los explica el Teniente general italiano Antonio Veroggio en un trabajo interesante, *Giannandrea Doria alla bataglia de Lepanto*, Génova, 1886, que es apología. Sir W. Stirling-Maxwell, conociendo la opinión fundada de los venecianos respecto á Doria, «that his real motive was unwillingnes to risk his own twelve galleys in a battle», presume, sin embargo, que obedeciera órdenes secretas. El Vicealmirante

Desde luego es de admitir que Doria hubiera hecho con más gusto que la campaña de Chipre el viaje para el que estaba aderezando su galera Capitana antes de deferir á la petición de Pío V. Habíanse firmado las capitulaciones matrimoniales del rey D. Felipe II con su sobrina Ana María, hija del emperador Maximiliano, y convenido que viniera la desposada camino de Italia, á embarcarse en Génova. Como fué necesario variar el plan por ocupación de las escuadras del Mediterráneo, se reunió en Flesinga una de naos para que condujera á la Reina desde Flandes, componiéndola treinta y seis bajeles de guerra y sesenta y uno de transporte para conducir el equipo y la escolta, formada con seis banderas de la coronelía de Mondragón y tres nuevamente reclutadas.

El alojamiento de D.ª Ana de Austria se preparó en la nao *San Felipe*, donde tenía arbolada la insignia de Almirante Enrique de Hennin, Conde de Boussu; y embarcada el 25 de Septiembre de 1570, dió la vela con buen tiempo [1]. Al llegar sobre Dover salieron al encuentro diez naves inglesas muy bien dispuestas, que hicieron salva de artillería, manifestando el almirante Howard tener orden de su Soberana para escoltar á la de España mientras navegara por las costas británicas, como lo hizo, repitiendo la salva al despedirse.

Doña Ana desembarcó en Santander, aclamada por el pueblo, y hasta Segovia la acompañó el Almirante, no tan afortunado como en éste en el viaje de vuelta hacia el Norte, muy peligroso, según carta escrita por Mondragón [2], confirmada con naufragio de la nao *San Miguel* en *Saint-Gilles-sur-Vie*, cerca de la Rochela, pereciendo algunos soldados.

Jurien de la Gravière, menos tolerante, deseando que la influencia de Doria hubiera inclinado las opiniones á la batalla, se pregunta: «¿Para qué sirve la ciencia militar, no sirviendo para vencer?» De mí sé decir que la conducta de Juan Andrea me recuerda al hombre de los Gelves, que fué siempre el mismo.

[1] Fernández Duro, *Viajes regios*.—El rey D. Felipe mantuvo el cargo de Almirante de Flandes, existente desde el reinado anterior, confiriéndolo á grandes señores del país.

[2] *Colec. de doc. inéditos para la Historia de España*, t. XXXV, pág. 402.

Don Juan de Austria.

IX.

REUNIÓN DE BAJELES EN MESINA.

1571.

Se concluye el tratado de la Santa Liga.—General en jefe D. Juan de Austria.—Los de Roma, Venecia y Turquía.—Capitulación de Famagusta.—Suplicio de Bragadino.—Lentitud en el armamento de los coligados.—Acuden con las naves á Mesina.—Entrega del estandarte especial de la Liga.—La galera real en que se arbola.—Composición y fuerza de la Armada.—Hácese á la mar.—Alarde en Gomenizza.—Irascibilidad del general Veniero.—Consejo de guerra.—Adelante.

El desengaño en los efectos de la coalición contra el Turco la hubieran deshecho definitivamente á no mediar el santo varón de inquebrantable fe, ocupante de la cátedra pontificia. Pio V no se desalentó, aunque, por consecuencia de la campaña malograda, andaba la Señoría de Venecia en tratos con el enemigo común por evitar mayor quebranto tras la pérdida de Nicosia. Esforzándose en comunicar á los senadores su energía, más aun que con la exhortación, á favor de positivos estímulos, consiguió congregar en Roma plenipotenciarios encargados de estipular las condiciones con que la Liga había de ejercitar su acción sin los inconvenientes experimentados. Los comisarios venecianos, fieles á las tradiciones de la diplomacia dicha de San Marcos, consideraban la formación en su exclusivo provecho, es decir, llevando por objeto la defensa de Chipre. Los representantes españoles no la estimaban tan desinteresada en lo que tocaba á su Soberano; juzgaban, por la convocatoria del Santo Padre, que se

trataba de guerra de cristianos contra infieles, y que así como por la necesidad perentoria se había de proteger á Chipre, atacada, podría llegar caso en que el Rey Católico reclamara igual cooperación en la defensa de sus posesiones africanas. A este punto primero de debate, dada la duración sin plazo de la Liga, seguía el de nombramiento de General en jefe, que cada una de las partes contratantes quería reservarse, como garantía contra disidencias y entorpecimientos á que se prestaban las atribuciones de los jefes, sin clara definición y dependencia, y parecía muy difícil que en este particular principalmente se entendieran los delegados. El celo del Santo Padre suplió á su falta de armonía, suavizando los rozamientos; proponiendo condiciones sin asomo de humillación de ninguna de las partes, haciendo por la suya concesiones de subsidio eclesiástico con que se llegó á la concordia.

Había de tener el Tratado de Confederación y Liga término ilimitado, entendiéndose existente, lo mismo contra los mahometanos de Argel y Túnez, que contra los de Turquía. La fuerza militante consistiría en doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil hombres de infantería, cuatro mil quinientos jinetes, con la artillería y material proporcionado. Estarían estos elementos preparados para entrar en campaña en Abril de cada año; tres sextas partes de los gastos de la guerra sufragaría España; dos sextas Venecia, y la otra la Sede pontificia. Cada nación nombraría el Capitán general de su contingente, y unidos los tres en Consejo, acordarían el plan de campaña anual, cuya ejecución quedaba á cargo del generalísimo de la Liga, dignidad superior conferida al príncipe D. Juan de Austria. Por último, ninguna de las partes contratantes podría ajustar paz ni tregua con los enemigos sin participación y consentimiento de las otras. El generalísimo no había de usar estandarte propio ó de su nación, sino el especial de la Liga, en cuyo nombre dictaría las providencias [1].

[1] En la obra citada de D. C. Rosell está inserto el texto latino de la capitulación y el traslado en castellano, y en mi obra *Tradiciones infundadas*, pág. 588, la consulta de D. Juan de Austria sobre los particulares que le ofrecían duda.

Se leyó el Tratado en Roma, en pleno Consistorio, el 24 de Mayo de 1571, jurando el Papa con la mano en el pecho observarlo fielmente; los Embajadores de España y de Venecia prestaron sobre los Evangelios igual juramento en nombre de sus respectivos Gobiernos. En Madrid y en Venecia se publicó con gran ceremonia y fiesta, pasando seguidamente el cardenal Alessandrino y otros legados pontificios á Portugal, Francia y Austria con la inútil demanda de adhesión.

La nueva de la proclama no desvió á Selím un punto en las intenciones de acabar la conquista de Chipre, para la que puso en la mar mayores fuerzas que el año anterior, sustituyendo en el mando á Piali, por haber dejado entrar socorro en Famagusta, con Alí-Bajá, teniente suyo. Acudieron al llamamiento Uluch-Alí, con la escuadra corsaria; Hassán, el hijo de Barbarroja, antes virrey de Argel; los de Alejandría, Rodas, Chío, Anatolia, congregando armada de 250 velas y ejército de 80.000 hombres, con parte de los cuales se presentaron en el Adriático antes que los confederados dieran señales de actividad, y devastaron algunos lugares de la República.

También ésta mudó la cabeza de su escuadra, descontenta del general Zanne, á quien tenía sometido á proceso. Había recaído la elección en Sebastián Veniero, septuagenario impetuoso, osado, colérico y resuelto como en la edad juvenil lo eran pocos, poniendo á sus órdenes á Marcos Quirini, Antonio Canale y Santos Trono. Las bajas del material pronto se reemplazaron gracias á la organización admirable del arsenal; viéronse construir y echar al agua 30 galeras en menos de un mes. La escasez de personal por efecto de la epidemia pasada ofrecía mayor dificultad, tanto que hubo que echar mano de criminales presos y desterrados, ofreciéndoles indulto; mas no sirvieron los extremos al remedio de Famagusta. Ante sus muros habían caído 50.000 turcos, reemplazados inmediatamente; no cabía prolongar la resistencia. La plaza capituló por falta de vitualla el 4 de Agosto bajo honrosas condiciones que habían de despreciar los turcos como

de costumbre. ¡Qué digo! El bárbaro Mustafá, triunfante, se complació en torturar á Marco Antonio Bragadino, bizarro defensor de Chipre, haciéndole cortar las orejas y las narices, acarrear tierra para los fosos, besando el suelo cada vez que pasaba ante su persona, y, por fin, desollarle vivo, rellenar la piel con paja y colgarla de una entena, para escarnio de galeotes, antes de llevarla á Constantinopla.....

La Liga no tenía ya que ocuparse en el fondo del Mediterraneo; Chipre quedaba por completo en poder de Selím *el Mest.* Lo que debía procurarse era que desde allí no adelantara.

Designado el puerto de Mesina, en Sicilia, para reunión de las escuadras, Venecia acudió primera con parte de las suyas, entrando Veniero el 23 de Julio con 48 galeras, seguidas de cinco galeazas de nueva construcción, buques enormes movidos al remo, con castillos á popa y proa armados de 40 piezas de artillería; buques de que se esperaba gran efecto. Marco Antonio Colonna apareció poco después con las 12 galeras de la Santa Sede; las de España se retardaban, con impaciencia de todos, con mortificación de Pío V, que despachaba uno tras otro los correos con aviso de las depredaciones de los turcos en el Archipiélago y en el Adriático, y con lamentaciones por la lentitud de que acusaba á los ministros de D. Felipe injustamente, porque no vagaban. En la concentración de barcos y de tropas hay dilaciones imprevistas, necesidades de pormenor que no saben apreciar los que no tienen que entender en ellos, como se vió al tratar del socorro de Malta.

Don Juan de Austria recibió la instrucción y orden de marcha de Madrid el 6 de Junio, dando las suyas para que las galeras encargadas de embarcar los cuerpos que tuvieron empleo en la guerra de Granada concurrieran á Barcelona. De este puerto salió el 11 de Julio D. Sancho de Leyva, navegando á vanguardia con la escuadra de España, de 11 galeras; el 20 lo hizo el Príncipe con 37, tocando en Génova, con objeto de desembarcar y poner en camino de Alemania á los hijos del Emperador, Ernesto y Rodolfo; cambió la

guarnición de Porto-Hercole; dispuso el embarco en la Spezzia de los soldados alemanes é italianos que habían de formar parte en la expedición, y entró en Nápoles el 9 de Agosto, casi acabados los aprestos.

Esperábale en la ciudad el conde Gentil Saxatelo, portador de un Breve, con delegación en el cardenal Granvela para hacerle entrega del estandarte é insignias que, según el tratado de la Santa Liga, se habían de arbolar en las jornadas que hicieran las fuerzas unidas, en que figuraban las armas de las tres naciones, según simbolismo que compuso Su Santidad. Se verificó la ceremonia el 14 de Agosto en la iglesia de Santa Clara con solemne fiesta religiosa, durante la que recibió también el Príncipe el bastón de mando, asimismo simbólico, pues simulaba conjunto de tres bastones de Capitán general ligados fuertemente, y de alto á bajo, con una cinta. Acabada la entrega se trasladó el estandarte en procesión con gran comitiva y aparato militar hasta el puerto, y se arboló en la galera Real, saludándola todas, al mismo tiempo que los castillos de la plaza, con artillería y arcabucería.

Era la enseña, bendecida por Pío V, de damasco azul y grandes dimensiones, afectando todavía la forma de escudo de los estandartes del siglo XV; esto es, cuadrangular con el lado exterior redondeado; en el centro, pintado al óleo, un Santo Crucifijo colosal; al pie las armas pontificias entre las de España y de Venecia, y debajo las de D. Juan de Austria, ligadas todas con una cadena. El fondo adornado de lazos, ramos y hojas de oro, tan abundantes en la labor que apenas dejaban ver el damasco, y alrededor cenefa de lacería de oro y color rojo. La flámula, pinelo, tordano, rabo de gallo y gallardetes destinados á los árboles y entenas, del mismo dibujo y adorno [1].

[1] Las dimensiones del estandarte son 7,30 metros de longitud, 4,42 de anchura en la vaina y 3,27 en la parte exterior disminuída. La flámula mide 15,26 de longitud, 4,70 de anchura en la vaina y 0,34 en las puntas. El gallardete 14,80 de longitud, 1,25 de anchura en la vaina y 0,34 en la punta.

Las otras insignias son menores. Lo que puede interesar á la historia de tan venerandas reliquias publiqué (Madrid, 1888) en el libro titulado *Tradiciones in-*

La Real, donde las insignias se arbolaron, era hermosísimo bajel construído por orden del rey D. Felipe con prevención de «que su grandeza y ligereza llevase gran ventaja á las ordinarias y fuese decorada de la escultura y pintura que la pudiese hacer más vistosa y de mayor contemplación, acompañándola de historias, fábulas, figuras, empresas, letras hieroglíficas, dichos y sentencias que declarasen las virtudes que en un Capitán general de la mar han de concurrir, y que la misma galera sirviera de libro de memoria que á todas horas abierto amonestase al Sr. D. Juan en todas sus partes lo que debía hacer».

Un libro extenso componen realmente los apuntamientos que, también por mandato expreso, escribió el maestro Juan de Mallara [1], en la mayor parte enderezados á la explicación de los asuntos mitológicos, tan en boga por aquellos tiempos, que decoraban el exterior é interior de la Real; el espolón, donde se alzaba la figura de Neptuno sobre un delfín, «para mostrar la majestad del rey D. Felipe, que enviaba con su armada al serenísimo hermano»; las arrumbadas en que iban las armas de S. M. con festones y frisos de dioses marinos y tritones que declaraban su poder en la mar; la *pertegusa*, ó asta del estandarte, labrada y dorada con arte; los fanales magníficos que simbolizaban las tres virtudes [2]. Estaba pintada exteriormente de blanco, rojo y oro, y bogaba sesenta remos.

fundadas, componiendo parte de la sección *Recuerdos de Lepanto*. Posteriormente di cuenta á la Academia de la Historia de la investigación por la que tuve la fortuna de justificar la existencia de las insignias en la catedral de Toledo; salió á luz en el *Boletín* de la misma Academia, t. XIII, pág. 299, y XIV, pág. 427, y se tradujo en la *Revue de l'Art Chrètien*, acompañando al texto hermosos cromos. Traté en el libro referido de *Tradiciones infundadas* de las descripciones que se escribieron de la galera real de D. Juan de Austria y de varios puntos de la jornada de la Liga que son discutibles; acompañé apunte bibliográfico que comprende bastantes obras inspiradas en tan grande asunto, y añadí algunos documentos inéditos hallados en el Archivo de Simancas.

[1] *Descripción de la galera Real del Srmo. Sr. D. Juan de Austria*, publicada por la Sociedad de bibliófilos andaluces. Sevilla, 1876, 4.°, 535 páginas.

[2] El casco se construyó en Barcelona por el capitán Alzate, y llevado á Sevilla, hizo la primera traza de la escultura y pintura Juan Bautista Castello, el Bergamasco; pero, habiendo muerto antes de realizarla, modificaron el plan y dirigieron

Un mes justo pasado desde el arribo de los venecianos, el 23 de Agosto, entró en Mesina D. Juan de Austria, recibido con salvas, fiestas, luminarias y alegría general, presagio de otras. Faltaban todavía las escuadras de D. Alvaro de Bazán, de Juan Andrea Doria, de D. Juan de Cardona y una de 60 galeras de Venecia, cuyo paradero se ignoraba. Fueron pareciendo una tras otra en los primeros de Septiembre, colmando el puerto de naves y la ciudad de ilustres personajes. Registrar los nombres de los príncipes, duques y caballeros que iban á ponerse bajo la enseña de la Liga, equivaldría á copiar las listas de la nobleza de Italia y de España: pasaban de 1.500 los voluntarios sin sueldo que pidieron puesto al generalísimo. Las embarcaciones eran más de 300, los hombres que en cualquier concepto las ocupaban 80.000.

Estas cifras aparecieron en la muestra y revista pasada por el Príncipe, descomponiéndose en 90 galeras, 24 naves y 50 fragatas ó bergantines á sueldo del Rey católico [1]; 12 galeras y seis fragatas del Papa; 106 galeras, seis galeazas, dos naves y 20 fragatas venecianas; mas al bulto imponente presentado por esta nación no correspondía, ni mucho menos, el arma-

la obra Benvenuto Tortello, arquitecto, Juan Bautista Vázquez, escultor y pintor sevillano, Juan de Mallara y Fernando de Herrera, el Divino.

Según D. José Amador de los Ríos (*Sevilla Pintoresca*, Sevilla, 1844), Vázquez ayudó en esta obra á Bartolomé de Morel, que la trazó juntamente con Juan Giralta y Pedro Delgado. El Rey visitó en el Guadalquivir la galera, quedando muy complacido.

[1] A saber:

	GALERAS.
Escuadra de España	14
De Nápoles	30
De Sicilia	10
De Andrea Doria	11
De Pedro Bautista Lomelín	4
De Juan Ambrosio Negrón	4
De Jorge Grimaldi	2
De Estéfano de Mari	2
De Bendinello Sauli	1
De Malta	3
De Génova	3
De Savoya	3

mento, la tripulación, ni la disciplina de ésta. Don Juan hubo de observar con pena que al lado de los bajeles españoles, los mejores que en tiempo alguno se habían visto, resaltaba el equipo y aparejo de los de la Señoría faltos, no solamente de soldados, sino también de marineros [1] y desmoralizados cuanto indicaban las riñas sangrientas ocurridas en tierra, y el hecho de haber embarrancado y perdídose en Calabria ocho de las galeras que fueron á tomar vitualla. En enmienda de tan mal estado instó D. Juan al general Veniero á que completara el cupo necesario de la gente de guerra con soldados españoles é italianos que pondría á su disposición, contemporizando con el carácter agrio y adusto del aliado por no disgustar á aquellos señores *puntosos y resentidos* [2] que en Prevesa, en Corfú, en todas las ocasiones de concurso habían declinado oferta semejante por la que pudiera entenderse ser sus bajeles inferiores á cualquiera otros y estar necesitados de auxilio ajeno. Por fin, instado Veniero por la evidencia pública en la revista, recibió en las galeras 4.000 hombres, y 500 arcabuceros en cada una de las galeazas. Con esta medida quedó la armada veneciana nivelada en cierto modo con las otras y dispuesta al intento en que se aventuraba la reputación, llevando cada galera 50 marineros y 150 caballeros particulares y soldados.

El Consejo de guerra de Generales deliberó á seguida mientras Gil de Andrade, explorador en Levante, traía las últimas noticias de la situación y fuerza de los turcos, y sentaba el tiempo, revuelto y chubascoso en los primeros días de Septiembre. El 15 dieron la vela por anticipación las naves al mando de César Ávalos, que llevaba por almirante á Gutierre de Argüello; debían esperar en el golfo de Tarento al cuerpo de la Armada. Las galeras salieron del puerto el 16, engalanadas, presenciando el pueblo en masa el espectáculo de formación y desfile ante el nuncio del Papa, Monseñor Odescalchi, que á bordo de un bergantín las veía pasar, ben-

[1] Cartas de D. Juan de Austria á D. García de Toledo, *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. III.

[2] Vanderhammen, *Historia de D. Juan de Austria.*

diciéndolas. Cada uno de los capitanes había recibido traslado de las Ordenanzas redactadas por el Príncipe, instrucción de los órdenes de marcha y combate, señalamiento de puesto, previsto en cuanto cabe lo que pudiera ocurrir, como si hubiera de avistarse el enemigo al salir del Estrecho.

Iban á vanguardia ocho galeras exploradoras al mando de D. Juan de Cardona, general de la escuadra de Sicilia, con encargo de adelantarse en descubierta ocho millas durante el día. La Armada seguía en cuatro cuerpos: el primero en la navegación, cuerno derecho en la línea de combate, á cargo de Juan Andrea Doria, se componía de 54 galeras, distinguidas con grímpolas verdes; el centro ó batalla, cuyo mando se había reservado su Alteza, tenía 64 galeras con grímpolas azules; la retaguarda, cuerno izquierdo en combate, regido por Agustín Barbarigo, era de 53 galeras con grímpolas amarillas; por fin, la escuadra de socorro ó reserva, guiada por D. Alvaro de Bazán, de 30 galeras, con distintivos blancos, navegaba separada para recoger á las rezagadas. Cada cuerpo tenía asignadas dos galeazas, alternando las galeras en el trabajo de remolcarlas y de ponerlas de frente al formar en línea. Hecha señal de batalla, al pasar de un orden al otro, habían de colocarse las galeras á distancia tal que entre una y otra no pudiera pasar ninguna enemiga; entre el centro y las alas quedaría espacio de tres ó cuatro cuerpos de galera, á fin de regular los movimientos; avanzarían á boga larga, cuidando mucho de conservar el puesto y no embarazarse; usarían de la artillería con atención, dejando por lo menos dos piezas preparadas para disparar en el momento de la embestida. La línea de batalla, desplegada en esta forma, debía extenderse unas cinco millas [1].

[1] **Orden de navegación de la Armada de la Liga en la campaña de 1571.**

VANGUARDIA.

AL MANDO DE D. JUAN DE CARDONA.

Galeras.	**Capitanes.**
Santa Magdalena, de Venecia	Marino Contarini.
Sol, de ídem	Vincenzo Quirini.
Patrona de Sicilia	
Capitana de ídem	D. Juan de Cardona.

No había en la división de los cuerpos escuadra española, pontificia ó veneciana; la desconfianza nacida de la experiencia había aconsejado la interpolación y mezcla de las galeras

Galeras.	Capitanes.
Capitana de.....	David Imperial.
San Juan, de Sicilia.....	
Santa Cattherina, de Venecia.....	Marco Cicogna.
Nuestra Señora, de idem.....	Pedro Francisco Malipiero.

CUERNO IZQUIERDO.

AL MANDO DE AGOSTINO BARBARIGO.

1.ª *Capitana* de Venecia.....	Barbarigo.
2.ª *Capitana* de idem.....	Antonio da Canale.
Fortuna, de idem.....	Andrea Barbarigo.
Sagitaria, de Nápoles.....	Martin Pirola.
Victoria, de idem.....	Ochoa de Recalde.
Tres Manos, de Venecia.....	Giorgio Barbarigo.
Dos Delfines, de idem.....	Francesco Zeni.
León y Fénix, de idem.....	Francesco Mengano.
San Nicolás, de idem.....	Colane Drascio.
Lomelina, de Nápoles.....	Agostino Cancuali.
Reina, del Papa.....	Fabio Valicati.
Nuestra Señora, de Venecia.....	Filipo Polani.
Caballo Marino, de idem.....	Antonio di Cavalli.
Dos Leones, de idem.....	Nicolo Fradello.
León, de idem.....	Domenico del Tacco.
Galeaza, á vanguardia.....	Ambrosio Bragadino.
Cruz roja, de Venecia.....	Marco Cimera.
Santa Virgen, de idem.....	Christoforo Criffa.
León, de idem.....	Francesco Bouvecchio.
Cristo, de idem.....	Andrea Cornaro.
Angelo, de idem.....	Giovanni Angelo.
Pirámide, de idem.....	Francesco Boni.
Dama del Caballo, de idem.....	Antonio Endomeniani.
Cristo con el Mundo, de idem.....	Simón Guoro.
Cristo Resucitado, de idem.....	Federico Renieri.
Cristo, de idem.....	Christoforo Condocolli.
Cristo, de idem.....	Giorgio Calergi.
Cristo, de idem.....	Bartolomeo Donato.
Cristo Resucitado, de idem.....	Ludovico Cicuta.
Retimo, de idem.....	Nicolo Avonali.
Cristo, de idem.....	Giovanni Corneri.
Cristo Resucitado, de idem.....	Francesco Zancarnoli.
Ruoda, de idem.....	Francesco Molini.
Santa Eufemia, de idem.....	Horacio Fisogna.
Marquesa, de Doria.....	Francesco San Fedra.
Fortuna, de idem.....	Giovanni Alvigi Belvi.
Bravo, de Venecia.....	Michele Viramano.
Cristo, de idem.....	Danielo Calefatti.
Brazo, de idem.....	Nicolo Lippomano.
Nuestra Señora, de idem.....	Nicolo Mondini.
Cristo Resucitado, de idem.....	Francesco Zancarnoli.
Galeaza, á vanguardia.....	Antonio Bragadino.

sin consideración alguna de bandera ni de preferencia; en lo que hubo particular cuidado fué en dar solidez al centro, componiéndolo con las galeras más fuertes, y en constituir

Galeras.	Capitanes.
Nuestra Señora, de Venecia	Marcantonio Pisani.
Trinidad, de idem	Giovanni Contarini.
Fama, de Nápoles	Juan de la Cueva.
San Juan, de idem	García de Vergara.
Envidia, de idem	Toribio de Acevedo.
Brava, de idem	Miguel de Quevedo.
Santiago, de idem	Monserrate Guardiola.
San Nicolás, de idem	Cristóbal de Munguía.
Cristo Resucitado, de Venecia	Giovanni Battista Querini.
Ángel, de idem	Onofre Giustiniani.
Santa Dorotea, de idem	Polo Nani.
3.ª *Capitana* de idem	Marco Quirini.

BATALLA.

AL MANDO DEL PRÍNCIPE.

Capitana de Lomellini	Pietro Battista Lomellini.
Patrona de idem	Paolo Giordano Orsino.
Capitana de Bendinelli	Bendinelli Sauli.
Patrona de Génova	Pellerano.
Toscana, del Papa	Metello Caracciolo.
Hombre Marino, de Venecia	Jacopo Draffrano.
Nuestra Señora, de idem	Giovanni Zeni.
San Jerónimo, de idem	Giovanni Balzi.
San Juan, de idem	Pietro Badoaro.
San Alejandro, de idem	Giovanni Antonio Colleone.
Vigilancia, de Sicilia	
Capitana de Mari	Giorgio di Asti.
Tronco, de Venecia	Girolamo Canale.
Mongibello, de idem	Bertucci Contarini.
Doncella, de idem	Francesco Dandolo.
3.ª Galeaza, á vanguardia	Jacopo Guoro.
Temperanza, de Doria	Ciprian de' Mari.
Ventura, de Nápoles	Vincentio Pascalo.
Rocafulla, de España	Rocafull.
Victoria, del Papa	Baccio de Pisa.
Pirámide, de Venecia	Marco Antonio S. Uliana.
Cristo, de idem	Girolamo Contarini.
San Francisco, de España	Cristóbal Vázquez.
Paz, del Papa	Jacopo Ant. Perpignano.
Perla, de Doria	Giovanni Battista Spinola.
Rueda, de Venecia	Gabrio da Canale.
Pirámide, de idem	Francesco Boni.
Palma, de idem	Girolamo Veniero.
Capitana de Gil de Andrade	Bernardo Zanoguera.
Granada, de España	Pablo Batín.
Capitana de Génova	Ettore Spinola.
Capitana de Venecia	Sebastián Veniero.
Patrona Real	
La Real	D. Juan de Austria.

una reserva de empuje. Relativamente á ésta decía la instrucción [1] que «el Marqués de Santa Cruz, á cuyo cargo quedaba la retaguardia y socorro por la importancia que era á

[1] Fernando de Herrera, *Relación de la guerra de Chipre y suceso de la batalla naval de Lepanto.*

Galeras.	Capitanes.
Capitana de	D. Luis de Requesens.
Capitana del Papa	Marco Antonio Colonna.
Capitana de Saboya	M. de Ligny.
Grifona, del Papa	Alessandro Negrone.
San Teodoro, de Venecia	Theodoro Balbi.
Patrona de Doria	
Mendoza, de España	Martín de Echaide.
Montaña, de Venecia	Alessandro Vizzamano.
San Juan Bautista, de ídem	Giovanni Mocenigo.
Victoria, de Doria	Filippo Doria.
Pisana, del Papa	Ercole Lotta.
Higuera, de España	Diego López de Baños.
Cristo, de Venecia	Giorgio Pisani.
San Juan, de ídem	Danielo Moro.
Fiorenza, del Papa	Thomaso de Medici.
San José, de Nápoles	Eugenio de Vargas.
Patrona de Nápoles	Francisco de Benavides.
Luna, de España	Manuel de Aguilar.
Passaro, de Venecia	Luigi Pasqualigo.
León, de ídem	Pietro Pisani.
San Jerónimo, de ídem	Gasparo Malipiero.
Capitana de Grimaldi	Giorgio Grimaldi.
Patrona de David Imperiale	Nicolo de Luvano.
San Cristóbal, de Venecia	Alessandro Contarini.
4.ª Galeaza, á vanguardia	Francesco Duodo.
Judit, de Venecia	Mariano Sicuro.
Armelino, de ídem	Pietro Gradenigo.
Media luna, de ídem	Valerio Valleresso.
Doria, de Doria	Jacopo di Casalo.
San Pedro, de Malta	Saint-Aubin.
San Juan, de ídem	Alvigi de Tessera.
Capitana de Malta	Giustiniani.

CUERNO DERECHO.

AL MANDO DE JUAN ANDREA DORIA.

Capitana de Sicilia	D. Juan de Cardona.
Piamontesa, de Saboya	Ottavio Moretto.
Capitana de Nicolo Doria	Pandolfo Polidoro.
Fuerza de Hércules, de Venecia	Rinieri Zeni.
Reina, de ídem	Giovanni Barbarigo.
Nino, de ídem	Paulo Polani.
Magdalena, de ídem	Marino Contarini.
Cristo, de ídem	Benedetto Soranzo.
Hombre Armado, de ídem	Andrea Calergi.

todos, y de quien fiaba el peso de toda aquella jornada, que esperaba considerase con mucho advertimiento en cuál parte de la batalla prevalecía la Armada cristiana y dónde convenía,

Galeras.	Capitanes.
Águila, de ídem	Andrea Calergi.
Palma, de ídem	Jacopo di Mezo.
Ángel, de ídem	Stelio Carchiopulo.
San Juan, de ídem	Giovanni de Dominici.
La Donna, de ídem	Luigi Cipico.
Nave, de ídem	Antonio Pasqualigo.
Nuestra Señora, de ídem	Marco Foscarini.
5.ª Galeaza, á vanguardia	Andrea da Cesaro.
Cristo Resucitado, de Venecia	Francesco Cornero.
San Vittorio, de ídem	Evangelista Zurla.
Patrona de Grimaldi	Lorenzo Trecha.
Patrona de Mari	Antonio Corniglia.
Margarita, de Saboya	Battaglino.
Diana, de Génova	Gio. Giorgio Lasagna.
Gitana, de Nápoles	Gabriel de Medina.
Luna, de ídem	Juan Rubio.
Fortuna, de ídem	Diego de Medrano.
Esperanza, de ídem	Pedro del Busto.
Furia, de Lomellini	Jacopo Chiappe.
Patrona de Lomellini	Georgio Greco.
Negrona, de Negrón	Nicolás Acosta.
Bastarda, de ídem	Lorenzo de la Torre.
Fuoco, de Venecia	Antonio Boni.
Águila Dorada, de ídem	Girolamo Zorzi.
San Cristóbal, de ídem	Andrea Troni.
Cristo, de ídem	Marcantonio Laudo.
Rueda, de ídem	Francesco Damolino.
Esperanza, de ídem	Girolamo Cornaro.
Atila, de Padua	Pataro Buzzacarini.
San José, de Venecia	Nicolo Donato.
Guzmana, de Nápoles	Francisco de Ojeda.
Determinada, de ídem	Juan de Carasa.
6.ª Galeaza, á vanguardia	Pietro Pisani.
Sicilia, de Sicilia	Francisco Amadei.
Patrona de Nicolás Doria	Giulio Centurioni.
Águila, de Venecia	Pietro Bua.
San Trifone, de ídem	Girolamo Bisante.
Torre, de ídem	Ludovico da Porto.
Santa María, del Papa	Pandolfo Strozzi.
San Juan, de ídem	Angelo Bifali.
Patrona de Negrón	Luigi Gamba.
Capitana de Negrón	Juan Ambrosio Negrón.
Monarca, de Doria	Nicolo Garibaldo.
Doncella, de ídem	Nicolo Imperiale.
Capitana de Doria	Juan Andrea Doria.

SOCORRO.

AL MANDO DE D. ÁLVARO DE BAZÁN, MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

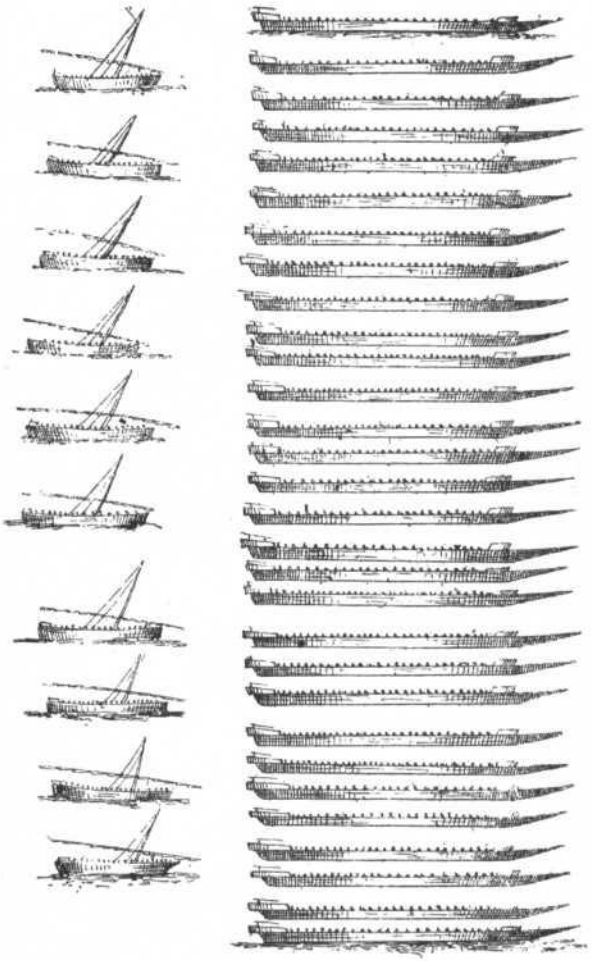
San Juan, de Sicilia	
San Jorge, de Nápoles	Juan de Vergara.
Bazana, de ídem	Juan Pérez Murillo.

no dilatando el socorro, acudir con toda presteza en favor de los suyos, y con cuántas galeras. Y porque en semejante caso era imposible dar instrucción determinada y orden expresa de lo que debía poner por obra, pues la resolución se había de acordar y efectuar según la necesidad y ocasión presente, remitía el orden á la prudencia y discreción del dicho Marqués, que sabría bien conocer si el enemigo tendría galeras de socorro y cuántas serían, para ver si estaría á su provecho embestir á la armada contraria».

Se advierte en todas las prevenciones, elogiadas por un crítico inteligente [1], en las más insignificantes al parecer,

[1] El vicealmirante Mr. Jurien de la Gravière. La obra que con el título de *La guerre de Chippre et la bataille de Lépante* publicó en dos tomos (París, 1888), no sólo es recomendable por la exactitud, amenidad y recto criterio que brillan en todas las suyas, sino que reune para el estudio de los marinos una colección de mapas y planos utilísima al estudio de la jornada de la Liga en la navegación, formaciones y combate. Comprende lista general con nombres de las galeras, algo distinta de la que copió D. C. Rosell.

Galeras.	Capitanes.
Leona, de ídem	Rodrigo de Zugasti.
Constanza, de ídem	Juan Pérez de Loaysa.
Marquesa, de ídem	Juan de Maqueda.
Santa Bárbara, de ídem	Domingo de Padilla.
San Andrés, de ídem	Bernardino de Velasco.
Santa Catalina, de ídem	Juan Ruiz de Velasco.
San Bartolomé, de ídem	Pedro de Velasco.
Santo Angel, de ídem	Alonso de Bazán.
Tirana, de ídem	Juan de Rivadeneyra.
Cristo, de Venecia	Marco da Molino.
Dos Manos, de ídem	Giovanni Loredano.
Capitana de Nápoles	Álvaro de Bazán.
Fe, de Venecia	Gio. Battista Contarini.
Colonna, de ídem	Catherino Malipiero.
Maddalena, de ídem	Alvigi Balbi.
Donna, de ídem	Giovanni Bembo.
Mundo, de ídem	Filippo Leoni.
Esperanza, de ídem	Gio. Battista Benedetti.
San Pedro, de ídem	Pietro Badoaro.
San Jorge, de ídem	Christoforo Lucich.
San Miguel, de ídem	Giorgio Cochini.
Sibila, de ídem	Danielo Troni.
Griega, de España	Luis de Heredia.
Capitana de Juan Vázquez	Antonio Vázquez Coronado.
Soberana, del Papa	Antonio d'Ascoli.
Ocasión, de España	Pedro de los Ríos.
Patrona del Papa	
Serena, de ídem	



Escuadra del Socorro, en Lepanto, al mando de D. Álvaro de Bazán, según un manuscrito del archivo de Simancas.

como eran las de distribución de agua y raciones, orden en el reemplazo, policía y disciplina, contingencia de que concurrieran ó no en la batalla las naves de vela, la solicitud, el consejo, la pericia de D. García de Toledo, transmitidas al Príncipe en la interesante correspondencia cambiada, ya que la parálisis le impedía estar á bordo en el puesto de consejero, que la prudencia del Rey y el respeto de D. Juan le habían conferido [1].

Con estas disposiciones atravesó la Armada el Estrecho y fondeó en la Fosa de San Juan (costa de Calabria), no lejos de Reggio. El 17 por la mañana se puso en tierra una tienda por la popa de la Real para la misa de Espíritu Santo que iba á celebrar á vista de todos D. Jerónimo Manrique, vicario general de la Armada, después Obispo de Ávila. «Al alzar la

[1] Parte de esta correspondencia se ha publicado en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España;* parte se conserva inédita en las colecciones de la Dirección de Hidrografía, y en conjunto forma un curso de arte militar y de política. D. Juan de Austria escribía en una de las cartas:

«No solamente me contento de que V. m. me haya advertido en cosas tan importantes como me ha escrito estos días atrás, en lo tocante al proceder que debe hacer esta Armada, pero en todas las que más me ocurrieren he de pedir su parecer y orden; así estuviese V. m. tan cerca que los pudiese yo tomar como lo deseo. Lo que de presente pido con todo encarecimiento, es que me avise V. m. en diligencia cuál le parece que sea más conveniente á una Armada, juntándose con la del enemigo, disparar primero la artillería ó aguardar que la dispare el contrario; porque, siendo cosa tan importante como es, veo aquí diversos pareceres y opiniones sobre ella, y deseo yo ver el de V. m., el cual tendré por el más acertado.»

Contestó D. García:

«Digo, señor, que no pudiéndose tirar dos veces, como realmente no se puede sin grandísima confusión, lo que convendría hacer, á mi juicio, es quel ruido del romper los espolones y el trueno del artillería había de ser todo uno ó muy poco menos, y que no se debe de tener cuenta con el enemigo, así tirara primero ó postrero, sino sólo cuando deba V. A. mandar dar fuego. Y respondiendo á los que dijesen que el disparar primero causa confusión en los enemigos, digo que les causará ánimo si dejase de hacer efecto el disparar de nuestra parte primero; y el que fuese con pensamiento y determinación de tirar primero que ellos, ¿no podría ser que no lo hiciera fuera de tiempo? Porque por miedo quel enemigo no lo hiciese antes lo vendría á hacer lejos, y demás de ser incierto el tiro que no se hace de muy cerca, las cadenas y linternas que suelen meter dentro la artillería, que son de harta importancia, no harían aquel efecto de lejos que harían de cerca. Tengo por muy provechosos ciertos esmerillones como falconetes puestos en crujía sobre caballetes, que se pueden girar á una parte y á otra, porque esta artillería menuda puede hacer muchos tiros y la gruesa no, por el peligro con que saldría á cargar el artillero.»

hostia y cáliz, fué tal la vocería de los soldados llamando en su ayuda á Dios sacramentado, y á su Madre Santísima; el ruido de la artillería, de las cajas de guerra, trompetas, clarines y chirimías; el horror del fuego y humo, del temblor de la tierra y estremecimiento de las aguas, que pareció bajaba á juzgar el mundo Su Majestad Divina con la resurrección de la carne, premio debido á la naturaleza del hombre [1].»

Andaba otra vez el tiempo borrascoso con vientos violentos del Nordeste, contrarios á la derrota, que fatigaban mucho á los remeros, hasta llegar á Otranto, talón de la bota que en los mapas dibuja la figura de la península italiana. Por allí, de las guarniciones de las plazas, habían de tomar las galeras un refuerzo de 2.000 soldados. Nada se pudo adelantar en varios días en que intentó D. Juan hacer camino; el viento le obligaba á arribar buscando el abrigo del cabo saliente, ó á proejar más contra la impaciencia que contra las olas.

Hasta el 24 de Septiembre no hizo variación el viento, cambiando al tercer cuadrante de la aguja con aguacero y truenos alegremente recibidos por los coligados; podían enderezar el rumbo, como lo hicieron sin esperar al día, á la isla de Corfú, donde examinaron el estrago hecho pocos días antes por los enemigos. ¿Influyeron las ruinas y cenizas en el ánimo de los caballeros, tan bravos en Mesina? Podría creerse oyendo los pareceres emitidos en el Consejo de guerra á que convocó D. Juan, respetando el mandato de consultar en cada caso á los Generales de las escuadras, y en éste, no habiéndose unido las naves de vela á la Armada, desprovista, por consiguiente, de repuestos y de la artillería de sitio indispensable para cualquiera operación contra los fuertes, era necesario determinar lo que se hacía, dado que las galeras turcas se hubieran refugiado en Lepanto al abrigo de los castillos, como las noticias traídas por Gil de Andrade aseguraban. Quién opinaba por el asedio de alguna plaza, sin exceptuar á las de escasa importancia, Sopoto, Castelnuovo ó Margariti; quién por atacar á Navarino, á fin de atraer á la

[1] Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical y católica.*

armada otomana, haciéndola salir del golfo; los belicosos á todo trance aparecían en minoría, influídos los más de la opinión vulgar, de la idea de supremacía naval otomana, del prestigio que la daban las victorias, de la homogeneidad, obediencia, condición de sus soldados, mientras que los de la Liga, bisoños, de lengua y nación distinta, estaban lejos de sus costas, sin puerto de refugio, con exposición de poner en trance la suerte de Italia si aumentaban la lista de los desastres.

Hay que convenir en que razón no faltaba á los expositores de la verdadera situación; pero no menos cierto es que no razonan de tal manera los animosos. Como dijeron al Emperador á la vuelta de Argel: «Al que no se expone á nada, no le sucede nada.» La entereza juvenil de D. Juan no era, por dicha, de las que se achican con palabras. Esas razones pesádolas tenía antes de ponerse en la empresa: lo que determinó, á fin de no desairar opiniones por apartadas que fueran de las suyas, fué tomar del parque de Corfú seis piezas gruesas con las municiones correspondientes y alguna tropa que supliera la rezagada en las naos, y embarcada, sin esperar una hora más, dió la vela el 30 de Septiembre, temiendo también él que lo avanzado de la estación sirviera de auxiliar al enemigo. Entró en Gomeniza [1], puerto abrigado de Albania, con intención de ejercitar la gente; de hacer lo que ahora se dice zafarrancho general de combate, ó sea simulacro de la acción, ocupando cada cual su puesto. No pudiendo verificar por sí mismo la precisión con que se ejecutaba en cada bajel, comisionó para hacerlo por partes al Comendador mayor de Castilla y á Juan Andrea Doria, surgiendo de tan sencillo mandato cuestión bastante más grave que la diferencia de pareceres en el Consejo, porque el áspero Veniero se negó en absoluto á que el genovés pusiera el pie en ninguna de sus galeras, dejando ver cómo se mantenía latente la antipatía, la incompatibilidad de caracteres encendida en la jornada del

[1] *Legumeniza* está escrito en un despacho de D. Juan. Los italianos dicen Gomenizza.

año anterior, ó mejor dicho, de muy atrás alimentada. El Comendador mayor tuvo en cambio deferente acogida.

Todavía se dejó sentir más fuerte el hálito de la discordia en el momento de levar anclas el 2 de Octubre, por riña entre los marineros de una galera veneciana y los soldados de D. Juan, con tanta repugnancia admitidos por Veniero, y eso que pertenecían á una compañía italiana. El capitán, nombrado Muzio [1], hizo buena la causa de su gente contra el capitán de la galera, Andrea Calergi, que abonaba á la suya, y pasando de las palabras á las obras, echaron mano á las armas y corrió sangre. Veniero mandó acudir al tumulto, ó, según autores, acudió él mismo con la Capitana; y dejándose llevar de la cólera, preso Muzio, lo hizo ahorcar en el acto de una entena. Que reprimiera el motín con energía, era natural: debía de hacerlo; que desconociera la autoridad del General en jefe ordenando la ejecución sumaria y pública á su vista, constituía desacato y escándalo de tal naturaleza, que produjo profunda indignación. Historiadores hay [2] que pasan por alto el incidente, sin duda por no descomponer el efecto del cuadro en que querían recrearse; otros que, sin desconocer la gravedad, corren como sobre ascuas por la indicación [3]; los hubo, por lo contrario, que exageraron las proporciones, poniendo á punto de destruirse á los coligados, separadas ya las escuadras y los artilleros con la mecha en la mano [4].

[1] Mucio Tortona le llama Rosell; Curcio Anticocio, Vanderhammen; su verdadero nombre parece era Muzio de Cortona, de origen toscano y de la familia de los Alticozzi. Tenía fama de bromista y de pendenciero, condiciones que no sentaban mal á los militares de aquel tiempo.

[2] Fernando de Herrera, citado.

[3] Jerónimo Torres y Aguilera, *Chronica y recopilación de varios sucesos de guerra.....*; Marco Antonio Arroyo, *Relación del progreso de la armada de la Liga.* Ambos autores presenciaron el suceso. D. C. Rosell tampoco se extiende en el particular.

[4] Mr. Jurien de la Gravière, con vista de los escritores venecianos, escribe: «Déjà une scission de sinistre augure s'opérait entre les vaisseaux mouillés sans distinction de nation dans la baie; les galères vénitiennes se groupaient autour de leur Capitane, les Espagnols et les Pontificaux se tiraient à l'écart. De part et d'autre on poussait les canons en batterie, on dressait les rambades, on armait les arquebusiers: une étincelle tombant sur ce tonneau de poudre, les Chrétiens se détruisaient de leurs propres mains.» Obra citada, t. II, pág. 125.

Lo exacto es que, estimando el Príncipe el desafuero injustificable, llamó á Consejo á sus Generales, y que éstos, irritados más que su Jefe, se dejaron llevar de la primera impresión al extremo á que les inclinaba la malquerencia instintiva contra los venecianos. El Comendador mayor, primero que habló en la asamblea, juzgó que Su Alteza debía imponer á Veniero el castigo ejemplar merecido por su delito. Juan Andrea Doria fué de parecer que en el acto debía volver á España la Armada, dejando á los venecianos, de los que no había que fiar. Don Juan de Cardona, encogiéndose de hombros, opinó que no se pasase adelante, adhiriéndose á todo lo expresado por el Comendador y Juan Andrea. Pedro Francisco Doria, tras un exordio relativo á la mala fe de los de Venecia, dijo lo mismo, y quizá lo dijeran los siguientes arrastrados por el ejemplo, como suele acaecer en semejantes reuniones, á no ser D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, el quinto que usó de la palabra, justificando, como lo hizo ante Civita Vecchia cuando se creía inmediata la escuadra turca, como en Mesina al tratar del socorro de Malta, ser tan prudente en el consejo como decidido en la pelea, y en cualquiera ocasión de juicio propio independiente.

«Habiendo hablado los cuatro desta parte (dice la relación), mandó el Sr. D. Juan que hablase el Marqués de Santa Cruz, el cual dijo que en ninguna manera convenía que Su Alteza se volviese, y que le suplicaba que tuviese consideración al trabajo y gasto con que se había conducido allí aquella armada tan grande y real, y que Su Majestad y Señoría de Venecia, y las demás potestades y príncipes de la cristiandad, estaban á la mira esperando el subceso de aquella jornada, y que no le parecía que se cumplía con la obligación que Su Alteza tenía volviéndose por sólo decir que el General de venecianos hiciese un disparate como el que había hecho en ahorcar á aquel capitán, y que el castigo podría Su Alteza suspender para adelante, y queriendo buscar á los enemigos cada uno entendería en apercibirse para el día de la batalla, y con esto no habría pendencias entre la gente de Su Majestad y venecianos, y

que, si se volviesen, en tal caso tendría por más ciertas echándose la culpa unos á otros, y que, sabiendo la armada enemiga que Su Alteza se volvía, vendría sobre nuestra armada, y que sería muy posible perderse la nuestra, porque en tan grandes flotas de navíos poco desconcierto era mucho, y que allí sería muy posible tenerlo, que, junto con la reputación que se perdería volviéndose, se podían prometer de cualquier mal subceso, y que así suplicaba á Su Alteza siguiese su viaje, que Dios sería servido de darle victoria, pues era la causa suya» [1].

Discurso de un hombre de corazón y de inteligencia. Por tercera vez iba á debérsele la resolución de un hecho glorioso, pues que cuantos le siguieron en el voto, el Conde de Priego, Gil de Andrade, D. Miguel de Moncada, Juan Vázquez Coronado, lo emitieron de conformidad haciendo mayoría, á que se agregó con efusión Marco Antonio Colonna, General de la escuadra pontificia, consultado después.

Sonaban las cuatro de la madrugada cuando cerró D. Juan el Consejo, diciendo con gran resolución: «Adelante, sigamos el parecer del Marqués» [2], el cual, aparte de lo dicho, era hacerse á la mar muy de mañana, formar la línea de batalla á las bocas de Lepanto, 15 millas afuera, esperar dos horas, y si no saliese la armada enemiga, tirar toda la artillería y arcabucería, y volverse.

[1] Ms. Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CCVI, núm. 11. Publicado por mí en el *Boletín* de la misma, t. XII, pág. 209.

[2] Ms. Academia de la Historia. El voto de D. Alvaro de Bazán está comprobado en carta que escribió al Rey algún tiempo después, tratando de otros asuntos. Se halla en la Biblioteca Nacional, Ms. E. 180, y la publicó D. Angel Altolaguirre en la biografía del aludido, Madrid, 1888, pág. 495.

X.

BATALLA DE LEPANTO.

1571.

Concentración de la armada turca.—Su fuerza y distribución.—Vacilaciones de los jefes.—La de la Liga sale del puerto.—Navegación trabajosa.—Descubre á la enemiga.—Línea de combate.—Encuentro.—En la izquierda.—En el centro.—En la derecha.—Bizarría de D. Juan de Austria.—Oportunidad de la escuadra de socorro.—Victoria por los cristianos.—Pérdidas enormes.—Presas.—La flota turca aniquilada.—Distribución del botín.—Regreso de los cristianos.—Separación.—Temporal.—Regocijo.—Juicio de la jornada.

El historiador goza del privilegio de cambiar el escenario, pasando libremente de un campo al opuesto, de anticipar ó posponer las ocurrencias, de hacer selección de personas, discurriendo de manera que el orden ó disposición de los capítulos procure claridad ó interés á lo que va narrando, sin perjuicio del enlace y unidad del conjunto. Á éste importa conocer lo que pasaba en el golfo de Lepanto, donde se había concentrado la armada de los turcos á ser ciertas las averiguaciones de Gil de Andrade, explorador activo destacado á Levante por D. Juan de Austria.

En efecto: llamadas por Alí las divisiones que habían operado aisladas en el Adriático y en las islas, causando graves daños en las posiciones venecianas, procurándose refuerzos y víveres á medida que los descubridores comunicaron noticias de avance de los cristianos, fueron colocándose bajo la insignia principal, llegando el último Mahomet, bey de Negropon-

to, con 60 galeras y 3.000 soldados de reciente leva. La revista general arrojó las sumas de 210 galeras y 63 galeotas, guarnecidas por 35.000 hombres de guerra, de ellos 2.500 genízaros [1], que por orden é instrucción del Jefe se organizaron en cuatro escuadras equivalentes á las de los coligados. El cuerno derecho, al mando de Mahomet Siroco, gobernador de Alejandría, se componía de 54 galeras y dos galeotas; la batalla ó centro, por Alí, General en jefe, de 87 galeras y ocho galeotas; el cuerno izquierdo, confiado al cosario Cara Hosia (Khodja), 61 galeras, 32 galeotas; el socorro ó reserva á cargo de Murat Dragut, ocho galeras y 21 galeotas ó fustas.

Las órdenes del Gran Señor Selím eran terminantes: Alí debía salir con tal armada al encuentro de los cristianos y combatirlos donde quiera que los encontrara. Ánimos no le faltaban para hacerlo: joven, valeroso, halagado con el mando en que sustituía á Piali, y con el éxito de la campaña el año anterior, deseaba ocasión de distinguirse en empresa de más importancia. El plan, que era lo dudoso, consultó en Consejo de guerra, convocados los Generales, los Gobernadores y los Capitanes de concepto, que no se mostraron unánimes ni conformes en los pareceres. Lo mismo que en el lado contrario, se significaba la vacilación y aun el temor en los jefes más acreditados. Pertev, el general de la infantería, desconfiaba de su tropa bisoña traída á las galeras sin haberlas pisado nunca; Mahomet Siroco, los Bajás de Morea y de Caramania, guerreros de experiencia, el mismo Uluch-Alí, tan arrojado, dando crédito á los datos obtenidos en Ragusa acerca del fuerte armamento de la Liga, divagaban confusos y tímidos, inclinándose á esquivar un encuentro que, sin dar á los triunfos ya conseguidos realce, pudiera tentar á la fortuna. Con estarse al ancla, pensaban, avanzada como estaba la estación, tendrían los enemigos que volverse, resultando inútiles los enormes gastos que habían hecho para salir de sus puertos.

[1] Estas cifras son término medio de las que apuntan los historiadores. Arroyo da las aceptadas por Rosell, de 245 galeras, 70 galeotas y 120.000 hombres.

Claramente daban á entender las indicaciones que el arranque otomano de los tiempos de Barbarroja se modificaba; el hecho mismo de encontrarse la armada al abrigo de los castillos del golfo, consintiendo el progreso de la enemiga desde Corfú, significaba inclinación al temperamento defensivo. Sin embargo, en contraposición de los veteranos prudentes, asistían al Consejo capitanes ardorosos, para los que en modo alguno cabía duda del resultado en un encuentro con infieles, y por su número quedó decidida la acción, pesando en la balanza de su lado los informes procurados cuidadosamente. Tanto los de ciertos corsarios que osadamente se habían deslizado de noche con embarcaciones menores dentro de los puertos de Mesina y de Corfú, como los que produjo la captura de algunos marineros sometidos á cuestión de tormento, por la casualidad de referirse á los días en que alguna de las escuadras andaba separada, coincidían en el señalamiento de galeras en número inferior al existente; inferior bastante al que ellos tenían, con lo cual, y la falta de las naves, crecía su confianza.

Las noticias obtenidas de los barcos de cabotaje durante los cruceros de Andrade, no eran tampoco exactas; rebajaban asimismo los bajeles y los soldados juntos en Lepanto; mas no se tenían por seguras entre los jefes de la Liga, ni habían influído en su voto.

Don Juan de Austria, cumpliéndolo, por acomodarse á su genial impulso, se satisfizo al pronto con excluir del Consejo de Generales á Veniero, llamando en su lugar al proveedor Barbarigo, y en la amanecida el 3 de Octubre mandó levar anclas y enderezar las proas al Oriente, costeando á Santa Maura. El tiempo no favorecía á la derrota; reinaban los vientos del Este y Sudeste, obligando á proporcionar descanso á los brazos de los remeros en el trayecto por el Estrecho de Itaca, hasta alcanzar el abrigo del continente en el cabo Maratia.

Conseguido esto, descendió hacia el Sur la Armada costeando las islas Cursolari ó Equinodas, y alboreando el 7 de Octubre cuando llegaba á la última, nombrada Oxia, y

había de torcer á fin de montar la punta Escrofa con dirección al golfo de Patrás, avisaron los vigías la vista de una vela, de dos, de muchas, de la escuadra turca, viniendo á toda vela con viento favorable.

Á la emoción instintiva que en tales casos domina á la más firme voluntad, siguió impresión de asombro contadas las velas con que blanqueaba la línea del horizonte. Es fama que los más determinados, sin exceptuar á Sebastián Veniero, tan deseoso del encuentro, sintieron decaer el espíritu, arrepentidos del avance y prontos á evitar todavía el trance aparejado á mal suceso. Todos los Generales fueron en los esquifes á la Real á tentar la energía del caudillo con la expresión del semblante tanto como con las observaciones que á cada cual ocurrían. Los más oficiosos ó apocados insinuaron la conveniencia de la retirada; los indecisos propusieron la reunión del Consejo, contestándoles el Generalísimo con lacónismo espartano: «Señores, ya no es hora de deliberación, sino de combate» [1].

Por el lado opuesto, pasada la sorpresa de la descubierta, por ir en la creencia de que andaban por Cefalonia los coligados, el entusiasmo y el júbilo embriagaron á los turcos, asegurados en la primera inspección de la superioridad con que iban á destruir á los cristianos, por ocultar aún la punta Escrofa á las escuadras del ala izquierda y de reserva, y á las galeazas, constituyentes de la retaguardia; pero así que traspusieron la extremidad de la tierra, cuando en totalidad se dejaban contar, tocó á su vez el desengaño á los que pensaban habérselas con un tercio menos de navíos. Súbitamente enfrió en sus filas el ardimiento aquel aparato formidable, haciendo renacer las aprensiones de Pertev y de Uluch-Alí, que se apresuraron á aconsejar el retroceso detrás de los castillos. Alí lo rechazó enérgicamente, mortificada su presunción con la idea de que pudieran vanagloriarse

[1] El manuscrito citado de la Academia de la Historia diferencia á D. Álvaro de Bazán, que acudió á la Real con unas ricas armas doradas, con muchas plumas en la cimera, galán y contento, á dar la enhorabuena á Su Alteza por haber parecido el turco. El Príncipe le abrazó, agradeciéndole lo que había hecho.

los infieles de haberle hecho mostrar las popas de las naves otomanas. Irresistible atracción llevaba en aquel momento á los caudillos al choque tremendo.

Don Juan, el primero, disparó una pieza en señal de reto, poniendo en la entena la señal de formación en línea de combate, maniobra difícil en momentos en que se habían de llenar los claros de las escuadras, esperar á los rezagados y remolcar á las galeazas sacándolas á vanguardia. Al paso que los jefes cuidaban de la colocación en los puestos de cada galera, en el interior de éstas, con la actividad que parece producto febril en semejantes casos, poseídos los hombres de la obligación individual, la llenaban en silencio que tenía mucho de solemne, armando la pavesada, desembarazando la crujía, destrincando las piezas, apercibiendo las armas. Por meditada providencia de D. Juan se habían aserrado los espolones y suprimido las esculturas altas de las proas, tan bellas y elegantes á la visualidad, como perjudiciales á la puntería horizontal de los cañones de más efecto.

El cuerno izquierdo, que gobernaba Barbarigo, recibió orden de apoyarse en la costa, aproximándose á ella lo que consintiera el calado de las galeras, sin dejar paso por donde pudieran las turcas doblar la línea y atacar la retaguardia; las otras dos escuadras debían esperar á que ésta tomara el puesto para situarse inmediatamente á las distancias de la instrucción, y por tanto, la derecha tenía que hacer camino hacia el Sur, dejando espacio en que se desplegaran las de la izquierda y centro; mas tanto prolongaba Juan Andrea el movimiento de la suya, tanto se iba alejando, que hubo de enviarle aviso el Príncipe, alarmado con la maniobra que dividía el cuerpo de batalla.

Los turcos formaron su línea con rapidez, valiéndoles la homogeneidad de sus elementos y la práctica de los capitanes en tantas campañas. La práctica con nada se sustituye en reunión de fuerzas de mar. Guiaba la derecha Mahomet Siroco; el centro ocupaba Alí, seguido de las capitanas ó galeras de fanal más fuertes, y la izquierda traía Uluch-Alí, colocado por el azar frente á Juan Andrea Doria.

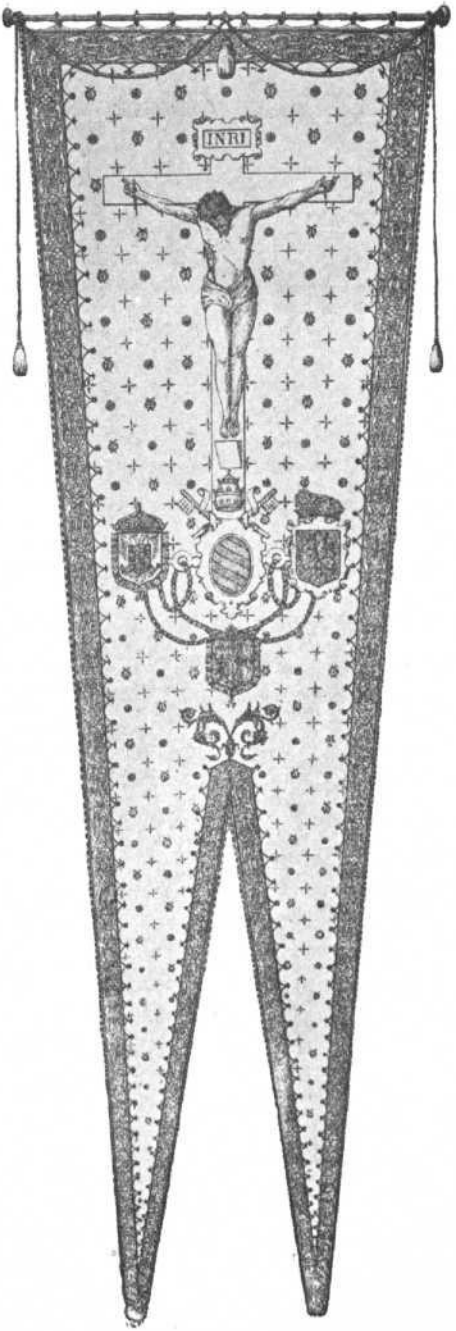
Hacia las once de la mañana ocurrió un cambio que, pareciendo providencial, impresionó de modo distinto á los adversarios. Del Este roló el viento al rumbo opuesto, quedando la mar llana como en un lago, y lo primero obligó á los turcos á amainar las velas y armar los remos, retrasando su marcha. Á la contrariedad tendrían que añadir otra muy sensible: la de recibir de cara el humo en cuanto empezara el fuego.

Los coligados aprovecharon la pausa procurando rectificar los puestos, y que se colocaran en los suyos la escuadra de socorro del Marqués de Santa Cruz y la de Cardona, destacadas; las galeazas quedaron puestas á una milla de distancia por la proa de la línea, y en el centro la Real, teniendo á derecha é izquierda, apoyándola, las capitanas de la Santa Sede y de Venecia: Marco Antonio Colonna y el colérico Veniero.

Antes de armarse embarcó D. Juan en una fragata ligera; corrió la línea pasando por la popa de las galeras y dirigiendo á cada una con elocuencia militar frases que arrancaban gritos y aclamaciones entusiastas: «Hijos—decía,—no deis ocasión á que con arrogancia impía os pregunte el enemigo: ¿dónde está vuestro Dios?»

De vuelta en la Real, arbolado el estandarte de Pío V al mismo tiempo que se engalanaban palos y entenas con banderas y flámulas ricas, á la vista del Crucifijo de la insignia principal, se arrodillaron todos haciendo breve plegaria mientras los religiosos daban su bendición.

Cercano el sol al corte del meridiano, quebrando sus rayos, espléndido, en las armaduras y en la superficie tranquila del agua, que reflejaba los colores de las mil banderas, habiendo partido las armadas la distancia de separación, sonaron á una en la católica trompetas y atambores, á la vez que de la mahometana salía vocería espantosa, á manera de rugidos de fieras hostigadas. Llegaba ésta á la línea avanzada de las galeazas, recibiendo los proyectiles disparados por ambas bandas. Los gritos callaron como por ensalmo, visto el efecto de la artillería, de tal suerte mortífero que algunas galeras otomanas



Flámula de la Santa Liga que arboló en la galera real Don Juan de Austria, conservada en la Catedral de Toledo.

Largo: 15m,26; ancho mayor: 4m,70.

hicieron ciaboga, iniciando muchas el retroceso. Detúvolo el ejemplo del caudillo arrancando la boga por salir pronto del tiro de aquellas flotantes fortalezas, y adelantar más levantando espuma de la mar con las tajantes proas. En lo poco que duró la paralización del movimiento uniforme se adelantó su derecha, llegando por consiguiente á iniciar el encuentro con la izquierda de los coligados; y siendo sin duda su plan envolverla, pasaron entre la costa y la galera de Barbarigo algunas galeras, mientras la atacaban de frente las otras, aferrándola en un instante de popa, proa y costado. Cayó el Proveedor herido de muerte en un ojo por la nube de flechas, balas y frascos de fuego arrojados sobre su gente: cayó Contarini al acudir en su auxilio; la galera estaba á punto de sucumbir, rodeada, lo mismo que las inmediatas, en situación comprometida para toda la escuadra, si no se apresuraran las de los compatriotas, rota la formación, bogando en masa hacia aquel lado.

Revueltas y barajadas entonces las de cristianos y turcos, en confusión imposible de apreciar, sin más objeto ni cuidado de cada parte que asir y pelear, fué entrada la galera de Siroco y rendida con las principales de fanal, sobreponiéndose las que seguían á Canale y á Quirini. Los turcos cedieron el campo, corriendo á varar en los escollos inmediatos para salvarse á nado, abandonando los bajeles. El triunfo acariciado en un principio por ellos, indeciso largo rato, quedó al fin por los cristianos en el ala izquierda.

Por el centro se buscaron los caudillos, guíados por los estandartes y fanales, llegando á embestir proa con proa con violencia tanta, que el espolón de la Capitana de Alí rompió la falca de la Real, penetrando hasta el cuarto banco; y como embicara con el golpe, mostrando todo el interior en plano inclinado, la artillería y arcabucería disparadas oportunamente causaron espantoso estrago; pero las bajas se cubrieron instantáneamente por las galeras que le guardaban la popa, y otras cargaron por los costados á la del Príncipe, asistida por las de Colonna, Veniero, el duque de Parma y el de Urbino, llegando á formarse un grupo, una piña, en que

cuerpo á cuerpo lidiaban caballeros ínclitos de la cristiandad con los más cumplidos capitanes del Imperio otomano. ¿Era aquello en realidad una batalla? No; más bien contienda parcial multiplicada, habiéndose deshecho la formación, lo mismo que en el ala izquierda, y mezclándose los combatientes en confusión, que el humo aumentaba. Oíase el crujido de los vasos, el golpear de las armas, el sonido de las trompetas, entre el disparar continuo de los arcabuces y la artillería menuda, sin distinguir bien de dónde salían.

Más de una vez se vió desierta la proa de la capitana turca, barrida la gente que por oleadas reemplazaban las reservas; más de una vez también se entró en la Real como un torrente, llegando á ponerla en terrible aprieto; pero alguien velaba esperando con admirable sangre fría que llegara el momento de entrar en la refriega. Don Álvaro de Bazán, arrancando contra una galera de genízaros que se aproximaba á la popa de la dicha Real, la destrozó con un disparo de los cañones gruesos á boca de jarro, y aferró la inmediata pasando á la gente á cuchillo. Sin detenerse envió entonces 200 hombres de refresco á su General, y se desvió para acudir adonde hiciera falta. No se necesitaba más en aquella crisis. Juan Vázquez Coronado, Gil de Andrade, Pedro Doria, volvieron á la carga con aquellos soldados, llegando paso á paso á la popa y al estandarte, de que se apoderaron [1], muerto Alí valientemente con sus capitanes. El grito de victoria corrió repetido por el espacio. Había durado la lucha encarnizada hora y media larga.

En este tiempo, D. Juan de Cardona y la Capitana de Lomelín habían rendido la de Pertev, con desaparición del Bajá; Kara Yusuf sucumbió á manos del capitán Juan Bau-

[1] Gándara, *Armas y triunfos de Galicia*, pág. 564, consigna que Andrés Becerra, natural de Marbella, Capitán en la escuadra de galeras de España bajo el mando de D. Juan de Mendoza, que se halló en el naufragio de la Herradura, director del muelle de Málaga, era cuatralvo en la jornada de Lepanto, y fué el que se apoderó del estandarte de Alí. Don Juan de Austria le dió la poma dorada del asta, que conservaron los descendientes acompañada de cédula real en que constaba, con la acción, la de haber vencido en la batalla dos galeras turcas de fanal.

tista Cortés y de Honorato Gaetano: el centro de la armada turca quedaba deshecho y rendido, lo mismo que el ala derecha. Veamos lo ocurrido en la otra, de que aún nada se ha dicho.

Uluch-Alí, sagaz observador y marinero, que veía el espacio dejado en claro por Juan Andrea entre el ala derecha cristiana y el centro, se desvió igualmente del suyo hacia la mar, estimulando al General genovés á imitarle por si se proponía doblar la extremidad, con lo cual fué abriendo más y más el vacío. El argelino hizo á su tiempo conversión de las proas, lanzándose rápidamente por aquel hueco contra el extremo del centro y retaguardia desordenada, con sus 93 bajeles, galeras y galeotas, la gente fresca é intacta. Siete cercaron á la Capitana de Malta, batiéndola con saña de privilegio por ostentar el estandarte de la religión, y de cuantos la tripulaban quedaron vivos el general Pedro Giustiniani, prior de Sicilia, herido de tres flechazos y prisionero á rescate, y dos caballeros, uno español y otro siciliano, caídos entre los cuerpos muertos. Diez galeras venecianas, dos del Papa y otra de Savoya, sirvieron asimismo de blanco á la masa, aferradas por tres, por cuatro, por seis enemigas cada una y pasadas á degüello en un momento. A no acudir por un lado con premura D. Juan de Cardona, llevando ocho galeras; por otro D. Alvaro de Bazán con las de la reserva, pudiera haberse cambiado la suerte de la jornada, que llegó á estar muy comprometida; en este combate final inesperado quedaron en pie en la escuadra de Sicilia 50 soldados de los 500 á bordo, y hubo en la Capitana de D. Alvaro 80 muertos y heridos. Con su esfuerzo detuvieron el ímpetu de Uluch-Alí el tiempo suficiente para que, siguiendo el ejemplo del Príncipe, que se dirigía con la Real á la pelea, lo hicieran muchas otras galeras; y como las de Juan Andrea venían de mar afuera, temiendo el corsario las consecuencias, cortó el remolque de las presas que tenía hechas, inclusa la Capitana de Malta, de la que por estimado trofeo conservó el estandarte, y huyó con 16 galeras, seguido del Marqués de Santa Cruz, pesaroso de que escapara impune aquel grupo unido,

siquiera fuera tan pequeño con relación á la armada inmensa salida de Lepanto en la madrugada; sólo que, con remeros rendidos y cansados, no pudo continuar el alcance.

Con el último esfuerzo de Uluch-Alí y la persecución ó refriega de galeras sueltas se prolongó el combate hasta puesta de sol, hora en que, mudando de aspecto el cielo, anunciaba borrasca inmediata, por lo que ordenó el Generalísimo la reunión de bajeles dispersos y marcha de todos, con las presas, al puerto inmediato de Petala, á la vuelta de punta Escrofa, entre las islas Cursolari. La tormenta que descargó con furia durante la noche, halló segura á la Armada.

El día siguiente volvió D. Juan al campo de batalla acompañado de los Generales, con objeto de recoger y auxiliar en caso necesario á los bajeles desmantelados ó náufragos; dispuso pasar muestra, escuchó relación y pormenores de las divisiones y de los hechos particulares más salientes.

Cuesta violencia dejar la especificación á la monografía, saltando hazañas y nombres heroicos que ocuparían muchas páginas. El resumen de la cuenta que se hizo en Petala arrojó la pérdida de 12 galeras cristianas, la más sumergidas; cuatro de Doria y de Sicilia y ocho de Venecia, ascendiendo el número de los muertos á 7.600; 2.000 españoles, 800 de la escuadra pontificia, el resto de la de Venecia [1]. Llegaban las galeras turcas rendidas y apresadas á 190, algunas tan destrozadas que por inútiles se incendiaron, quedando para repartir entre los vencedores 130 [2]. Se hicieron 5.000 prisio-

[1] Apuntáronse entre las personas de distinción que tuvieron por sepulcro el mar de Lepanto, á Barbarigo, Contarini, Bernardino de Heredia, hijo del Conde de Fuentes, Jerónimo Ramirez, Francisco de Savoya, Bernardino de Cárdenas, Giovanni Loredano, Caterino Malipiero..... España perdió 15 capitanes, Venecia 17, Malta 60 caballeros, la Orden de San Esteban casi todos. Los heridos llenarían lista mucho más larga, encabezándola con D. Juan de Austria, el Duque de Urbino, Bazán, Veniero, Cardona, Giustiniani, el señor de Ligny, el Conde de Santa Fiore, Tomás de Médicis, Giordano Orsino .... Un soldado de la galera *Marquesa*, Miguel de Cervantes Saavedra, «perdió el movimiento de la mano izquierda para gloria de la diestra». En los jefes y ministros de la armada turca la mortandad fué grande, no habiéndose librado más que dos de los principales: Pertev y Uluch-Alí. El bey de Negroponto y dos hijos de Alí figuraron entre los prisioneros.

[2] La relación oficial del reparto de presas, publicada en la *Colección de documen-*

neros y se libraron de cautiverio más de 12.000 cristianos amarrados á los barcos; el cálculo de enemigos muertos, vario é incierto, fluctuaba entre las cifras de 20 y 30.000, visto que de las galeras capitanas ó de fanal, únicamente se salvaron tres, de la mar ó de las manos de los vencedores.

Produjo general admiración el proceder del príncipe don Juan, juzgando que á él se debía, no solamente la victoria, sino también la salvación de las galeras agobiadas por Uluch-Alí, cuando acudió personalmente á protegerlas. Mereció también elogio de todos la conducta de D. Juan de Cardona y la de D. Álvaro de Bazán, haciéndoles justicia; que, si desapasionadamente se examinan las fases de la batalla, entre los grandes merecimientos, ninguno sobrepujó á los de estos Generales, á quienes bien confiados estaban los puestos de vanguardia y retaguardia de la Armada. Allí donde la balanza se inclinaba á favor del estandarte mahometano en el centro, en la derecha, atrás, allí aparecía D. Álvaro, y con el peso de su espada los hacía bajar hasta el abismo. Atento á los incidentes, con serenidad sin igual, con conocimiento perfecto de la fuerza de que disponía, caía de improviso sobre la posición más comprometida, y la Armada cristiana lo estuvo en aquel día en que se jugaban los destinos de Europa. En mejores manos no pudo ponerse la *escuadra del socorro*.

Dió en cambio alimento á la crítica y á la maledicencia la maniobra de Juan Andrea Doria, condenada unánimemente. Entre españoles, se salvaron sus intenciones y su valor personal; entre italianos nada dejó de ponerse sobre el tapete,

tos inéditos para la Historia de España, t. III, pág. 227, anota 117 galeras, 13 galeotas, 117 cañones, 17 pedreros, 256 piezas menores, 3.486 esclavos. Al Rey de España tocaron 58 galeras, ocho galeotas, 63 cañones de crujía, 11 pedreros, 119 piezas menudas y 1.685 esclavos. Del cupo asignado al Papa y á Venecia se adjudicaron á D. Juan de Austria por diezmo seis galeras y 174 esclavos. El Generalísimo hizo donación de cuatro galeras de las pertenecientes á España á D. Alvaro de Bazán, como significación del aprecio de sus servicios en la batalla, y el Rey, aprobando la determinación, se las compró en 56.000 ducados. De las 300 velas que algunos historiadores contaron á los turcos, conservaron 16 salvadas por Uluch-Alí, y 30 que volvieron á Lepanto; el resto fué apresado ó destruído.

envueltos los comentarios con censuras, recriminaciones y epigramas picantes. Hoy todavía, desvanecidas las malignas influencias de la pasión, dejando á un lado los móviles que le alejaron de la batalla, se estima, y no puede menos de estimarse, que puso en riesgo el éxito de la contienda [1].

[1] Entre los historiadores españoles no se censuró la conducta de Juan Andrea; por ello D. Cayetano Rosell ha procurado sincerarla de los cargos hechos por los de Venecia. Pero Rosell no era perito en asuntos de mar. Mr. Jurien de la Gravière ha compulsado las piezas del proceso, italianas todas, en cargo y descargo. El Papa acusó agriamente al General del ala derecha; el P. Guglielmonti en Génova; el Conde de Biccari en Florencia; Gerolamo Diedo en Venecia; Bartolomeo Sereno en Monte-Casino, contemporáneos, se mostraron igualmente severos, siéndolo modernamente el Sr. Luigi Conforti (*I Napoletani a Lepanto*, Napoli, 1886), mientras que el general Benedicto Veroggio (*Giannandrea Doria alla battaglia di Lepanto*, Génova, 1886) defiende calurosamente á su compatriota. Diedo, solapadamente, apuntó haberse criticado á Juan Andrea que, en el momento del combate, quitase el fanal grande de popa, insignia de mando en jefe, con objeto de escribir, á manera de justificación, que lo hizo por ser el dicho fanal una obra artística, una esfera de cristal simulando la del cielo, regalo de Zenobia, que Doria estimaba mucho y no quería exponer á las balas. Alguien consignó que, al hacer D. Juan de Austria el reconocimiento del campo de batalla al día siguiente, invitó á los demás Generales á almorzar, y les dijo lo harían en la Capitana de Doria por ser la única en que podía encontrarse la vajilla completa. D. Luis de Requesens, embajador en Roma, escribía á D. Juan de Austria, en 15 de Diciembre, que le costaba trabajo defender á Juan Andrea de las cosas extrañas que de él se decían, «*y el Papa no hay remedio que pueda tragalle*». La carta se halla en la Biblioteca Nacional, MS. G. 45, folio 134. Un concepto equivocado: el supuesto de la intención y política de Felipe II de perjudicar á Venecia tomando sobre sí el mayor peso y costo de la Liga, inclina al Sr. C. Manfroni á discutir las apreciaciones que hice en el libro *Desastre de los Gelves* diciendo: «Ad altri sentimenti fu ispirata la condotta di lui, nè io ho bisogno di ricordarli qui, chè ormai sono notissimi; nè Duro ha bisogno ch'io glie li accenni. Egli ha studiato a lungo la storia del regno di Filippo II, e nella *Colección de documentos inèditos* ha potuto esaminare centinaia di carte, in cui abbastanza chiaramente si fa cenno dei veri motivi, cui si ispirò G. Andrea; assai méglio di me, egli conosce ed apprezza la politica de Filippo II verso Venezia. Che gli Spagnuoli del secolo XVI abbiano voluto attribuire a paura l'allargarsi in mare dell' ammiraglio di fronte ad Ulugh-Alí; che molti degli Italiani di quel tempo l'abbiano ripetuto, si comprende e si spiega assai facilmente: ma non so capire come quest' accusa si riproduzca adesso, dopo tanti studi e tanti lavori..... *temoroso* à Lepanto egli non fu, perchè ritraendosi obbedì ad ordini che aveva ricevuto de Madrid.»

Ni en la *Colección de documentos inèditos* ni en ningún otro he visto fundamento para esta estimación, que me parece errónea; por ello he disentido de las opiniones de D. Cayetano Rosell, como de todas las que disculpan el proceder de Juan Andrea. Varios escritores como el Sr. Manfroni aluden á las instrucciones secretas de Felipe II para esta jornada, así como para las del año anterior y el siguiente; pero ¿dónde están esos documentos? ¿Quién los ha visto?

Si se comparan con alguna detención las fuerzas de los combatientes, parecen del lado de los turcos más vasos, y suma de hombres superior, si bien las galeotas no podían oponerse á las galeras, y en éstas, separadas 40 ó 50 de fanal, que tenían de 150 á 200 soldados, tantos como las de la Liga, el resto reunía menos gente por la previsión de D. Juan en reforzar las venecianas. En armamento manual estaba también la ventaja de parte de los cristianos, provistos de arneses completos ó de coseletes, cascos y brazales, poco estimados entre los enemigos, y de más y mejor ejercitados arcabuceros. Los turcos conservaban apego al arco, razonando que mientras se cargaba una escopeta se disparaban 30 flechas, y que de bordo á bordo, á la corta distancia de la pelea, no era menor el efecto. Bien lo acreditaron en la acometida de Uluch-Alí, durante la que, en un momento, pusieron fuera de combate á la gente de algunas galeras embestidas, viéndose en una de Venecia quedar 16 hombres ilesos, y de los demás no pocos con tres y cinco flechazos. En la Real apenas había palmo de arrumbada, ó de palo ó bandera, que no semejara piel de erizo al acabar la batalla. Los arcabuces les desengañarían, sin embargo, disparados detrás de las pavesadas, que ellos no tenían. Otra diferencia de consideración produjo la providencia del Generalísimo mandando rebajar los espolones, pues la artillería gruesa causó mucho estrago, mientras que la de las galeras de Alí enviaba los proyectiles por alto. Hasta la circunstancia de reñir cerca de la costa suya les fué perjudicial, ofreciendo á los flacos la tentación de huir varando las naves. A cambio de lo expuesto, influían en su favor condiciones capaces de superar á todas las otras: la unidad de mando, la disciplina férrea y la práctica de los capitanes.

Las galeazas no causaron el efecto que se esperaba; sirvieron para desordenar la formación de los turcos y acelerar el movimiento de su cuerno derecho, sin hacer más que el primer disparo, que, á repetirlo cuando las galeras se mezclaron, tanto hubieran dañado á los amigos como á los contrarios.

De escuadra á escuadra, de notar es, pues que los historiadores lo notan, que las de España, distinguidas por los turcos con nombre de *ponentinas*, mejor armadas, mejor dirigidas en la navegación como en la pelea, parecieron superiores á las de Venecia, y llegado el momento del combate en que, como sucederá quizá en los del porvenir cuando figuren los acorazados y los torpederos, la energía y la habilidad de los comandantes hubieron de obrar aisladas contra las de los otomanos, engreídos y ciegos de furor, ninguna galera española fué rendida, antes bien, la que menos apresó una de las contrarias.

Don Juan de Austria permaneció tres días en Petala atendiendo á la curación de los heridos y al reparo de averías de las galeras, tanteando en el ínterin la opinión de los Generales coligados y aun de los suyos, que era distinta, dibujándose en los menos la tendencia de acometer alguna nueva empresa que acrecentara las proporciones de la victoria; los más se fundaban en la proximidad del invierno y en el consumo de vituallas al proponer la retirada. En Santa Maura, trasladada la flota, se verificó reconocimiento á fin de saber si con un golpe de mano sería fácil tomar el castillo: no era así; pareció que se necesitaban quince días para expugnarlo, certeza que acabó de unir á los consejeros en la idea de invernar. El 23 pasaron á Corfú, adonde estaba todavía la escuadra de naves de vela, retenida por los vientos contrarios desde que se separó en Mesina. No había hecho falta, por dicha, y sirvió ahora para racionar las despensas vacías. Allí se hizo la distribución de las presas; se cambiaron los plácemes y las despedidas, separándose las escuadras con rumbo cada cual á su patria respectiva.

La española tuvo que sufrir angustias todavía, sacudida durante el viaje por un temporal de equinoccio, que necesitó correr con mucho peligro por las galeras presas que las otras llevaban á remolque, y que por nada del mundo querían soltar y perder. Como iban aligeradas, alcanzaban en marcha á las delanteras, tocándolas con los espolones, y, al decir de un testigo, más daño hicieron sin turcos que cuando desde

su bordo arrojaban toda especie de mortíferas armas [1]. Pero no las soltaron los vencedores; pasada la borrasca, entrábanlas el 31 de Octubre en Mesina, dándoles el remolque por la popa, con las banderas arrastrando por el agua, á uso de triunfantes, ensordeciendo á la ciudad con los disparos de cañones y arcabuces, trompetería y vivas que no acababan.

Llegó al puerto entre la flota la Real de D. Juan de Austria, conducida por gala solamente, pues tal había salido del combate, quebrantada por los cañonazos y las embestidas la hermosa nave, joya del arte naval, que no pudo salir más á la mar [2].

En todas partes de la cristiandad se recibió la noticia con júbilo, aunque la satisfacción no igualara á la de las naciones actoras. El Pontífice, al conocer el primer resultado de la Liga, trabajosa obra suya, vertiendo lágrimas exclamó conmovido, repitiendo las palabras del Evangelista: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes.* Ordenó solemnísimas fiestas en Roma; distinguió á Colonna con honores triunfales á la antigua, y al Generalísimo con el agasajo del *Pileum*, el estoque bendito [3]. En Madrid, en Venecia, en Nápoles, en las principales ciudades de España é Italia, á porfía, hubo festejos y loas, luciendo el genio de los poetas y de los artistas en obras destinadas á perpetuar la memoria del suceso [4].

[1] Consigna el P. Miguel Servia, confesor de S. A. (*Relación de los sucesos de la armada de la Liga. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XI), que en las más de las galeras, creyéndose perdidos los tripulantes, hicieron votos de ir en romería, unos á Guadalupe, otros á Monserrate, quién á Loreto, quién á otras partes.

[2] Consta por dos cartas del Rey á su hermano. La segunda, fecha á 27 de Marzo de 1572, avisa que la galera Real nueva, que se construía en Barcelona, estaría lista, en concepto de navegar, á fines de Abril. Las esculturas y adornos se harían en Nápoles. *Dirección de Hidrografía, Colecc. Sans de Barturell, Simancas*, art. 3.º, números 245 y 250. Don Juan trataba del particular en carta á D. Sancho de Leyva, en Barcelona, con fecha 2 de Febrero de 1572. Biblioteca Nacional, MS. G, 45, folio 174, en unión de varios otros documentos relativos á la batalla de Lepanto.

[3] Consérvase actualmente en el Museo Naval de Madrid.

[4] Muchos escritos de circunstancias he catalogado en el libro referido *Tradiciones infundadas*, y en el capítulo que lleva por epígrafe «Cómo se celebró el triunfo de Lepanto» hay noticia de pinturas, esculturas, medallas, arcos, inscripciones, estam-

Bien lo merecía. Lepanto no recuerda una batalla entre tantas: en aquel teatro histórico acabó de mostrar D. Juan de Austria que los turcos no eran una excepción, como se entendía [1], infiriéndoles la herida que mató su poderío naval. Por de pronto la vendaron, consiguiendo diera el cuerpo señales de vida; mas desde aquel momento no volvieron á verse en el Mediterráneo occidental las armadas otomanas, y los moriscos de España y los corsarios de Argel perdieron el apoyo en que se sustentaban.

He transcrito la opinión de un Capitán general juzgando á D. Juan de Austria en la guerra de Granada; paréceme oportuno hacerlo con la de un Almirante en la jornada de mar, dejando á su imparcial consideración la respuesta á los historiadores venecianos que adjudicaron á su marina la victoria alegando la superioridad numérica de los bajeles, sin tener en cuenta que, en el mal estado en que los presentaron, antes sirvieran de estorbo que de otra cosa á no cuidarse el Generalísimo de su transformación.

«Sin D. Juan de Austria—escribió Mr. de La Gravière,—y sin los soldados españoles, no hubiera batalla en Lepanto [2].» «Á D. Juan pertenece incontestablemente la gloria del combate más grande de los tiempos modernos, no obstante la parte considerable que en él tuvieron los venecianos; sin él, la campaña de 1571 hubiera abortado lo mismo que la del

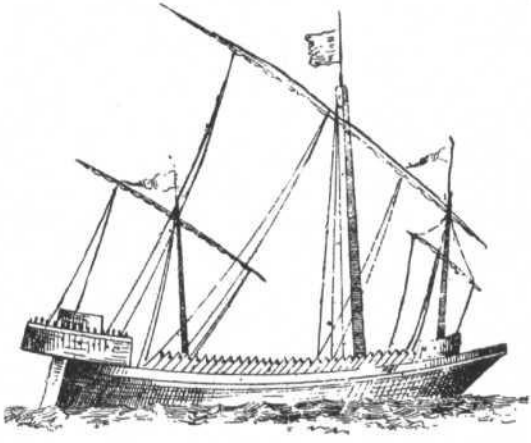
pas, comedias, romances, farsas, que sirven de testimonio de la emoción en los vivientes. Gráficamente ha reproducido bastantes monumentos Sir William Stirling-Maxwell en su obra, espléndidamente ilustrada, *Don John of Austria or passages from the history of the sixteenth century*. London, 1883, in two vols. De estos particulares trata igualmente el opúsculo del barón Giuseppe Arenaprimo di Montechiaro, *La Sicilia nella bataglia di Lepanto*. Pisa, 1886.

[1] Fué la mayor ventaja de la batalla de Lepanto «el desengaño del mundo y de todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar». Cervantes, *Quijote*, parte primera, cap. XXXIX. Que se desengañó el Sultán, refiere un romance *Obra nuevamente compuesta* por Bartolomé de Flores, *en la cual se trata del doloroso llanto que el Turco ha hecho por la pèrdida y destrucción de su armada*. Salamanca, 1572. Romance en 4 hojas, 4.º

[2] «Un juge des plus autorisés et des plus compétents me faisait remarquer que sans le soldats spagnols et sans don Juan d'Autriche, il n'y aurait jamais eu de bataille de Lépante. Tel a toujours été mon sentiment; je suis heureux de le voir partagé en si bon lieu.» Obra citada, t. II, pág. 8, nota.

año anterior [1].» «El cielo inspiró, ciertamente, al Santo Padre cuando hizo la designación del General en jefe de la Liga; con cualquiera otro que D. Juan—lo he dicho, y lo repetiré,—la jornada fuera estéril como las otras [2].»

[1] Obra citada, t. I, pág. X.
[2] Idem íd., t. I, pág. 165.



Galeaza veneciana en Lepanto,
según un manuscrito del archivo de Simancas.

XI.

FIN DE LA SANTA LIGA.

1572-1574.

Segunda jornada.—Sale la Armada de Mesina.—Va á su encuentro Uluch-Alí.—Escaramuza en el Canal de Cérigo.—Llega el Generalísimo.—Reorganización de las escuadras en Gumeniza.—Su composición y fuerza.—Propone D. Juan de Austria forzar el puerto de Modón.—No viene en ello el Consejo.—Desembarco en Navarino.—Combate singular de D. Álvaro de Bazán.—Retíranse los coligados á invernar.—Los venecianos rompen las estipulaciones.—Conquista de Túnez.—Construcción de un fuerte.—Lo sitian y rinden los turcos, juntamente con el de la Goleta.—Destruyen uno y otro.

Se lisonjeaba el Pontífice Pío V con la idea de atraer á la Liga, por efecto del triunfo sonado de Lepanto, á las naciones cristianas que anteriormente lo habían excusado, y de que la campaña de 1572 se abriría con más fuerzas y más temprano que la anterior, llegando en sus ilusiones á la conquista de Constantinopla, y aun á la de Tierra Santa. En lo primero le desengañaron los emisarios despachados con encargo de reiterar las instancias, sobre todo en Francia, á cuya política en modo alguno cuadraba la destrucción del Imperio otomano. Si de destruir el de España se tratara, fuera otra cosa, que á este fin se enderezaban sus intentos; así que, tratando de contrarrestar las ilusiones de la victoria, por allá se procuraba alentar á Selím, separar á Venecia de la Confederación, dar calor á los herejes de Flandes de consuno con Inglaterra, hacer diversión en las Indias con armada que se disponía en los puertos de Bretaña, é invadir á Navarra,

promoviendo alzamiento general de los moriscos [1]. En lo segundo no menos se equivocaba el santo varón, toda vez que no había de consentir el Rey católico en el alejamiento de sus escuadras mientras los manejos, de que estaba al tanto, le hicieran presumir que podría necesitarlas á la mano.

Entró, pues, la primavera, hallando á D. Juan de Austria prevenido é impaciente, pero inactivo, en Mesina, en espera de órdenes, por los diplomáticos también retardadas, ya que no acordaban si las operaciones habían de dirigirse contra Berbería, como parecía natural á los comisarios de España, si se continuarían en el Archipiélago, alentando á los cristianos de Morea, de Albania, de las provincias que hoy constituyen el reino de Grecia, determinados desde entonces á formarlo, ó bien si, término medio, irían á Levante las naves venecianas, consideradas bastantes por sí solas para hacer frente á las que el Turco reuniera, y las del Rey de España acometerían empresa en Argel ó Túnez.

Antes que la discusión se orillara ocurrió la sensible muerte del iniciador de la Liga, de Pío V (Mayo de 1572), complicación de naturaleza suficiente para decidir á D. Felipe á detener su armada en Mesina y optar por lo de Argel, si rompimiento de franceses no lo impedía, dando largas á los venecianos hasta no saber si el Papa que se eligiera patrocinaría la cruzada como el antecesor [2].

Los diplomáticos de la Señora del Adriático tenían su manera especial de considerar las cosas, y aun de contarlas. Según ellos, los intereses del rey Felipe eran muy otros que los que impulsaban al Pontífice y á la República; él, egoísta, no admitía que la Liga se hubiera formado en beneficio exclusivo de los venecianos, sosteniendo ser confederación de cristianos contra sectarios de Mahoma; él no veía de buen

[1] *Mémoirs du Duc de Caumont de la Force*, citadas por Mr. Jurien de la Gravière, obra dicha, t. II, pág. 255.

[2] Cartas del Rey á D. Juan de Austria, *Dirección de Hidrografía, Colección Sans de Barutell, Simancas*, art. 3.°, números 253, 254, 255, y *Relación de lo que pasó al secretario Juan de Soto con el Embajador de Venecia en una plática que tuvieron en Palermo á 17 de Marzo de* 1572. Publicada por Galindo y de Vera, obra citada, pág. 389.

grado, ni quería ayudar al aniquilamiento de la armada turca, porque daría pujanza á la de Venecia; él, con aviesa intención, había ratificado el convenio de las tres potencias, contando con emplear sus fuerzas navales de manera que anularan cualquier propósito de las coligadas.

Muchas pruebas (siempre, según ellos) acreditaban la mala fe del Monarca español. La honrosa acogida que dispensó á Juan Andrea Doria acabada la campaña de 1570, daba á entender que no sin orden y aprobación suya procedió, estorbando el socorro de Chipre. Volvió á colmar de honores á este General tras la batalla de Lepanto, donde se condujo como todos saben, mientras reprendía á su hermano por arriesgar la Armada, y no disimuló el disgusto que le produjo la victoria, ni dejó de influir en el reparto de la presa, en que los españoles se adjudicaron la parte del león.

Estas indicaciones someras apenas reflejan la malévola disposición extendida en las historias venecianas, y no dan idea de los argumentos artificiosos con que se abrieron camino por Europa, cuando tan fácil hubiera sido atajárselo. Si egoísta se llama la pretensión de sacar algún provecho del armamento á que el Rey católico contribuía por suma igual á la aprontada por las otras dos partes juntas, ¿qué nombre tendrá la encaminada á la desatención en absoluto de tantos cuidados en el Océano y en el Mediterráneo para cubrir tan sólo las posiciones vulnerables de la Señoría? Y de cualquier manera, siendo inconveniente ó sospechosa siquiera la gestión de las armas de D. Felipe, ¿por qué con tanto empeño se solicitaba? ¿Por qué, sin dar espacio á la elección del sucesor de San Pío, pretendía Venecia que el Colegio, en Sede vacante, determinara, y que acatadas fueran sus decisiones?

Hacer cargos por dilación ó demora en la reunión de bajeles suponiendo por causa la mala fe, equivale á reconocerse ignorantes de su organización y de los sucesos en que antes habían intervenido. ¿Hubo objeto secreto en el socorro de Orán y en la liberación de Malta? ¿Cuánto se tardó en juntar las bandas de galeras, con estar ambos puntos tan cercanos?

No mejor se aprecia el carácter del Rey porque no desautorizara públicamente la conducta de Juan Andrea Doria en Castel Rosso y Lepanto. Peor que él lo hizo D. Sancho de Leyva en el Peñón; peor lo hicieron otros sin recibir censuras del Soberano, severísimo en casos particulares [1], bien es verdad que, aun en los tiempos presentes, se juzga todavía sin los debidos fundamentos á su persona [2].

Cuando la elección de Pontífice fué conocida; cuando Gregorio XIII proclamado en Roma ratificó los convenios y confirmó en el mando de la escuadra pontificia á Marco Antonio Colonna, empezaron en realidad las disposiciones para la jornada, definitivamente resuelta á Levante por gestión de D. Juan de Austria, el 4 de Julio «teniendo el Rey católico más cuenta en lo que tocaba á la conservación de la Liga que á sus propios Estados» [3].

Por la Señoría de Venecia se dió al Generalísimo la satisfacción de sustituir al irascible Veniero con Jacobo Foscarini, y al difunto Barbarigo con Jacobo Soranzo. En la ar-

[1] Los ejemplos del Duque de Medina Sidonia después del desastre de la jornada de Inglaterra, y de D. Juan de Aguila, conocidos los motines de Bretaña, hacen fe. El mismo Juan Andrea no recibió significación de desagrado por la vergonzosa acción de los Gelves.

[2] Á mi parecer, influído por los escritores venecianos del tiempo, desconoce asimismo el valor de los documentos de descargo un historiador sesudo, un crítico profundo, el citado repetidamente Sr. Camilo Manfroni, profesor de Historia en la Escuela naval italiana de Liorna, que ha prestado un servicio especial á las letras dando á luz las relaciones dirigidas al Papa Gregorio XIII y al Cardenal Ministro de Estado por Marco Antonio Colonna, hasta ahora guardadas en el archivo del Vaticano, comentándolas en libro titulado *La Lega cristiana nel 1572, con lettere di M. Antonio Colonna*, Roma, 1894, obra de necesidad para el estudio de la jornada. Tratando de la buena fe en política, dice Sir W. Stirling-Maxwell, varias veces citado:

«The League was accepted by the Doge and Senate not so much on account of the advantages which it offered as because of the impossibility of concluding peace on reasonable terms with Sultan Selim.» El Dux y el Senado aceptaron la Liga, no tanto por las ventajas que pudiera reportar á Venecia, como por la imposibilidad de conseguir del sultán Selim la paz con condiciones razonables.—(*Don John of Austria*, t. 1, pág. 343.)

[3] Cartas del Rey á D. Juan y de éste á Su Santidad en 22 de Julio. La misma Colección, art. 3, núm. 349. Manifiesta D. Felipe que, á pesar de no ir bien lo de Flandes ni lo de Francia, atendiendo al parecer de su hermano, ha decidido perseverar en la Liga.

mada española fué principal novedad el nombramiento de D. Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sesa, lugarteniente de D. Juan, en vez del Comendador mayor, que pasó á otro cargo.

El 7 de Julio, arbolando las insignias de la Liga el general pontificio Colonna, zarparon al fin de Mesina 13 galeras de su escuadra, 16 venecianas del mando de Soranzo y 18 españolas á cargo de Gil de Andrada, uniéndose en Otranto otras cuatro del Marqués de Santa Cruz; y sin esperar la infantería, que no estaba en disposición de embarcar, hicieron rumbo á Corfú, donde aguardaba Foscarini con el grueso de la armada de Venecia. «Marco Antonio dió cuenta de las justas causas que forzaban al Rey de España á divertir parte de la fuerza preparada para la Santa Liga y ordenar que el serenísimo D. Juan quedase con ella para seguridad de sus reinos, advirtiendo que, no obstante el peligro que éstos corrían, S. M. había desmembrado una banda de galeras y enviádola en su ayuda con la persona del Sr. Gil de Andrada, y declaraba que, tan pronto como fuese posible, el señor D. Juan acudiría con toda la armada» [1].

Manifestó asimismo el General que, habiendo rogado al Sr. D. Juan le diera por escrito su opinión acerca de la campaña, lo había hecho recomendando la reunión en Corfú y correr de allí la costa de Turquía provocando al enemigo á batalla sin entretenerse en expugnar plazas fuertes, bien reforzados los bajeles..... «porque, como se ha visto por experiencia, el número de la gente es el que pelea, y de lo que sobra todo se ha de hacer mucho caso. Y á este propósito se dice que ninguna galera lleve menos de 150 soldados, ultra de la gente que trae de ordinario» [2].

Por rareza se estimó el consejo ajustado á los deseos de los coligados, y se acordó por los otros Generales ponerlo en

[1] *Narrativa di quanto è successo dalla partita di Corfu fino alli,* XI *agosto al Cerigo,* escrita por M. A. Colonna, y transcrita por el Sr. Manfroni en el citado libro *La Lega cristiana nel* 1572, pág. 76.

[2] *Parecer de S. A. de lo que podria hacer la armada de la Liga el año presente, que va á Levante á cargo del Sr. Marco Antonio.* Idem, id., pág. 72.

práctica, hallándose en Corfú con 125 galeras, seis galeazas y 20 naves gruesas, sin contar las menores, y con noticias, si bien contradictorias respecto al número de vasos de los turcos, conformes en que los tenían mal armados, faltos de remeros y con soldados bisoños.

En realidad, durante el período de espera [1], nombrado Uluch-Alí general de la mar por Selím, poniendo en juego los recursos del Imperio y los de su imaginación rica, había lanzado al agua 130 galeras nuevas que, con las escapadas de Lepanto y las de corsarios auxiliares, sumaban 200; esfuerzo sorprendente para los que creían por completo hundida y acabada la marina otomana. Desde un principio tuvieron empleo estos barcos, apostados convenientemente, en refrenar á los griegos, sofocando las chispas de su entusiasmo; juntáronse al tener noticia del avance de los cristianos, encontrándolos Uluch-Alí, antes de lo que pensaba, sobre la isla de Cérigo.

Marco Antonio, una vez conocida la disposición de Foscarini, se había trasladado con la armada al puerto de Gomeniza, y allí le alcanzó un despacho de D. Juan dando por fenecidas las causas de su detención y anunciando la salida de Palermo para Corfú el 19 lo más tarde. En los días que habían de pasar hasta su llegada creía conveniente no emprender cosa que pudiera poner en peligro la reputación, sino preparar lo que fuera necesario, estando á la mira para estorbar que la armada del turco hiciera daño en tierras de venecianos.

Así Foscarini como Andrada creyeron interpretar con Colonna los deseos de D. Juan adelantando hacia Cérigo, y he aquí cómo en la noche del 4 de Agosto tuvieron aviso

[1] Á él corresponden estas nuevas. *Aquí se contienen cuatro nuevos acontecimientos. El primero la perdición y fin de un muy valeroso turco con sesenta naves de remo en Malta la vieja. El segundo la venida y conversión de Cide Muza, alcaide de Alarache y de Alcazarquivir. Los otros espirituales..... todos nuevamente acontecidos y contadas sus historias en llano verso*, por Gaspar de la Cintera, privado de la vista, natural de Úbeda y vecino de Granada.—Impreso en Córdoba, y por el mismo original en Toledo, año de 1572 años; 4 hojas en 4.°

de la inmediación del enemigo. Contando los turcos doble número de bajeles de remo, se aproximaron á reconocer bien la disposición de los contrarios, que era ésta. Colonna, arbolando la insignia de la Liga, ocupaba el centro de la línea, reforzado por Foscarini y por Gil de Andrada; el ala derecha iba al mando de Soranzo; al de Canale la izquierda, y al de D. Juan de Cardona la reserva, sumando los cuatro cuerpos 139 galeras [1]. A vanguardia, en línea separada, formaban las seis galeazas y 20 naves.

Comprendiendo Uluch el empuje que habría de sufrir de las naves con el viento que las favorecía, habiendo probado el alcance y efecto de los cañones largos, maniobró con habilidad, ya tratando de situarse á barlovento y separar los dos cuerpos, ya amagando al cuerno izquierdo, á fin de que hacia aquel lado girasen las otras escuadras y le abrieran paso hacia retaguardia.

Tres días anduvieron á la vista, procurando los cristianos combatir, persistiendo los turcos en la idea de doblar cualquiera de las alas é interponerse entre la armada y la isla de Corfú, donde suponían á la de D. Juan, arrimándose el día 10 á tiro de cañón, con lo que se creyó cierta la refriega; pero Uluch-Alí la rehusó, ciando sus galeras sin volver las proas.

Conocióse entonces que no sería fácil llegar con él á las manos, ya que, buen juez, apreciaba la inferioridad de su gente novel, picada de pestilencia. Lo que hacía por sistema era seguir los movimientos de los otros y embarazarles, atento á cualquier descuido.

¿Qué hacer? Los venecianos querían continuar sobre Cérigo, protegiendo desde allí á Candía, al paso que Colonna y Andrada, pensando en el peligro que correría don Juan en el caso de lograr el paso Uluch-Alí y de encontrarle con las 54 galeras que traía, opinaban por el retroceso de la armada hasta unirse con su jefe. A este propósito escribió D. Juan, con lo que la navegación se hizo, y llegaron á juntarse en Gumeniza 194 galeras, 45 naves, ocho galeazas,

[1] Según el P. Serviá, 145; según Pedro de Aguilar, 164, y los turcos, 280.

agregadas dos del Duque de Florencia, y 25.000 hombres de desembarco. En Sicilia había quedado Juan Andrea Doria con 49 galeras; en Barcelona, D. Sancho de Leyva, con ocho, por lo que pudiera ocurrir.

Reunido el Consejo de Generales, se presentó la cuestión misma de los años anteriores: el Generalísimo juzgaba débil el armamento de las galeras venecianas y consideraba conveniente que embarcaran un suplemento ó refuerzo de infantería española; Foscarini, alegando órdenes terminantes de la República, lo rehusaba, en términos que hubiera producido disgustos serios á no mediar Marco Antonio Colonna, dignísimo representante del promovedor de la Liga, en cierto modo regulador de susceptibilidades en aquella máquina. Propuso cubrir con soldados á sus inmediatas órdenes, de los que estaban á sueldo del Pontífice, las necesidades de los bajeles de la Señoría, término que fué por todos aceptado.

Acuerdo inmediato y principal fué navegar hacia Levante en busca del enemigo, lo que se hizo destacando á las naves de vela á la isla de Zante y reorganizando las escuadras de remo en cuatro cuerpos, como el año anterior: derecha, al mando de D. Álvaro de Bazán, con 50 galeras; batalla, en que asistían con sus personas los Generales del Papa y de Venecia, sumando 63; izquierda, á cargo de Soranzo, con 52; socorro, regido por D. Juan de Cardona, con 29. En el orden de marcha navegaba á vanguardia el general de la religión de San Juan, Pedro Giustiniani, con seis galeras y dos galeotas, y al pasar al de combate se incorporaban á las alas, saliendo entonces al frente las galeazas.

Instrucción dada por D. Juan de Austria en el puerto de Gumenizas, á 9 de Septiembre de 1572, del orden que la armada de la Liga ha de tener en el caminar y pelear.

VANGUARDIA.

AL MANDO DE PEDRO JUSTINIANO, GENERAL DE LAS GALERAS DE SAN JUAN.

Galeras.	**Capitanes.**
Capitana de San Juan.....	
San Pedro, de idem.....	
Santiago, de idem.....	
Colonna, de Venecia.....	Juan Malipiero.

Galeras.	Capitanes.
Santa Catalina, de idem	Francesco.
Rocafulla, de España	Ortuño.
Galeota	Escipión Ursino.
Galeota	Francisco de Mesina.

Seis galeras y dos galeotas.

CUERNO DERECHO.

AL MANDO DE D. ÁLVARO DE BAZÁN, MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Capitana de Nápoles	
Capitana de idem	D. Alonso de Bazán.
Renegada, de idem	Pedro de Urbina.
Tirana, de idem	Juan de Rivadeneyra.
Bazana, de idem	Juan Pérez de Morillo.
Cristo, de Venecia	Simón Goro.
Marquesa, de Nápoles	Juan de Simancas.
Águila, de Venecia	Francisco de Molina.
Constanza, de Nápoles	Francisco Hernández de Perea.
San José, de Venecia	Nicolo Donado.
Santa María, del Papa	Pandulfo Strozi.
León, de Venecia	Nadal Veniero.
Pisana, del Papa	Hércules Balotta.
Monte, de Venecia	Andrea Soriano.
Grulla, de idem	Nicolo Vidali.
Capitana de Estéfano de Mari	Fabio de Mari.
Pez, de Venecia	Christoforo Lucich Sebenzano.
Nuestra Señora, de idem	Carlo Contarini.
Patrona de Lomelín	Luis Gamba.
Mujer, de Venecia	Marino Seguri.
Lomelina	Antonio Palavisino.
Cristo, de Venecia	Francisco Comaro.
Vigilanza, de Sicilia	Silvestre Marqueto.
Capitana de Venecia	Quirini.
Oso, de idem	Felipe Pasqualigo.
Cometa, de Sicilia	Pedro de Juan.
Corazón, de Venecia	Antonio Bono.
Porfiada, de Sicilia	Hieronimo de Mesa.
Fortuna, de Venecia	Francisco Dondole.
Higuera, de España	Diego López de Baños.
Cristo Resucitado, de Venecia	Andrea Bragadin.
Magdalena, de idem	Luis Baloz.
Princesa, de Nápoles	Juan de Loaysa.
Cristo Resucitado, de Venecia	Francisco Zancarol.
Florida, de Nápoles	Rodrigo de Cuastegui.
Mujer, de Venecia	Darío de Cefalonia.
Mendoza, de España	Pero Ortiz.
Cuernos de Ciervo, de Venecia	Dominico Polani.
Fortuna, de idem	Jorge Galloto.
Patrona de Grimaldo	Lorenzo Rozo.
Colonna, de Venecia	Juan Malipiero.
Santa Catalina, de idem	Francesco.
Victoria, de Nápoles	Juan Ruiz Esquiri.
Montaña, de Venecia	Leonardo Mucenigo.
San Juan, de Nápoles	Sancho Ruiz.
Rocafulla, de España	Ortuño.
Capitana de Juan Vázquez Coronado	Martín de Echaide.

50 galeras [1].

[1] Los nombres no suman más que 47.

BATALLA.

D. JUAN DE AUSTRIA.

Galeras.	Capitanes.
La Real.....	
Patrona Real á popa.....	Diego de Mendoza.

CUERNO DERECHO DE LA REAL.

Capitana de Su Santidad.....	
Capitana de la religión de San Juan.....	
Capitana de Nicolo Doria.....	Antonio Doria.
Capitana de David Imperial.....	Conde de Landriano.
Patrona de Nápoles.....	Francisco de Benavides.
Reina, de Venecia.....	Juan Barbarigo.
Capitana de.....	D. Bernardino de Velasco.
Elbigina, del Papa	Fabio Galerati.
Patrona de ídem.....	Alfonso Apiano de Aragón.
Griega, de España.....	Castillo.
Mundo, de Venecia.....	Francisco Mengano.
Luna, de España.....	Manuel de Aguilar.
Nuestra Señora, de Venecia.....	Juan Cicogna.
Napolitana, de Nápoles.....	Diego Ortiz.
Mujer, de Venecia.....	Baptista Morelo.
Hidra, de Nápoles.....	Juan de Alvarado.
Cristo, de Venecia.....	Luis Pasqualigo.
San Nicolás, de Nápoles.....	Cristóbal de Munguia
Envidia, de Nápoles.....	Juan de Morales.
León, de Venecia.....	Francisco Bono.
San Jorge, de Nápoles.....	Juan de Vergara.
Santa Catalina, de ídem.....	Juan Ruiz de Velasco.
Santa Eufemia, de Venecia.....	Horacio Frisono.
San José, de Nápoles.....	Baltasar de Arana.
Galera del Conde de Condyani.....	
Oso, de Venecia.....	Nicolo Triboli.
Turca, de Nápoles.....	Jacobo Bacaro.
Capitana de Lomelin.....	Príncipe de Parma.

CUERNO SINIESTRO DE LA REAL.

Capitana de Venecia.....	
Capitana de ídem.....	Marco de Molin.
Sicilia, de Sicilia.....	Jaime Losada.
San Nicolás, de Venecia.....	Colone Edrasio.
Cristo, de ídem.....	Juan Cen.
Soberana, de España.....	Torres.
Cristo, de Venecia.....	Vandramin.
Cardona, de Sicilia.....	Juan de Orta.
León, de Venecia.....	Nicolo Fradelo.
Luna, de ídem.....	Julio Roza.
San Pedro, de Malta.....	
Mujer, de Venecia.....	Matheo Cornari.
Santiago, de Malta.....	
Palma, de Venecia.....	Lorenzo Veinel.
San Bartolomé, de Nápoles.....	Juan de Alzate.
Hércules.....	Reni Creen.
Santa Catalina.....	Pedro Pisani.
Cristo, de Venecia.....	Andrea Cornero.

Galeras.	Capitanes.
Mujer.....	Felipe Polani.
León, de Venecia.....	Pedro Pisani.
Cruz, de idem.....	Nicolo Pasuol.
Mundo, de idem.....	Nicolo Mundini.
San Cristóbal.....	Juan Micael Bricamano.
Mano, de idem.....	Andrea Trono.
Rueda, de idem.....	Stelio Calchopulo.
Gallo, de idem.....	Luis Jorge.
Mundo, de idem.....	Gabriel del Canal.
Serpiente, de idem.....	Luis Bembo.
Ángel, de idem.....	Daniel de Molín.
Capitana de Gil de Andrada.....	Leonardo Zanoguera,
Patrona de Sicilia.....	Paulo Jordán Ursino.

63 galeras. (Incorporadas tres de vanguardia.)

CUERNO IZQUIERDO.

AL MANDO DEL PROVEEDOR SORANZO.

Capitana de Soranzo.....	
San Teodoro, de Venecia.....	Teodoro Balvi.
Galana, de idem.....	Angelo Soriano.
Capitana de Grimaldo.....	Jacobo de Lorenzo.
Mujer Armada, de Venecia.....	Daniel Pasqualigo.
Mongibelo, de idem.....	Bertuci Contarini.
Cristo Resucitado, de idem.....	Francisco Cornero.
Fama, de Nápoles.....	Juan de las Cuevas.
Verdad, de Venecia.....	Juan Bembo.
San Juan, del Papa.....	Antonio Pleto.
San Juan, de Venecia.....	Juan Maconigo.
San Pedro, del Papa.....	Federico de San Jorge.
San Pedro, de Venecia.....	Pedro Baduel.
San Pablo, del Papa.....	Comendador Buchii.
Muchacho, de Venecia.....	Mario Ruimacho.
Brava, de Nápoles.....	Miguel de Quesada.
Arco, de Venecia.....	Pedro Cane.
San Cristóbal, de idem.....	Alejandro Contarino.
Cristo Resucitado, de idem.....	Jorge Calergi.
Cristo, de idem.....	Federico Nani.
Patrona de Nicolo Doria.....	
Galera, de Venecia.....	Marco Antonio Beniel.
Nuestra Señora, de idem.....	Marco Antonio Pisani.
Patrona de David Imperial.....	Nicolo Delio.
San Pablo, de Venecia.....	David Bembo.
Cruz, de idem.....	Juan Antonio Canale.
Santa Catalina, de idem.....	Francisco Bono.
Victoria, del Papa.....	Bachio Guirte de Pila.
Cristo Resucitado, de Venecia.....	Ludovico Cicuta.
Galera, de idem.....	Vicencio Benedetto.
Cristo, de idem.....	Juan Baptista Quirini.
Cristo Resucitado, de idem.....	Sebastian Priuli.
Ninfa, de idem.....	Daniel Tron.
Espíritu Santo, de idem.....	Marco Cimera.
Águila, de idem.....	Theodoro Payale.
Palma, de idem.....	Lucas Chiatuech.
Cristo Resucitado, de idem.....	Antonio Pasqualigo.
Fortuna, de idem.....	Hierónimo Cornell.
Caballo Sierpe, de idem.....	Antonio Canale.

Galeras.	Capitanes
Mujer, de ídem	Paulo Nani.
Galera, de ídem	Marco Antonio Quirini.
Falcón, de ídem	Nicolo Lipomani
Bandera, de ídem	Felipe Lione.
Galera, de ídem	Nicolo Traga Piera.
Ángel, de ídem	Juan de Meco.
Dos Cruces, de ídem	Jorge Colerge.
Palla, de ídem	Jorge Sanguinazo.
Guzmana, de Nápoles	Francisco de Ojeda.
Gitana, de ídem	Gabriel de Medina.
Capitana del proveedor Canale	
52 galeras.	

ESCUADRA DEL SOCORRO.

AL MANDO DE D. JUAN DE CARDONA.

Capitana de Sicilia	
San Juan, de ídem	Escipión Vasallo.
San Sebastián, de ídem	Juan de Boneta.
Catalina, de ídem	
San Lorenzo, de ídem	Lope de Figueroa.
Ocasión, de España	Pedro de los Ríos.
Granada, de ídem	Antonio de Chavarría.
San Juan, de Venecia	Pedro Baduer.
Ventura, de Nápoles	Juan de Pantoja.
Sol, de Venecia	Simón Salomón.
Sagitaria, de Nápoles	Martín Pirola
Galera, de Venecia	Antonio Meloyani.
Cristo Resucitado	Marco Molín.
Fortuna, de Nápoles	Diego de Medrano.
Sol, de Venecia	Alejandro Vizamán.
San Felipe, de Nápoles	Tomás de Aldana.
Capitana de Comdenadi, de Venecia	
Esperanza, de Nápoles	Pedro del Busto.
Paz, del Papa	Jacobo Antonio Palfruquio.
Luna, de Nápoles	Juan Rubio.
Armiño, de Venecia	Pedro Gradenigo.
Serena, del Papa	Angelo Bifolí.
Furia, de Lomelín	Jacobo Chape.
San Teodoro, de Venecia	Marco Antonio Pisani.
Victoria, de Lomelín	Nicolo Vergenzo.
Trinidad, de Venecia	Contarini.
Grifona, del Papa	Alejandro Negrini.
Diana, de Nápoles	Antonio de Castro.
Capitana de Bendineli	
29 galeras.	
Ocho galeras á vanguardia.	

Archivo de Simancas.—Estado.—Leg 1.134. Publicada en extenso en las *Tradiciones infundadas*, pág. 612.

Hubo noticia de estar divididos los bajeles enemigos, parte en Modón, parte en Navarino, y se hizo á la mar la imponente flota con propósito de bloquearlos desde la isla Sapienzia, que cae entre los dos puertos, recalando errónea-

mente al amanecer; mas no era Uluch-Alí hombre descuidado de los que se dejan sorprender teniendo tan cerca al adversario: reconcentró á tiempo todas sus galeras en el primero, defendido en la boca por baterías y en el interior por el castillo de San Nicolás, sin considerarse encerrado. Cuando por cualquiera de los movimientos de los católicos se extendía ó desordenaba su formación; cuando avanzaban en reto galeras sueltas, como lo hicierón con sus capitanas Colonna y Quirino, sacaba al punto la flota ó parte de ella, maniobrando y escaramuzando.

Una de las veces se formalizó el cañoneo por haberse apartado Soranzo del cuerpo de batalla á distancia en que pensó el turco cortarle algunos buques atrasados, lo que sucediera sin la prontitud con que D. Alvaro de Bazán cubrió el flanco cayendo sobre los contrarios de modo que, por no ser á su vez separados de tierra, forzaron la boga retirándose [1].

Desde aquel momento se entendió no ser cosa fácil obligar á batalla á los otomanos, y que sería preciso discurrir otra empresa en que no se perdiera el tiempo. Don Juan juzgaba la mejor forzar el puerto, acallando las baterías de la boca con otras flotantes formadas sobre galeras, como las que años atrás empleó D. García de Toledo en el sitio de Mehedia. A las objeciones de los colegas respondía que, habiendo sufrido en Lepanto más de 6.000 cañonazos con poco daño, no eran mucho de temer los que les tiraran los fuertes en el tiempo que tardaran en mezclarse, yendo á boga arrancada.

Realmente, sólo con las galeazas, que montaban 320 piezas, se hubiera podido intentar la acción con probabilidades de buen suceso, sobre todo en los primeros días en que, atemorizados los turcos, teniendo la playa á la mano, hubieran quizá abandonado las galeras con poca resistencia; mas la oposición de naves y galeras á baterías de tierra pareció á los Generales del Papa y Venecia temeridad sin ejemplo,

[1] El MS. de la Academia de la Historia, publicado en su *Boletin*, t. XII, refiere éste y otros incidentes, á que no descienden las narraciones generales.

que no se sentían capaces de dar, cargando con responsabilidad tan grande; resistieron, por consiguiente, á las instancias del Generalísimo, dando tiempo á que Uluch formara baterías nuevas con los cañones de las galeras [1].

Llenando su aguada los cristianos en el puerto inmediato de Navarino, ya que desembarcaran soldados á proteger la faena, hicieron reconocimiento de la ciudad y fortificación de harto pequeña importancia ante el considerable armamento; sin embargo, por complacer al General de venecianos, encargóse al Duque de Parma que la expugnara con 8.000 hombres y 12 piezas de batir, haciéndolo el 2 de Octubre; mas al tercero día cambiaron los jefes de opinión comprendiendo que gastarían más tiempo de lo que la posición valía.

Al cumplirse el aniversario glorioso de Lepanto, el 7, se tuvo un instante esperanza de celebrarlo con segundo triun-

[1] Entiéndase que esta versión es de fuentes españolas; las italianas en general, y las venecianas especialmente, cuentan las ocurrencias de distinto modo. En ésta, por ejemplo, escribió Paruta y ahora reproduce el Sr. Manfroni, opinó Foscarini que se podía arriesgar la entrada de Modon, ofreciéndose á marchar en cabeza con su galera para abrir camino á las demás. Don Juan rechazó la propuesta por ser formidables las baterías, y ordenó la retirada hacia Navarino.—Obra citada, página 116. Traduciré aún el parecer de sir W. Stirling, por estar conforme con nuestros papeles:

«Desde el primer reconocimiento de Modón se separó D. Juan de las opiniones que prevalecían en su consejo respecto á la manera de atacar á aquella fuerte posición. Varios de sus miembros creían locura el intento de acometer al lugar en que el arte había aumentado la fuerza natural estando la estación tan adelantada. Otros proponían ideas que le parecieron inaceptables. Su plan era forzar la entrada del puerto con las galeras, exponiendo que lo peor que podría suceder era que echaran á fondo tres ó cuatro de ellas, tras lo cual apagarían los fuegos de las baterías y tendrían presa fácil. Los autores de otros proyectos no prestaron oídos al del Generalísimo. Foscarini propuso también un medio de forzar la entrada, ofreciéndose á marchar en cabeza; pero ni D. Juan se conformó con él, ni con el de D. Juan se conformó Foscarini, y la mayoría se inclinó del lado de los que no querían emprender nada. Los informes que tenemos no son suficientes para formar juicio exacto del conflicto que hubo de producir la diversidad de pareceres: es de suponer que D. Juan respondería á las objeciones hechas á su proyecto que tres ó cuatro galeras echadas á pique en un canal estrecho podían obstruir el paso á las otras; pero es evidente que el arranque y confianza de los turcos habían bajado mucho después de Lepanto, y es presumible que un ataque atrevido y hábilmente enderezado les hubiera inclinado más bien á la fuga que á la resistencia.» (*Don John of Austria*, t. 1, pág. 498.)

fo, consiguiendo el combate. Fuera que á la vista de Modón se presentara casualmente, como algunos dicen, una nave española que desde Corfú venía á la armada; fuera echadiza por añagaza, cual otros quieren, salió de Modón á interceptarla una banda de galeras turcas, y contra éstas acudieran al punto otras tantas cristianas. Maniobrando en contraposición se trabó escaramuza que atrajo á la completa fuerza de ambos lados. De haber logrado Soranzo interponerse con la tierra, como lo intentó, era la batalla necesaria. Uluch, siempre alerta, prefirió que sus cuarenta galeras avanzadas corrieran la suerte, cobrando con las demás el acceso del puerto, y lo consiguieron las otras huyendo ligeras de la persecución. Una sola, gran bajel de fanal gobernado por un nieto de Barbarroja, revolvió la proa hacia las cazadoras; y yendo la del Marqués de Santa Cruz á su cabeza, con ella embistió.

Cual en los tiempos caballerosos de la Edad Media, en que dos campeones lidiaban al frente de las huestes por renombre mejor, suspendida la boga de una parte y otra, presenciaron inmóviles el espectáculo de aquel combate singular, con igual aliento, al parecer, comenzado. La galera turca llevaba 220 remeros; soldados, 250, los 100 genízaros: cifras que muestran era de las mayores y principales, como al exterior los indicaban la insignia de mando, los tendales, banderas y aljubas de tela de oro y seda. La pelea duró poco más de media hora, bordo á bordo, acabando con la muerte del valeroso Bey y de 100 soldados suyos. En la de D. Alvaro de Bazán, nombrada la *Loba*, murieron el sotacómitre y seis marineros ó soldados, ascendiendo á 30 los heridos, entre ellos, muy grave, D. Luis Enríquez, hijo del Marqués de Alcañices [1].

[1] Don C. Rosell presume que la galera turca fué alcanzada incidentalmente por la del Marqués; no así el MS. de la Academia de la Historia, y conforme con él, como eco de la voz pública, dice el romance escrito por Pedro de Padilla:

«Al turco piden los suyos,
Viendo que el Marqués le alcanza,
Que huya hacia Modón,
Porque con esto se salva:

La rendición y presa de una galera constituyó el efecto de la armada de la Liga en esta campaña, donde lucieron las dotes de Uluch-Alí deteniéndola é incapacitándola con fuerzas inferiores [1], no ciertamente por culpa del Generalísimo. Éste, al ver que los aliados rechazaban todavía la única empresa que él creía de efecto, la de combatir forzadamente á las galeras turcas dentro del puerto de Modón, decidiendo brevemente la contienda, consideró inútil la permanencia en el archipiélago tan adelantado el tiempo, y propuso la suspensión de operaciones [2]. Navegaron en consecuencia hacia el Norte con malos tiempos, recogiendo en Gumeniza 13 galeras en que el Duque de Sesa y Juan Andrea Doria, á deshora, iban á reforzar la escuadra española.

Mas el Capitán responde,
Con una bravura extraña,
Que su galera no huye
Porque está mal enseñada,
Y ques mucha pesadumbre
Mudar costumbre y usanza:
Que bien se puede perder
Porquel perderse no es nada;
Mas que no piensa huir
De una galera cristiana,
Pues quien muere peleando
Muere con gloriosa fama.»

Mahamete Bey le nombran el manuscrito y el romance; Mahamute Vehi don Álvaro de Bazán; según el P. Serviá era *sanjae*, esto es, gobernador de provincia, joven de veintidós años. Al pasar el Marqués por la popa de la Real remolcando esta galera, fué muy honrado, y por acuerdo de los tres Generales se le regaló la presa, con más el capitán de los genízaros por joya. El Rey le felicitó en carta de 3 de Noviembre. *Colección Navarrete*, t. XL.

[1] Hubo de intentarse el soborno de Uluch-Alí, como años antes el de Barbarroja. En carta cifrada del Rey á D. Juan de Austria, fecha á 20 de Febrero de 1572, se lee:

«He visto la copia de la instruccion que distes a Paulo de Arcuri de lo que habia de tratar con Aluchali; y aunque me paresce muy bien que se procuren de hacer todas las diligencias que se pudieren para atraer al dicho Aluchali a lo que se desea, todavia conviene ir en esto con advertimiento, y que procureis primero entender como está el dicho Aluchali en gracia del Turco, y la parte que en las cosas de Argel tiene, porque así en lo de aquella plaza como en otra cualquier cosa no se siga de acometerle antes daño que provecho, como podria bien ser si él estuviese muy favorecido del Turco.» *Colección Sans de Barutell*, *Simancas*, artículo 3.°, núm. 243.

[2] Cartas de Gil de Andrada y de D. Juan de Austria dando cuenta al Rey de las operaciones de la Armada. *Dirección de Hidrografía, Colección Sans de Barutell, Simancas*, art. 4.°, números 368 á 384. En el poema atribuido al alférez Pedro de

Sobre la isla Paxo naufragó una de las pontificias, y allí se separaron, yendo las venecianas á invernar en Corfú, y á Mesina las que D. Juan guiaba.

Ni el Papa ni el Rey católico trataron de profundizar mucho las causas de la esterilidad de la jornada, atribuyéndola al retraso con que había principiado, y este particular quisieron corregir adelantando durante la invernada los preparativos para la tercera expedición que había de ir á Levante, llevando no menos de 300 galeras y 60.000 hombres. Don Juan de Cardona, Juan Andrea Doria y D. Alvaro de Bazán recibieron orden de aumentar con 35 buques nuevos sus escuadras [1], haciéndose con rapidez el armamento á fin de cumplir con exactitud la estipulación ratificada en Roma el 27 de Febrero de 1573, determinando que á fin de Marzo, ó á lo más largo por Abril, estaría todo á punto.

Suscribieron los venecianos la nueva obligación, pensando les valiera en las negociaciones secretas que al mismo tiempo seguían con los turcos, interviniendo agentes franceses oficiosos, y al fin, sacrificadas á la paz las conveniencias juntamente con las nociones rudimentarias de la buena fe, aceptaron humillante tratado como si vencidos hubieran sido en Lepanto. No solamente reconocían las conquistas del Sultán en Chipre, en Esclavonia y Albania: se obligaban ade-

Aguilar, en que también se describen las maniobras de la flota, se ve que los soldados estaban al tanto de las deliberaciones de los jefes y hacían justicia á su General, diciendo:

«Aquel de Santa Cruz Marqués osado
Con orden de Su Alteza se metía
A embestir á Modón determinado,
Y toda nuestra armada ya seguía,
Y dencima del monte han disparado,
Mostrando allí tener artillería.
La orden al Marqués le fué llegada
Que se torne á juntar con el armada.
»Algunos del Consejo causa fueron
Que don Juan el armada no embistiese;
Tantas cosas delante le pusieron
Que mire muy bien, y también viese
Los tiros que del monte despidieron,
Que no era razón acometiese
Debajo de los muros de la tierra
Y del artillería de la sierra.»

[1] *Colección Navarrete*, t. XL.

más á pagarle como indemnización de guerra, por espacio de tres años, á razón de 100.000 ducados cada uno.

La nueva soprendió poco en España, donde el concepto de la República no andaba por las nubes [1]; á los marinos sí mortificó, esperanzados como estaban de resarcirse de disgustos; á D. Juan de Austria *«dió pena por ver la mala forma de proceder de aquellos hombres»* [2]. Inmediatamente abatió en la Real las insignias de la Liga, arbolando el estandarte de España, ocupándose ya solamente en meditar el plan que convendría seguir una vez rotos los compromisos.

Oigamos á los venecianos defender la ruptura [3]. Desde que D. Juan llegó á Corfú, empezaron á sospechar que iba á cubrir apariencias y á consumir artificiosamente el tiempo buscando excusas é impidiendo cualquiera ocasión de batalla, y al llegar á Modón ninguna dúda les quedaba. La obstinación del General, el poco caso que hacía de las opiniones y consejos de los coligados, hicieron perder la espléndida oportunidad de sorprender á la armada turca dividida y sin preparación, dando motivo á los de Venecia para maldecir al rey Felipe y á sus ministros. Si en vez de Foscarini mandara entonces Veniero las galeras, hiciera «una de las suyas» marchando sólo á batir al enemigo.....

Había llegado la armada turca á tal extremidad, que Uluch-Alí estaba á punto de desembarcar la gente é incendiarla, no osando aventurar la batalla ni permanecer en el puerto de Modón. Con solos diez días que se perseverara en el asedio se hubiera, pues, destruído la flota con poquísima pérdida de los cristianos, quizá sin daño ninguno.....

Algo, sin embargo, llegaron á modificar el juicio relativamente á la persona de D. Juan [4].

[1] Apellidábala el vulgo despectivamente *la manceba del Turco*. El que merecía á Sir W. Stirling está expresado con esta frase: «It is certain that Venice with one hand signed a treaty of peace with the Turk and with the other an engagement to prosecute the war against him.» (*Don John of Austria*, t. I, pág. 510.)

[2] Carta dirigida á D. Juan de Zúñiga, embajador en Roma, el 9 de Abril de 1573. Biblioteca Nacional, G. 45, fol. 370.

[3] Manfroni, obra citada.

[4] «Don Giovanni in quei giorni (en los últimos) s'affaticava a dimostrare l'ar-

Sentado queda cómo desde el año 1570, antes de la estipulación de Roma, proyectaba el rey D. Felipe la empresa de Argel. En los siguientes no dejó de pensar en ella, encomendando á los Consejos de Estado y Guerra, y á las personas de la confianza, el estudio de las cuestiones referentes á Berbería, por no apreciarlas conformes los más experimentados en aquellas guerras. Algunos juzgaban de necesidad volver á escalonar los presidios de la costa, ocupando á Bujía, á Biserta y á Porto-Farina, y mejorando el de Melilla con obras en la laguna que la convirtieran en puerto seguro. Otros opinaban por la destrucción y abandono de todos esos puntos de sostenimiento difícil y costoso, creyendo que una armada permanente los sustituiría con mucha ventaja. Los había, dentro de los límites extremos, que apoyaban la conservación ó la conquista de ciertas plazas con preferencia á la totalidad.

Reunidos estos datos en la corte, comprendidos los pareceres de entidades de la talla del duque de Alba y D. García de Toledo, ordenó el Rey á su hermano que independientemente oyera á su Consejo de Guerra y á los Virreyes de Nápoles y de Sicilia, formalidad que sirvió para añadir dificultades á la resolución. Votos hubo sosteniendo que, aun separados de la Liga los venecianos, tenía el Rey católico fuerzas suficientes todavía para combatir en Levante en pro de los pueblos cristianos; pero eran los menos: la mayoría se inclinaba á la política esencialmente española, decidiéndose por cualquiera acometida en Berbería, y con preferencia á la de Túnez, por más sencilla.

Don Alvaro de Bazán, razonador, sesudo, singular generalmente en los Consejos, según anteriormente se ha visto, sostuvo el peso de la discusión, pronunciándose por la jornada

dentissimo suo desiderio di acquistarsi gloria, ed accusaba la fortuna che gli aveva tolta l'occasione di combattere a vantaggio della fede e per assicurare i domini di Venezia; tanto che tutti prestaron fede alle sue parole e si persuaseron che non da malanimo, ma da un complesso di dolorose circostanze e dalla negligenza dei ministri fosse derivata la rovina dell' impresa di Levante.» Manfroni, obra citada, pág. 128.

de Argel, en el concepto de que, una vez tomada esta plaza, caerían sin obstáculo, como por corolario, las de Túnez y Trípoli; se quitaría la causa de aparición de las armadas turcas en el Mediterráneo occidental, y acabaría de una vez el corso, tan dañoso al comercio y á la tranquilidad de las poblaciones marítimas. Con dialéctica sobria expuso las causas de mal resultado en las expediciones de Diego de Vera, don Hugo de Moncada y el Emperador, demostrando que ni las condiciones de la costa se oponían al acceso de la armada siempre que se adoptaran las prevenciones del arte náutico contra la contingencia de temporales, ni la fortificación aumentada por Amat, virrey sucesor de Uluch-Alí, detendrían el empuje de la infantería española.

Parecieron los argumentos del Marqués tan sólidos, que el Consejo estimó se debían poner en conocimiento del Rey, esperando su decisión soberana, si bien el mayor número pensaba no haber tiempo ni recursos suficientes para acometer lo de Argel en el año corriente, al paso que sí lo eran empezando por Túnez. A esta opinión defirió el Monarca, por ver que D. Juan la patrocinaba como corrección á Uluch-Alí en su reino, si otros pensamientos de que las historias se ocupan no influían su ánimo.

Aun así, llegando á la ejecución, se ofrecían dudas. Ocupada la ciudad de Túnez, ¿se destruirían sus fortificaciones ó se dejaba guarnición en ellas? ¿Qué se hacía de la Goleta? ¿Qué de Biserta y Porto-Farina? Tan discordes andaban en esto las opiniones como en lo demás, y hubo de reservarse á D. Juan de Austria la determinación sobre el terreno oyendo á sus Consejeros.

El Príncipe dejó en Sicilia á Juan Andrea Doria con 48 galeras para intervenir, si necesario fuese, en las contiendas de los partidos políticos de Génova, enconados, y marchó el 1.° de Octubre de 1573 con la armada á la isla próxima de Fabiniana, donde arrojó la muestra conjunto de 104 galeras, 44 naos gruesas, 60 menores y 20.000 infantes, conjunto digno de mejor empleo. En Túnez no tuvieron buques ni soldados que disparar un tiro; abrió las puertas la ciudad; las

franqueó igualmente Biserta, matando los moros á los turcos y haciendo entrega de una galera corsaria con 220 cautivos cristianos.

Don Juan informó al Rey de lo ocurrido desde la Alcazaba de Túnez, á 11 de Octubre, y acababa escribiendo: «que por ser lo ganado de harta mayor importancia que sin verse puede figurarse..... entró en el lugar con las personas que le pareció era bien le acompañasen, y luego fué á reconocer el sitio que podía haber para hacer alguna fortificación que se diese la mano con la Goleta.....»

En efecto, á fin de precaver á la ciudad de nueva invasión turca ó berberisca por la parte de tierra, se trazó desde luego la planta de un fuerte diseñado por el ingeniero Jacome Paleazzo, más conocido por *il Fratrino*, y Gabriel ó Gabrio Cervellón [1], nombrado Gobernador, tuvo encargo de construirlo con la guarnición dejada á sus órdenes.

Por caudillo de los moros, con título de Infante, dejó don Juan á Muley Mahomet (Mohammad), hermano del usurpador Hamida; por gobernador del fuerte de la Goleta á don Pedro Portocarrero, y por alcaide del de la isla del Estaño ó Estanque, á D. Juan de Zanoguera. Las cosas así dispuestas, regresó el Príncipe á Sicilia y á Nápoles á fines de Octubre, siendo recibido con fiestas, felicitado, y enaltecido por el Pontífice con dedicatoria de la Rosa de Oro [2].

Se ha supuesto, afirmándolo poco há un historiador particular [3], que no cumplió D. Juan de Austria las instrucciones

[1] Gabrio Cervellone, caballero milanés, gran prior de Hungría en la Orden de San Juan, Capitán general de la artillería de la armada en Lepanto. El veneciano Leonardo Donato nombra al ingeniero *il Frattina*, dando cuenta del proyecto de fortificación de Cádiz.

[2] En memoria de tan fácil triunfo se grabó medalla; y aunque como hecho de armas no hubiera parangón entre Lepanto y Túnez, se usó del mismo anverso que en la primera; en el otro lado se representó á Neptuno, que, llevando en el tridente las armas reales, hunde en la mar algunos turcos, mientras otros huyen hacia la izquierda. A la derecha se descubre la armada y la ciudad. Leyenda VENI ET VICI. Autor, Juan V. Milo. El P. Serviá, *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, copió el Breve de concesión de la Rosa de Oro é hizo descripción de la ceremonia de entrega en Nápoles.

[3] Don Evaristo San Miguel, *Historia de Felipe II.*

del Rey, terminantes en punto á derribar las fortificaciones de Túnez y de la Goleta, por los gastos que ocasionaba la conservación de puntos tan distantes. Tal aseveración fundada sobre hablillas del vulgo, y respecto á las de Túnez en reticencia maligna de Cabrera de Córdoba, acredita absoluto desconocimiento de los papeles oficiales. Consérvanse las consultas de los Consejos, los pareceres de los personajes antes citados, las instrucciones á que se alude y prueban la arbitrariedad de la censura, á lo cual bastara la carta escrita por D. Felipe en 18 de Noviembre, en que, aprobando lo hecho y dando gracias por ello á su hermano, escribía textualmente «que, vista la resolución que allá se ha tomado en orden á hacer el fuerte, que se ponga en la mejor defensa con el menor costo posible» [1].

Los sucesos vinieron á mostrar, corriendo el tiempo, no haber acertado D. Juan ni los que le aconsejaban, sin que, por carecer del don adivinatorio, haya de entenderse que se excedió en las atribuciones, ni menos que desobedeciera órdenes recibidas.

El punto merecía alguna detención, dado que no es perdida nunca la que tiene por objeto rectificar errores propalados.

[1] *Dirección de Hidrografía, Colección Sans de Barutell, Simancas*, art. 3.°, núm. 321. Juntas con esta carta real se hallan las consultas, pareceres y diligencias relativas á la jornada de Túnez, debatidas desde el año 1572, entre ellas carta del mismo Rey opinando *no convenir la ruina de Túnez* (art. 3.°, núm. 247). Algunos documentos más en este sentido se han publicado en la *Correspondencia entre D. García de Toledo y don Juan de Austria. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. III, página 136, y por apéndice de la Memoria de D. Juan Galindo y de Vera, pág. 391 y siguientes. El dictamen pedido á D. Luis de Requesens, Comendador mayor de Castilla, entre otras, decía: «En fin, me resuelvo en que de una manera ó de otra, me parece, si Túnez se ganase, se debe de sostener ó dejar de manera que no sea necesario tornar otra vez á ganarla.» Por último, las instrucciones reales á D. Juan consignaban: «Bien lleváis entendido cuántas veces y cuán largamente se ha tratado y platicado sobre lo de los puertos de Berbería, y lo que se entiende por todos que conviene hacerse.....; una cosa se ha advertido acá que no parece de mucha consideración é importancia, y es que, cuando se entienda que no puede bajar la armada del turco, ó después de su vuelta, si bajase, convendrá, dando el tiempo lugar á ello....., ir á desmantelar á Túnez y asolar y atalar la campaña, y que podría ser que con esto el tiempo aconsejase que no fuese menester hacer tan de propósito fuertes en Berbería, ó lo que será necesario y bastará para la seguridad de aquéllo. *Pero esto es de advertir que se ha de hacer según como se entendiese que está lo de Túnez.....*»

Desde principios del año 1574 tuvo el Príncipe avisos de armamento en Constantinopla con seguridades de destinarse á la Goleta; y como se encontrara sin dinero, desarmadas las galeras, invernando por escuadras en España é Italia, escribió al Rey con alarma, preveyendo se iba á perder la reputación alcanzada, y sería Su Majestad mal servido, porque ni en Nápoles ni en Sicilia se atendían sus indicaciones, excusándose los respectivos Virreyes con la carencia de recursos [1].

El cardenal Granvela se había colocado, al parecer, en actitud que lastimaba al Príncipe, á juzgar por la resolución que tomó de venir á besar las manos del Rey y decirle cosas no fiables á la pluma; se hallaba ya en Gaeta de camino cuando recibió orden apretada de dejarlo y dirigirse á Vigebano, en Lombardía, para entender en las desavenencias de Génova y á los manejos de agentes franceses por aquel lado. Lo hizo sin desatender lo que importaba al aderezo de las galeras, pero sin que por su ausencia fueran más á prisa los acopios y alistamientos, constantemente pospuestos con la declaración de falta de moneda, aunque llegaron (algo tarde) prevenciones directas de D. Felipe de juntar hasta 100 bajeles en Mesina y pedir la concurrencia de los de Florencia y Malta. Sabíase ya que el turco aparejaba con flota muy grande.

Salieron entonces á toda priesa D. Bernardino de Velasco con veinte galeras, y D. Alonso de Bazán con ocho, llevando respectivamente á Túnez y á Malta soldados y municiones; tratóse de apurar el tiempo perdido aderezando la escuadra del Marqués de Santa Cruz: las noticias traídas de Levante por Juan de Orta, que á buscarlas fué con tres fragatas, eran graves.

Comprobándolas, apareció ante la Goleta, el 13 de Julio de 1574, la armada de Uluch-Alí, compuesta de 330 velas, á las que vinieron á unirse luego las de Argel, trayendo unas y otras 70.000 infantes al mando de Sinám Bajá, yerno del Gran Señor, al que acudieron los moros y alárabes de la tie-

[1] Carta fecha á 2 de Marzo, *Colección Sans de Barutell*, art. 4.°, números 417 á 422.

rra con sus contingentes, elevando el ejército por encima de 100.000 hombres [1].

En la Goleta, contados los refuerzos que llevó D. Bernardino de Velasco más 300 hombres recogidos de Biserta por D. Juan de Cardona, con la escuadra de Sicilia, ascendía la guarnición á 2.000 soldados españoles é italianos. Gabrio Cerbellón tenía 4.000 en Túnez, con los que en ocho meses había hecho trabajo de cuatro años en el fuerte, sin embargo, por la mala voluntad con que los virreyes de Nápoles y de Sicilia veían lo que para sus cargos era carga, dejando de enviar los materiales que el país no tenía, las obras distaban mucho aún de la perfección requerida para la defensa. Mejor que fuerte parecía el de Túnez *corral de vacas*, al decir de los soldados en su lenguaje pintoresco. Por fin, la torre de la isla del Estaño guarnecían 300 hombres, los más de la mar, encargados de las chatas y esquifes con que comunicaban los dos fuertes por el Estaño mismo.

[1] Haciendo relación de los sucesos D. Juan de Zanoguera, gobernador del fuerte de la isla del Estaño y hombre de mar, á D. Juan de Austria, escribía: «Lo que me pareció había en la armada eran 280 galeras, 15 galeotas gruesas, 15 galeazas y mahonas, 15 naves, cuatro caramuzales. Aunque ellos decían 300 galeras, había, entre otras, veinte galeras que no se podían mejorar, las de los dos bajaes de á 30 bancos, y armadas á seis por banco con escogida chusma; las demás de los beyes y rey de Argel y hombres principales, á cinco y á cuatro por banco; otras cuatro galeras reforzadas buenas, y las demás sin orden de chusma, porque había poca al parescer, y yo vi 150 galeras que no tenían más de dos hombres por banco de las galeras; los buques muy buenos y dos pedreros á proa y un cañón de crujía y otros pertrechos bien en orden de gente. Ninguna galera tenía menos de dos turcos por ballestera; las de los bajaes y principales, muy cargadas de turcos. Las galeazas no son tan grandes como las venecianas, y ninguna trae cañones, sino bien artilladas de artillería menuda. Medias culebrinas había cuatro, que traían dos cada una; las demás, sacres y medios sacres y pedreros y esmeriles gruesos, y á las bandas de algunas tres pedreros, y debajo las postizas, que por todo serían 20 piezas. Cada una bogaban 20 remos por banda, y armadas á 15 por banco; todas naves muy ligeras, traían muy pocos turcos, que no había poco más de 200 en cada una. Las naves que había, la mayor era de 6.000 salmas, no con mucha artillería, sino con muy poca, que toda iba en las galeras. Procuré saber qué turcos habían traído á la jornada, y me dijeron que 7.000 genízaros, y entre spais y turcos serían 60.000: los 40.000 escopeteros y 20.000 arqueros.»

Frey Francisco Jordán, Caballero de Malta, cautivo que logró evadirse de la galera en que bogaba, agregó que traían 120 turcos por galera, 300 por nave y 250 en cada mahona.

Colección Sans de Barutell, Simancas, art. 3.°

Al recibir D. Juan de Austria la nueva, sin esperar órdenes del Rey, embarcó en su Capitana con rumbo á Nápoles, escribiendo desde luego á Gabrio Cervellón y á Portocarrero que con esfuerzo procuraran la conservación de los dos fuertes, teniendo entendido «que nunca turcos tomaron plaza que se les defendiese, porque, aunque son grandes hombres de batir y zapar, son muy ruines de llegar á las manos y entrar», pero en todo caso, viéndose en apuros, se reconcentrara toda la gente en la Goleta, cuya sustentación había de ser el fin principal, y podía conseguirse en el tiempo que quedaba á la armada enemiga para estar en nuestros mares. Las cartas llevó Juan de Orta pasando de noche entre la armada enemiga con una fragata, lo mismo que para traer las respuestas.

En Palermo fué reuniendo el Príncipe hasta 70 galeras, gracias al desprendimiento de personas que, como D. Alvaro de Bazán, dieron su hacienda y hasta sus joyas para sufragar los gastos urgentes. Pensaba hacer alguna demostración naval y distraer, cuando menos, parte de la flota de Uluch, con objeto de introducir socorro con la escuadra de Gil de Andrada. No le favorecieron los tiempos ni las circunstancias, pues, siendo Portocarrero *poco soldado*, dejó avecinar al fuerte á los turcos mucho antes de lo que se esperaba, y lo rindieron en menos de mes y medio de trinchera abierta [1]. La caída del de Túnez era consecuencia natural: las tapias frescas que lo constituían resistieron catorce asaltos después

[1] Se rindió el 25 de Agosto, según Cabrera de Córdoba; el 22, por D. Pascual de Gayangos, si bien el alférez Pedro de Aguilar, cuyos escritos ilustró, señala el 23 en esta forma:

«Gabrio del fuerte de Túnez
Tres socorros ha enviado;
Pero cuando llegó el uno,
El otro está degollado;
Los defensores ya muertos,
Los turcos dentro han entrado;
Degüellan grandes y chicos,
Todos cuantos han hallado;
Y así acabó la Goleta,
Presidio tan estimado,
Año de mill y quinientos
Setenta y cuatro contado,
La víspera del Apóstol
Que por Dios fué desollado.»

de la explosión de las minas; los soldados mantuvieron el honor de las armas, pero sucumbieron el 13 de Septiembre. La oración fúnebre del que narró los sucesos con particularidad [1] es digna de ellos.

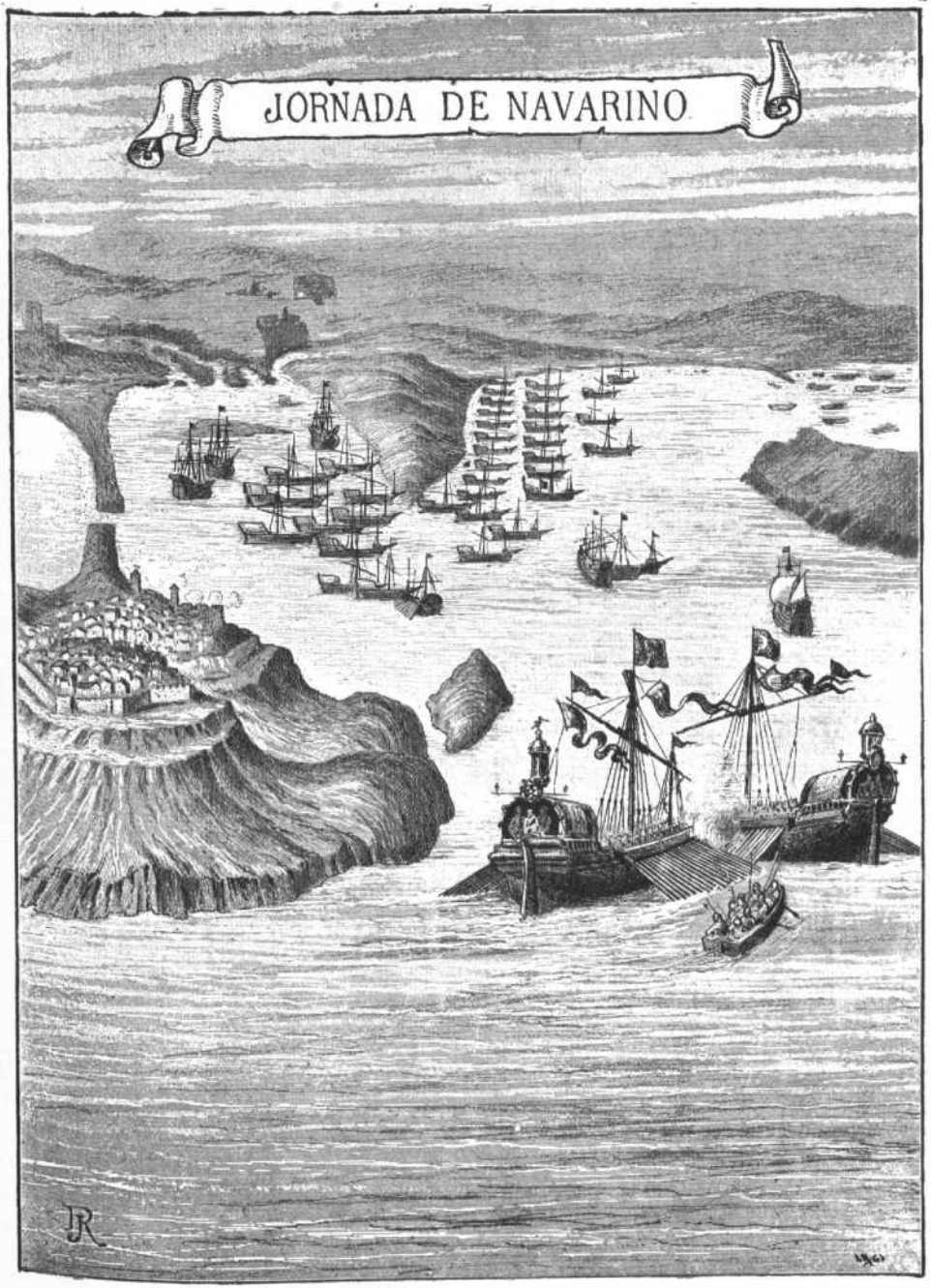
«Suelen los que escriben historias, puesto que su intento sea tratar las cosas universalmente, señalar algunas veces algunos notables hechos de personas particulares, y desto se hallan muchos ejemplos, así en los *Comentarios* de César como en otras diversas partes; pero á mí no me ha parecido este orden en aquesta mi relación, porque haciendo mención de alguno me parecería, y con razón, hacer agravio á los demás, pues todos ellos, así soldados como oficiales y capitanes, entendiendo de aquellos que hasta en la miserable desolación de entrambas fuerzas se hallaron, hicieron hechos muy señalados, peleando valerosamente, como las heridas de sus personas lo muestran, así en las que al presente son esclavos como en otros que han habido libertad. Y fué cosa de no creer, mas muy verdadera, ver que en tan apretado sitio, como fué el de estas dos fuerzas, en tan espesos y sanguinos asaltos, en tanta desesperación de socorro, salvo el de Dios, siempre los soldados y capitanes, así españoles como italia-

[1] *Memorias del cautivo en la Goleta de Túnez* (el alférez Pedro de Aguilar), publicadas por la Sociedad de bibliófilos españoles, Madrid, 1875, con notas, ilustraciones y documentos de D. Fascual de Gayangos. En boca del autor que se presume ser de esta obra en prosa y verso, puso Cervantes (*Quijote*, capítulos XXXIX al XLI) palabras que pudieran ser eco de la opinión militar entonces: «Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España el permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna que aquellas piedras la sustentaran.»

De la impresión producida en otras esferas ofrece idea la carta de pésame dirigida al Rey por D. Diego de Mendoza, documento notable por varios conceptos, de que hay copia en la Academia de la Historia (*Colección Salazar*, M. 26, fol. 106 vuelto). Dice: «Cuanto á la pérdida de la plaza, ya tengo escrito que fué tenida por de más reputación que provecho, y al que quisiere bajar el ánimo, por ventura le parecerá que se heredó la costa que se hacía en ella, y la obligación de mantenerla cesa..... Fué también pérdida de gente que nace y muere, y como mercancía, se halla por dinero.....» La *Colección Sans de Barutell, Simancas*, art 3.°, contiene las cartas de D. Juan de Austria al Rey, y las órdenes de éste.

nos, pelearon confiadísimamente, y después de ya puestos en poder de sus enemigos, no creo que hubo hombre que con palabras lastimosas ó de ruego procurase salvar su vida, y puédese con verdad decir que los pocos que escaparon con ella fueron más por avaricia de los vencedores que por gana que tuviesen de vivir los vencidos. ¡Tanta fué la constancia que en aquellos valerosos ánimos se halló, si vale decir verdad, después de mejor fortuna!»

Tras la victoria (poco nos importa que la compraran cara) hicieron los turcos lo que tanto habían deliberado los cristianos: abiertas 34 minas, volaron los dos fuertes sin dejar piedra sobre piedra. El renegado calabrés, *el fartax* en origen, ahora gran marino, dió vuelta á Constantinopla con la flota intacta, llevando por trofeo 300 cañones.



Pintura en el palacio del Viso.

XII.

INDIAS OCCIDENTALES.

1559-1574.

Navegación afanosa.—La sed en el agua.—Huracán en la Florida.—El Dorado.—Bajada por el Marañón.—Un monstruo.—Población indefensa de las Indias.—Jornadas á Nueva Extremadura y Nueva Andalucía.—Al Río de la Plata.—Instrucciones del Consejo de Indias.—Ordenanzas para los descubrimientos.—Para el cosmógrafo.—Para las flotas y armada.

ESDE las poblaciones fundadas en la costa y en el interior del Nuevo Continente, iban avanzando sin cesar, en todas direcciones, el reconocimiento y la dominación de las tierras contiguas, formándose provincias y gobernaciones en virtud de los asientos hechos por los conquistadores para pacificar y poblar á su costa, mediante la concesión de la Corona de los títulos de mando y mercedes anexas.

Una de estas capitulaciones suscribió á fines del año 1557 Jaime Rasquín, valenciano [1], del número de los conquistadores del Río de la Plata, que había regresado á España con fortuna en las naves conductoras del obispo Fr. Pedro de la Torre. Entre las condiciones del asiento se obligaba á fundar cuatro pueblos en el mencionado río, uno en la costa del Brasil, dentro de la demarcación de Castilla, en el punto llamado San Vicente, y otro en el Viaca, por otro nombre

[1] Publicada en la *Colección de documentos de Indias*, t. XXVI, pág. 273.

puerto de los Patos. Procediendo á los preparativos, compró dos urcas grandes y una nao vizcaína nueva, en que montó 10 piezas de artillería de bronce, amén de la ordinaria de hierro; reclutó 650 hombres, parte de ellos procedentes de la armada de D. Alvaro de Bazán; nombró almirante á Juan Boyl, valenciano como él, y maestre de campo, ó jefe de Estado mayor, á Juan Gómez de Villandrando. Hízose á la mar desde Sanlúcar de Barrameda el 14 de Marzo de 1559 con los tres navíos, capitana nombrada *Jonás*, almiranta *San Juan Bautista* y nao *Trinidad*, del maestre de Campo, pasando sin accidentes las escalas de las islas Canarias y de Cabo Verde.

En los días de mar se hizo patente la parsimonia con que se había verificado el armamento, yendo los navíos, no sólo escasos de toda especie de pertrechos, sino aun de víveres, que, según dicho del Gobernador, se proponía embarcar en las islas, obteniéndolos baratos; mas no alcanzando hasta allí los recursos, el propósito real se cambió en el de hacer la navegación manteniendo á la gente con pan y agua, y aun cumplido éste diéranse por contentos marineros y soldados, porque el bizcocho ordinario resultó de malísima calidad; la tonelería vieja, con aros de madera, dejó escapar la mayor parte del contenido; y encontrándose las naves encalmadas en las inmediaciones del Ecuador, sufriendo la gente los efectos de la atmósfera inflamada, recibían por ración galleta con gorgojo ó un puñado de harina, que amasaban con agua del mar, y medio cuartillo de agua hedionda.

Pocas veces habrá llegado el sufrimiento al límite del que soportaban estos navegantes abrasados, inmóviles en el centro del horizonte, oyendo los lamentos de las mujeres, de los niños, de los enfermos, y suspirando por que del cielo cayera lluvia con que refrescar la boca calenturienta.

Uniéndose al malestar general las exigencias y malos modos del Gobernador, falto de dotes de mando, siguió al disgusto el desorden y el motín, las quejas, los requerimientos para salir de la situación apurada arribando á las Antillas, resistidos por Rasquín como contrarios á sus intereses. Pasa-

dos días rechazando la petición razonable de remedio, dió el Almirante mal ejemplo separándose una noche obscura, y ya no se atrevió á insistir el jefe en la temeraria resolución de continuar el viaje: arribó con las dos naves que le quedaban á las islas de Barlovento, tocando en la Barbada, y por consecuencia en la Española, el 27 de Julio, donde se deshizo la expedición [1].

Por causas distintas se malogró el año mismo de 1559 otra organizada por D. Luis de Velasco, virrey de Nueva España, con objeto de poblar en los puertos de la Florida reconocidos antes por Guido de Lavezares. Al efecto fué designado Tristán de Luna y Arellano con armada de 11 naves, en que iba por piloto mayor Juan Rodríguez, con 550 hombres y 150 caballos, útil á los adelantos de la hidrografía, pues exploraron en la boca del río Espíritu Santo (Mississipí), trazaron carta de la costa con situación de los puertos por rumbo, distancia y latitud, especialmente el que se nombraba bahía Filipina y Puerto de Santa María, hasta Santa Elena, donde se proyectaba y se sentara la población á no desatarse un huracán en el mes de Septiembre que destrozó todas las embarcaciones, menos una carabela, perdiéndose los materiales con parte de la gente [2].

Dirían los agoreros estar por entonces en mal signo las jornadas fluviales, tomando nota de la suerte que cupo, tras de las destinadas en el Sur y Norte, á una tercera en el centro ideada por el virrey del Perú, D. Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, con el fin ostensible de la conquista de *El Dorado*, sueño en que se perdieron Diego de Ordax, Sedeño y Alonso de Herrera; en realidad, para purgar el reino de gente vaga y levantisca de la que más se había significado en las alteraciones y guerras civiles de Gon-

[1] Trazó el espantoso cuadro de la jornada el alférez Alonso Gómez de Santoya, en relación publicada en la *Colección de documentos de Indias*, t. IV, pág. 147.

[2] Cartas del Virrey y de D. Tristán de Luna.—*Colección de documentos de Indias*, t. III, pág. 136, y t. XIII, pág. 280. El pleito homenaje que prestó como Gobernador de las provincias de la Florida y lo que había de hacer en ellas, en la *Colección Navarrete*, t. XIV, núm. 59, con otros documentos en que se desarrolla la historia de la jornada.

zalo Pizarro y Francisco Hernández Girón, y sacar provecho de sus bríos adelantando los conocimientos geográficos. Pregonó, pues, expedición á las provincias de los Omeguas, territorio en que la fama ponía peñascos y guijarros de oro; y acudiendo al reclamo 400 valientes con lucidas armas de fuego y algunos caballos, púsolos á las órdenes de Pedro de Ursúa, joven navarro de estimables prendas, dándole títulos de General y Gobernador de las conquistas, poderes amplios, bergantines que tenía labrados en el río de los Motilones é indios de servicio que remaran.

Embarcados á fines de Septiembre de 1560, descendieron 300 leguas por las aguas y ruta de Orellana, deteniéndose en la provincia de Machifaro para reparar los bergantines y renovar las provisiones. Allí hizo explosión el motín que venía fraguando por el camino un Lope de Aguirre, natural de Oñate, domador de potros en el Perú, hombre de perverso natural, mezclado en todas las revueltas del reino, cojo de dos arcabuzazos que en ellas recibió. Astuto redomado, inspirador del asesinato de Ursúa, contribuyó á la elección de otros jefes que tuvieron sucesivamente el mismo desdichado fin. Declaraba un escrito de su mano haber matado á don Fernando de Guzmán, cabeza aparente del motín, «al capitán de la guardia y teniente general, á cuatro capitanes, á su mayordomo, á su capellán, clérigo de misa, á una mujer, á un comendador de Rodas, á un almirante, dos alféreces y á otros cinco ó seis criados suyos; él nombró capitanes y sargentos, y los ahorcó á todos» [1].

1 «Riberas del Marañón,
Do gran mal se ha congelado,
Se levantó un vizcaíno
Muy peor que andaluzado;
La muerte de muchos buenos
El gran traidor ha causado.»

Así empieza un romance que por entonces se compuso. Relató los horrores de este monstruo el P. Fr. Pedro Simón en las *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme;* los refieren con menos extensión casi todos los historiadores de Indias, y por separado se escribieron relaciones particulares de que tengo hecha mención en las notas puestas á la *Historia de la conquista de Venezuela*, por D. José de Oviedo y Baños, edición de Madrid, 1885, t. I, pág. 391.

Pero esto fué sólo principio: una vez impuesta su autoridad por el terror, habiéndose deshecho de cuantos pudieran hacerle competencia ó sombra, una palabra, un gesto le bastaba para matar al que no acreditaba sumisión de esclavo, y por rareza pasaba día sin algún ejemplar de su dureza depravada. Con tales procedimientos redujo lo que él llamaba *nación marañona* y ejército de marañones, á la mitad de la gente que salió del Perú, suficiente á su juicio para volver á aquel reino por la vía de Nombre de Dios y Panamá, y hacerse señor absoluto.

Tardó casi un año en llegar á la boca del Amazonas, haciendo frecuentes paradas en la orilla, y en diez y siete días de mar alcanzó, no sin trabajo (el 20 de Julio de 1561), á la isla Margarita, para teatro nuevo de atrocidades. El gobernador D. Juan de Villandrando, el alcalde, el alguacil mayor y sus criados fueron víctimas que precedieron al robo de la caja real, al saqueo de la ciudad y á la matanza caprichosa, que extendió á mujeres, frailes y á unos cuantos marañones por tibios en el cumplimiento de las órdenes. Contrariedad tuvo el tirano: contaba tomar en la isla algún barco de porte en que hacer el viaje á Nombre de Dios, y no pudo alcanzarlo aunque se detuvo un mes, por haber corrido la nueva en la costa. Hubo de contentarse deteniendo tres fustas, con las cuales no quiso exponerse á que en alta mar cualquier nave le encontrase; desembarcó en el puerto inmediato de la Borburata el 7 de Septiembre: mas tanto fiaba en el ánimo y en el conocimiento del país, que con 140 arcabuceros que le quedaban y seis cañones *de fruslera* pensaba atravesar por Venezuela y el nuevo reino de Granada, viviendo sobre el país, y entrar por Popayan en el Perú, que tenía por tan suyo como el coleto vestido.

No se equivocaba mucho relativamente á la resistencia que podía encontrar: á su aproximación, abandonaban los vecinos las poblaciones, dejándole proverse de víveres, de acémilas y aun de caballos, con que montó una sección de los marañones. Baste decir que las requisitorias del Gobernador de la provincia, con tiempo corridas por las ciudades

de Coro, Tocuyo, Valencia, Barquisimeto, Caracas, Trujillo, en una palabra, por las poblaciones españolas de Venezuela, extendidas á la Audiencia de Santa Fe, consiguieron formar bajo el estandarte real ejército de 150 hombres, cuyo continente pinta el historiador Fr. Pedro Simón con estas pinceladas:

«Aunque todos iban á caballo, con harto ruines sillas, fustes y frenos, sólo llevaban por armas unas varas mal desbastadas, con hierros de lanza sin acicalar, y unas celadas borgoñonas, que se usaban y estimaban en aquella tierra, hechas de pedazos de paños de colores, con dos ó tres aforros de mantas de algodón, con hechura casi de sombreros, la copa de cuatro cuartos, cada uno de su color, y la halda que la ceñía á la redonda de otros cuatro colores, que verlas era más materia de risa y entretenimiento que de confianza para alguna defensa [1], y en aquella las estimaban más que gorras de terciopelo. En todo el campo no había más que dos arcabuces, y el uno sin cazoleta, y bien poca munición para ambos; y decir que todos eran buenos jinetes sería levantarles testimonio y necesitarnos á volverles su honra, pues sólo á los capitanes se les entendía algo de esto, y los demás, subidos á caballo, más eran carga que caballeros.»

La pintura es como de perlas para la apreciación de las colonias después de la sumisión de los indios, cuando los conquistadores, ó más bien sus hijos y herederos, esparcidos por los campos, cambiados los hábitos guerreros por los del agricultor ó negociante, gobernados por alcaldes de elección ó por licenciados y bachilleres, hombres de ley, de nombramiento real, procuraban pacíficamente el fomento del suelo y el propio bienestar. Es dato importante con el que se razona que cien corsarios franceses se apoderaran de la Habana en vida del Emperador [2], y que otros posteriormente, con navíos de escasa representación, acometieran puertos, saquearan ó pusieran á contribución pueblos con título de

[1] Teníanla para las flechas de los indios.
[2] Véase t. 1, cap. xv.

ciudades, sin que fueran actos heroicos los de despojar por la fuerza á ganaderos ó rebuscadores casi indefensos. Es, en fin, noticia que justifica la veracidad de los informes dados al Rey por Blasco Núñez Vela, jefe de escuadra, asegurando que ninguno de los puertos de Indias podía resistir acometida de 300 enemigos, por ser la gente española poca, usada á la contratación y no á la guerra [1].

Así Lope de Aguirre entró sin oposición en la Borburata, Valencia y Barquisimeto, *ciudades*, saqueó á placer de los soldados, y se entró por la serranía de Nirgua renegando de la aspereza del terreno y no de los buenos campesinos, cuya avanzada, al verle de improviso en una revuelta, huyó á escape tirando al suelo las lanzas y las pintorescas caperuzas de lienzo colchado. Consiguiera ciertamente llegar al Perú si sus *marañones*, horrorizados de la campaña en que tenían la vida pendiente del capricho, no se aprovecharan de la primera oportunidad para pasar en masa al campo real, dando muerte ellos mismos al feroz caudillo vizcaíno.

Andando de mala data por entonces las expediciones, zozobró á los pocos días de salir de Sanlúcar, en Octubre de 1565, la nao en que regresaba Juan Vázquez de Coronado, gobernador de Costa-Rica, desapareciendo con cuantos le acompañaban [2]; trance seguido por los de mayor desgracia á que condujo la ilusión persistente de conquistar El Dorado, con que muchos querían emular la fama de Cortés y de Pizarro.

Don Pedro Maraver de Silva y D. Diego Fernández de

[1] *Colección de documentos de Indias*, t. I, pág. 588. Un poeta anónimo describía la milicia colonial como sigue:

«Niños soldados, mozos capitanes,
Sargentos que en su vida han visto guerra,
Generales en cosa de la tierra,
Almirantes con damas muy galanes;
Alféreces de bravos ademanes,
Nueva milicia que la antigua encierra.....»

Don Joaquín G. Icazbalceta: *Literatura mexicana. Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo* XVI.

[2] Don Manuel M. de Peralta: *Costa-Rica, Nicaragua* y *Panamá*. Madrid, 1883.

Serpa, conquistadores enriquecidos en el Nuevo reino de Granada, se disputaron en la corte la concesión de la licencia, alcanzándola por transacción á medias, en despachos firmados en Aranjuez á 15 de Mayo de 1568, por los que se daba al primero en adelantamiento la conquista de los Omeguas en extensión de 300 leguas, con nombre de Nueva Extremadura, y á Serpa la de las provincias de Guayana y Caura, ó sea Nueva Andalucía, en otras 300 leguas empezadas á contar desde el río Orinoco, hacia el Sur.

Maraver partió de Sanlúcar con dos navíos el 19 de Marzo de 1569, adquirió un tercero en Tenerife para llevar con comodidad á 600 hombres, parte de ellos casados, con las mujeres é hijos, y llegó con buen viaje á la isla Margarita y á la Borburata, puerto de desembarco. La marcha por tierra resultó muy penosa, no hallando en cinco meses más que llanos interminables cenagosos, sin gente ni cosa que comer; calor insoportable, nubes de insectos, aire inficionado, enfermedades y trabajos que no pudieron resistir los caminantes. Retrocedieron á Venezuela muy disminuídos, desobedeciendo al caudillo, empeñado en proseguir á toda costa, y picando su amor propio tanto, que vendió cuanto tenía en Chachapoyas; vino á España, armó otro navío con 160 hombres, entró con ellos por paraje que le pareció mejor entre los ríos Marañón y Orinoco feneciendo todos (1574) al rigor de las enfermedades ó á manos de los caribes fieros [1].

Don Diego Fernández de Serpa no terminó el alistamiento de gente hasta el mes de Agosto de 1569, dejando las aguas del Guadalquivir con tres navíos y 650 pobladores con familia. Su entrada fué por la costa de los Cumanagotos, fundando por base de operaciones población, en la boca del río Salado, que se diera la mano con la isla Margarita. No avanzó desde allí más de tres jornadas hacia el interior, hasta un lugar estratégico donde estaban emboscados los indios en gran número, y en vano trataron de romperlos los expedicionarios, sedientos y fatigados del camino; 186 quedaron en

[1] Oviedo y Baños, *Conquista de Venezuela.*

el campo con su General, siendo muy pocos los que escaparon á la matanza [1].

Otra capitulación en 10 de Julio de 1569, por la que se dió á Juan Ortiz de Zárate el adelantamiento y gobernación del río de la Plata, experimentó la maligna influencia general, deteniendo el aderezo de la escuadrilla de tres naves, una zabra y un patax, hasta el mes de Octubre de 1572, en que pudo salir de Sanlúcar con 300 hombres y 50 mujeres casadas ó solteras, gente pobre. En el Plata entraron por Noviembre del año siguiente, comenzando á luchar en las riberas con los indios charruas en malas condiciones. Al poco tiempo habían muerto en las escaramuzas 250 hombres; tuvieron que deshacer los navíos *Capitana* y *Almiranta* para utilizar los materiales; consumieron los vestidos y alimentos, acabando el resto de la expedición extenuada [2].

De cada una de las empresas parciales concurrentes á la magna de la civilización de las Indias, en que hombres, naves y capital se sumían en proporciones muy por encima de la apreciación vulgar, tomaban acta la Casa de la Contratación de Sevilla y el Consejo, deduciendo enseñanzas aplicables á la gestión especial de cada centro.

En ambos preocupaba la frecuencia de los naufragios, no sabiendo si atribuirlos á impericia de los pilotos ó á endeblez é imperfección de las construcciones navales, para investigación de lo cual se hicieron indagaciones y dictaron reglas [3], lo mismo que sobre los puntos que pudieran contribuir á la seguridad de la navegación. Relativamente á los descubrimientos se dictaron ordenanzas especiales [4], determinando

[1] Hay relación del suceso, escrita por Lope de las Varillas. La he publicado por apéndice á la obra citada de Oviedo y Baños, t. II, pág. 303. Las condiciones de la capitulación en el mismo tomo, pág. 299.

[2] El Adelantado Juan Ortiz de Zárate murió de enfermedad en la Asunción el 26 de Enero de 1576. Hizo relación de la jornada Martín del Barco Centenera en la *Argentina y conquista del río de la Plata*, confuso é indigesto poema, pero depósito de interesantes datos históricos.

[3] Real cédula del año 1573. *Colección Navarrete*, t. XXII.

[4] En 1563; están publicadas en la *Colección de documentos de Indias*, t. VIII, página 484; tienen 149 artículos.

se verificaran con navíos que no excedieran de 60 toneladas, á fin de costear sin peligro; que fueran de dos en dos, llevando por lo menos dos pilotos y dos clérigos para conversión de los indios; víveres para doce meses, timones y velas dobladas, anclas, cables y pertrechos de jarcia en abundancia. Á los capitanes se prohibía hostilizar á los naturales, encargándoles procuraran atraerlos de paz y establecer con ellos relaciones comerciales. Á los pilotos se mandaba terminantemente anotar en libro la derrota, situar los bajos, tierras, puertos, ríos con sus alturas y rumbos, tener cuenta de los vientos y corrientes; escribir relaciones con comentario y dar cuenta de todo al regreso. En las leyes y ordenanzas recopiladas para la gobernación [1], ampliando la forma que se había de tener en los descubrimientos, al estatuir las obligaciones del cosmógrafo y cronista del Consejo de Indias, se le encomendaba la clasificación de relaciones y diarios de los pilotos, formación del derrotero general con descripción y situación geográfica de los lugares; cálculo de los eclipses de luna é instrucción para observarlos donde fueran visibles, así como cualquier otro medio adecuado para determinar la longitud; escribir la historia *con la precisión y verdad posible*, y hacerla separadamente de la naturaleza de los países visitados.

Con igual solicitud se fué reglamentando el servicio de flotas y escuadras con vista de las propuestas de los mercaderes y los informes de los Generales [2], dejando á éstos la facultad de publicar por bando las prevenciones para cada campaña ó viaje con arreglo á las instrucciones superiores. Nombrado el General de armada, empezaba por prestar juramento y pleito homenaje; alzaba bandera con pífano y

[1] Año 1571. Publicadas en la *Colección de documentos de Indias*, t. XVI, pág. 376.

[2] Varios hay en la Dirección de Hidrografía, de los años 1560 á 1569, en la *Colección Navarrete*, tomos XXI y XXII, con cartas é informes de los generales Nicolás de Cardona, Álvaro de Bazán, Pedro de las Roelas, Pedro Menéndez de Avilés, Alonso de Bazán, Bartolomé Menéndez, Pedro Sáenz de Venesa, Bartolomé Carreño, Juan Tello de Guzmán, Antonio de Aguayo, Juan de Velasco de Berrio, Cristóbal de Eraso, Sancho de Archiniega, Pedro de Gamboa, Bernardino de Córdoba y Diego Flores de Valdés.

atambores para alistamiento de la gente; hacía visitar y sellar las cartas de marear, astrolabios, ballestillas y agujas; examinaba á los marineros y artilleros en lo referente á sus oficios; celaba el armamento y preparación de los galeones que hacían la escolta bajo su mando. A las naos de comercio obligaba á llevar artillería y armas con arreglo á ordenanza y capacidad; no consentía embarcar pasajero sin prevención, á su costa, de arcabuz ó ballesta, con las municiones correspondientes.

Por las ordenanzas de flotas se fijaron las derrotas que habían de seguir, los puntos de escala, fechas de la salida y orden de navegación, clasificando los grupos por el destino. Cada uno de éstos se componía con las naos cuyos propietarios solicitaban la expedición y los galeones de guerra en que se embarcaba la plata al regreso. Iba el General en la que servía de capitana; arbolaba insignia y tenía un segundo jefe titulado Almirante, como *Almiranta* su galeón. Éstos tenían capitanes de mar y guerra y guarnición de infantería procedente del Tercio de galeones. Un veedor general, con los particulares, contadores y maestres de plata, entendían en el registro y cuenta de los caudales embarcados y en lo relativo á contabilidad de la flota y del personal. Un auditor general, con escribanos por subalternos, asesoraba al jefe y cuidaba de los asuntos de su jurisdicción. Un gobernador de la infantería embarcada tenía á su cargo el buen servicio de ésta, y un capellán mayor lo importante á la vida cristiana.

La Casa de Contratación disponía dos expediciones principales, que salían invariablemente del río de Sevilla: la una, llamada Flota de Nueva España, destinada al golfo de Méjico; la otra, denominada de Tierra Firme, á Cartagena de Indias. Navegaban unidas hasta el mar de las Antillas; la primera destacaba entonces las naos que habían de ir á Puerto Rico y Santo Domingo, tocaba en la Habana y seguía hasta Veracruz, donde hacía la descarga y carga nueva; reponía los víveres y volvía á la Habana para unirse á la otra antes de emprender el regreso. La segunda navegaba desde Santo Domingo á Cartagena y Portobelo, para recoger los envíos

del Perú y de Chile, remitidos á través del istmo de Panamá y por el río Chagres; pasaba á la Habana, y verificada la unión con la flota de Nueva España, desembocaban juntas por el canal nuevo de Bahama [1].

Una y otra tenían buques ligeros llamados *naos de aviso*, que situaban en crucero en los puntos convenientes, para saber con anticipación la presencia de las escuadras enemigas, y á más eran esperadas al regreso, en las inmediaciones de las islas Azores, por la *armada de la guarda de la carrera de Indias.*

En la *Capitana* y *Almiranta* de las flotas no era permitido embarcar ninguna especie de mercancía bajo fuertes penas, á fin de que estuvieran constantemente en disposición de pelear, que era su destino, auxiliando á los galeones de la escolta.

El General navegaba á la cabeza de las flotas, y el Almirante en la cola para ayudar, asistir y defender en caso necesario á las naos.

Al regreso en España, se abría residencia pública al General por espacio de treinta días, por si hubiera quejosos de abuso de autoridad, y además se le hacía otra residencia secreta con presencia de los diarios y consideración de los sucesos. Si por su culpa tomaban los enemigos alguna nao, incurría en pena de muerte y perdimiento de bienes.

La distinta clase y marcha de las naves de comercio, su número á veces muy crecido, la excesiva carga y mala disposición, hacían largos y enojosos los viajes en que todos los navíos tenían que sujetarse á la marcha del más pesado [2].

[1] Publicáronse las derrotas de galeones y flotas en el *Anuario de la Dirección de Hidrografía*, año V, 1867.

[2] El oidor Eugenio de Salazar describió su viaje en flota á la isla de Santo Domingo, el año 1573, en carta humorística, joya de la literatura. La reproduje en las *Disquisiciones náuticas*, t. II, pág. 178.

XIII.

PIRATERÍAS.

1560-1571.

Contrabando.—Hugonotes.—Se establecen en la Florida.—Los ataca y degüella Pero Menéndez.—Construye fortalezas.—Funda poblaciones.—Persigue el corso.—Mala fe de Catalina de Médicis.—Ordenanza severa de Felipe II.—Veleidad de los indios.—Empresas de corsarios y negreros ingleses.—Los favorece la reina Isabel, cobrando parte de las utilidades.—Los condena en público.—Viajes de Hawkins.—Combate de Veracruz.—Se vende.—Intentos de justificación.—El P. Las Casas y su libro.—Compañías ó Asociaciones piráticas.—Arman escuadras contra las de la guarda de flotas.

Con la organización de las flotas y armadas de guarda, que obligó al corso á buscar la segunda de sus fases [1], tuvo en las Indias considerable desarrollo el comercio clandestino. Lo empezaron los franceses conduciendo hierros, paños y bujería, que cambiaban por cueros crudos, azúcar, brasil ú otros productos de la tierra; lo siguieron los portugueses llevando negros de Guinea, solicitados por los mineros y agricultores; y siendo beneficioso para las dos partes contratantes, tolerado ó no por los Oficiales reales, se hizo tanto más incitante cuanto más se reducía la expedición de las flotas, insuficiente para surtir de artículos de primera necesidad á los españoles esparcidos en el Continente y en las islas. Ellos, los colonos, eran, pues, los que alentaban y sostenían ese comercio, faci-

[1] Tomo I, cap. XV.

litando el acceso á los navíos, proporcionándoles puerto y pilotaje, encargándose de hacer los alijos, y despistando á los guardacostas, llegado el caso de irles á los alcances. Bajo la dirección de mercaderes ó especuladores de las Indias aprendieron los extranjeros á conducir los géneros en grandes navíos armados, que anclaban en cualquier puerto seguro, pero no poblado, y desde él expedían el cargo y recibían la equivalencia en lanchas, sin escándalo ó sin que se dieran por entendidas las autoridades.

Alguna que otra vez ocurrían choques originados por la mala fe, ordinaria compañera de los negocios ilegales. Ya porque la codicia se imponía, ya porque la ocasión tentaba, ni los franceses hacían escrúpulo en la presa de cualquiera embarcación que atravesaba su camino, ni los españoles tenían reparo en degollar á los corsarios que saltaban en tierra buscando ganado ó frutas.

La mayor parte, si no todas estas embarcaciones, iban tripuladas por hugonotes de Bretaña y Normandía, propagandistas exaltados por la persecución en su patria, é inducidos por el almirante Gaspar de Coligny, jefe del partido protestante, al que contribuían con el diezmo de lo pillado [1]. Abierto el apetito á medida que más provecho les producía el ejercicio de la profesión, proyectaron el establecimiento sólido de su gente en alguno de los puertos de Indias que les sirviera de refugio, depósito, carenero y base de operaciones en mayor escala para la explotación del mar de las Antillas á costa de los colonos españoles.

Justamente por entonces había levantado la mano en la población de la Florida D. Tristán de Luna, trabajado por la adversidad y abandonado de la gente; fracasó después la

[1] «Les catholiques et les protestants étaient comme deux nations ennemies en présence sur le même sol..... mais, dans les rixes qui éclataient par tout et sans cesse, tout l'avantage était pour les catholiques, beaucoup plus nombreux..... (como de 10 á uno).

»Ils avaient armé une escadre de corsaires qui infestaient l'Océan, pillant les navires de toutes les nations catholiques.» Henry Martin, *Histoire de France*. quatrième édition, tome IX, pages 201-242.

expedición del general Angel de Villafañe, que corrió la costa reconociendo los ríos de Santa Elena y Jordán, de 33 á 35° de latitud, con pérdida de dos fragatas y 24 personas (1561); y mientras en Méjico se consultaba al Rey si convenía ó no proseguir la urbanización en aquella tierra pobre, anegadiza y fría, y fortificar los surgideros, se había paralizado el envío de gente. Los hugonotes juzgaron ser la Florida, y en ella el río y cabo de Santa Elena, lo que necesitaban, porque, fortalecidos en la desembocadura del canal de Bahama, paso preciso de las flotas de Nueva España y de Tierra Firme al venir á Castilla con la plata, tendrían excelente puesto de caza á la espera. Con esta mira salió de Dieppe uno de los corsarios, Juan Ribaud [1], guiando dos *rambergas*; y pareciéndole lugar á propósito la boca del río Santa Cruz (hoy Ediscowe), construyó un fuertecillo de madera, á que dió nombre de *Charles-Fort*, y regresó muy satisfecho á dar cuenta de la ocupación, dejándolo guarnecido con 30 hombres.

Al poco tiempo se cansaron éstos de sufrir privaciones y trabajos; divididos y desazonados, dieron muerte al capitán, y en un navichuelo emprendieron la navegación á Francia con tal necesidad, que hubieron de matar á dos de los compañeros para sustentarse con los cuerpos y no perecer todos.

Inmediatamente preparó en el Havre el almirante Coligny segunda expedición con una galeaza de 200 toneladas, construída expresamente para guerra, con 10 piezas de bronce, á más de las de hierro, falconetes y versos; un navío de 120 y otro de 80, á propósito para exploraciones; 300 hombres de mar y guerra, y dos piezas de gran calibre para montar en el fuerte. Por capitán eligió á René de Laudonnière; por segundo, á Tomás Bassour, ambos de la jornada anterior, corsarios prácticos. Dieron velas el 23 de Abril de 1564, llegando con felicidad á su destino, y aquí empezó de nuevo la colonización francesa.

Contra el orden seguido hasta ahora, dejo por principio la

[1] Ó Ribault, en 18 de Febrero de 1562.

epopeya á cargo de un historiador reputado, que por creencias y sentimientos se identifica con los héroes [1]:

«Laudonnière—dice—fabricó, al Sur del fuerte antiguo, otro en el río San Mateo, que denominó *la Carolina;* hizo alianza con los jefes indígenas y promovió la población; la indisciplina amargó el fruto de estos felices principios: amotinada la gente, dedicóse, contra la voluntad de los jefes, á excursiones de corso, provocando á los españoles de las Antillas, y atrajo sobre la naciente colonia borrasca asoladora. En los momentos en que Ribaud había llegado de Dieppe conduciendo 300 colonos con las familias, hijos, ganado, instrumentos, una escuadra regida por Pedro Meléndez de Avila (Pero Menéndez de Avilés) desembarcó cuerpo de tropa; sorprendió á la Carolina y exterminó á los colonos, sin distinguir sexo ni edad. Laudonnière pudo hacerse á la mar con dos navíos; los otros naufragaron en la costa con temporal, teniendo los tripulantes que rendirse á los españoles mediante capitulación, indignamente violada. Menéndez degolló á Ribaud con todos los compañeros, en suma de 800 á 900 (Septiembre de 1565), é hizo colgar los cadáveres con letrero diciente: «Ahorcados, no por franceses, sino por he»rejes luteranos.»

»Conocido el suceso en Francia, así el almirante Coligny como el partido hugonote en masa, demandaron venganza, consiguiendo que la Corte hiciera á Felipe II reclamaciones que no se tomaron en serio; porque, si bien Ribaud y Laudonnière procedieron en las expediciones con autorización y orden del Rey, Catalina tuvo la cobardía de negar toda participación en la empresa de la Florida al mostrarse el Soberano de España quejoso contra la usurpación de sus imaginarios derechos en aquel país [2]. Desde luego se supuso (¿por los

[1] Mr. Henry Martín, antes citado, t. IX, pág. 285. Tuvo á la vista una relación escrita por Laudonnière, que se publicó en los *Archives curieuses*. En 1586, después de su muerte, salió á luz otra, titulada *Historia notable de la Florida*, conteniendo los tres viajes hechos á la misma por capitanes y pilotos franceses.

[2] Así fué en efecto; véanse los Papeles del Cardenal Granvela, doc. LXXIV, año 1565.

hugonotes?) que los Guisas y sus amigos informarían á Felipe II de los preparativos de Ribaud, y que Menéndez combinaría su ataque con los avisos recibidos de Francia.

»Un caballero gascón, Domingo de Gourgues, equipó tres navíos pequeños á su costa, burlando la vigilancia de Montluc, que tenía órdenes de oponerse á estas correrías; salió de Royan, con un puñado de valientes, en 22 de Agosto de 1567; desembarcó en la Florida; llamó á sí á los salvajes, que querían á los franceses tanto como detestaban á los españoles; sorprendió á su vez á la Carolina y á los dos fuertes construídos por Menéndez, y trató á los españoles como ellos á los compañeros de Ribaud. Los vencidos fueron ahorcados en los árboles, poniendo á los cuerpos leyenda: «No por espa»ñoles, sino por asesinos.» De Gourgues se vino á Francia, después de arrasar los fuertes (Junio de 1568); fué recibido casi como reo de Estado, y en poco estuvo que no lo entregaran á Felipe II en recompensa de su acción generosa.»

Hasta aquí el relato sucinto de Mr. Martín, en el que es bueno anotar, ante todo, que entre franceses, aun siendo hugonotes y corsarios (digámoslo así), se hacían sentir la discordia y la indisciplina. En segundo lugar, hay que advertir la contradicción en que incurre, no sólo con otros escritores franceses, mas consigo mismo. Declara que el almirante Coligny, de tiempo atrás, tenía en las Antillas escuadra de corsarios en preparación del ataque del archipiélago, y que la ocupación de la Florida era un paso dado para la realización del objetivo. ¿Cómo, pues, dice que, contra la voluntad de los jefes, provocaron á los españoles algunos marineros amotinados, dedicándose al corso en plena paz?

Hay cartas oficiales avisando la entrada en Puerto Caballos de dos naos y dos pataches franceses (1558), que pusieron á rescate la población después de haberla saqueado y muerto á los vecinos que opusieron resistencia; de naves apresadas en las aguas de Chagres, Campeche, Santo Domingo, Puerto Rico, Cartagena, Nombre de Dios, Azores, Canarias y Cabo de San Vicente; de combates en que los Generales de la Guardia rindieron con pérdida á varios de estos navíos, por-

que, conocedores de la pena, los hugonotes se defendían como desesperados; de los nombres de los barcos, de los capitanes, de los puertos en que se armaron [1], se tiene noticia, todo ello en los años de 1558 á 1568. ¿Qué órdenes ó qué oposición eran las de Montluc entonces? Sin duda las que han publicado MM. Charles et Paul Bread [2], por las que se viene en conocimiento de que entre los armadores en corso se contaba á Françoys d'Epinay, sieur de Saint-Luc, barón de Crèvecœur, Teniente general, Chambelán del Rey, recibiendo del arsenal de la marina artillería y municiones; «porque, si bien estas empresas no tenían aprobación ostensible, estaban estimuladas».

No era la vez primera, ni fué la última, en que Catalina de Médicis autorizara expediciones piráticas y entregara luego á los autores á la justicia del ofendido; no por cobardía, por sagaz política lo hacía, alejando del reino súbditos turbulentos y enojosos [3], desembarazándose de ellos si se dejaban prender, y causando en tanto daño á la nación rival con provecho de la suya por el procedimiento proverbial de tirar la piedra y esconder la mano. A las observaciones ó demandas de los Embajadores españoles respondió siempre la corte de Francia en iguales términos, por lo cual, en las instrucciones reales á los generales de Armada, se incluía ésta:

«Porque somos informados que en la carrera de las Indias y en la costa desde Málaga al Cabo de San Vicente andan algunos navíos de corsarios, así franceses como ingleses y escoceses, procurando de robar lo que á aquellas partes va y

[1] En la *Colección de documentos de Navarrete*, tomos XXI, XXII y XXV, y en la de *Sans de Barutell*, art. 6.º La *Biblioteca marítima* del primero, t. III, pág. 36, contiene: *Información hecha en Veracruz á 21 de Julio de 1571 de la defensa de la nao «Nuestra Señora de Ayuda», procedente de la isla Española para España, y barloada hasta tercera vez por tres navíos corsarios franceses sobre el puerto de Yaguama, que al fin la apresaron por haber muerto su maestre Asensio Hernández y ocho hombres más, y estar heridos otros ocho.*

[2] *Documents relatifs à la marine normande et à ses armements aux* XVI^e^ *et* XVII^e^ *siècles.* Rouen, 1889.

[3] Los que llevó Ribaud, según el embajador veneciano Donato, eran «*venturieri, per non dir vagamondi*». Cárdenas distingue más: «Era la gente (dice) condenada á muerte, á galeras ó á presidio.»

Pero Menéndez de Avilés.

viene, y también lo que va de Levante á Poniente, lo cual es en deservicio de Dios nuestro Señor y nuestro, y contra las paces que están asentadas entre nos y los Príncipes de aquellos reinos, y porque los tales corsarios de derecho deben ser ahorcados como robadores y contravenidores de los conciertos hechos «y contra la voluntad de sus Reyes y señores naturales», mando que si pudiese haber algunos de los dichos corsarios y le constare que lo son, proceda contra ellos y los castigue conforme á justicia, ejecutando luego en la mar con todo rigor, que para lo hacer se le da poder cumplido» [1].

Salvajes afectos á los franceses había realmente, como los había que buscaban á los hugonotes escondidos en la selva para entregarlos á los españoles. Tiempo es de referirlo.

Los Guisas, que (dicho sea de paso) motivos tenían para estar á devoción de D. Felipe, no se molestaron en ponerle al corriente de lo proyectado para ocupación de la Florida; informábale desde París D. Francés de Alava, y de lo que se hacía en los puertos D. Juan de Acuña, gobernador de Guipúzcoa, que al efecto tenía sus agentes [2]. Conoció, pues, los propósitos del almirante Coligny á tiempo en que tenía capitulada con Pero Menéndez de Avilés [3] la población de la Florida en términos generales; y variando por consecuencia los presupuestos, acrecentó la armada y modificó las instrucciones, mandándole salir á la mar prontamente, impedir el acceso de la Florida á los franceses, y echarlos de allí en caso de que se hubieran anticipado.

Pedro Menéndez de Avilés, caballero de Santiago, persona de arraigo y reputación, navegaba desde muchacho; fué como Consejero á Inglaterra en la armada que condujo á D. Felipe para su casamiento; le trajo desde Flandes á España; mandó una armada del Canal de la Mancha, dando escolta á las naves de Cantabria y á las inglesas; llevó muchas veces á Zelanda soldados y dinero; tuvo afortunados en-

[1] *Colección Navarrete*, t. XXXIX, año 1561.
[2] *Colección Navarrete*, t. XIV.
[3] En 20 de Marzo de 1565.

cuentros con corsarios, y mandaba últimamente flotas de Indias alumbrado de buena estrella. La población de la Florida había tomado por su cuenta, empeñando en preparativos y alistamientos el caudal.

De Cádiz salió el 29 de Junio de 1565 con el grueso de la armada, ó sea un galeón y 18 naves, dejando órdenes para que lo hicieran de Avilés, Gijón y Santander las embarcaciones menores y las de transporte [1].

A pocos días de dejar las Canarias se dispersó la escuadra, quedando un patache en conserva del galeón capitana, y próximo á Puerto Rico sufrió de huracán mucho daño, desarbolado, sin conservar más que el palo macho. Tuvo que arrojar al agua parte de la artillería y efectos. De las otras naves, una volvió á Canarias haciendo agua; cinco navegaron juntas con el almirante Esteban de las Alas hasta cruzar el rumbo del huracán, con el que creyeron perderse; libráronse cada una de por sí, muy trabajadas, y con pérdida de la carga en parte, y cuatro se reunieron en Puerto Rico con su General, teniendo el sentimiento de no hallar en la isla ni en la de Santo Domingo, adonde fueron, jarcia ni palos con que reemplazar los de la avería del huracán; mas como allí tuvieran nueva de haber llegado á la Florida la expedición francesa de Ribaud, por no darle tiempo á fortificarse no quiso Menéndez perderlo en esperar á las otras naves extraviadas ó en proveerse de materiales, pensando que con los hombres de

[1] Las de Cádiz eran: galeón *San Pelayo*, de 1.000 toneladas, capitana; dos chalupas de 100; cuatro carabelas de 50 á 100; una galeota de 18 bancos; un bergantín de 11; las demás pequeñas. Las de Avilés, Gijón y Santander, también de poco porte, destinadas á llevar provisiones, sumaban 16 y embarcaron 2.646 personas, contados los labradores é industriales, mujeres é hijos. Iban á su bordo ganados, semillas, instrumentos de labranza. Narraron los sucesos de la expedición D. Gabriel de Cárdenas (Rodríguez Barcia), *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida;* D. Jacobo de la Pezuela, *Historia de la isla de Cuba;* D. E. Ruidíaz y Caravia, *La Florida y su conquista y colonización*. Hay relaciones sueltas, una publicada en la *Colección de documentos de Indias*, t. XI, pág. 441. Sigo con preferencia á los documentos oficiales de la *Colección Navarrete*, t. XIV. Entre ellos hay declaración de un prisionero francés de la escuadra de Laudonnière. De las historias se deja recomendar la de Mr. John Gilmary Shea, *Spanish Exploration and settlemens in America from the fifteenth to the seventeenth century.*

armas tomar, que á la sazón tenía, bastaba para ocurrir á lo más preciso. Navegó, por tanto, en demanda del cabo Cañaveral, y siguió reconociendo la costa hasta los 29° de latitud, donde halló puerto, y en él surtas cuatro naves, las dos con insignias de capitana y almiranta.

Contábanse cuatro días de Septiembre: al avistar los franceses á los recién llegados dieron velas, cambiando algunos cañonazos y tomando el largo, sin que el galeón pudiera seguirles por su escaso andar con los palos provisionales. El adelantado Menéndez, habiéndolos perdido de vista al amanecer, continuó navegando al Norte hasta un puerto que nombró de San Agustín, y le pareció á propósito para el desembarco de la gente. Los indios le recibieron de buen semblante, manifestándose dispuestos á auxiliarle contra los franceses, sus enemigos, empezando por informar de los lugares y posiciones que ocupaban, de sus fuerzas de mar y tierra, y entidad de algunas tribus con las que tenían hecha alianza.

Pocos días bastaron al desembarco de efectos y construcción de un fuerte, que se artilló y puso en estado de defensa por fundamento de la colonia nueva de San Agustín. De allí despachó Menéndez las dos chalupas de á 100 toneladas para pedir caballos en Santo Domingo, quedándose con el galeón y los dos navíos pequeños, aunque supiera que los enemigos disponían de nueve. Aun más: como todos ellos llegaron á batirle por mar, juzgando que se habrían reforzado y dejarían poca gente en el fuerte, formó el plan atrevido de salirse del suyo confiándolo á la gente menos útil, y sorprender al luterano caminando por tierra.

Poniéndolo por obra, escogió 500 hombres, los 300 arcabuceros, el resto piqueros y rodeleros, haciendo cargar á cada uno seis libras de bizcocho y marchando por ciénagas, guiados de los indios, con temporal de aguas, atravesando ríos y esteros, ó excusándolos con largo rodeo, caminaron más de 15 leguas, dejando rezagados 100 hombres menos sufridos que los demás.

En la alborada del 20 de Septiembre llegaron á las inme-

diaciones del fuerte sin ser sentidos; sorprendieron al centinela y se entraron de rondón por la puerta, señoreando la plaza sin tener más que un herido leve. Murieron en la refriega 102 franceses y otros 10 más de los que escaparon en camisa al monte, tirándose desde los parapetos; pero aun se salvaron unos 60 á nado, embarcando en tres navíos que estaban al ancla en el río. Mujeres y niños se prendieron más de 70, y el Adelantado ofreció á los de las naves entregárselos y darles salvoconducto para que con una de éstas se fueran á Francia, rindiendo las otras dos.

No admitieron el partido, por lo que se les hizo fuego con sus propios cañones, echando á fondo el mejor de los navíos: los otros dos se dejaron ir río abajo, cortadas las amarras, llevándose á Laudonnière, gobernador del fuerte; á Jaques Ribaud, hijo de su jefe, con algunos oficiales. En el fuerte, á que dió el Adelantado nombre nuevo de *San Mateo*, se halló gran depósito de armas, provisiones, ropas, mercancías de rescate, granos, y en construcción adelantada una galeota grande y un bergantín.

Quedó por gobernador el capitán Gonzalo de Villarroel con 300 soldados, y el General se volvió con los 100 á San Agustín, pareciéndoles mil veces más largo y penoso el camino, haciéndolo sin el peligro que les estimulaba á la ida. Durante su ausencia había tomado el almirante Diego Flores de Valdés una fragata muy buena, abandonada por los luteranos, á quienes el temporal obligó á separarse del puerto.

Unos días después avisaron los indios á Pero Menéndez que por efecto de la borrasca habían naufragado los navíos, y muchos de los franceses estaban en la playa, seis leguas distantes. Se dirigió el General con los bateles en su busca, y enviáronle un parlamentario, proponiendo condiciones para rendirse. Según refirió, habían salido de su puerto cuatro galeones y ocho pinazas de 24 remos con 600 hombres al mando de Juan Ribaud, acompañándole Mr. La Grange y otros caballeros, con propósito de dar batalla y deshacer á los españoles. Batidos por el temporal, se habían estrellado en los bajos tres de los galeones, salvándose á nado los que allí es-

taban, que eran 140, porque los salvajes habían cautivado ó muerto una mitad.

«Respondíle, escribió Menéndez [1], que las armas me podían rendir y ponerse debajo de mi gracia, para que yo hiciese de ellos aquello que Nuestro Señor me ordenase; y de aquí no me sacó ni sacara si Dios Nuestro Señor no esperara en mí otra cosa; y ansí se fué con esta respuesta, y se vinieron y me entregaron las armas, y híceles amarrar las manos atrás y pasarlos á cuchillo; sólo quedaron 10 (por ser católicos).»

Tras la tremenda ejecución siguió las huellas del jefe andante por las playas con otros 200 hombres, sin recursos. «Salvé la vida á dos mozos caballeros de hasta diez y ocho años, y á otros tres que eran pífano, atambor y trompeta; á Juan Ribao con todos los demás hice pasar á cuchillo entendiendo que ansí convenía al servicio de Dios Nuestro Señor y de V. M. Y tengo por muy principal suerte que éste sea muerto, porque era el más plático marinero y cosario que se sabía, y muy diestro en esta navegación de Indias y costa de la Florida, y tan amigo de Inglaterra que fué nombrado por Capitán general de la armada inglesa contra los católicos de Francia en la guerra pasada» [2].

Unos cuantos que no quisieron entregarse sin seguro de la vida, más los escapados del fuerte y de algunas galeotas, componiendo entre todos una centena, quedaron entre los salvajes, como resto de expediciones calvinistas, y á éstos, los indios fueron entregando poco á poco por congraciarse con los vencedores. Por trofeos ganó el Adelantado dos pinazas muy buenas, bateles y embarcaciones menores, la artillería de bronce de las que naufragaron en la costa, y dos navíos españoles que tenían rendidos, habiendo echado la gente al mar, razón que extremó la severidad de Pero Menéndez. Del fuerte de San Mateo disfrutó poco tiempo por haberse incendiado con descuido del presidio.

La falta de vitualla le obligó á embarcarse para la Habana,

[1] Carta al Rey, fecha en el fuerte de San Agustín á 15 de Octubre de 1565.
[2] La misma carta.

haciendo la navegación por dentro de los arrecifes, donde descubrió, como pensaba, haber revesa de corriente de la del canal, favorable, por consiguiente, á su camino. En la Habana temían por él; Pero Menéndez Márquez, su sobrino, y Esteban de las Alas, llegaron con los navíos de Cantabria, gente y municiones, con que se aliviaron las necesidades. Otro refuerzo de 1.500 hombres con 15 naves llevó el general Sancho de Achiniega en 1567; pero habiendo de cubrir con él bajas en los presidios de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, alcanzó poco á la Florida, donde ya el Adelantado había construído un tercer fuerte en Santa Elena, nombrado San Felipe, reconocido y descrito 300 leguas de costa, y explorado el país hacia el interior con expediciones que además llevaban por objeto el acallar el descontento de los soldados y tener á raya á las tribus de los indios enemigos.

Pasado un año llegó á la costa Domingo Gourgues, gascón, que había remado en galeras españolas, con tres navíos y 280 hugonotes, componiéndose con los referidos indios para sorprender, como lo hicieron, al fuerte de San Mateo, matando á casi todos los de la guarnición, ahorcando de los árboles á los prisioneros, no sin pérdida suya, y de una de las naves. Embarcó en las otras dos la artillería, y dió vuelta á Francia (1568) antes que acudiera gente de los otros fuertes [1].

Lo mismo que de Gourgues, estaban poseídos del espíritu de venganza otros corsarios hugonotes: Laudonnière, Bourgoing, Cacheuf, Parent, Beautemp, algunos de los cuales pagaron con la vida las fechorías, aunque por lo regular

[1] En esta parte es exacta la narración de Mr. Martín; las cartas del Adelantado al Rey lo corroboran, diciendo: «Á los indios, mis amigos, que son los que han dado á V. M. la obediencia, les hacen gran guerra los amigos de los franceses por la amistad que conmigo tienen....., porque aquellos indios, en lo general, son más amigos de los franceses, que los dejan vivir con libertad, que no míos ni de los teatinos, que les estrechamos la vida; y más harán los franceses por esta causa en un día que yo en un año, aunque con la ayuda de Nuestro Señor espero será lo contrario.» Quéjase en ésta, como en las otras cartas, de estar los soldados desatendidos, desnudos y hambrientos. Véase *Colección de documentos de Indias*, t. XIII, páginas 301 á 307.

no se cumplían las instrucciones del Consejo de Indias. El mismo Pero Menéndez de Avilés, tachado de cruel, trató con consideración á los prisioneros que se le rindieron en un fuerte del cabo Cañaveral, llevándolos en persona á la Habana [1].

Llegando á una fecha en que las multiplicadas atenciones de la política llevaban á las naves de guerra á Grecia, Italia, Argel y Países Bajos, dejando en relativo abandono lo de más lejos, conviene volver hacia atrás en las referencias á fin de que aparezcan en el escenario otros actores.

Divulgadas por Europa las noticias de lo que lucraban las empresas piráticas de Indias, con el ejemplo de los corsarios hugonotes, pensaron ensayarlo por sí solos sus vecinos y auxiliares los ingleses, adiestrándose en el aprendizaje; esto es, empezando por alargarse hasta las costas de Galicia (1564), y robar las naves españolas, portuguesas y flamencas. Presentó en Londres el Embajador de España reclamaciones de agravio, con pruebas de haber sido actores del delito dos caballeros nombrados Tomás Stucle y Tomás Coban, que sirvieron para hacer descubrimientos muy curiosos; á saber: que lord Coban, hermano de Tomás, su mujer, camarera mayor de la Reina, y otros personajes de la Corte, tenían participación ó interés en las jornadas, á que la Reina misma no era ajena [2]. Desautorizó, sin embargo, en público á los culpables, haciéndolos condenar por el Tribunal, á reserva de que no tuviera ejecución la sentencia, antes bien, armando poco después (1565) un marinero de crédito, Jhon Hawkins [3], nave de 800 toneladas con 24 piezas de artillería y 140 hombres, tres navíos más de mediano porte y dos bergantines, corrió la voz de haber salido de las arcas reales los fondos requeridos por tan considerable equipo, y

[1] Á la Habana enviaba igualmente á los que exceptuó del degüello, embarcándolos en su galeón *San Pelayo*, y una vez en la mar se alzaron, en inteligencia con algunos marineros levantiscos, mataron al maestre y gente fiel, y navegando hacia Europa fueron á parar á la costa de Dinamarca. Cárdenas, *Ensayo cronológico*.

[2] Cabrera de Córdoba, t. I, pág. 610.

[3] Nombrado *Aquines* por los españoles.

lo cierto es que, habiendo exigido á Hawkins, siempre por ingerencia del Embajador de España, fianza de no ir á Indias, á Indias fué, haciendo excursión beneficiosa á la manera mixta en los sistemas portugués-francés [1].

Navegó desde Plimouth á Guinea, donde por fuerza de armas tomó 400 negros: tocó en las islas Dominica y Deseada, para proveerse de agua y leña; se llegó á la Burburata, donde el Gobernador, sin medios que oponerle, trató de cubrir las apariencias conviniendo en que hiciera demostración de fuerza y negociación siempre que no hiciera daño al país. Desembarcó, en efecto, 200 hombres y unas piezas de campaña con que rompió el fuego, y contentóse con que le compraran 140 de los esclavos á buen precio. De allí corrió la costa al río del Hacha, Cartagena y otros puntos, donde vendió el resto de los negros por los mismos procedimientos; cargó de cueros al pelo; se entretuvo unos quince días esperando á la flota de Nueva España por ver si al paso podía tomar algún navío, desembocó por el canal de Bahama, tocando en la Florida, donde vendió á los franceses una carabela y barriles de harina, y redondeado su negocio, haciendo cuentas exactas en Inglaterra, halló haber ganado la compañía 60 por 100 del capital, y eso poniendo partidas de pesos pagados á gobernadores españoles por su condescendencia.

En segunda expedición (1566) obtuvo utilidad superior por la práctica que en los oficios de negrero y pirata iba adquiriendo, y el acuerdo de los asociados de reducir los gastos al apresto de las naves y de suplir cualquier otro con el

[1] Hago caso omiso de piraterías menudas en el Canal de la Mancha, donde, según consta por los documentos oficiales ingleses publicados en el *Calendar of State papers*, empezaron á escandalizar en Europa el año 1559, por haberse comprobado que ejercitaban la piratería las naves de la Reina encargadas de reprimirla. Hiciéronse informaciones en Amberes, Ostende, Fécamp, Dunquerque y Lisboa, declarando los maestres despojados, y de resultas hubo muchas reclamaciones al Gobierno inglés, de 1561 á 1571, sin obtener más que buenas palabras, antes bien, habiendo apresado la escuadra española, sobre las islas Azores, á cinco navíos ingleses *in fraganti*, intercedió el Embajador cerca del Rey para que tuviera consideración *con aquellas pobres gentes*.

empleo de los cañones y los arcabuces. Sin embargo, Hawkins y Stucle, con la mira de granjería menos trabajosa, propusieron sus servicios al rey D. Felipe mediante olvido de lo pasado y ciertas indemnizaciones que consideraban razonables, entre ellas el pago de ciento y tantos negros detenidos en el viaje último á Santo Domingo [1].

Solía el hijo del emperador Carlos V admitir, y aun proponer por mediación de agentes, tratos semejantes que ponían á su devoción ministros, consejeros, miembros de Parlamento, capitanes y personas insignes, y teníalas á sueldo, con gran reserva, en Inglaterra, en Francia, en Roma, en Alemania y hasta en Constantinopla y en Argel, con la particularidad de que, no alcanzando los fondos para la paga de los soldados y marineros en campaña (no digamos nada de obras públicas), por rareza dejábase de satisfacer con relativa exactitud las nóminas secretas, con que se aquilata el nivel moral de aquellos buenos tiempos pasados; mas porque las exigencias de Hawkins fueran exorbitantes, ó por otra razón desconocida, por entonces (más adelante sí) no desistió el consocio de Isabel del negocio de negros, preparando, por lo contrario, expedición de mayor cuantía: nueve navíos [2], los cuatro de propiedad de la Reina, contado el que había de hacer de Capitana, buque nombrado *Jesús*, de 800 toneladas, con buena artillería de bronce, y entre todos 800 hombres. En esta jornada empezó á figurar Francisco Drake, que ha de verse nombrado con frecuencia en lo sucesivo.

El 14 de Septiembre de 1568 apareció la escuadra á vista de los vecinos de Villa-Rica y Veracruz, que creyeron fuera la flota de España, esperada por momentos; acudieron por tanto, los Oficiales reales con un batel para recoger los despachos y las primeras noticias, y Hawkins aprovechó el

[1] La narración está formada con vista de la *Correspondencia de Felipe II con sus Embajadores en la corte de Inglaterra*, 1558-1584.— *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos LXXXIX y XC.

[2] En algunas relaciones se anotan diez; mas por las inglesas no eran más que seis.

error deteniéndolos en su navío. Díjoles que habiendo salido de Inglaterra para la Mina de Guinea, forzado por los temporales había tenido que arribar hasta allí con propósito de carenar las naves y reponer bastimentos, pagándolos al precio corriente. Que no causaría mal á la población facilitándoselos, pero que en garantía de la buena fe y formalidad de los tratos era necesario que se le entregara la isla de San Juan de Ulua con sus baterías por el espacio que permaneciera en el puerto. Las autoridades aceptaron las condiciones, no pudiendo hacer otra cosa, con lo que él surgió en el puerto, se apoderó de las naves que había al ancla, empezando por la del capitán Francisco Maldonado, cargada de vino de España, montó artillería en la isla protegiendo las suyas, y empezó á negociar la venta de sus negros, esperando licencias pedidas al Virrey en Méjico.

Así las cosas, al tercer día, ó sea el 17 de Septiembre por la mañana, se avistaron trece navíos de la flota que mandaba el general D. Francisco Luján y conducían al nuevo Virrey D. Martín Enríquez. Hawkins creyó habérselas con la armada real que cruzaba por la Habana á las órdenes de Pedro Menéndez de Avilés, y encargó al Capitán de puerto hiciera salir un batel en que iría delegado suyo para noticiar al General lo ocurrido. Repitió la historia de arribada forzosa desde Guinea, dando valor de estipulación á las condiciones que había impuesto á los Oficiales prisioneros, y pidió confirmación y nuevas condiciones de garantías, consistentes en la forma de entrada y situación en el puerto de las naves de la flota con separación de las suyas, y en que no bajara gente á tierra mientras él estuviera allí, en la inteligencia de que, dándole los víveres, se iría luego.

Esta embajada llevó el capitán Delgadillo, dejando perplejos al Virrey y á Luján, en primer lugar, porque entre los trece navíos de la flota sólo la Capitana era galeón de guerra; por almiranta iba en aquel viaje nao de comercio muy cargada, y aunque tenía cañones como las demás, componían fuerza inferior á la de los ingleses, máxime habiendo éstos preparado las baterías de la isla con su gente. En se-

gundo lugar, de negarse á parlamento, temían por la suerte de los oficiales retenidos en rehén. Hubieron de entrar, por tanto, en tratos y conferencias, y convinieron sin duda en condiciones satisfactorias á los intrusos, toda vez que la flota entró pacíficamente en el puerto el día 20 y fondeó con separación. Durante la noche tuvo el Virrey informes exactos y medios de reforzar la flota con 120 vecinos de Veracruz. De acuerdo con Luján, pensó no había razón para guardar palabra dada sobre aserciones falsas, decidiendo atacar á la vez á las naves y á los defensores de la isla, y lo verificó sin tomarlos de improviso; antes fueron ellos los primeros en romper el fuego, con la fortuna de incendiar á la Almiranta, que se voló, pereciendo unas veinte personas; mas no por ello se desanimaron los nuestros; en San Juan de Ulúa desembarcó el capitán Delgadillo con gente de Veracruz, que tomó por la espalda á los ingleses, acuchillándolos, y, volviendo los cañones hacia el fondeadero, secundaron á los de la flota con mortífero efecto. La defensa fué enérgica, pero no obstinada: Hawkins y Drake escaparon del puerto en dos barcos de los menores, dejando rendida la Capitana con tres naves más y otra á fondo. En la primera se encontró la vajilla de plata del Almirante, mucha ropa y 50 negros que no habían vendido todavía.

Las noticias del suceso que hasta ahora se conocen son muy confusas y deficientes; consisten en relación anónima que nada enseña respecto á los tratos entre el virrey don Martín Enríquez y Juan Hawkins [1]. Cabrera de Córdoba, conciso y obscuro también, como de ordinario, consigna «que

[1] Hállase en la *Colección Navarrete*, t. XXI, pág. 83, con título de *Relación del suceso de la armada y flota de Nueva España en el puerto de San Juan de Ulúa con el cosario Juan de Aquines, año* 1568. Un romance compuesto por Álvaro de Flores, dado á luz en Burgos en 1570, reproduje al tratar del asunto en *La Armada Invencible*, Madrid, 1885, t. II, pág. 490. El autor escribió entre otras cosas:

«Don Juan de Acle, el enemigo
De Dios y nuestros christianos,
Se quiso dar por amigo
Del General, como digo,
Con todos sus luteranos.»

el peligro de los nortes que contrastaba la flota hizo al nuevo Virrey capitular sobre seguro con Juan Aquines con recíprocos rehenes, y entró en el puerto; que el general Francisco de Luján, pareciendo que no se debía guardar palabra á corsarios, sobre el puesto de los navíos tomó ocasión de romper con ellos. Determinó de combatirlos, y mandó que buen número de soldados con dagas solamente entrasen á visitar á los ingleses y los convidasen, y en el convite los matasen.»

Parece por las indicaciones que fué este negocio de zorros y no de leones, y el hecho es que tanto Hawkins como Drake guardaron rencor eterno á los españoles, cargando á la nación la responsabilidad que tocara á las autoridades en Veracruz, por lo que propalaban los resentidos como perfidia inaudita. Véase lo que el más interesado escribió en las memorias á que han dado completa fe los historiadores ingleses:

«Llegada la flota española, cambió saludo con la nuestra, según costumbre, y empleamos dos días en ponerla de un lado y la nuestra de otro, con tan buena fe de parte de los ingleses como mala de los españoles, pues tomaron de tierra un refuerzo de *mil hombres*, y formaron plan de caer sobre nosotros á media noche. No sospechamos la traición hasta observar el movimiento de la gente; y preguntando entonces al Virrey lo que aquello significaba, juró bajo su palabra que nada teníamos que temer. No nos satisfizo, sin embargo, la respuesta, recelosos de que hubiera gente oculta en un navío de 900 toneladas que había fondeado cerca de la *Mignon:* despachamos nuevo emisario al Virrey, y no pudiendo disimular más tiempo, lo detuvo é hizo sonar una trompeta, á cuya señal cayeron los españoles sobre nosotros, y bajaron á tierra en tanto número que la mayor parte de los nuestros fué degollada sin cuartel; el resto pudo ganar el *Jesús*. El navío que nos alarmó tenía á bordo 300 hombres, que atacaron á la *Mignon;* mas estando sobre aviso, pudo evitar el abordaje y salir del puerto. Atacó entonces aquel navío, juntamente con otros dos, al *Jesús*, que también consiguió des-

embarazarse y salir, aunque con mucha pérdida de su equipaje.

»El combate fué entonces terrible; en menos de una hora fué echada á fondo la Capitana española (!), la Almiranta incendiada y otro navío sumergido, pérdidas que disminuían mucho el daño que podrían hacer.

»Como los españoles se habían apoderado de los cañones de la isla, nos abrasaban con ellos; los palos, vergas y jarcias del *Jesús* estaban acribilladas, de modo que desesperamos de salvarlo. Además, echaron á fondo nuestros navíos menores. Llegada la noche, mientras discurríamos cómo abrigarnos de su artillería, dieron fuego á dos bajeles grandes, lanzándolos sobre los nuestros, con lo que el temor se apoderó de la tripulación del *Jesús*, que lo abandonó en la mayor confusión, desoyendo órdenes del Capitán. En fin, sólo la *Mignon* con una barca de 50 toneladas, y la *Judit*, se libraron, y todavía esta última [1] nos abandonó durante la obscuridad. Vímonos solos con el buque tan mal parado que apenas se sostenía sobre el agua, con pocas provisiones y muchas bocas, y, lo que es peor, con división de opiniones; pues mientras unos querían rendirse á los españoles, preferían otros caer en manos de los salvajes.....»

Omito la narración de las atrocidades que dice cometieron los habitantes de Pánuco con 114 de estos pacíficos y honrados comerciantes, obligados á desembarcar después de haber consumido todo lo comestible; á fe á fe que él omitió las desazones que le causaba su compañero Drake alzándose con el oro embarcado en la *Judit*, el descontento de los asociados por la pérdida del capital de la expedición y el rencor de la Reina porque se hubiera dejado derrotar y la obligara á atender reclamaciones diplomáticas disculpándose.

La lección sirvió por entonces para importunar al Embajador de España interesándose por la libertad de los prisioneros hechos en Veracruz, y responder al disgusto de su soberana ofreciendo otra vez servicios á D. Felipe, él que

[1] La que mandaba Drake.

blasonaba de honrado, con tan buen propósito de cumplir los compromisos como ella lo tenía de hacer efectivas las pragmáticas que dictó condenando la piratería, siendo la mejor prueba que al publicarlas se aderezaban en los puertos de Inglaterra hasta 50 naves destinadas á las Indias, sabiéndolo quien lo quería saber [1].

Negreros, contrabandistas y piratas ingleses frecuentaron en lo sucesivo, con los franceses y portugueses, el mar de las Indias Occidentales; se apostaron como ellos en las Azores y Canarias, y, sobre todo, en el cabo de San Vicente, donde hormiguearon con los otros y con las galeotas argelinas, concurrentes á la parte. Por resto de pudor, sin duda, daban nombre de operaciones de corso á las suyas, porque no habían de ignorar que sin declaración de guerra no tienen aplicación exacta ni la palabra ni el concepto.

Húbolos de ingenio agudo metidos en el dificilísimo empeño de buscar apariencias de justificación á los actos de rapiña y sangre, por modo curioso. El R. P. Fr. Bartolomé de las Casas, llamado apóstol, aunque más bien mereciera califi-

[1] Hawkins porfió con el Embajador, Conde de Feria, para que el Rey de España le admitiese á su servicio, y envió á la Corte proposiciones directas por medio de su apoderado George Fitzwilliams, firmando al fin capitulación el 11 de Agosto de 1571, por la que se comprometía á servir con objeto expreso de restablecer en Inglaterra la religión católica, destruir la tiranía de Isabel, y favorecer la libertad y derechos de la Reina de Escocia. Publicó los documentos, copiados del Archivo de Simancas, D. Tomás González, archivero del mismo, en los *Apuntamientos para la historia del rey D. Felipe II, por lo tocante á sus relaciones con la reina Isabel de Inglaterra. Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. VII. Madrid, 1832. Hawkins había de presentar 16 naves, cuyos nombres y condiciones se especifican en el documento, de porte, en junto, de 3.270 toneladas, con 420 cañones y 1.585 hombres. El Rey, por su parte, se obligaba á indulto y amnistía de las ofensas hechas en Indias, y al pago de 16.987 ducados mensuales. De los preliminares, pormenores de piraterías, armamento de naves, declaraciones, ofrecimientos y proclamas de la reina Isabel tratan las cartas del Embajador en el tomo XC citado de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. Los historiadores ingleses son parcos en la materia; sin embargo, el Dr. Campbell (*Lives of the British Admirals, containing a new accurate naval history*. London, 1781) reconoce que «el espíritu de piratería se desarrolló de tal modo, que la Reina, por la propia seguridad y el honor de la nación, se vió obligada á restringirlo». Camden agrega que tuvo que enviar embajada extraordinaria á D. Felipe para excusar las piraterías, y publicó pragmáticas contra ellas. Hállanse comprobaciones en la indicada colección ó *Calendar of State papers*.

cación de abogado de los indios, hombre vehemente y utópico, si con celo laudable y el mejor deseo, con mal consejo y extravío de la imaginación, escribió el libro que tituló *Destruición de las Indias*, pintura horrorosa del proceder de los españoles como conquistadores, que muy pronto, vertida á todas las lenguas de Europa, corrió de mano en mano en número prodigioso de ejemplares. No se fijaban los lectores en lo que un comentador moderno [1] sagazmente evidencia, á saber: «que la humanidad del ardentísimo religioso no llegaba al negro ni alcanzaba al blanco». Guardadas en la memoria las escenas que presentaba con exageración casi siempre, con falsedad muchas, sin pensarlo acaso, de las deducciones recargadas intencionalmente por los traductores, se hacían armas contra una nación preponderante y envidiada por ende. *La crueldad, la ignorancia, la sed de oro de los españoles*, proclamadas por el buen Padre de almas, vinieron á ser frases de proverbio tan extendidas y arraigadas, que al través de los siglos tienen todavía adeptos entre el vulgo crédulo [2]. Aquellas atrocidades referidas debían de sublevar los ánimos generosos, la sensibilidad y ternura de los hombres del siglo XVI, en que eran excepción los castellanos.

Nada de ironía; por raro que al presente parezca, algunos de los piratas sin bandera la cortaron por los patrones del P. Las Casas, declarando ser lícito y meritorio destruir y despojar á los tiranos del Nuevo Mundo, al cual iban como auxiliares ó aliados de los indios; por seguir la causa del débil contra el fuerte, á vengar á los pobres caribes, á los sacerdotes de los ensangrentados dioses mejicanos, en buen hora, con nobilísimo arranque, de todos modos, arrastrados por amor del prójimo contra la perversa sed de oro estigmatizada.

Si los castellanos resistían la merecida corrección, ¿qué remedio? La represalia en nombre de la humanidad atribulada.

[1] Don Marcos Jiménez de la Espada. *Apologética historia de las antiguas gentes del Perú. Colección de libros españoles raros y curiosos*, t. XXI. Madrid, 1892.

[2] Así Mr. Auguste Moireau, en la reciente *Histoire de États. Unis de l'Amérique du Nord*, enseña que los conquistadores españoles eran *verdaderos bandidos*.

¡Desgraciado el que cayera en manos de los corsarios vengadores! Ser arrojado vivo al mar sería lo menos doloroso de su fin. Desgraciados, sobre todo, los que vestían hábito religioso. Era conveniente que los españoles aprendieran lo que es crueldad [1].

Entró desde entonces lo que llamaban corso en la tercera de sus fases. Sabido que á España condujo la flota en 1562, cinco millones de pesos de oro [2], y que progresivamente había crecido la suma, llegando á las arcas de Felipe II por la entidad y fuerza de las escuadras de custodia, se ideó el armamento de escuadras superiores, echándolas á la mar el concurso de capitalistas ó de compañías favorecidas y estimuladas por los soberanos: escuadras de corsarios sin bandera, con generales, almirantes y capitanes, conformes en cobrar sueldo de la parte de presa que hicieran, en el concepto expresado por Alonso de Chaves, cosmógrafo del Emperador, repetido á su tiempo por D. Dionisio de Alcedo, de que España, en el descubrimiento, conquista y posesión de las Indias, como en el uso y comercio de los tesoros de ellas, era depositaria de la Providencia para recogerlos y tesorera de todas las naciones para repartirlos.

[1] Dando cuenta del viaje primero de Hawkins, escribía el Embajador de Londres: «Trae preso á un caballero de Álava, que se llama D. Juan de Mendoza, que en una de las islas de Indias en que estaba, por tener amistad con los ingleses, les hizo dar agua y vitualla, y entró en su navío. Se hicieron á la vela con él, y así, en pago de su simplicidad, le guardan prisionero. Trátanlos muy mal, á muchos tienen en cadenas..... D. Lope de Ugarte ha muerto de mal tratamiento.» *Colección de documentos inèditos para la Historia de España*, t. XC, págs. 218 á 232. De corsarios franceses, dice otra carta: «Traen unos tornillos como de llave para dar tormento: meten los pulgares hasta hacerlos pedazos.» *Dirección de Hidrografía. Colección de Sans de Barutell, Simancas*, art. 6.°, núm. 76. Pero éstas son pequeñeces de principiantes; los corsarios avezados echaban vivos al agua á los prisioneros. La misma *Colección*, art. 6, núm. 43.

[2] Memorial de servicios del general Bartolomé Carreño. *Colección Navarrete*, tomo XXI.

XIV.

ISLAS FILIPINAS [1].

1564-1572.

Expedición de descubierta.—Proyecto de Urdaneta.—Instrucciones.—Salida de la Armada al mando de Legazpi.—Grupos de islas nuevas.—Asiento en la de Cebú.—Fundación.—Regreso de la Capitana.—Triunfo de Urdaneta.—El patache *San Lucas*.—Navegación audaz.—Consíguese el descubrimiento.—Otra expedición.—Crimen castigado.—Abandono de gente en las islas despobladas.—Hostilidad de los portugueses y de los moros.—Combates.—Se regulariza la comunicación con Acapulco.

Más de veinte años habían transcurrido después de la expedición desgraciada que hizo Ruy Lope de Villalobos desde la costa de Nueva España á las islas de Poniente, sin que nave alguna surcara en aquella dirección el mar llamado del Sur ó Pacífico, porque, trayendo á la memoria desastres de las que guiaron Magallanes, Loaysa, Alvaro de Saavedra y Bernardo de la Torre, tenían los mareantes á la postrera por prueba definitiva de la dificultad, cuando no imposibilidad absoluta, de retroceder por aquel camino larguísimo, habiendo de luchar sin intermisión con atemporalados vientos contrarios.

Don Luis de Velasco, al encargarse del virreinato de Méjico, trató de desarraigar esta opinión contraria al desarrollo del comercio, reuniendo una Junta de peritos que discutiera

[1] *Colección de documentos de Indias*, segunda serie, tomos II y III.—Bartolomé Leonardo de Argensola, *Conquista de las Molucas*.—Antonio de Morga, *Sucesos de las islas Filipinas*.—Fr. Gaspar de San Agustín, *Conquista de las islas Filipinas*.

BIBLIOTECA

el punto y le informara, é hiciéronlo personas de mucha autoridad, entre ellas el General de las flotas de Indias Pero Menéndez de Avilés, el capitán Juan Pablo Carrión y algunos otros pilotos ancianos que, como éste, habían visitado á las Molucas.

Entre los pareceres había uno que se distinguía de los demás por la convicción, por la seguridad con que afirmaba ser, no sólo posible, sino fácil, la navegación por el Océano Pacífico de Occidente á Oriente, razonándolo con teorías novísimas, pero tan claras, tan lógicas, tan demostrativas por sí solas de un profundo estudio de los movimientos atmosféricos, que no dudó el Virrey en acogerle y en proponer al soberano D. Felipe que una vez más se aparejaran navíos por cuenta de la Hacienda Real, y se les encomendara la investigación práctica según el plan y derrotero trazado.

Era autor del dictamen y proyecto de verificación Andrés de Urdaneta, guipuzcoano, que sirvió en los ejércitos del emperador Carlos V en Alemania y en Italia, alcanzando el empleo de capitán. Había estudiado con aprovechamiento filosofía, matemáticas y astrología, aficionándose á la mar. Acompañó al comendador Loaysa en la jornada por el estrecho de Magallanes en 1525; prestó excelentes servicios en las Molucas hasta caer prisionero de los portugueses, que le despojaron de los papeles y cartas, frutos de sus observaciones; estuvo designado para regir la armada dispuesta por Pedro de Alvarado para los descubrimientos en Poniente, pero no aceptó el cargo ni la honra que con él se le dispensaba, deseando retirarse del mundo, como lo hizo, vistiendo el hábito de San Agustín en el convento de Méjico, el año 1553. Que no olvidó en el claustro los estudios de oceanografía, antes bien que con ellos había profundizado la marcha de las corrientes aéreas, prueba al discurso que tanto despertó la atención de D. Luis de Velasco [1].

[1] Cuéntase que, habiendo hecho objeciones á su derrotero recordando el fracaso de cuantas naves intentaron volver á Nueva España desde el Maluco, mantuvo sus opiniones afirmando creer por ellas tan segura la navegación, que era capaz de hacerla, no ya con un bajel, *en una carreta*.

En la corte, mejor dicho, en el Consejo de Indias, pareció no menos bien, determinándose por consecuencia el apresto de embarcaciones en alguno de los puertos de Nueva España, en la inteligencia de que no habían de entretenerse en hacer contrataciones ni rescates, «porque lo principal que en esta jornada se pretendía era saber la vuelta de las islas de Poniente, pues la ida sabido era que se hacía en breve tiempo» [1]. Habían de elegirse, por tanto, para las pruebas personas de competencia, empezando por Andrés de Urdaneta, principal motor, sin que fuera óbice su profesión de religioso, perfectamente compatible con el cargo científico de cosmógrafo de la expedición, y se tendría asimismo presentes á Juan Pablo Carrión y á cualquiera otro de los prácticos que vivieran, oyéndoles al menos antes de ultimar el plan.

Tratábase, pues, según el mandato soberano, de un viaje en interés general de la navegación, siendo todo lo demás secundario, por lo que Urdaneta acató con reconocimiento la designación real, aunque pudiera excusarla con sesenta y dos años cumplidos de vida trabajosa, procediendo desde luego á la redacción de dos Memorias: una de aplicación inmediata, trazando la derrota que, á su juicio, había de hacer la armada, dirigiéndose á las islas de los Ladrones, que importaba reconocer; de allí á Nueva Guinea, y, una vez explorada, remontar hacia el Norte, hacer rumbo á las tierras vistas por Juan Rodríguez Cabrillo en la alta California, y ver si por allí existía algún paso hacia el Atlántico, como se sospechaba. El segundo parecer, de conveniencia para el caso de salir bien con la empresa y generalizar la travesía, aconsejaba la traslación del astillero y arsenal desde el puerto de Navidad, malsano y escaso de materiales, al de Acapulco, donde se encontraba lo más necesario á las construcciones navales, y se podría fundir artillería, forjar anclas y clavazón, obtener los pertrechos que iban de España con gran costo por el trasporte desde Veracruz al otro mar.

Juan Pablo de Carrión, nombrado desde luego Almirante

[1] Real cédula, fecha en Valladolid á 24 de Septiembre de 1559. Archivo de Indias.

de la armada, disentía en la parte referente á Nueva Guinea; parecíale, por lo que había visto, que era tierra de poca sustancia por sí misma y por los negros que la habitaban, y preferible dirigirse á las islas Filipinas, que prometían y estaban á la mano de China y del Maluco.

Ambas opiniones se discutieron presidiendo el Virrey, y volvieron á examinarse por el Consejo de Indias antes de aprobar las bases de instrucción, la primera de las cuales era, en respeto á lo tratado, que en modo alguno llegaran las naves á las islas Molucas ni contravinieran al asiento existente con Portugal. Acordaron las demás el Presidente y Oidores de la Audiencia real de Nueva España, por fallecimiento del Virrey, componiendo reglas meditadas, precisas, minuciosas, en que se fijaban hasta los rumbos que en ida y vuelta habían de seguirse [1]. Los navíos irían dispuestos de modo que, no habiendo de ofender á nadie, pudieran defenderse con ventaja de cualquiera; procurarían adquirir relaciones y noticias de los chinos y *japones;* de comprarles cartas náuticas; de corregir los errores de las nuestras; adelantar los conocimientos geográficos y etnográficos; estudiar el régimen de los vientos y corrientes; escribir derroteros y descripciones; hacer información en que constara si los portugueses habían poblado ó no en las Filipinas.

La armada dicha se componía de cuatro naves: capitana *San Pedro*, de 500 toneladas; almiranta *San Pablo*, de 300; galeoncete *San Juan*, de 80; patache *San Lucas*, de 40. Iría además una fragata de remos á remolque de la primera. Por general, Miguel López de Legazpi, hidalgo de la casa de Lezcano, conterráneo y amigo de Urdaneta, director de la derrota; maese de campo, Mateo del Saz, habiendo renunciado Juan Pablo de Carrión; capitán del *San Juan*, Juan de la Isla; del *San Lucas*, D. Alonso de Arellano, y entre los oficiales reales, tesorero Guido de Labezares [2]. La gente de mar y guerra ascendía á 380 hombres.

[1] Se publicaron en la *Colección de documentos de Indias*, año 1886, segunda serie, t. II, págs. 145 á 200.

[2] Nombre escrito con mucha variedad en los documentos.

Con la solemnidad de costumbre se bendijeron el estandarte y banderas; prestaron pleito homenaje el General y Capitanes en el puerto de Navidad, y estando todo á punto, dieron velas, después de media noche, el 20 de Noviembre de 1564 con tiempo sereno. Abierto en la mar el pliego de órdenes secretas, se halló señalado el camino que llevó Villalobos, con vista ó reconocimiento de las islas de los Reyes, Corales, Matalotes, Arrecifes, Ladrones y Filipinas, indicación que disgustó á Fr. Andrés de Urdaneta, viendo desechada su propuesta de exploración en Nueva Guinea. Dirigió no obstante con lealtad el itinerario que se le ordenaba, buscando los paralelos de 9 y 10 grados de latitud Norte que debían correr.

El primer acaecimiento notable ocurrió el 29 de Noviembre con la desaparición del patache *San Lucas*, sin tormenta ni otra causa de fuerza que la justificase. Era el bajel menor, más ligero y de menos calado de la armada; el destinado á los reconocimientos y descubiertas, que, faltando, tendrían que hacerse con mayor resguardo. A Legazpi causó mucha desazón la ocurrencia, por estimar la separación intencional y urdida por el piloto Lope Martín, sujeto de cuenta.

A 9 de Enero de 1565 avistaron una isla habitada, que nombraron de los *Barbudos;* después otras más pequeñas entre bajos y arrecifes, que hacían como un corral grande, las llamaron de *los Placeres;* luego otras semejantes, con arboleda espesa y arrecifes; pusiéronles nombres de *Pájaros* y *Hermanas*. Supusieron que algunas de estas islas debían de ser las que Villalobos había descrito y anunciado con nombre de *Jardines*, y acordando enmendar el rumbo para seguirlo por 13° de latitud, el día 23 reconocieron la de *Goam* (Guahan), una del grupo de *los Ladrones*, cuyos habitantes justificaron la exactitud del nombre, acercándose con sus embarcaciones de vela latina, y cometiendo hurtos y maldades en las naos. El General tomó posesión de la tierra con las solemnidades de fórmula y se detuvo algunos días, dedicándolos á renovar aguada y adquirir por cambio víveres. Continuó la navegación el 3 de Febrero hasta el 13, en que la

concluyeron, surgiendo en bahía de una isla grande, al reparo de isletas.

Hallábanse en las Felipinas ó Filipinas, habiendo caminado, según su cuenta, 2.060 leguas en 74 días, á razón de algo más de 27 al día, ó sea tres millas y cuatro décimos por hora, deducidos los 10 de parada en Guahan. Creyeron entender de los naturales ser *Zibabao* el nombre de aquella isla grande, y *Tandaya, Abuyo, Cabalian* y *Camiguinin* las inmediatas, en que fueron haciendo escalas, hoy designadas Samar, Leite, Bohol, Negros, Masbate, Camiguin, Panay.

Un parao, embarcación grande de moros de Borneo, que hallaron por aquellas aguas, les proporcionó intérprete y explicación de la actitud hostil con que por todos lados respondían á sus insinuaciones amistosas. Habían estado por las islas los portugueses del Maluco ejerciendo toda especie de violencia, robos, incendios, cautiverios, con título de castellanos, á fin de hacerles odioso el nombre y preparar el recibimiento que ahora á los castellanos hacían los indios.

Costó, pues, mucho á Legazpi tranquilizarlos y conseguir la provisión de mantenimientos por trueque en cada isla, sobre todo en Cebú, cuyo reyezuelo Tupas andaba retraído y cauteloso, armando celadas, provocando escaramuzas, rebatos y ataques serios, en que salieron mal librados. Avínose al fin á tratar de paz, y se sometió á la soberanía de España con ciertas cláusulas escritas, fundamento de la colonización, reinando desde entonces la mejor armonía entre los indígenas y los forasteros.

La primera población, nombrada villa de San Miguel, con recinto fortificado, iglesia, reducto, almacenes y casas de vivienda, se fundó sobre pueblo de indios quemado en los primeros encuentros, donde se encontró una efigie del niño Jesús, de escultura flamenca, un verso de bronce y otro de hierro, indicios de haber estado allí ó por las inmediaciones los compañeros de Magallanes. El General se aseguró ante todo de estar las islas dentro de la demarcación del Rey de España por observaciones astronómicas que separadamente hicieron los pilotos de la armada y los PP. Urdaneta y

Fr. Martín de Rada, natural de Pamplona, cosmógrafo é inventor de un instrumento especial [1]. Construyó fragatas; esto es, embarcaciones pequeñas de vela y remo, para ir ensanchando el reconocimiento y comunicación del Archipiélago, y acometió á las dificultades de la colonización suscitada, en no escasa parte, por el descontento de algunos revoltosos entre su gente.

Con estos principios, se carenó cuidadosamente la nave capitana *San Pedro*, disponiéndola para el viaje de vuelta, el importante, el que constituía el objetivo de la expedición, confiando el mando á Felipe de Salcedo, nieto de Legazpi, poniendo á sus órdenes á los pilotos Esteban Rodríguez y Rodrigo de la Isla Espinosa, y embarcándose Fr. Andrés de Urdaneta, que había de comprobar la bondad de la derrota teórica propuesta cinco años antes, por mandato expreso de la instrucción [2]. Sin ello traían él y sus compañeros, como

[1] Carta de Legazpi al Rey, fecha en Cebú á 28 de Mayo de 1565.—*Parecer del P. Fr. Andrés de Urdaneta sobre la demarcación del Maluco é islas Filipinas.* Publicado en la *Revista Agustiniana*, año 1881, vol. I, núm. III, pág. 185.—Juan Martínez, soldado, que escribió relación curiosa, decía: «Somos sabidores (del día y de la hora) como hombres que tenemos acá la flor y fenis de nuestra España en las matemáticas artes, que es un Fray Martín de herrada (Rada), el cual ha verificado munchas cosas que á los españoles eran ocultas, como andando el tiempo se sabrá, el cual satisfará á todas las dudas que se les pueden á los Reyes ofrecer en lo tocante á la demarcación de Portugal y de Castilla, porque es, cierto, más docto que yo lo podría encarecer, y ansi para verificación desto y de otras muchas cosas ha hecho muchos instrumentos y diversos con que dará á entender aunque sea á los rústicos. También el eclipse lunar que en Sevilla aconteció, según Chaves, por Octubre de 66 le vimos aquí.....» Paréceme oportuno agregar, á título curioso, que el día fijado por Urdaneta con los pilotos de la expedición atrasaba la cuenta en relación con la de los europeos por haber navegado siguiendo la marcha aparente del sol, razón por la que halló Juan Sebastián del Cano que había vivido veinticuatro horas ménos que sus paisanos al dar vuelta al globo terrestre. Siguió en el Archipiélago esa cuenta de Legazpi hasta el año de 1844, en que la autoridad superior ordenó la corrección en estos términos: «.....Vengo en disponer, con acuerdo del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo, que por este año solamente se suprima el martes 31 de Diciembre como si realmente hubiese pasado, y que al siguiente día al lunes 30 del mismo se cuente miércoles 1.º de Enero de 1845..... Narciso Clavería.»

[2] Decía ésta: «Y porque, como sabéis, el P. Fr. Andrés de Urdaneta va en esa jornada por mandado de S. M., proveeréis que agora sea volviéndoos vos á esta Nueva España con algún navío ó navíos, dejando allá algún capitán con gente, ó imbiando á otra persona acá, quedándoos vos en la tierra, que el dicho Fr. Andrés de

fruto maduro, derroteros de la ida, descripción de las islas vistas, curiosas relaciones de usos y costumbres de los habitantes, vocabularios de sus lenguas y apuntes de la fauna y de la flora.

Comenzaron la navegación el 1.° de Junio, saliendo entre las islas de Cebú y Matán, y otras que nombraron *Ascensión*, *Felipina*, *Los Volcanes*, hacia el Norte, desembocaron barloventeando con proa al ENE. El día 21 vieron un farallón alto en 20° de latitud, y el 1.° de Julio, en los 24°, empezaron á soplar los vientos variables, consintiendo hacer rumbos del NE. al NNE. Remontaron avanzando al Este entre los paralelos de 37° á 39°: vieron el 18 de Septiembre una isla pequeña, que llamaron *La Deseada*, en 33°; continuaron bajando de latitud, y el día 22 descubrieron la costa de California por los 28°, reconociendo á poco la punta de Santa Catalina. De aquí la barajaron hasta el puerto de Acapulco, donde apearon las anclas el 8 de Octubre, á las 129 singladuras, habiendo caminado, desde Cebú hasta el punto en que vieron tierra de Nueva España, según su cuenta, 1.650 leguas.

Dos diarios y derroteros distintos se escribieron: uno por el piloto mayor Esteban Rodríguez, interrumpido el 27 de Septiembre, día en que falleció en la mar; otro por Rodrigo de la Isla Espinosa, completo, minucioso, con descripción de las tierras, demoras, rumbos, vientos, observación de las variaciones de la aguja y de la latitud por alturas del sol y de la estrella polar [1]. Murieron durante el viaje 15 hombres á más del piloto mayor, y padecieron mucho de enfermedad

Urdaneta vuelva en uno de los navíos que despacháredes para el descubrimiento de la vuelta, porque después de Dios se tiene confianza que, por las experiencias y plática que tiene de los tiempos de aquellas partes y otras calidades que hay en él, será causa principal para que se acierte con la navegación de la vuelta para Nueva España, por lo cual conviene que en cualquiera de los navíos que para acá imbiáredes venga el dicho Fr. Andrés de Urdaneta, y será en el navío y con el capitán que él os señalare y pidiere, y en ello no haya otra cosa, porque dello se entiende que nuestro Señor Dios y Su Magestad serán servidos, y vos muy presto socorrido con gente y todo lo demás necesario.»

[1] Publicado en el tomo dicho de la *Colección de documentos de Indias*, páginas 427 á 460.

casi todos; pero hubo compensación de las pérdidas y las penalidades logrado el objeto de la expedición, beneficiosa como pocas; resuelto el problema de la travesía del mar Pacífico; abierta su navegación con gloria de Urdaneta, comparable en cierto modo á la de Cristóbal Colón, ya que á juicio de peritos náuticos, no ofuscados por los oropeles ni por las galas retóricas, no tanto se funda la del ilustre genovés en haber ido á las islas Antillas, como en haber vuelto desde sus aguas.

El agustino mareante, honrado en la corte por el rey don Felipe después que de viva voz hizo relación de la jornada, pedía por recompensa volver á Filipinas para catequizar á los naturales, aspiración piadosa á que razonadamente se opusieron los Superiores de su Orden, teniendo en cuenta la avanzada edad y el mal estado de su salud. Debía todavía prestar servicios en España presentando y sosteniendo con testimonio las requisitorias del general Legazpi contra Alonso de Arellano, autor de la superchería con que trataba de burlar á los Señores del Consejo.

Referido se ha la manera con que el patache *San Lucas* se separó de la armada el 29 de Noviembre de 1564, sin otra razón ni causa que la mala voluntad del Capitán, sugerida—según llegó á saberse—por el piloto Lope Martín, mulato, natural de Ayamonte, hombre ambicioso y travieso. Como habían recibido instrucción para el camino de ida y vuelta, y órdenes precisas en previsión del caso de apartarse los bajeles, navegaron hacia el Oeste, descubriendo el 6 de Enero de 1565 un grupo de islas, en que contaron 36, rodeadas de arrecifes, con mucha arboleda, situadas en poco más de 10° de latitud. Vieron en los días siguientes otros grupos, de que salían al encuentro del patache embarcaciones muy ligeras y, lo mismo que en las anteriores, cocales, casas pajizas, hombres pintados y codiciosos de cuanto estaba á su alcance. Pusieron nombres caprichosos á estos grupos, que, al parecer, debían de ser los de Marshall, Carolinas y Palaos, y continuaron hasta la costa de Mindanao, fondeando en un puerto bien recibidos de los indios, en es-

pera de la armada. Costeando después hacia el Norte dieron vuelta á la extremidad para ir en demanda de Cebú, punto de reunión señalado y, según su relación, pasaron con buen tiempo, entrando por el canal «donde mataron á Magallanes», y encallaron, al salir con gran trabajo del bajío. Fatigados de andar de isla en isla con riesgo, sin topar con las otras naves, determinaron capitán y piloto dar vuelta á Nueva España, aunque algunos marineros lo contradecían, y lo pusieron por obra el 22 de Abril, empezando á remontar, después de haberse cerciorado de tener á bordo ocho pipas de agua, 20 quintales de mazamorra, ó sea galleta desmenuzada, habas y garbanzos.

Asombra la resolución de aquellos hombres que, con un barquichuelo de cuarenta toneladas, con tan exigua provisión, sin velas de respeto, de toda especie de pertrechos escasos, por ir el almacén en las naves grandes, con pocos y descontentos tripulantes, se lanzaron impávidos á uno de los viajes más atrevidos que registra la historia de la navegación.

La causa era mala: desertores é inobedientes, incurrieron en delito grave y en censura que nada excusa; pero el ánimo ha de reconocerse audaz, extraordinario, digno de empleo en legítima empresa.

Desembocando por el mar de China subieron á los 43° de latitud, manteniéndose de ordinario por los 40°, con vientos fuertes, cerrazón, frío y malestar que produjo enfermedad fácil de reconocer por el relato. «Aunque hubieran qué comer—dice,—no podían, porque á todos se les andaban los dientes, y les creció mucha carne en la boca, tanto que les tapaba las encías, y en tocando en cualquier cosa, se les caían los dientes.» Era, pues, el escorbuto, dolencia de los navegantes, lo que les afligía.

Recalaron sobre la costa de California, con rara exactitud, el 17 de Julio, y bajaron corriéndola hasta el 9 de Agosto, día 109 de los de mar y término de la travesía, en el puerto de Navidad, de donde salieron.

No hay que decir si era exacta la relación jurada que Arellano y Martín prestaron ante la Audiencia de Méjico:

fantasearon á su gusto los acontecimientos, escribiendo cartas al Consejo de Indias en que daban por perdida á la armada de Legazpi, adjudicándose el mérito de haber descubierto el viaje de la China, por lo que solicitaban mercedes, viniendo personalmente á pedirlas á la corte [1]. Llegado Urdaneta cuando menos pensaban, cayó por tierra el castillo de la falsedad, agravada con las declaraciones de algunos marineros del patache, cuando se vieron libres de la presión del que había sido su capitán. Todo se aclaró suficientemente en las informaciones [2]. Presos, por consecuencia, los falsarios,

[1] Arellano se había procurado mañosamente carta que presentó en el Consejo de Indias, del tenor siguiente:

«S. C. R. M.—La gracia de N. S. sea siempre en el ánimo de V. M. Como la Sabiduría divina, según dice Salomón, disponga todas las cosas con suavidad, y rija y gobierne los corazones de los reyes y grandes señores, ha sido servido que en el tiempo que V. M. reina en la tierra se haya descubierto una cosa tan deseada como es el descubrimiento de las islas de la Especería y China por esta parte del Poniente de la Nueva España; lo cual tenemos entendido haber caído en la dichosa suerte y felicísima xpiandad de V. M. para honra y gloria de Dios N. S., dilatación de la fe católica y aumento de vra. corona real, lo cual fué nuestro Dios servido de encaminar, mediante la buena industria y diligencia deste caballero que la presente lleva, siervo y vasallo de V. M., qué se dice D. Alonso de Arellano, el cual fué en el armada que V. M. mandó despachar el año pasado, por Capitán de un patax, y por el tiempo que tuvo contrario, sin culpa suya, según somos informados, fué compelido á se apartar de la armada, ó N. S. que lo quiso encaminar, que fué á aportar á ciertas islas, donde le recibieron muy bien, halló tierra muy poblada de indios infieles y muy próspera de oro y de especiería, como él dará más larga relación. Tuvo alguna contratación con los naturales, y dejólos pacíficos, y trujo muestras de las cosas de la tierra, y dió en breve la vuelta á esta Nueva España, con grandes trabajos y peligros de muerte que tuvo con los que iban en su compañía. Por lo cual es justo que V. M. le haga mercedes y que vuelva con algún cargo honroso á aquella tierra, pues es razón que se predique en ella el Evangelio, y que aquellas gentes vengan á conocimiento de su verdadero Dios, por lo cual, siendo V. M. servido, proveeremos de esta provincia de ministros que vayan en la demanda, religiosos de nuestra orden de Santo Domingo, aunque hay mucho en que entender en esta Nueva España, etc. (Pide á continuación más religiosos para sustituir á los que vayan á las nuevas tierras, y que se les dé un navío y vaya gente honrada y cristiana con sus mujeres á poblarla, etc.) De esta casa de V. M. y convento de Santo Domingo de Méjico, á 26 de Noviembre de 1565.—Siervos y capellanes de V. M.—Fr. P.º de Feria, provincial.—Fr. Domingo de la Anunciación, prior.—Fr. Andrés de Moguer, presentado.—Fr. Vicente de las Casas.—Fr. Diego Osorio, presentado.»

Original en el Archivo de Indias, copiada por D. Marcos Jiménez de la Espada.

[2] De los documentos enviados al Consejo extractó el mismo Sr. Jiménez de la Espada, mi buen amigo, otra carta de Fr. D. Rodríguez de Vestavillo, provincial

pasaron á Nueva España con orden de remitirlos á la jurisdicción del general Legazpi, á tiempo en que se le proveyera de recursos con que proseguir la exploración en las islas lejanas.

Al efecto se alistó desde luego en Acapulco el galeón *San Jerónimo*, al mando de Pero Sánchez Pericón, capitán de una compañía organizada expresamente. Arellano encontró medios de eludir el embarco, pretextando enfermedad; Lope Martín se manifestó, por lo contrario, dispuesto á emprender el viaje ejerciendo la profesión de piloto, en que era tan experto, y á reclutar marinería, lo que se le consintió, juzgando bastara para tenerlo á raya la recomendación hecha con reserva al Capitán.

Despachado el buque el 1.º de Mayo de 1566 con 130 individuos entre oficiales, marineros y soldados, á los pocos días de mar empezaron á notarse síntomas de indisciplina; faltas ligeras con que ir poniendo á prueba la energía de la cabeza, promovidas y alentadas sucesivamente por el astuto piloto, superior á los demás en inteligencia y travesura. Así que hubo tanteado el terreno, se espontaneó con el sargento mayor Ortiz de Mosquera, en el concepto de no ser tan loco que fuese á ponerse en manos del general Legazpi después

de la Orden de San Agustín de Méjico, fecha á 28 de Noviembre de 1565, diciendo había pasado aviso de la vuelta de dos religiosos de su hábito, que fueron al descubrimiento de las islas de Poniente, y el P. Urdaneta, prior de allí, «que es el que ha descubierto la vuelta de aquellas islas á Nueva España». Que del Consejo de Indias se le pidió diese licencia para que fuera Urdaneta á Madrid á informar de todo; que iba en la flota por él Fr. Andrés de Aguirre, compañero de todo el viaje.

Otra de Fr. Francisco de Tezcoco, de 6 de Enero de 1566, diciendo que ya S. M. estará certificado cómo se ha descubierto la nueva navegación de China y otras muchas islas á ella comarcanas, y lo que es más, «la vuelta della para esta tierra, la cual hasta agora, no solamente se tenía por dificultosa, pero aun cuasi por imposible».

Todavía es de citar una carta de Pero Menéndez de Avilés, que, como informante que fué en el despacho de la expedición, se congratulaba por el éxito de Urdaneta. El presbítero Fernán González de Eslava, autor de los *Coloquios espirituales y sacramentales y canciones divinas*, colección impresa en México en 1610, en honra también de Urdaneta, dedicó el coloquio segundo á *La jornada que hizo á la China el general Miguel López de Legazpi, cuando se volvió la primera vez de allá á esta Nueva España.*

de lo ocurrido; era su ánimo alzarse con el galeón, para lo cual contaba con una buena parte de la marinería; y si él se granjeaba á unos cuantos soldados y quería asociarse á la empresa en calidad de capitán y jefe, le ofrecía conducir la nave á los mares de China, hacer en poco tiempo, corseando, fortuna con la que nunca pudiera soñar, y volviendo á Europa por el estrecho de Magallanes, vivir en la opulencia.

Aquella perspectiva, desarrollada con cita de tantos corsarios como andaban por las Indias enriqueciéndose, tentó la codicia del Sargento, venciendo los escrúpulos de la conciencia, en que las voces del honor y el deber lucharon al principio. Hízose instrumento de la conspiración, ganando á su vez á los soldados bullangueros, y acabó ¡desdichado! sorprendiendo en la cama al capitán Pericón y á su hijo, Alférez de la compañía, y asesinándolos. Llamando seguidamente á la cubierta á los cómplices armados, con aparato de voces y golpes se hizo elegir y proclamar Capitán, atemorizando, á los que no le ponían buena cara, con amenazas y duro tratamiento.

Poco duró su tiranía; una vez roto el lazo de la disciplina; manchados con el crimen los cabos, acabó de desatar las pasiones la diabólica intención del piloto con trama encaminada á deshacerse del factor inútil á sus miras. Ortiz de Mosquera, simple más que malo, fué ahorcado por sus mismos camaradas á los postres de un festín con que el mulato Lope obsequiaba á los favoritos de la fortuna, ó sea á los que, dóciles, seguían su mandato. Desde aquel día, 22 de Junio, se impuso por la fuerza, como único jefe, poniendo pena de la vida al que se permitiera hablar siquiera de lo pasado ó de lo por venir. Mas no desconociendo que en el galeón quedaba gente inclinada al orden y á la justicia, con peligro constante de su vida en el caso de contarse y formar bando, lo que con todo cuidado vigilaba, pensó hacer selección y abandonar en cualquiera de las islas que habían de ver á los tibios y dudosos, dejando á bordo á los que por mancomunidad en los desafueros no tenían otra vía expedita.

Una de los grupos y cadena de las Carolinas, que empezaron á pasar el 29 de Junio, deshabitada mas con buen fondeadero, le pareció aparente al plan iniciado, con manifestación de proponerse invernar y dar carena al galeón, á cuyo efecto mandó desembarcar los hombres y ropas, las cartas é instrumentos de navegación y algunas de las velas, dejando á bordo, encerradas, las armas, con excepción de las de sus hechuras, y una guardia de pocos marineros con el Contramaestre.

Tranquilo con tal lujo de precauciones, estaba bien ajeno de sufrir la suerte á que tenía condenados á los buenos. El dicho contramaestre, Rodrigo del Angle, viéndose amo del galeón y del batel, trabajado por las exhortaciones del capellán Juan de Vivero, con algunos más, alejó la nave de la playa, ofreciendo á voces pasaje á cuantos quisieron ponerse bajo el amparo de la ley, y con grandes precauciones, haciendo salir á nado de la isla á los que escucharon el llamamiento, los fué recogiendo y embarcando, haciéndose á la mar, ganoso de la partida en que se había jugado la existencia.

Veintisiete, con el piloto Lope Martín, la perdieron. Jamás se ha sabido de ellos. Es probable que, viéndose abandonados, intentaran alcanzar alguna de las islas próximas habitadas, valiéndose de una embarcación de indios carolinos que habían encontrado en la playa; posible es también que aquellos indios, pescadores y navegantes audaces, que andan de isla en isla, los auxiliaran; de cualquier modo, dejaron de formar parte de la sociedad española, que nada perdía con la segregación de miembros cancerados.

Se contaban 21 días de Julio al marchar el *San Jerónimo* con rumbo á las islas de los Ladrones, dirigido al poco más ó menos, por no ser sobresalientes los conocimientos de Rodrigo del Angle en pilotaje. La semilla de la insubordinación producía, además, á bordo frutos que agregar á los de la escasez de alimentos y á los de la falta de autoridad reconocida. Andando á tientas de isla en isla, con temporales y contrastes peligrosos, reyertas entre sí, excesos en los pue-

blos de naturales, dieron por casualidad con un batel de españoles que los llevó á Cebú al cabo de cinco meses y medio de la salida de Acapulco, en hora oportuna, estando el galeón de todo punto acabado é inútil para sostenerse sobre el agua.

Mandó hacer el General información de ocurrencias en el viaje, y justicia del escribano Juan de Zaldívar, actor de los principales en la tragedia horrenda representada: con los demás excusó la severidad, á reserva de hacerla sentir siendo necesaria.

Bien fueron menester la energía, la prudencia, las dotes relevantes de Legazpi, ante el cúmulo de embarazos opuesto á su gestión por encima de la hostilidad de los naturales. En primer término se los pusieron los portugueses, enviándole desde las Molucas requerimientos de comparecencia con fieros y amenazas, seguidos de la aparición del capitán mayor, Gonzalo Pereira, con tres galeones, tres galeotas, cuatro fustas y 20 caracoas; armada considerable, reforzada con 600 europeos y multitud de indios de guerra. Con una de las embarcaciones pequeñas avisó anticipadamente el arribo á Cebú, donde le recibió con muestras de cortesía y agasajo el ocupante. Empezó la conferencia Pereira afirmando ser las islas de propiedad y soberanía de su Rey, y deber suyo trasladar á los expedicionarios españoles á Goa, poniéndolos á disposición del Gobernador general de la India, á fin de que éste los encaminara á Europa, lo que haría en los mejores términos; y como hallara en Legazpi la actitud que es de suponer, pretendió altanero imponerse. Conocía la estrechez de provisiones en que los españoles se hallaban, y creía no habían de hacerle seria oposición teniendo dispuestas sus embarcaciones de manera que impidieran la entrada en el puerto de víveres de fuera. Á este primer acto de hostilidad, agravado con apresamiento de una fragata cargada de arroz, que traían soldados españoles, siguió la de acercar al pueblo los galeones por la parte opuesta al fuerte; pero allí se había formado rápidamente con cestones una batería que rompió el fuego, obligándoles á retirarse hacia la mar. La batería se

cambió á una punta, desde donde continuó haciéndoles daño, hasta que, pidiendo parlamento, se reanudaron las conferencias, expresando el Capitán portugués, como si nada hubiera pasado, su disposición á dejar á los respectivos soberanos solventar la cuestión de derecho siempre que Legazpi se allanara á levantar en Cebú un padrón con las armas de Portugal y á poner á sus órdenes, en señal de paz y buena armonía, cien soldados españoles, que embarcarían para hacer guerra á los infieles. Nuestro General supo responder á tan absurdas pretensiones de forma que Pereira se resolvió á marchar cual había ido, cambiando á la despedida saludos y obsequiosidades.

Aprovechó el conquistador, por lección, el peligro en que había estado para elegir lugar fuerte que ayudara á su talento á resistir insidias ó ataques sucesivos, y lo halló á propósito en la isla de Panay, donde hizo buena fortaleza sin abandonar la de Cebú, relegada al objeto secundario de tener en respeto á los súbditos de Tupas y á los vecinos de Matán.

Surgieron luego dificultades por parte de los mahometanos, que, habituados á un dominio lentamente adquirido en el archipiélago, no de buen talante veían la instalación de rivales cuyo ascendiente crecía asombrosamente á beneficio de la doctrina enseñada á los indios y de la rectitud con que eran considerados. Tenían los tales moros puestos fortificados con artillería en Luzón, en Mindoro y en Joló, principalmente. De aquí partió la señal de una guerra prolongada por años y siglos, duradera aún en nuestros días, no por disputa del suelo, extenso más de lo que unos y otros necesitaran; no por disputa del mar, allá poco surcado; por el estímulo que á los moros verdaderos africanos ponía frente á frente de los españoles: por la esclavitud, en Oceanía, objeto lucrativo, como en las otras partes del mundo.

Los de Joló iniciaron las hostilidades, llegando á las inmediaciones de Panay, á fines del año 1569, con 20 de sus embarcaciones colmadas de guerreros. Legazpi había hecho construir excelentes galeotas, con que riñeron sus soldados

el combate naval, dando severa lección á los agresores. La inmediata aplicó á los de Luzón, en Mayo de 1570, una expedición de 120 hombres, suficiente para asaltar á la fortaleza que defendían con 12 cañones.

Llegaron por entonces naves de Nueva España con despachos reales significando á Legazpi la aprobación de sus actos y ordenando la ocupación definitiva de las islas Filipinas, que había de seguir rigiendo con títulos de Capitán general de ellas y de Adelantado de las de los *Ladrones* — hoy Marianas,—primeras de que tomó posesión. Con esto fundó en Luzón la capital, aceptado el nombre de Manila que los naturales tenían puesto [1], acometiendo con brío y desalojando á los moros en toda la isla, como en la de Mindoro. Hubo necesidad de tener con ellos otro encuentro en la mar, donde se estimaban fuertes, llevando los españoles nueve galeotas con 80 soldados, amén de los bogas indios, y el triunfo obtenido fué decisivo, apresadas 10 caracoas con muerte de 300 moros.

Por qué razones transcurrieron cerca de cuatro años sin que en la corte se sancionara la ocupación y asiento hecho por Legazpi en las islas Visayas ó de los Pintados, á que Cebú pertenece, insinúa un historiador oficial, bien informado [2], recogiendo noticia de haberse discutido el asunto en el Consejo de Estado, considerando la situación del archipiélago tan distante de la Península y apartada de las colonias del Nuevo Mundo: la pobreza relativa del suelo, donde se buscaron vanamente las especias codiciadas que se daban en las islas portuguesas; la necesidad de distraer los recursos de Méjico para sostener, sin beneficio, presidios costosos; el cuidado y la complicación que introducirían en el rodaje administrativo.

Como es de suponer, D. Felipe, tan mirado y escrupuloso en ciertas resoluciones, hizo examinar por separado si realmente caían las islas dentro de la demarcación que á España

[1] El 19 de Mayo de 1571, día de Santa Potenciana, según Morga. No todos los historiadores locales conforman en la fecha.

[2] Bartolomé Leonardo de Argensola, *Conquista de las Molucas.*

correspondía, teniendo á la vista las reclamaciones de la corte portuguesa [1]; las demás objeciones acreditadas por la repugnancia de la gente avecindada en Indias á embarcar voluntariamente para dirigirse á las Filipinas como soldados ó como colonos, sólo servirían para decidir al Monarca, por lo que indica su respuesta á la consulta de los Consejeros [2]. «¿Qué dirían los enemigos de España si, por no rendir metales ni riquezas, se privara á esas islas de la luz y de ministros que la prediquen?»

¡Qué fáciles parecen todas las cosas después que se saben! A poco del triunfo de Urdaneta, iban y volvían de Acapulco á las islas Filipinas los tres pataches *San Juan*, *Sancti Spiritus* y *San Lucas*, de porte de 80 á 40 toneladas, conduciéndolos el nieto de Legazpi, Felipe de Salcedo, Juan de la Isla y Juan López de Aguirre, con una regularidad, con una seguridad relativa que habían desterrado las preocupaciones de los marineros, como si toda la vida hubieran trillado el camino. El menor, *San Lucas*, hizo cuatro viajes redondos afortunados, quedando después prestando servicio en el archipiélago; los otros dos verificaron los mismos viajes de 1567 á 1571, confirmando la derrota de regreso con remontar hasta la cabeza del Japón y hacer camino al Este por los paralelos de 37° á 43° de latitud Norte, según las estaciones y las circunstancias. Felipe de Salcedo en expedición distinta, que tenía por objeto la exploración del grupo de *Los Ladrones*, experimentó en 1568 las tormentas giratorias conocidas en el país con el nombre de *vaguíos*, naufragando con su nave en *Guaham*, con la suerte de librar á los tripulantes. Sirviéronse de los materiales del buque perdido para construir otro menor, con que volvieron á Cebú. Menos feliz el capitán Andrés de Ibarra, se perdió entre las islas con una

[1] Por orden del Rey emitieron parecer separadamente y en junta, el cosmógrafo mayor, Alonso de Santa Cruz, Fr. Andrés de Urdaneta, el maestro Pedro de Medina, los cosmógrafos Sancho Gutiérrez, Francisco Falero y Jerónimo de Chaves. Hállanse los documentos en la Dirección de Hidrografía, *Colección Navarrete*, tomo XVII, núm. 25.

[2] Argensola.

fragata, en 1570, ahogándose 23 personas. La embarcación era de las fabricadas en las islas para la escuadrilla que formó López de Legazpi.

Lo que en la fundación del dominio de España en las islas hizo, y se debe á tan ilustre General, no cabe en esta obra; guárdalo la memoria con el alto aprecio que merecían sus prendas. Guarda asimismo la del sabio modesto, afable y desinteresado que acabó la vida en su convento de Méjico [1].

[1] Fray Andrés de Urdaneta falleció el 3 de Junio de 1568, á los setenta años de edad. Pasados tres siglos suena la hora del ensalzamiento justo: en Julio de 1894 se celebró en Villafranca, su patria, una fiesta cívico-religiosa, descubriéndose el retrato que se ha colocado en el salón de actos del Ayuntamiento.

Legazpi murió repentinamente en Manila el 20 de Agosto de 1572, según los más de los historiadores del Archipiélago. La ciudad capital de Filipinas erige en estos días artístico monumento, obra del escultor Sr. Querol, en que las estatuas de Legazpi y de Urdaneta aparecen agrupadas. Otro se proyecta en Zumárraga, para el que se ha abierto concurso.

Monumento erigido en Manila á la memoria de Miguel López de Legazpi y de Fr. Andrés de Urdaneta.

XV.

ISLAS DE SALOMÓN.

1565-1574.

Tradiciones indianas de la existencia de islas al Oeste del Perú.—Hallazgo de las nombradas Galápagos.—Solicitudes de licencia para descubrir.—Concesión á Mendaña.—Preparativos.—Salida del Callao.—Descubrimiento.—Divergencia de opiniones al tratar del regreso.—Verificanlo por el Norte.—Viaje penoso.—Ayuno y enfermedades.—Llegan á Nueva España.—¿Vieron los españoles el mundo austral?—Indicios afirmativos.—Asiento de Mendaña para poblar en las islas descubiertas.

ONTAR quiero agora», como el insigne cronista del Perú, Cieza de León, solía decir, que así que los españoles avecindados en aquella tierra aprendieron la lengua de los naturales y fueron imponiéndose de sus tradiciones, oyéronles decir por cosa cierta había en la mar austral muy grandes islas pobladas, y abastadas de oro y plata, y bien provistas de arboledas y de mantenimientos, y aun afirmaban que en grandes piraguas ó canoas venían, ó habían venido en otros tiempos á la tierra firme, sus gentes á contrataciones, trayendo gran cantidad de oro. Más decían: que Tupac-Ynga-Yupangui, deseando aumentar la gloria de su nombre, mandó juntar gran número de balsas, que eran las embarcaciones usadas en aquella costa; escogió los pilotos más expertos; se embarcó con los mejores soldados, y habiendo descubierto unas islas, llamadas *Hahuachumbi* y *Ninachumbi*, volvió, pasado más de un año, trayendo mucha riqueza, prisioneros de cara negra y

pieles de animales semejantes á los caballos, entre otras cosas [1].

Aunque por exageradas se tuvieran las consejas, sabiendo á qué atenerse en punto á la navegación en jangadas, siquiera fueran tan sólidas cual la vista por vez primera cerca de Tumbez, cuando el piloto de Pizarro Bartolomé Ruiz de Estrada tanteaba la costa, por aquello de que en toda tradición suele haber fundamento, la existencia de islas más ó menos grandes y más ó menos ricas se admitía, probado que muchas, muchas se habían descubierto en las expediciones despachadas desde Nueva España, y en las que de vuelta intentaron Hernando de Saavedra, Fernando de Alvarado, Bernardo de la Torre, Gaspar Rico é Iñigo Ortiz de Retes, con la particularidad de haber en las que por ello se llamaron de Nueva Guinea, papuas ó crespos como los que el inca Tupac Yupangui sometió, al decir. La tradición quichua, avivada por indicios y aun por islas realmente halladas en la navegación costera, se transmitió, pues, á los españoles, y corría válida entre ellos de manera que, refiriendo pormenores el presidente La Gasca al Consejo de Indias en 2 de Mayo de 1549, decía:

«Y siendo estas relaciones verdaderas, parece que esta mar del Sur está *sembrada* de islas muchas y grandes, pues en tan diversos parajes se hallan estas señales; y podría ser que en las que están abajo de la Equinocial, ó cerca della, hubiese especería, pues están en el mismo clima que las de los Malucos.....» [2].

Islas realmente halladas he dicho, porque con las de los Galápagos dió impensadamente Diego de Rivadeneyra años después de haberlas situado el obispo Fr. Tomás de Berlanga, y hacia la misma época notició el capitán Juan de Illanes que, remontando con un navío desde Chile con

[1] Noticias recogidas por D. Marcos Jiménez de la Espada, publicadas y comentadas en su estudio *Las islas de los Galápagos y otras más á Poniente* (*Boletín de la Sociedad Geográfica* de Madrid, año 1891), que cité en el t. I, cap. XXII, y que me ilustra y guía en éste.

[2] Jiménez de la Espada, obra dicha.

tiempo tempestuoso, fué á parar á una muy grande, por la cual anduvo bojando cincuenta días sin hallar el cabo, y que, habiendo echado un marinero (Juan Montañés) en tierra, anduvo nueve leguas, vió tres pueblos muy grandes é indios barbados de gran estatura, que le hicieron buena acogida. Illanes, lo mismo que Rivadeneyra, pidió la concesión de esta jornada, y habiéndosela concedido el Rey, murió á la vuelta del viaje á España.

Designaba el vulgo á las islas incógnitas, no ya con los nombres de *Hahuachumbi* y *Ninachumbi*, aprendidos de los indios, sino con el de *Salomón*, deduciendo de las leyendas que por allí debió de estar la famosa Ofir bíblica [1], y que no faltaban en el Perú vecinos acomodados que quisieran arrojarse á la empresa del descubrimiento, dice una carta del Gobernador accidental, Presidente de la Audiencia, Lope García de Castro, fecha en la ciudad de los Reyes á 23 de Septiembre de 1565, manifestando al Rey que Pedro de Ahedo, mercader, y Diego Maldonado, el rico, pretendían hacer á su costa la jornada. Casi al mismo tiempo la solicitó Pedro Sarmiento de Gamboa, acreditado marinero y cartógrafo, ofreciéndose á servir á S. M. con su persona, industria, hacienda y amigos, dando la triple oferta que pensar al lugarteniente del Rey [2].

[1] Herrera, *Décadas de Indias*.

[2] Pedro Sarmiento de Gamboa, gran marinero, cosmógrafo, cartógrafo, humanista, historiador, anticuario, merece estudio biográfico más amplio que el primitivo de D. Martín Fernández de Navarrete, publicado en su *Colección de Opúsculos*, tomo I, y en la *Biblioteca Marítima*, t. II. Lo primero que era preciso dilucidar era la naturaleza, descubierta casualmente por D. José Toribio Medina al examinar los procesos del Tribunal de la Inquisición incoados en tierras americanas.

Hallábase en Lima Sarmiento á fines de 1654 gozando reputación de astrólogo, cuando el Arzobispo, como Inquisidor ordinario, le inició causa de fe, poniéndolo á buen recaudo en la cárcel. (J. T. Medina, *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile*, Santiago, 1890, t. I, pág. 310.) Estaba delatado por nigromántico, apareciendo en los testimonios que había hecho ó sabía hacer cierta tinta simpática y anillos de oro con letras y signos cabalísticos, cuyo objeto no era precisamente el descubrimiento de la piedra filosofal, sino el de ser bien quisto de las damas. Halláronle libros y cuadernos manuscritos en pergamino en que se explicaban las propiedades de las piedras, amén del códice especial consagrado á la fábrica de las tumbagas. Al declarar dijo ser nacido en Alcalá de Henares (hacia

Por sí ó por no eliminó á los pretendientes, adjudicando la empresa á su sobrino Alvaro de Mendaña, joven de veintidós años, por sencillo modo, que consistía en sufragar los gastos de las cajas reales, contentar á Sarmiento con los títulos de capitán de la nao Capitana, descubridor y cosmógrafo de la expedición, conservándole el trabajo sin más reservas que la gloria y la utilidad, dado que las hubiera, para su deudo, encumbrado con la categoría de General, y razonar la resolución informando á S. M. que con ella echaba del reino parte de la gente ociosa perjudicial á la paz.

Hiciéronse los preparativos en el puerto del Callao de Lima, armando dos navíos de mediano porte, que parece se llamaban *Los Reyes* y *Todos Santos*, si bien las relaciones los distin-

1532), hijo de Bartolomé Sarmiento, natural de Pontevedra, y de María de Gamboa, natural de Bilbao, y que hacía unos siete años que llegó al Perú «á buscar cómo ser aprovechado».

La venida á este mundo en Alcalá debió de ser eventual, toda vez que pasó la niñez viendo la pintoresca ría de Galicia en la residencia paternal hasta cumplir diez y ocho años, edad en que se inició en el servicio militar para guerrear en Europa de 1550 á 1555, imitando á los deudos que siempre (dice en uno de sus escritos) habían empleado la existencia en el real servicio. «A buscar cómo ser aprovechado» fué primeramente á Méjico y á Guatemala, donde hubo de pasar dos años antes de trasladarse al Perú, que por su declaración sería en 1557.

Debió navegar bastante por el mar del Sur hasta la llegada y posesión en 1561 del virrey Conde de Nieva, al que se hizo grato, y es probable sirviera oficios de su casa hasta ocurrir el misterioso asesinato perpetrado en una de las calles de Lima (20 de Febrero 1564). El proceso de la Inquisición comenzó á poco de llegar el nuevo gobernador Lope García de Castro, y á 8 de Mayo de 1565 recayó sentencia condenándole á oir una misa en la iglesia mayor «en cuerpo y con su candela en forma de penitente»; destierro de todas las Indias de S. M. perpetuamente, para los reinos de España, el cual saliese á cumplir luego que le fuese mandado, y que hasta tanto estuviese recluso en un convento y ayunase los miércoles y viernes de cada semana, y que no tuviese libros ni cuadernos de mano ni de molde que contuviesen las cosas sobredichas, y que abjurase *de levi*.

Pocos días pasados tras la abjuración, conmutó el Arzobispo las penas de destierro y de reclusión, dándole la ciudad por cárcel y licencia para ausentarse al Cuzco por todo el año 1567, y entonces, deseando sin duda quitarse de en medio, escribía: «Como supe de muchas tierras incógnitas hasta mí no descubiertas, en el mar del Sur, por donde muchos habían procurado arrojarse y nunca se habían atrevido, y lastimándome de que tan gruesa cosa como allí hay se perdiese por falta de determinación, di dello noticia al licenciado Castro, gobernador que ha la sazón era deste reino del Perú, ofreciéndome á descubrir muchas islas en el mar del Sur si favorescia para ello.» (Carta al Rey de 4 de Mayo de 1572.)

guen solamente con los dictados de Capitana y Almiranta [1], embarcando con el título de general Alvaro de Mendaña; de maese de campo, Pedro Ortega Valencia, alguacil mayor de Panamá; de alférez general, D. Fernando Enríquez; de piloto mayor, Hernán Gallego; tres pilotos más, cuatro frailes de la Orden de San Francisco, 157 hombres de mar y tierra, muy galanes de trajes bordados y plumas, bastimentos para un año, armas y munición bastantes [2]. Dieron la vela el 19 de Noviembre de 1567, navegando al Oesudoeste hasta ponerse en 15° á 16° de latitud Sur, con vientos largos y mar bonancible; y no habiendo visto tierra en veinte días, determinó Hernán Gallego bajar de latitud á 7°, contra la opinión de Pedro Sarmiento, que sostenía la conveniencia de remontar hasta 23 y seguir por este paralelo.

A las 56 singladuras, el 15 de Enero de 1568, apareció en el horizonte una isla, que nombraron *de Jesús*, poblada de gente de color obscuro, á juzgar por la que salió en canoas al encuentro de las naos. La situaron en la carta por latitud 6 3/4 grados, y distancia á Lima 1.450 leguas. Experimentaron desde aquel paraje turbonadas, aguaceros y contrastes de viento, y gobernaron algo al Sur hasta el 7 de Febrero, en que surgieron en puerto de otra isla alta, grande, poblada de indios antropófagos, que la nombraban *Samba;* los descubridores la denominaron *Santa Isabel*, y á orillas de un riachuelo empezaron á labrar un bergantín grande, mientras por

[1] Don Justo Zaragoza, en la *Historia del descubrimiento de las regiones australes, hecho por el general Pedro Fernández de Quirós*, Madrid, 1876, tres tomos, 4.°, publicó dos relaciones del primer viaje de Mendaña é insertó noticia de algunas impresas ó manuscritas. Dos existen en el Archivo de Indias, notable la una, aunque incompleta, por haberla escrito Pedro Sarmiento de Gamboa, y en la Biblioteca Nacional de París (ms. Esp. 325, fol. 174 á 183) se conserva otra más, escrita por un amigo del piloto Gallego, de la que poseo copia, siendo de notar el título, *Relacion breve de lo sucedido en el viaje que hizo Alvaro de Mendaña en la demanda de la Nueva Guinea, la cual ya estaba descubierta por Iñigo Ortiz de Retes, que fué con Villalobos de la tierra de Nueva España el año de* 1544. La he dado á luz en el *Boletin de la Sociedad Geográfica* de Madrid, t. XXXVII.

[2] «Se sacaron sesenta arrobas de pólvora y los arcabuces y municiones que habia en la caja real, con los tiros gruesos.» Carta de los Oficiales reales.—Jiménez de la Espada, obra dicha.

el interior iban reconociendo destacamentos de soldados, que sostuvieron escaramuzas contra los indios hostiles. El bergantín, bautizado con el nombre de *Santiago*, sirvió á la exploración de la costa, yendo el Maese de Campo y el Piloto mayor á hacerla con treinta hombres durante un mes, tiempo en que vieron otras islas apellidadas *Ramos*, *Galera*, *Buenavista*, *San Dimas*, *Flores*, *Guadalcanal* (por la patria del Maese de Campo), *San Jorge*, *San Marcos*, *San Jerónimo*, *Recifes*. Parecióles que la de San Jorge tenía de bojeo 30 leguas, y la de Guadalcanal más de 300.

Acabó este reconocimiento primero el 4 de Mayo, y no dilataron más la estancia en el puerto que habían llamado *de la Estrella* por ser insalubre: pasaron á otro de la isla de Guadalcanal, repitiendo el examen por tierra y agua, con pérdida de 10 hombres muertos por los indios en emboscada; hallaron río grande, puertos, nuevas islas: *Malayta*, *Urabá* ó *Atreguada*, *Tres Marías*, *Santiago*, *San Juan*.

A 13 de Junio volvieron á la mar con las naos, deseando encontrar un puerto seguro en que carenarlas, y les pareció á propósito el hallado en isla nueva, *San Cristóbal*, que tendría 100 leguas de bojeo. En las faenas de descargar, *dar lado*, ó sea descubrir los fondos por ambas bandas, calafatear y reparar los aparejos, emplearon hasta el 11 de Agosto, en cuyo tiempo anduvo el bergantín en descubierta, reconociendo islas más pequeñas, *Santa Ana* y *Santa Catalina*, con las que, al parecer, se completaba el archipiélago.

Hubo consejo de capitanes y pilotos, convocado por el General, con objeto de deliberar si habían de poblar donde se hallaban, continuar la exploración ó darla por suficiente y regresar al Perú, fuera con rumbos al Norte ó al Sur. Contra el primer punto se manifestaron todos conformes, opinando no tener elementos suficientes para fundar pueblo ni merecerlo lo que de la tierra se había visto. Discutieron en lo relativo á descubrir, sin que por las relaciones discordes, y amañadas quizá, resulte claridad en lo que se pensó ni en lo que se hizo. Dedúcese de las diferencias que Pedro Sarmiento y Pedro Ortega deseaban se continuara navegando,

en la creencia de hallarse próximos á la Nueva Guinea, y que se inclinaran los rumbos hacia el Sur. Que el piloto mayor Hernán Gallego quería dar la vuelta remontando por el Norte, sin que le convencieran las razones en contrario expuestas, dada la estación, la existencia de víveres y la distancia que tendrían que recorrer. ¿Cuál fué el acuerdo? No es difícil afirmar, sin temor de equivocarse, que se siguió el plan de Hernán Gallego por el ascendiente que sobre el General ejercía; y habiendo demostrado la experiencia que erró, bien es de presumir que en las relaciones oficiales se omitieron los pareceres de Sarmiento, por los cuales la expedición hubiera alcanzado la costa de Australia, y más sonado fuera el nombre de Mendaña [1].

Habiendo salido del puerto de la Carena, en la isla de San Cristóbal, el 11 de Agosto, y visto con bastante detención el grupo que conserva el nombre de *Islas de Salomón*, y entre ellas las de Santa Isabel, Malayta, Guadalcanal, con pocos más de los que pusieron, navegaron algunos días al Sueste con mal tiempo y gruesa mar, que arrastraba palmas, palos

[1] Dice la relación de Gallego: «Hubo en la junta diversos pareceres en razón del viaje que se había de hacer para el Perú, si había de ser por la parte Sur: acordóse que fuese por la parte del Norte y que no se perdiese más tiempo, porque no se acabasen los bastimentos ni desaparejasen los navíos, y esto se ejecutó.» (Zaragoza, obra citada, t. I, pág. 17.)

Dice la de Mendaña: «Determinado *por ellos* que fuésemos en demanda de la Nueva España, dije muchas veces que mirasen bien la derrota que tomaban....., que la navegación que hacíamos era al revés, porque nos metíamos al Norte en tiempo de invierno.....; finalmente, con ninguna razón les pude mover á mudar el parecer primero.» (Zaragoza, obra citada, t. II, pág. 39.)

La relación anónima de París: «Se determinó que pasasen adelante en demanda de la Nueva Guinea, que había descubierto Íñigo Ortiz de Retes.»

Relación incompleta de Pedro Sarmiento: «Pedro Sarmiento rogó y requirió al General que fuesen allá y la tomasen y reconociesen (la tierra); no lo quiso hacer él ni el Piloto mayor, y pasaron adelante, descayendo del altura.....» (Jiménez de la Espada, obra dicha.)

Memorial de Pedro de Ortega: «Yendo navegando, las veces que se juntaron los navíos para poderse hablar, dijo y persuadió muchas veces á grandes voces á Fernán Gallego, piloto mayor que iba en la nao Capitana, que no mudase de derrota, sino que subiese hasta los 25° que decía Pedro Sarmiento, cosmógrafo, que estaban las islas y tierra que iban á buscar....., el cual no quiso subir los dichos grados ni hacer más que su parecer.....» (Jiménez de la Espada, obra dicha.)

quemados, atadijos, procedentes de tierras al Oeste; de Nueva Guinea, á juicio del piloto Gallego. La gente insistió en el regreso, haciendo petición al General en debida forma, y éste accedió, empezándose desde el momento á ganar distancia al Norte. Cortaron la equinoccial á primeros de Septiembre; en 8° á 9° avistaron grupo de islas pequeñas con arrecifes, 15 ó 16, en las que buscaron agua, desembarcando en la mayor. Hallaron casas, lumbre, un escoplo hecho de un clavo, con otros objetos que indicaban el paso de españoles y la estancia de indios que habían huído en canoas al ver acercarse las naves. Nombraron los pilotos *Bajos de San Mateo* á los islotes [1], cuya situación conviene con la del grupo de *Namonuito*, en las Carolinas, donde probablemente quedaron el piloto Lope Martín y compañeros, abandonados por el galeón *San Jerónimo* [2].

Más adelante, en 21° de latitud toparon otra isla baja, de arena y matorral, deshabitada y de peligroso acceso por los arrecifes: llamáronla *San Francisco* por el día en el santoral. Continuaban granjeando hacia el Nordeste, sintiendo los cambios naturales á la estación y á las latitudes boreales. Separadas las naves, en la Capitana estuvieron á punto de perecer zozobrados por un ventarrón que durmió al barco, metiendo en el agua la cubierta hasta la escotilla. Lanzaron fuera el batel, cortaron el palo mayor, deshicieron la parte alta de la popa consiguiendo adrizarse y correr con trabajos agravados por el frío, por la escasez de mantenimientos y las enfermedades desarrolladas por consecuencia [3]. No pasaron de

[1] Según la relación de Mendaña; *Bajos de San Bartolomé*, por la de París.

[2] Don Francisco Coello, *Conflicto hispano-alemán. Boletín de la Sociedad Geográfica*, t. XIX, páginas 244 y 294.

[3] «Tasamos las raciones, dice Mendaña, a ocho onzas de biscocho, y estaba tan dañado que aun no nos aprovechabamos enteramente de las seis, y el agua tasamos a medio cuartillo por persona; y con esta racion pasamos tres meses..... Hinchábanse a muchos las encías y crecíales la carne de ellas sobre los dientes; a otros se les quitó la vista....., echábamos cada dia a la mar un hombre.....»

«Faltaba el agua, refiere otro, y la que habia estaba tan podrida y hedionda de las cucarachas que se habian metido dentro, que no habia persona que la pudiera beber, y el bizcocho tan frisado de la suciedad de las cucarachas, y tan carcomido y podrido que no habia quien lo comiese....., y así enfermaron de una en-

32° al Norte: por esta altura avistaron la costa de California, y descendieron al puerto de Santiago ó Salagua, cerca de Colima, el 23 de Enero de 1569. La Almiranta llegó uno ú dos días después, rara casualidad, sin palo, sin batel, lo mismo que la Capitana, teniendo á bordo al fondear una botija de agua. Murieron en la jornada 40 hombres, y en puerto algunos más de los dolientes.

Los sanos confiaron por lo visto [1], á los curiosos, que las

fermedad muy usada en esta mar, que es un crecer las encías de tal manera que se cubren los dientes, y cuando acuden con dolor de riñones, mueren, y cuando no, todavia escapan. Y vino otro mal á muchos, lo cual fue irse quitando la vista.»

[1] Juan de Orozco, oidor de Nueva Galicia, dió cuenta al Rey de la entrada en Santiago de los dos barcos maltratados y sin mástiles, el 8 de Febrero, diciendo eran los que salieron de Lima en demanda de las islas de Salomón y de *Nueva Guinea*. Que habían descubierto muchas islas pobladas en 7 á 12°, al parecer de poca importancia. Hállase la carta en *Colección de documentos de Indias*, t. XI, página 561. Parece que Sarmiento pensaba informar por su parte al Rey, pero Mendaña le prendió, le tomó violentamente las relaciones y las cartas, y las rompió; y después, como sin desalentarse por esto, renovara la tentativa de hacer nueva información en el puerto de Realejo, en Nicaragua «yendo yo á dar dello razón á vuestro Gobernador, 11 leguas de allí (decía al Rey), se hizo á la vela huyendo y me dejó, y me trajo mi hacienda y se vino al Perú, é yo quise ir á dar razón á V. M. á España desde Nicaragua, más dejélo de hacer porque á la sazón vino don Francisco de Toledo por Visorrey, al cual fuí á ver al Perú y á dalle cuenta en vuestro real nombre, de todo lo sucedido en la jornada».

Esto ocurría en Noviembre de 1596. Sarmiento y Mendaña comparecieron ante la Audiencia real, quedando completamente justificado el primero, y en tan buen concepto de la nueva autoridad, que, según los datos del Sr. Medina en la *Historia* citada (t. I, pág. 330), y los de D. Marcos Jiménez de la Espada (*Tres relaciones de antigüedades peruanas*, Madrid, 1879, pág. XXII), se hizo acompañar del cosmógrafo en la visita general que emprendió por el reino, y llegando al Cuzco, asiento antiguo de los Incas, considerándole «el hombre más hábil en esta materia, le encargó escribiera su crónica, lo cual hizo con título de *Historia general llamada indica, la qual, por mandado del Excmo. Sr. D. Francisco de Toledo, Virrey, Gobernador y Capitán general de los reynos del Perú y Mayordomo de la Casa Real de Castilla, compuso el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa*. El manuscrito fué remitido al Rey, y se creía perdido; pero recientemente se ha encontrado en la biblioteca de Gottingen, según noticia publicada por el profesor Wilhelm Meyer (*Boletín de la Academia de la Historia*, 1893, t. XXII, pág. 527), y posteriormente por el profesor Pretschmann, averiguado que el escrito perteneció á la librería de Abraham Gronow, vendida en 1785. El códice original tiene ocho hojas de introducción y 138 de texto. En las primeras, dedicatoria al Rey firmada en el Cuzco por Sarmiento, á 4 de Marzo de 1572.

Decidida por el Virrey la persecución del inca Tupac Amaru, retraído en los montes, organizó expedición encomendada á Hernando de Arbieto, y en la que

islas de Salomón, reconocidas por ellos, nada tenían de común con las del inca Tupac Yupangui, ni menos con las de Ofir, de donde se dice sacaban los fenicios el metal amarillo á carretadas, é hicieron públicas las impresiones en Lima, después que, reparados los navíos, llegaron en ellos al Callao en el mes de Septiembre á los veintidós meses de expedición. Sin embargo, como las penalidades se olvidan presto, borrándose con igual facilidad de la memoria los peligros, la suerte de los perdidos compañeros y aun la sentencia que el piloto Hernán Gallego solía enseñar por consuelo á los atribulados [1], sin dejar más que el tinte agradable de lo pasado por pasado, y el tema de conversación susceptible de adornos á capricho, los mismos que reinando el temporal *echaban romeros* ó hacían votos de peregrinación y penitencia con propósito firmísimo de no pisar más una tabla, eran propagandistas y tentadores de aventuras nuevas.

Existen indicios vagos de que tras la jornada primera de Mendaña se hicieron otras de que no se conoce relación, porque no se escribiera, ó porque se ha extraviado, oculta entre tantas aventuras acometidas privadamente en la época sin licencia ni auxilio de las autoridades. Los biógrafos del piloto Juan Fernández indican obscuramente que, después

Sarmiento llevó cargo de Alférez general, consiguiendo capturar y conducir en triunfo al Cuzco al jefe de los indios, que fué ejecutado.

Segunda vez fué el cosmógrafo perseguido por la Inquisición de Lima, apareciendo información falsa de haber sido azotado públicamente en la Puebla de los Ángeles, de Nueva España, por asuntos relacionados con el Santo Oficio. Volvieron á salir á cuento los anillos astrológicos y los libros sobre propiedad de piedras y plantas: fué también condenado á destierro y á salir á la vergüenza; pero apeló y quedó en suspenso la sentencia, sin duda por influencia del Virrey, que le tenía empleado en campaña contra los indios chiriguanaes, al otro lado de los Andes.

Relativamente al viaje, hay *Información que por orden del Virrey y Capitán general del Perú D. Francisco de Toledo, y á fin de cumplir orden de S. M. hizo el Dr. Barros, Oidor de esta Real Audiencia, asistido del capitán Martin Garay de Loyola, caballero de Calatrava, acerca del descubrimiento de las islas de Salomón, que el licenciado Castro encomendó á Álvaro de Mendaña, y de la calidad de aquellas tierras è islas, fecha á 4 de Junio de* 1573. (Academia de la Historia. *Colección Muñoz*, t. x, A. 37, fol. 197.) Manuscrito importante en que aparece que antes de la expedición de Mendaña se tenía noticia de las islas por Pedro Sarmiento de Gamboa.

[1] «La mar es buena para los peces.» Relación del viaje, Zaragoza, t. I, pág. 22.

de haber descubierto las islas de su nombre en las cercanías de la costa de Chile, avanzó al Oeste y por los 40° de latitud Sur vió una costa muy prolongada [1].

[1] Bartolomé Leonardo de Argensola (*Conquista de las Molucas*) consigna haber descubierto Juan Fernández en 1574 islas que se llamaron *Las Desventuradas*, agora (dice) *San Félix y San Ambon*, error corregido por D. Francisco Vidal Gormaz en el *Anuario hidrográfico de la marina de Chile*, Santiago, 1879, en el artículo titulado: *Los descubridores de las costas occidentales de Chile y sus primeros exploradores.*

El Sr. Jiménez de la Espada se ha servido comunicarme apuntes curiosos sobre el particular, de los que parecen oportunos éstos:

«1574. Este mismo año descubrió Juan Fernández las islas de su nombre, yendo casualmente al Pirú, y tocó en ellas por fuerza de viento yendo de Chile, de donde era vecino. Dejó allí una cabra, y se marchó. (Ldo. D. Fernando de Montesinos, *Anales del Perú*. Ms.)

»Las islas de Juan Fernández descubrió un piloto de este nombre el año de 1597, 60 leguas de tierra y distantes una de otra 20 leguas de 34° á 36°, D. Alonso [¿de Montemayor?] se las dió á Martín Sanz de Olavarría por sus servicios, con que llevase confirmación, y pidiéndola, le dió informe á 6 de Octubre de 1598. (Academia de la Historia. Apuntes de León Pinelo, fol. 235.)

»Estando el virrey D. Francisco de Toledo en la entrada de los Chiriguanaes sobre Pilaya, tuvo noticia de que un navío de Juan Pérez de las Quentas, vecino de la ciudad de los Reyes, bajando desde Chile al Perú, descubrió en el paraje de Coquimbo (sic), 80 leguas á la mar, unas islas pobladas de gente, á quien llamaron las de Juan Fernández, del nombre del piloto del navío, y para las poblar y enseñar la ley evangélica á los indios le pidió al virrey Juan Pérez de las Quentas, persona rica, para ello le diese la conquista, la cual le concedió por dos vidas, para que con un navío y 25 hombres que levantase sin tocar caxa ni arbolar bandera, hiciese á su costa el descubrimiento. Pero no hubo efecto. Sábese que tienen estas islas algún ganado de cabras monteses, y en sus puertos pescado como el bacallao que se gasta en España. (*Noticias del Perú*, etc., por Francisco López de Caravantes. Ms. 1630, t. I, disc. 2.°, núm. 192.)»

Por fin, en las *Memorias para recomendar al Rey la conversión de los naturales de las islas nuevamente descubiertas*, por D. Juan Luis Arias, Valladolid, 1609, se dice que Juan Fernández, piloto, nació en Cartagena en 1535, hizo muchos descubrimientos, de los cuales algunos no tienen su nombre, como las islas que visitó en 1571. Tres años después halló al Norte de éstas las de San Félix y San Ambrosio, y en 1576 una costa prolongada por los 40° de latitud, en que los habitantes, blancos y bien formados, le recibieron amistosamente. Guardó secreto acerca de esta visita, pensando volver desde Chile, pero la muerte se lo impidió.

Don Claudio Gay, en su *Historia de Chile*, t. II, pág. 66, cuenta que por el descubrimiento de las islas fué acusado Juan Fernández ante la Inquisición de Lima por brujería, y quiso la fortuna que los inquisidores le absolvieran al oirle decir que todos los marineros, aunque fueran santos, se harían brujos, tanto como él si seguían el mismo rumbo, poniéndose á 400 leguas de la costa. Don B. Vicuña Maquena y D. Diego Barros Arana, en los estudios históricos de Chile, estiman el hecho probable, pero D. J. T. Medina, en su *Historia de la Inquisición de Chile*, declara (t. I, pág. 337) que en las investigaciones que ha hecho lo mismo en Chile que en el Archivo de Simancas, no ha visto nada que justifique á la conseja, y tiene

Algo parecido, aunque sin referencia directa á persona, se insinúa en informe que al Virrey de Nueva España dió el licenciado de la Madrid el año 1573, tratando de la navegación desde Acapulco á Filipinas [1]; pero aun mejor lo dan á entender ciertas cartas geográficas ó mapas de la primera mitad del siglo XVI, en que las tierras de Australia, Tasmania y Nueva Zelanda aparecen con nombres españoles [2].

Si pareciera poco todavía, en documentos sacados á luz recientemente [3] se trasparenta la de los viajes clandestinos, que no sin ellos se conciben las indicaciones y pedimentos de Alonso de Fuentes, vecino de Lima.

Decía éste en memorial al Rey que, deseando se estampara en la corona *tercer mundo* con el descubrimiento de una gran tierra que está debajo del Polo Antártico, circunvecina á las islas del Moluco *en el meridiano de la China* y clima del olimpo potosí, que por aquella parte lleva 1.000 leguas de costa debajo de zona templada, *verdaderos antípodas de España, Francia, Italia y Alemania*, tierra fructífera, por ser la empresa de mayor estima que de este reino emprenderse puede, escribió tres libros presentándolos al Virrey, el cual, satisfecho de la verdad que en ellos se trata, le dió licencia para ir á descubrir tales tierras de 5.000 leguas de circuito, á su costa.

Agregaba en el memorial haber hecho proposición del descubrimiento de las islas (nombradas *Fontacías* por su apellido) á Juan Roldán Dávila, que la aceptó el año 1578, mas se fué demorando por diversas causas, y continuaron las prórrogas después de firmado en 15 de Julio de 1592 por el Marqués de Cañete el despacho y nombramiento de General para la conquista y población á favor del referido Roldán

por probable que se haya confundido al navegante con otro cualquiera de su mismo nombre.

[1] Dirección de Hidrografía. *Colección Navarrete*, t. XVIII.

[2] Cítalas D. Ricardo Beltrán y Rózpide en la conferencia *Descubrimiento de la Oceanía por los españoles*, así como la monografía escrita por Mr. Jorge Collingridge, *Descripción de antiguos mapas de Australia*.

[3] Por D. M. Jiménez de la Espada en el estudio, repetidamente citado, *Las islas de los Galápagos y otros más á Poniente*.

Dávila, nieto del Alcalde mayor de la isla Española Francisco Roldán, que tanto dió que hacer á Cristóbal Colón.

De todo esto se deduce no carecer de fundamento la opinión de varios geógrafos [1], de haber visto españoles la costa de Australia en los comienzos del reinado de Felipe II, ó acaso antes.

Sea como se quiera, Alvaro de Mendaña anduvo por su parte negociando la conquista, pacificación y población del archipiélago que había visitado, haciendo para ello asiento y capitulación, firmada en Madrid á 29 de Abril de 1574, por secuela del cual obtuvo merced del título de Adelantado de las islas de Salomón, con otras, en cédula de 20 de Agosto siguiente; mas también dilató el cumplimiento del compromiso, como se verá á su tiempo.

[1] Coello, Beltrán, Zaragoza.

XVI.

GUERRA EN LOS PAÍSES BAJOS [1].

1571-1578.

El campo de la herejía.—Armada del Duque de Medinaceli.—Gheusios.—Ocupación de Ramua.—Combates en el Escalda y el Ems.—Pérdida de la flota comercial.—Socorro de Goes.—Victoria de Harlem.—Otros combates desgraciados.—En Berg-op-Zoom.—En Zuyderzee.—Gobierno de D. Luis de Requesens.—Expedición maravillosa.—Infantería acuática.—Sitio de Leyde.—La mar tierra y la tierra mar.—Llegada de D. Juan de Austria.—Marina turca y marina holandesa.

NTRE las causas diversas que alteraron la tranquilidad en las provincias de Flandes ó de los Países Bajos, unidas á la corona de España por herencia del emperador Carlos V, cuéntase como principal la perturbación producida en las ideas por las doctrinas religiosas y políticas de Lutero y de Calvino. Elegidas por sus sectarios aquellas provincias como campo de la herejía, á la vez que promovían guerra de rebelión de súbditos contra su príncipe, guerra civil, así considerada en un principio, minando las creencias, encendieron contienda más grave, más trascendente también de lo que fuera la lucha entre flamencos y españoles, á rechazar los primeros la de-

[1] Don Bernardino de Mendoza.—Antonio Trillo.—Famiano Estrada.—Cardenal Bentivollo.—Antonio Carnero.—Francisco Lanario, duque de Carpiñano.—Jerónimo Manuel Dávila.—Le Clerc.—Gerardo Van Loon.—John Lothrop Motley.—Cartas y relaciones, *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos XXXI, XXXV, XXXVI y LXXV.

pendencia externa. Llegóse á declarar abierta guerra entre el protestantismo y el catolicismo; guerra europea, de un lado sostenida por flamencos, ingleses, franceses, escoceses, alemanes y escandinavos, no tanto contra Felipe II, rey de España, del otro, como contra Felipe, campeón de la Iglesia romana.

El Duque de Alba, gobernador de aquellos Estados desde 1567, sofocó los comienzos del incendio venciendo al Príncipe de Orange, jefe de los disidentes y mantenedor de la bandera de rebelión. Tanto parecía renacer la calma, expulsados del territorio los que habían hecho armas contra la autoridad real, que solicitó licencia para volver á España y descargo de las obligaciones que penosamente desempeñaba, doliente de gota. El Rey nombró en su reemplazo á D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli [1], mandando al mismo tiempo aprestar en Laredo una armada que lo condujera decorosamente y diera escolta á la flota comercial de Cantabria.

Hízose á la vela el 6 de Diciembre de 1571 con malísimo tiempo contrario: una y otra vez tuvo que arribar á Santoña y á Laredo mismo, forzado de las borrascas, con pérdida de dos de las naves, que naufragaron en la costa, y al fin se decidió á desembarcar la tropa y efectos que llevaba y á invernar en el puerto.

Los reembarcó en el mes de Abril siguiente de 1572, y aunque contrariado, volvió á salir á la mar en Mayo con 45 naves, las 10 á sueldo del Rey, bien artilladas; el resto de mercaderes, que las enviaban cargadas de lana. Iban entre todas 1.263 soldados de infantería del tercio de Julián Romero y cantidad de plata en lingotes para amonedar [2].

[1] El título tiene fecha 25 de de Septiembre de 1571.

[2] **Relación de las naves que van en la armada que pasa á Flandes el Duque de Medinaceli, así al sueldo de S. M. como cargadas de lanas.**

AL SUELDO DE S. M.

	Toneladas.
Capitana de Juan de Montellano	750
Almiranta de Ochoa de la Sierra	510
Nave de Ochoa de Capitillo	630

Hubo de hacer dos arribadas forzosas más esta flota en la costa de Bretaña, y en una de ellas chocó en las piedras la

	Toneladas.
Nave de Juan de Espila	450
» de Domingo Urdaide	450
» de Jacobo de Jáuregui	320
» de Juan de la Sierra	215
Zabra de Martín Ruiz de Villota	50
» de Castro	24
Pinaza para el servicio de la armada.	

CARGADAS DE LANAS.

Nave de Juan de Regoitia	650
» de Martín de Capitillo	630
» de Pedro de Arbieto	550
» de Juan de Navejas	450
» de Juan Debora	250
» de Martín de Ochoa	150
» de Juan de Jimeno	110
» de Juan de Basori	150
» de Sancho de Vallecilla	130
» de Martín de Jáuregui	120
» de Sancho de San Martín	120
Urca de Baon, flamenco	130
Navío de Juan de Goicuria	80
» de Aparicio de Benreo	80
» de Martín de Capitillo	50
» de Pedro de Bérriz	60
» de Domingo de Villota	90
» de Francisco de Uro	80
» de Arnau de Hoyo	80
» de Juan de Rivas	70
» de Hernando de Somado	60
» de Juan de Somado	60
» de Pedro de Bayona	60
» del capitán Verastegui	70
» de Bernardino Campuzano	50
» de Pedro Collado	35
» de Juan de Vallecilla	50
Zabra de Domingo de Villota	40
» de Antón de Samano	70
» de Pedro de Uro	50

SOLDADOS EMBARCADOS.

De la compañía del maestre de campo Julián Romero	179
De la de Antonio de Mújica	146
De la de D. Marcos de Toledo	237
De la de Alonso de Zayas	202
De la de D. Fernando de Saavedra	149
De la de Antonio de Guzmán	350
	1.263

ARTILLERÍA QUE LLEVAN LAS NAVES.

Capitana, cinco culebrinas largas, tres medias culebrinas, dos sacres, cuatro pie-

nao de Ochoa de Capitillo, perdiéndose, si bien se salvó casi toda la gente. Con las demás llegó á Flandes en veintinueve días de viaje, á tiempo que habían ocurrido importantes novedades.

Guillermo de Lumay ó Lumey, que se titulaba Conde de la Marca [1], uno de los más comprometidos en la insurrección y proscrito por ende, hallando protección en el Gobierno de Inglaterra, juntó hasta 26 naves de corsarios y malhechores y más de 1.200 hombres, parte emigrados por herejes, parte extranjeros de aventura, y saliendo de Dóver dióse á navegar por la costa de Flandes, robando á título de *gheusios* ó mendigos de mar. A principios de Abril de 1572 atacó por sorpresa á la Brille, ciudad y puerto importante de Holanda en la isla de Woorn, 13 kilómetros distante de Rotterdam, en las bocas del Mosa. Apenas lo supo el Conde de Bossu, gobernador de Holanda, acudió con fuerza suficiente, pasando en barcas desde la tierra firme; y como las dejara á

zas de campo (las tres se han de quedar en Flandes, que no son de S. M.), 10 pasamuros de hierro, 12 versos dobles.

Almiranta, tres culebrinas, las dos cortas, una media culebrina corta, dos traveses, cuatro piezas de campaña, ocho pasamuros, 16 versos.

Nave de Domingo de Urdaide, una culebrina corta, dos traveses, cuatro piezas de campo de hierro, 12 pasamuros, 12 versos.

En la de Juan de la Sierra, un través, cuatro piezas de campo de hierro, 11 versos.

En la de Jacobo de Jáuregui, una culebrina corta, tres piezas de campo de hierro, seis pasamuros, 12 versos.

En la de Pedro de Capitillo, dos culebrinas cortas, dos de la villa de Santander largas, tres piezas de campo, 13 versos.

En la de Martín Ruiz de Villota, un través corto, dos piezas de campo de hierro, seis versos.

En la de Sancho de Ugarte, dos piezas de campo, cinco versos de hierro.

En la de Villanueva, dos versos de hierro.

Todas bien aderezadas con pelotas, pólvora y todas cosas necesarias.

Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. XXXV, pág. 481, y t. XXXVI, pág. 5.

[1] Nuestros historiadores de la época escriben con mucha variedad, adulterándolos, los nombres de personas y lugares de Flandes. Conviene tener presente la advertencia hecha en otros capítulos. El historiador inglés John Lothrop Mottley nombra á este aventurero Guillermo de la Marck, y pintalo feroz corsario, sanguinario, licencioso, de aspecto salvaje, con la barba y cabellos crecidos é incultos, al uso antiguo de los bátavos. Digno descendiente del *Jabalí de las Ardennas*, ejerció crueldades horribles, preferentemente contra religiosos católicos.

la espalda, en seco, sin guarda, se ingeniaron los rebeldes para incendiarlas, y tuvo que retirarse.

Con este primer suceso cobraron atrevimiento mayor los invasores, no perezosos en fortificar el puerto de que se habían apoderado ni en propagar la noticia con exageración, bien que no la necesitara el terreno preparado á la sementera hereje [1]. Como reguero de pólvora corrió en seguida el alzamiento por el litoral, proclamándolo Flesinga, el embarcadero de los príncipes, y á su ejemplo ciudades y puertos, con los que en pocos días toda Zelanda, á excepción de Middelburg, capital de la isla de Walcheren, y Holanda, separado Amsterdam, estaban en armas contra España.

Pusieron en seguida los rebeldes cerco á Middelburg con el fin doble de señorear por completo á la isla y á las bocas del Escalda, amenazando á Amberes; designio á que opuso el Duque de Alba urgente valladar, encomendando al capitán de su confianza, Sancho Dávila, el socorro de la plaza. Para ello se dispusieron en Berg-op-Zoom, puerto del Escalda, oriental, 30 *charrúas*, embarcaciones de cabotaje del país, anchas, planudas, propias para *arar* el fondo de los canales, de lo que se deriva el nombre. En seis de ellas se montaron piezas de artillería ligera; en todas cupieron 1.000 soldados viejos y algunos aventureros y oficiales reformados de los que no desperdiciaban ocasión de sacar la espada de la vaina con causa justa. La flotilla navegó á favor de la marea vaciante, á mediados de Mayo, no por el rumbo directo, al punto donde el enemigo estaba bien atrincherado; dió vuelta á la isla é hizo el desembarco en la parte opuesta,

[1] Celebraron los luteranos la ocupación de la Brille con grandes demostraciones, grabando medallas y estampas, componiendo cantares y epigramas, entre los que uno, que recuerda la fecha, decía:

Den eersten dag van April
Verloor Duc d'Alva zynen Bril.

En traducción libre:

El primer día de Abril
El de Alba perdió su Bril (anteojos).

entre dunas, con lo cual, dicho se está, tuvo que atravesarla la infantería por malos pasos, pero tomó, en cambio, por la espalda, y descuidados, á los sitiadores, ingleses en gran parte, y persiguiéndolos hasta el agua, no sólo levantó el sitio, se apoderó del puerto de Ramua, en que estaban recogidas muchas embarcaciones. Mejoró, por tanto, la situación de los españoles en la isla Walcheren, dueños de Middelburg, Ramua y Ramekens, aunque de todos modos la hacía precaria la vecindad de Flesinga [1].

Habiendo embarcado Sancho Dávila los trofeos de la victoria, artillería, banderas, ropas, en 10 de las referidas naves, saliéronle al encuentro 30 de los enemigos, trabándose en el canal la primera escaramuza, más bien que combate, ya que los rebeldes, faltos de experiencia, no supieron ó no pudieron, con fuerzas tres veces mayores, cerrarle el camino de Amberes.

De estos encuentros ocurrieron varios por aquellos días, con parecido resultado. Uno cerca de Berg, en que presentaron los rebeldes 25 charrúas con artillería, les fué funesto, por abordarles el alférez D. Juan del Aguila con 400 españoles, que, cuerpo á cuerpo, eran de superior empuje. Matáronles 170 ingleses, echaron á fondo una charrúa y volaron otra, con ser uno contra tres.

Algo más serio, por las consecuencias, se verificó hacia Frisa, donde pirateaban naves en grupo. Habíanse unido 16 bien artilladas, y al llevar las presas que habían hecho á Emden, envió el Conde de Bossu contra ellas al vicealmirante Boscusem con 11 de S. M. Avistáronse ambas escuadras en la boca del río Ems y aceptó la rebelde el combate confiada en el mayor número de las naves; mas á los primeros disparos huyeron las suyas en desorden, sin escapar más de cuatro: nueve se apresaron; tres se sumergieron, acreditando otra vez los herejes la falta de la fuerza moral, teniéndola material de sobra, puesto que una de las presas estaba

[1] *Relación del suceso. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXXV, pág. 50.

artillada con 14 piezas de bronce, armamento fuerte de nave de guerra entonces [1].

Llegando en esta coyuntura el Duque de Medinaceli con su armada, fué avisado de no haber puerto en que pudiera dejar caer las anclas tranquilo, y hubo de surgir en mar abierto, frente á Blankenberge, con peligro de encallar en los bancos; otro no corría, careciendo los rebeldes aun, como se ha visto, de fuerza naval que oponer á la suya. El Duque desembarcó en la Esclusa (*Sluys*) con las zabras, llevando consigo parte de la infantería; y por haber quitado las valizas la gente del país embarrancaron ocho de aquéllas, lo que no fué inconveniente para poner en tierra á los soldados y á la plata en lingotes traída por la flota; mas cuando se hizo de noche acudieron los barcos enemigos, confiando en la distancia á que se hallaban los grandes españoles; tomaron dos de las zabras varadas, con parte del equipaje del Duque, é incendiaron las otras, no pudiéndolas llevar [2]. La suerte les deparó mejor presa en una flota de 27 urcas que llegaba de Portugal con mercancías de la India, y se entró en Flesinga sin saber la novedad de su rebeldía. Tuvieron, pues, desde entonces los herejes escuadra de consideración y hartos recursos con que equiparla, habiéndoles producido el cargamento de especias y artículos indianos más de dos millones de ducados.

Una vez desembarcado el Duque y los soldados del tercio de Julián Romero, fueron las naves de Cantabria desde las aguas de Blankenberge al puerto de Ramekens, cambiando algunos cañonazos con las baterías y naves de Flesinga: las gobernaba Juan Martínez de Recalde, y por falta de prácticos del país, al acercarse al surgidero encalló y se perdió la Almiranta, salvándose los efectos. La urca flamenca de Baón, agregada al convoy en Laredo, se desapareció en esta corta travesía, yéndose al enemigo.

[1] *Relación de la victoria que tuvo la armada de S. M.—Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXXV, pág. 29. Dice fué la víspera de San Juan de 1571.

[2] *Relación sumaria de lo sucedido. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXXV, págs. 53 y 59.

Favoreció á éstos la entrada de hugonotes de Francia, que se apoderaron de la plaza de Mons, en la frontera, llamando hacia sí al ejército, pues quedó desatendida la costa, á merced de los gheusios. Los indecisos fueron con ello engrosando su partido; los consecuentes sufrieron violencias irresistibles. Las 11 naves del Rey, mandadas por el vicealmirante Boscusem, iniciaron la serie de las defecciones que día tras día habían de menguar los elementos de represión.

Pronto se vió el límite á que quedaban reducidos, por salir de Flesinga 8.000 infantes alemanes, ingleses y franceses, provistos de artillería contra Goes ó Tergoes, lugar de poco circuito en la isla de Zuytbevelant ó Bevelandia, uno de los pocos que se conservaban con guarnición de 400 españoles. Los enemigos lo cercaron estrechamente; abrieron brecha, y como asaltaran con escarmiento, se dispusieron á esperar que la falta de vitualla redujera á los que resistían á la fuerza.

De la posesión de Goes pendía la de Middelburg; mientras ambas plazas estuvieron por los españoles, tenían el pie en Zelanda, la puerta del mar abierta á las expediciones que se enviaran desde la Península, y la perspectiva de recuperación de lo perdido llana, por poco que ayudaran las circunstancias; así era tanto el empeño de los rebeldes por deshacer el baluarte, como el del Duque de Alba en mantenerlo, socorriendo á los defensores. Tratando de hacerlo Sancho Dávila, castellano de Amberes, y Cristóbal de Mondragón, maese de campo, con 3.000 hombres, viéronse detenidos por la insuficiencia de medios de transporte, consistentes en pocas naos y en las charrúas y otras embarcaciones menores tripuladas por marineros y prácticos zelandeses, que no eran de fiar. Los enemigos contaban ya al ancla en el canal con 60 naves gruesas, entre ellas cinco urcas de las más grandes, con mucha artillería y más de cien charrúas. Salieron, no obstante, los españoles con 28 naves, habiendo colocado sobre el dique baterías de campaña que las ampararan, y trabaron combate, sosteniéndolo cinco horas gallardamente. Al cabo se retiraron con pérdida de gente y de

dos naos embarrancadas en la costa de Brabante, una del capitán Fabio, napolitano, otra del español Zabaleta; ambos las incendiaron para que no cayeran en manos enemigas, sacando á tierra la gente [1]. Tanto habían cambiado en breve espacio las condiciones marítimas de los beligerantes.

Goes se dió por perdida desde aquel instante de la derrota naval, y lo fuera sin la determinación maravillosa del Maese de Campo, de intentar como infante lo que no había podido conseguir como marino. Fué el caso que consultando con prácticos fieles, sondeando y reconociendo el canal, se cercioró de que por ciertos sitios podía vadearse en bajamar, siempre que se salvaran tres canalizos ó pasos más profundos que cortaban el trayecto, y sin más pensarlo, provistos los soldados de saquillos en que meter la pólvora y ración, colgándolos en las picas y arcabuces, á la hora del reflujo se metieron en el agua en hilera, agarrados de la mano para mutua seguridad, 2.500 soldados. Caminaron en esta forma más de seis millas con fango á la rodilla y agua á la cintura, heridos los pies con las conchuelas ó cascajos, fatigados del esfuerzo á que les obligaba lo pegadizo y adherente del fondo; y habiendo perdido pie en los canalizos profundos, se les mojó la pólvora sin poderlo remediar; pero llegaron á la isla antes que la marea les alcanzase, sin haberse ahogados más de nueve.

Asombrados los enemigos viéndolos en tierra, abandonaron precipitadamente las trincheras sin esperarlos, corriendo á embarcarse en su armada. Los nuestros los acuchillaron por la espalda, espoleando la fuga, en que murieron sobre dos mil, ahogados los más. La acción brillante libró el 21 de Octubre [2] á Goes, sitiada desde Agosto, cediendo el campo 8.000 hombres á 2.700, con abandono de la artillería y bagaje.

Trasladó el Duque de Alba por entonces á Holanda el campo de operaciones en sostenimiento de Amsterdam, cuya

[1] Antonio Trillo, *Rebelión y guerra de Flandes*. Madrid, 1592.

[2] Fecha de D. Bernardino de Mendoza, *Comentarios de lo sucedido en los Paises Bajos*. Madrid, 1592. Trillo pone la de 4 de Octubre.

fidelidad á la soberanía de España querían castigar los insurrectos hostigándola por todos lados, después de haber quemado en su puerto y canales ciento y tantos navíos de comercio, de ellos 80 urcas grandes. El rigor del invierno paralizó á las escuadras, ofreciendo, entre tantos incidentes de la porfiada guerra, un espectáculo nuevo: el de los arcabuceros españoles atacando sobre el hielo, á pie, á los bajeles.

La empresa de más importancia fué el sitio de Harlem, ciudad de las principales de Holanda, en comunicación con otras por el lago llamado también mar de Harlem. Duró el cerco más de siete meses, tan vario en sucesos como largo, y para nuestro objeto interesante por el concurso de los navíos en la defensa y la ofensa.

Tan luego como la primavera de 1573 deshizo los hielos, presentaron los rebeldes en el lago embarcaciones de remo construídas á modo de galeotas ligeras, de poco calado, con once á diez y ocho bancos, y artillería gruesa en la proa. El Conde de Bossu hizo construir otras semejantes en Amsterdam que dieron aspecto nuevo al sitio, combatiendo en el agua por dar é impedir socorros á la plaza: escaramuzas en el comienzo, vinieron á ser batallas, crecido por ambos lados el número de los bajeles, quedando ordinariamente las ventajas por nuestra gente, más ágil y habituada á parecidos encuentros en las guerras con turcos y moros. Una de las galeotas, la mayor, que se apresó á los herejes, tenía pieza de 44 libras de bala y otra de 13 libras [1], y esto fué en el principal encuentro en que la armada de Harlem juntó 150 bajeles, no llegando la de los católicos á 100, si bien en calidad suplían á la diferencia del número. Dudosa la victoria algún tiempo, favoreció, por fin, al Conde de Bossu, que deshizo por completo á los contrarios, capturando 21 vasos grandes y haciéndoles muchos muertos. Decidió el combate la suerte de la ciudad, que tuvo que entregarse á discreción á principios de Junio [2].

[1] Don Bernardino de Mendoza, obra citada.

[2] Se riñó la batalla el 28 de Mayo. En las fuerzas discrepan, como de ordinario, las noticias: según Antonio Carnero (*Historia de las guerras civiles de Flandes*,

Volviendo á Zelanda, á 5 de Noviembre partió de la Esclusa armadilla de 22 naves á cargo de Lope de Lusarra, con propósito de llevar vitualla á los de Middelburg. Al paso de Flesinga salieron al encuentro 18 de los enemigos con siete urcas grandes, y combatiendo con la artillería desaparejaron y rindieron á tres pequeñas que eran de Lequeitio, Portugalete y Santoña, tripuladas en total por 130 hombres. Con esta pérdida entraron en Ramua las vituallas y pasaron á Ramekens. Aquí los atacaron de noche 50 navíos con el éxito de apresar otros tres de los nuestros y quemar algunos más, de éstos cinco de los que habían venido de España con lanas, y uno de armada, el de Juan de Epila [1].

En la acción aquellos soldados de los tercios de Italia que blasonaban de anfibios, realizaron otra proeza con que merecer el dictado, destruyendo un navío rebelde que embarrancó cerca del castillo de Ramua. No teniendo embarcaciones, se entraron por el agua á bajamar, sufriendo el fuego de arcabucería hasta ponerse á cubierto debajo del pantoque, donde aplicaron artificios incendiarios, abrasando el bajel con 150 hombres que á bordo tenía [2].

Eran los ataques de Ramua y Ramekens preludios sólo del que con grandes fuerzas de tierra y mar preparaban los luteranos contra Middelburg, esperando salir en la empresa más lucidos que la vez anterior. Al socorro de la plaza acudió también Sancho Dávila con intento de forzar el paso guardado por los enemigos en Lillo con armada superior. Allí mismo empezó la refriega, continuándola desde las diez de la

Bruselas, 1625), tenía el Conde de Bossu 68 bajeles, que dividió en cuatro escuadras, y los enemigos 180, de los que 29 fueron capturados, huyendo los otros. El inglés, protestante, afecto á los orangistas y recopilador de sus narraciones, Lothrop Mottley, anota que llevaba el Conde de Bossu 100 embarcaciones, y Martín Braud, Almirante de los patriotas, 150, de las que perdieron en el combate 22. En carta del Duque de Alba dirigida á D. Juan de Zúñiga el 1.° de Junio, informa ocurrió el combate el 29, teniendo el Conde de Bossu 65 naves, y los rebeldes doblado número. (*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. CII, pág. 144.)

[1] *Relación que hizo Diego de Rebouza, alguacil mayor de la armada del Duque de Medinaceli, del suceso della.* Dirección de Hidrografía, *Colección Navarrete*, t. XXVIII, núm. 23.

[2] Trillo, obra citada.

mañana hasta las tres de la tarde, hora en que estaban á la altura de Flesinga; y como de este punto salieran diez naves más en refuerzo de los orangistas, Sancho Dávila retrocedió á Amberes, combatiendo siempre con pérdida de gente, y aun de dos naves del país, que se pasaron á la escuadra rebelde.

En el Escalda reorganizó la armada, componiéndola con 22 naves de gavia y 12 de las mayores de la tierra. Esta vez llevó la vanguardia Juan Martínez de Recalde, y fué el combate sangriento, perdiendo siete navíos, dos de los cargados de víveres, con 400 hombres muertos. Entre los heridos entró el mismo Dávila y 40 chamuscados por un barril de pólvora. Así y todo entró el socorro en Ramua, no sin daño de los opositores, que perdieron uno de los navíos grandes sumergido [1].

Una vez asegurado bajo la artillería del castillo intentaron todavía los adversarios su destrucción, lanzando de noche, á favor de la marea, seis naves incendiarias, amarradas de dos en dos con cadenas. La vigilancia venció al peligro saliendo á tiempo bateles á desviar aquellas máquinas.

Se agregaron á la armada en el puerto tres naos que pertenecían á la del Duque de Medinaceli: la de Montellano, de 750 toneladas; la de Martín de Capitillo, de 630, y *La Indiana*, de Jacobo Jáuregui, de 330; más dos urcas y seis *gromestales*, calculando afrontar batalla, como así fué, por dos días consecutivos. Recalde se abrió camino con trabajo y pérdida; á la nao de Capitillo desarbolaron, llevándosela la fuerza de la marea sin poderla contrarrestar; la de Juan Sierra tomaron los contrarios, no teniendo más que un hombre vivo, y por cierto, moro; *La Indiana* encalló, siendo necesario incendiarla; la de Montellano se vió en apuro no obstante sus 40 cañones.

Eran, por supuesto, más los bajeles enemigos, y se batieron con serenidad y con orden, haciendo patente la unidad de acción y de mando á que obedecían. Se observó además, por vez primera, que por sistema, desde entonces adoptado,

[1] Es difícil formar idea exacta de la acción: tanto es confuso y contradictorio el texto de los historiadores. Sigo preferentemente el de la *Relación* mencionada de Diego de Rebouza, testigo de vista.

rehuían con habilidad el abordaje, esquivaban la pelea cuerpo á cuerpo ó mano á mano, preferida por los españoles por ser en ella tan duchos y superiores, y fiaban el éxito de la acción en el rápido y acertado disparo de la artillería.

Tras esta acción naval del Escalda se riñó varios días otra en el golfo de Zuyderzée, donde los rebeldes habían enviado sus mejores bajeles frisones en daño de Amsterdam, y el Conde de Bossu los afrontaba con los del Rey, arbolando la insignia en uno de mucha fuerza, designado por los luteranos con el nombre de *La Inquisición:* tanto les era antipático. Siendo los suyos muchos y de menos porte y calado, se arrimaban á los bajos del golfo, evitando, como antes se ha dicho, el abordar. A ellos atendía, por lo contrario, el Conde, acercándose con descuido de la sonda, tanto que encalló con la Capitana y la Almiranta. Al punto lo rodearon, menudeando los disparos; y mientras sus naves le desamparaban retirándose, como castillo resistió hasta el día siguiente, rindiéndose cuando le quedaban no más de 40 hombres en pie, todos heridos [1].

[1] Igual incertidumbre en las relaciones del tiempo. Por la de D. Bernardino de Mendoza tenía el Conde de Bossu 12 navíos gruesos y los frisones 19, de remo seis y menores muchos. Abordó á la Almiranta enemiga; le aferraron á él otras tres, y hechos piña encallaron, continuando la pelea hasta la rendición. Trillo compone la escuadra real de 14 navíos, la Capitana, muy grande, dos barcos artillados, 1.500 hombres. La de los frisones era de 20 naves al principio; pero acudiendo al ruido de los cañonazos, llegaron á juntarse sobre 100. Bossu hubo de capitular hallándose solo y rodeado, dando á los rebeldes triunfo que les costó al pie de 2.000 hombres muertos y heridos. Famiano Estrada expresa que el Conde, con la Capitana sola, peleó veintiocho horas contra 20 navíos contrarios, y sucumbió quedándole de 300 hombres 80, heridos todos menos 15. El cardenal Bentivollo poetiza en términos vagos, sin anotar cifras ni otro dato, que las naves contrarias eran muy superiores en número á las reales, y que Bossu, con varonil corazón, encendió á los suyos. Por último, el Duque de Alba, dando cuenta al Rey de la batalla (*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXXV), consigna que, habiendo cercado á la nave del Conde de Bossu cuatro contrarias, peleó desde las cuatro de la tarde á la misma hora de la madrugada. Que fué el combate muy reñido, por tener fuerzas dobladas los frisones. Ellos perdieron la Almiranta y 3.000 hombres, y de nuestra parte, el vicealmirante Basesseur recogió y salvó algunas naos. Del otro lado, Gerard van Loon (*Histoire métallique des Pays-Bas*. La Haye, 1732) consignó, con cita de otros historiadores, que el 3 de Octubre salió á la mar el Conde de Bossu con 30 naves; obtuvo algunas ventajas en la costa y entró en la Zuyderzée, disputando la dominación del mar á los holandeses del Norte.

Desde aquel día causó la armada rebelde gran desasosiego por todos lados: no acertaron ya los nuestros á salir con empresa de cuantas por la mar acometieron, señoreada como estaba, lo cual no se disimuló, escribiendo al Rey los Duques de Alba y de Medinaceli, y cuantos por su servicio se interesaban, que no había de cambiar la situación si no enviaba marineros y navíos suficientes con que recuperar siquiera á Enkhuyzen, la Brille, Flesinga y Canfer [1].

Ambos Duques, el de Alba por la vía de Génova, que había llevado; el de Medinaceli por mar, como fué, sin haberse hecho cargo del espinoso gobierno para el que se le nombró, vinieron á España con licencia real, elegido en su lugar para continuar la Capitanía general D. Luis de Requesens, Comendador mayor de Castilla.

Tomada la posesión, se aplicó á inaugurar el mando el año de 1574 enviando socorro al maese de campo Mondragón, que lo demandaba con instancia, estrechado cada vez más en Middelburg y falto de lo preciso á la subsistencia. Dos armadas ordenó en Amberes, compuesta la una de *cromenstevens* y *dromedales*, que son las embarcaciones más fuertes entre las que navegan por los canales; de *charrúas*, de uso general, y de *pleitas*, barcas prolongadas que admiten mucha carga y suben los ríos á la sirga ó á remolque, en total 54 [2].

Los buques de éstos eran menos fuertes, pero más en número, é iban mandados por Cornelio de Thierry. La Capitana de Bossu, denominada *La Inquisición*, aferró con la enemiga, y otros tres navíos la atacaron á la vez: se defendió con tesón toda la noche, y no quedándole más de 15 hombres en disposición de pelear, se rindió. Hicieron otro tanto una nave grande y tres menores con 300 hombres; las demás huyeron. De este combate pendía la suerte de Holanda, y así por la victoria hubo fiestas y alegría. El estandarte de Bossu se colgó en la catedral de Horn, y el Colegio del Almirantazgo hizo grabar medalla representando en el anverso dos anclas cruzadas, con las armas de dicho Almirantazgo en el centro entre dos PP. (*pro patria*) y leyenda SACRA ANCHORA CHRISTUS. En el reverso el combate de las armadas con la inscripción: INQUISITIO INQUIRENDO NIMIS SEDULO SE IPSAM PERDIT. Otra con el mismo anverso llevaba en el lado opuesto un verso en holandés cuya sustancia era: *Monumento de la protección divina, por la que muchos héroes del pueblo de Frisia derrotaron al almirante Bossu*, 11 de *Octubre*, de 1573. Por el citado Lothrop Mottley, tuvo por teatro la batalla la inmediación de Horn y de Enkhuyzen, dirigiendo 25 naves el Almirante frisón Dirkzoon.

[1] *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XXXVI.

[2] Según nuestros historiadores, eran 45; los holandeses dicen 75. Don Luis de